CUADERNOS AMERICANOS

MEXICO

6


FILTRON
CON FILTRO...Y CON SABOR!
$2.00
CAJETILLA


AHORA
UN NUEVO LUBRICANTE
DE TRIPLE VISCOSIDAD
Recomendado
para Todo Clima
EL NUEVO PEMEX SOL ESPECIAL,
de "GRADO MULTIPLE" está elaborado con los mejores básicos obtenidos por el proceso de tratamiento con solventes selectivos y reforzado con aditivos especiales, por lo que rinde inmejorable servicio en todos los climas; en todas las estaciones del año y en todas las altitudes.
USE EL NUEVO PEMEX SOL ESPECIAL, destinado para automóviles de cualquier marca y modelo, porque su "GRADO MULTIPLE" cubre las viscosidades de los grados 10 W, 20 W y 30 y satisface los servicios ML, MM, MS y DG de la clasificación API.
EL NUEVO PEMEX SOL ESPECIAL, está garantizado para trabajo pesado o ligero, en carreteras o ciudades.
EL NUEVO PEMEX SOL ESPECIAL, es el lubricante de tipo más avanzado que se elabora en el mundo y justifica su mayor precio, porque reune las siguientes ventajas:
• REDUCE al mínimo el golpeteo, la preignición y el consumo de gasolina.
• PROLONGA la vida útil del motor, reduciendo al mínimo el desgaste.
• AUMENTA la potencia y la eficiencia del motor.
• FACILITA el arranque a cualquier temperatura.
• CONSERVA limpia la cámara de combustión.
Pemex-Sol
Especial
GRADO MULTIPLE
PETROLEOS MEXICANOS
REFINERIA EN SALAMANCA, GTO. MEXICO
CONTENIDO 1 LITRO
MARCA REGISTRADA
HECHO EN MEXICO
PETROLEOS
MEXICANOS
AL SERVICIO DE LA PATRIA


BIBLIOTECA
TECNICA
FERROCARRILERA
ACABAN DE APARECER
DIEZ NUEVOS VOLUMENES
DE GRAN INTERES
Precio del ejemplar
51 Estímulos y Recompensas. Primera promoción 1956 $ 1.00
52 Aplicación de la soldadura eléctrica en cajas de fuego de locomotoras de vapor, por el Ing. Francisco Barajas Bernal 8.00
53 Convenio de Revisión del Contrato de Trabajo (21 de enero de 1957) 1.00
54 Saber es poder en la locomotora Diesel eléctrica 10.00
55 Código de Reglas AAR-1957 20.00
56 Normas para la compraventa y arrendamiento de predios rústicos y urbanos 1.00
57 Dictamen del Consejo de Fomento y Coordinación de la Producción Nacional sobre la ubicación de la Estación de Pasajeros 2.00
58 Reglamento para los Centros Deportivos Ferrocarrileros 1.00
59 Dos estudios franceses sobre la vía 2.00
60-I. Normas para el Consejo Técnico 1.00
Revista FERRONALES, número mensual $ 3.00
Suscripción anual 18.00
DE VENTA EN BOLIVAR Núm. 19
MEXICO, D. F.
PEDIDOS C.O.D. al APARTADO POSTAL 8020



RESISTENCIA Y ESBELTEZ
CON ACE
ESTRUCTU
Estructura Fabricada por
ESTRUCTURAS BARGO, S. A.
con materiales de la
MONTERREY
CIA. FUNDIDORA DE FIERRO
Y ACERO MONTERREY, S. A
Oficinas de Ventas: Balderas 68, México 1, D. F.
Fabrica: Calzada Adolfo Prieto al Oriente Monterrey, N


CORDOBA tierra del ron...
RON BATEY
RON
BATEY
Destiladora Cordobesa, S. A
Cordoba, Ver.
Presencia del
trópico ardiente
y generoso en el
aroma y sabor
de BATEY!
Uno de los factores determinantes de la calidad máxima y el rico sabor que distinguen a BATEY, es el clima - cálido y húmedo - clima tropical y ardiente de Córdoba, Veracruz.
Este clima prodigioso beneficia el proceso de elaboración de BATEY, desde su mismo origen, en la caña, hasta su añejamiento en la barrica... ¡dándole el sabor y la calidad que lo hacen el Ron Perfecto!

REVISTA IBEROAMERICANA

ORGANO DEL INSTITUTO INTERNACIONAL
DE
LITERATURA IBEROAMERICANA DE LOS E. U.
PATROCINADA POR LA UNIVERSIDAD DE IOWA.

•

•

Suscripción anual: 2.00 Dls. para Iberoamérica y 4.00 Dls. para E. U.

Para canje, colaboración y todo otro intercambio cultural, diríjase al Director-Editor. Para suscripción o compra, diríjase al Secretario-Tesorero.



CUADERNOS AMERICANOS

AÑO XVII VOL. CI

6

NOVIEMBRE-DICIEMBRE
1958

MÉXICO, 1º DE NOVIEMBRE DE 1958

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F., CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

IMPRESO EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL CVLTVR[A]
REP. DE GUATEMALA 96. MÉXICO 1, D. F[.]

CUADERNOS AMERICANOS
No. 6 Noviembre-Diciembre de 1958 Vol. CI

ÍNDICE

NUESTRO TIEMPO

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

PRESENCIA DEL PASADO

DIMENSION IMAGINARIA

LIBROS

Nuestro Tiempo

LOS CIEN NÚMEROS DE LA REVISTA

Por *Luis CARDOZA Y ARAGÓN*

En este homenaje por el centenario de números de *Cuadernos Americanos*, algún hombre nacido más allá de la tierra de México y vinculado a ella, había de decir algunas palabras. Hablo como hispanoamericano. Mi tarea me desborda. Requiere una voz ancha y honda. La acepté por la dificultad que entrañaba; por la obligación de aceptarla: honor y placer de reiterar al maestro Silva Herzog algo de lo mucho que significa en el Continente.

Yo desearía que fuesen unas palabras exactas. Me apasiona comprometerme a más de lo que puedo. Mis propósitos inaccesibles, son realmente los míos. Ahora estoy en uno de ellos: mis palabras quieren ser no sólo mías. Quieren ser no sólo eco del pensamiento y el sentimiento americanos. Quisieran traer un lampo de nuestro fervor y nuestra tormenta.

Recuerdo a Juan Larrea. Ayudó al Maestro a poner los cimientos de la torre. Silva Herzog, gran arquitecto, ha levantado cada vez más fuerte su fábrica. Hoy plantamos una bandera de dignidad en lo alto de sus cien balcones. A medida que la torre se ha elevado, no nos ha acontecido como en la de Babel. Por el contrario, se advierte una comprensión más cabal: los propósitos son más imperiosos que ayer. Se mueve con tanta rapidez el mundo que ponernos al paso con las ideas y los hechos y, si es posible, anticiparnos a ellos por entender el sentido de la historia, es hoy un propósito más vivo que en el número 1 de *Cuadernos Americanos*.

¿Cuáles son los rasgos del humanismo de nuestros días? El deslinde ya es un avance en la precisión de ellos. Vivimos una revolución magna y vertiginosa. Hemos visto cómo cambia el mundo. Cómo la época interplanetaria es ya la nuestra. Lo hemos visto en años que caben en la dimensión de una vida humana.

Deseamos que esa bandera universal, aún imaginaria, del hombre libre en todas las latitudes, cante en lo más alto de

nuestra torre. La estamos imaginando. La estamos izando al mismo tiempo. A veces pienso en una barca. En la hermosa estatua de proa sobresalen la convivencia pacífica y el término de la época colonial. Y lo digo con optimismo, irresignado ciudadano en perpetuo exilio de un estado cautivo asociado. Sí, la estatua ya rasga con sus rosas gemelas aguas vírgenes. Y queremos y debemos contribuir, con tranquila firmeza, a que de la noche dejada atrás surjan nuevas constelaciones.

Jesús Silva Herzog nos dio la barca. Su aguja de marear no conoce desviaciones. Alguna vez, acaso, nuestra impaciencia nos hizo barruntar que su nobleza y su generosidad, comprometían la ruta, como Don Quijote torcía la vara de la justicia por su bondad misma. Y no porque algunas páginas hubiesen escapado a la perspicaz sabiduría de su insigne Director y a su Junta de Gobierno, sino por el afán de abolir hasta el mínimo rastro de todo sectarismo. Sin embargo, cuando medimos las dificultades y contemplamos la magnitud de lo hecho, cuando examinamos las líneas básicas, sus 100 números y muchas de las obras que han visto la luz bajo el prestigio de su cuño editorial, comprendemos mejor su capacidad evidente de gran capitán. Y tal conducta sin desmayos nos congrega hoy y nos exhorta a que lo acompañemos mejor.

La revista ha sido de todos nosotros, dentro de la amplitud de un humanismo sabio, sin confusiones, domeñada la impaciencia: nunca ha soslayado su responsabilidad. Aquí no ha habido temores de "ideas exóticas". Las ideas sólo pueden ser exóticas, dije alguna vez, para el que no tiene ideas. *Cuadernos Americanos* es conciencia de nuestros pueblos, su rebeldía y, también, su pasión revolucionaria. Vamos, pienso yo, hacia una definición más neta dentro de la libertad que deseamos todos, dentro de la claridad que, asimismo, todos deseamos.

Noble, hermosa y fructífera, es la obra del Maestro. Su vida la ha vivido con leal vocación de solidaridad militante y alerta. *Cuadernos Americanos* es una espiga del haz que lleva entre los brazos su vocación cumplida. No diré que es la más hermosa: en efecto, su participación patriótica en varias disciplinas es considerable —expropiación petrolera, por ejemplo—; pero sí cuenta entre las más sobresalientes.

Pésimamente nos conocemos en América. Nuestros lazos carecen del vigor de una relación más íntima, más constante y profunda. La hermandad nuestra es la de hermanos que no saben el uno del otro, a pesar de que se aman entrañablemente.

Apenas empezamos a saber de nosotros mismos. Ya hemos puesto, siquiera, el acento en lo propio. En lo nuestro universal, y universal porque tiene el acento de lo más nuestro. En lo *nuestro*, sí, para mejor servir a los demás; pero, también, habemos de tener tiempo para lo *otro*, tan nuestro como lo más nuestro. Ya tenemos la duda de lo propio, principio de una certidumbre. Nos buscamos porque ya nos estamos encontrando. Le dimos la vuelta al mundo para ello.

No es un acercamiento retórico. Un tópico de banquete de la Organización de Estados Americanos —veinte ratones y un gato, dice Narciso Bassols—; ese "ministerio de las colonias", como, jocosa y trágicamente, la llaman en Washington nuestros diplomáticos, recordando la fórmula atribuida a Sumner Wells acerca de los dos sistemas de imperio: el británico de colonias y protectorados, y el norteamericano de naciones "independientes". Designio bolivariano, no panamericano: no puede existir panamericanismo alguno mientras exista imperialismo. Bastaría tal aspecto de *Cuadernos Americanos* —España siempre está con nosotros, en nosotros— para que sintiéramos gratitud por su fundador y director. En él hay apostolado, razón y quijotismo para las grandes obras. Y nos ha invitado a que trabajemos en ellas. Si algo falta ¿por qué no darlo nosotros?

Acaso el Maestro piense a veces, como nosotros hemos pensado a veces, que la tarea se encamina hacia una nueva etapa. Debemos estar en ello muy conscientemente. México, me parece indudable, cobra impulso en sus organismos populares y en la expresión artística y científica de las nuevas generaciones. La lucha de Venezuela tiene olor a soberanía y a petróleo. Cuba se desangra liberándose. Argentina, Brasil, Chile, avanzan. Desesperados, se sublevan los indígenas en Bolivia. De Colombia los cables nos hablan de medio millón de "bandoleros". Con esas cifras es ya un pueblo, campesinos de los llanos: equivocados están quienes no quieren entender tales fenómenos sociales.

El Cercano Oriente, China, la India, los pueblos de África. Argelia combate prodigiosamente y da lecciones a la maestra opresora. Mi Guatemala, en tinieblas, tiene su lámpara encendida. Somos trabajadores de disciplinas intelectuales, desmistificadores de mitologías caducas. Se diría que se ha retrasado nuestra sensibilidad. Los obreros de todo el mundo

nos tienden la mano, y nosotros nos sentimos muy honrados; sin embargo, con rubor, por estar en mora con ellos.

El honor de la pluma no se mide por la adhesión a un fanatismo. Se mide por su libertad para crear con entendimiento social, socráticamente: parteros del nuevo mundo. Todos hemos deseado servir la proeza intelectual y material que es *Cuadernos Americanos* dando la imagen de esa Hispanoamérica ascendente. La fetidez del mundo que se muere se arremolina entre los escombros de un lirismo fatigado, evasivo y nimio, y de un egoísta pensamiento de clase en absoluta crisis. ¿Quién no ha tomado partido? ¿Quién puede dejar de hacerlo y permanecer como observador imparcial, por encima de la tormenta, bajo las bombas nucleares?

Vivimos ideas que son, en verdad, motrices de fuerzas sociales que nos conducen a superar la estrechez y la oclusión de nuestros pueblos. Este anhelo de plenitud impulsó al maestro Silva Herzog a crear *Cuadernos Americanos*. La ambigüedad no es mi fuerte. No creo en teología política alguna. La lucha de clases tiene existencia concreta. Un fantasma recorre Europa, el mundo. Pero ya no es un fantasma. Es una doncella con una paloma en las manos: la Paz, poesía futura: ala de fuego y pan cotidiano.

He divagado en una dimensión real tan íntimamente ligada a la que llamamos imaginaria en la revista, que creo haber repetido solamente algunas obsesivas preocupaciones poéticas: ser de verdad, llamar las cosas por su nombre, preocupación casi cruel, como inquietante música de fondo: necesidad de ser y hacer más de lo que somos y de lo que podemos.

Muy querido y admirado Jesús Silva Herzog: mis brazos guatemaltecos han deseado darle un abrazo continental. Aquí, en días muy dolorosos, en 1954, denuncié la intervención norteamericana en mi patria. Como en esa noche mi pueblo hablaba por mis labios, me hicisteis el honor de escucharme y aplaudirme de pie. En esta noche memorable pido, en nombre de nuestros amigos de América que, de pie, aplaudamos al Maestro.

LA DOCTRINA DE MÉXICO*

Por *Luis PADILLA NERVO*

Al través de los años, las voces de todos los pueblos, los valores de todas las culturas y las más claras aspiraciones de los hombres se han dejado escuchar desde esta gran tribuna. La Asamblea General de las Naciones Unidas, durante trece años, ha sido testigo de sueños y de decepciones, de actos de buena fe y de expresiones de intransigencia, de magníficas realizaciones humanas y de pasos modestos, pero decisivos, hacia la paz y la concordia.

¿Qué nos hace perseverar en estos deberes de diálogo y de negociación, qué hemos alcanzado y qué nos proponemos lograr? Grande es, sin duda, la tarea realizada en virtud de esta perseverante actitud; pero mucho mayor, el trabajo que nuestra voluntad reclama. Al ocupar, una vez más esta tribuna, pienso que los símbolos de nuestra esperanza se alimentan con los hechos de nuestra experiencia. Esta conjunción de la realidad sufrida y el deseo alentado, acaso podríamos llamarla: nuestra convicción, confirmada año tras año en nuestra fidelidad a principios que consideramos esenciales y que han guiado, tradicionalmente, al pueblo de México y —me atrevería a añadir— a los hombres de buena voluntad del mundo entero.

Reiteramos nuestra convicción de que la paz, la libertad y la justicia constituyen las bases del mundo que el hombre merece.

Reiteramos nuestra convicción de que el respeto hacia la integridad territorial y la independencia política de todos los Estados, es la condición inequívoca de la seguridad.

Reiteramos nuestra convicción de que todas las controversias internacionales pueden solucionarse por medios pacíficos, y afirmamos que el uso de la fuerza no sólo es moralmente repro-

* Fragmento del discurso pronunciado por su autor en las Naciones Unidas el 6 de octubre del presente año. El título ha sido puesto por la Redacción.

bable, sino prácticamente ineficaz para resolver los problemas de la convivencia entre los Estados.

Reiteramos nuestra convicción de que el derecho de los pueblos al pleno goce de las libertades civiles y políticas, y la garantía de un nivel de vida ascendente para las grandes masas del mundo, son condición indispensable de la paz universal.

Reiteramos nuestra convicción de que cada nación —producto de fuerzas históricas que no siempre es fácil comprender desde fuera— posee la plena facultad de darse el régimen político y económico que más le convenga, y de resolver soberanamente los problemas internos. Reafirmamos, en consecuencia, la validez del escudo que defiende este derecho autodeterminativo: el principio de no intervención.

Reiteramos nuestra convicción de que el mantenimiento de las instituciones democráticas de cada pueblo es materia de su exclusiva competencia interna.

Reiteramos nuestra convicción de que la prosperidad, como la paz, es indivisible. No se puede concebir un mundo de armonía en el cual la riqueza sea patrimonio de pocos, y el hambre condición de muchos. Si nuestro verdadero propósito es la paz, reconozcamos que el interés de uno es hoy el interés de todos.

En la peligrosa situación internacional de este momento los pueblos observan con temor y reserva la actitud de las grandes potencias.

El camino que llevamos por su voluntad o a pesar de ella, no es el que conduce a la paz y es ya sentimiento universal que urge cambiar de rumbo y de método.

Todos reconocemos la existencia de principios particulares legítimos, pero creemos que es posible resolver los más complejos problemas sin mengua de aquéllos y sin necesidad de persistir en acusaciones que la opinión pública universal juzga inútiles, monótonas y estériles. En nada beneficia a la humanidad la tendencia constante a culpar siempre al adversario y tratar de hacer recaer sobre él todas las responsabilidades. Ninguna ventaja se deriva, tampoco, de comparar las faltas, los errores y los abusos de unos y de otros. Es pueril la estadística política cuyo único fin consiste en encontrar cuál de las partes ha atentado con mayor frecuencia contra los propósitos y principios de las Naciones Unidas. La suma de dos males no da nunca por resultado un bien, ni la suma de dos errores una verdad.

Creemos en las afirmaciones, no en las negaciones. Y sabemos que no existe un solo pueblo indigno o abocado al mal.

Sin embargo, la política de la recriminación tiende a hacer creer que los hay, y a fomentar en el pueblo continuamente expuesto a la denuncia arbitraria un sentimiento de rencor e inflexibilidad. Pensamos, por ello, que a la tendencia recriminatoria es necesario oponer una política de silencio. Esto es, de silencio calificado. Silencio a las negaciones, al afán de culpar, a la acusación. No hay ninguna potencia libre de culpa para arrojar en nombre de la virtud la primera piedra y erigirse en juez de la conducta ajena.

El mundo no se divide en pueblos buenos y pueblos malos. Se divide, tan sólo, en una pluralidad de naciones que obedecen a impulsos espirituales diversos, a desarrollos históricos distintos, a orientaciones filosóficas diferentes. No es lícito, ni prudente, pensar que una nación fundada en la filosofía orgánica de Aristóteles y Tomás de Aquino responda a los hechos políticos, económicos y sociales de igual manera que una nación que reconoce su filiación filosófica en la doctrina individualista de Locke o en la concepción oriental del devenir. Para bien o para mal, el mundo continúa constituyéndose en naciones espiritualmente diversificadas. Lejos de persistir en juzgar unilateralmente a los demás, aboquémonos a comprenderlos, a sustraer de las particularidades que nos asombran, o por incomprensibles, nos molestan, la esencia común que, en el plano afirmativo, es parte del legado de la humanidad. Demostremos con inteligencia que es posible reconocer el rostro universal del hombre en la voz nacional de cada pueblo. Podríamos, así, cimentar la paz en su mejor terreno; el corazón y la mente de los hombres.

Cada día las declaraciones político-militares van poniendo grilletes, obstáculos y limitaciones a los gobiernos, enredados en constante combate dialéctico. El prestigio de las potencias se arriesga en cada nueva escaramuza y su libertad de acción se encierra en círculos cada vez más rígidos y estrechos. De esta manera se desvirtúa la valoración de los problemas y se dificulta el tratamiento realista de los mismos, adecuado a su naturaleza verdadera y a su auténtica significación. Los medios no corresponden a los fines y nos vemos lanzados por caminos que nos alejan de las metas.

Es necesario y urgente convenir en una tregua de silencio que permita revalorizar la situación internacional. Una suspensión de las explosiones verbales, un armisticio de meditación que acalle el ruido de las recriminaciones recíprocas, un pa-

réntesis de cordura en el intercambio de amenazas. La ciencia política salió ya de la infancia y es tiempo de que sus frutos correspondan a su madurez.

Yo sugiero, con humildad y con respeto para todos, un armisticio de silencio, una tregua en el ruido, que haga posible dialogar, con fruto, en voz baja.

Esta sería, debidamente calificada, la política de silencio —de elocuente silencio— cuya vigencia debiéramos aceptar desde este momento.

EL HOMBRE Y LA NATURALEZA*

Por *Elí DE GORTARI*

EL hombre es un ser natural que padece necesidades —como los otros organismos vivos— y que actúa directa y decididamente sobre la naturaleza para satisfacerlas y crearse otras nuevas. Desde el punto de vista biológico, el hombre constituye la culminación del desenvolvimiento evolutivo de una de las ramas de los primates, que se separó abisalmente de las otras, principalmente gracias a su posición erecta, la especialización de sus manos, su lenguaje articulado y el extraordinario desarrollo de su cerebro. En rigor, desde la época en que se diferenciaron nuestros primeros ancestros propiamente humanos, quedó suspendida la evolución corpórea del hombre o, al menos, dejaron de producirse en su cuerpo cambios suficientemente importantes como para dejar huellas notables en su esqueleto. Pero, justamente entonces, la evolución cultural empezó a adquirir un impulso vigoroso y permitió al hombre el comenzar a superar, en cierto modo, las flaquezas naturales de su cuerpo. En todo caso, los cambios biológicos que contribuyeron a la formación del hombre se encuentran conectados íntimamente entre sí —como ocurre por ejemplo, y de una manera tan notable, entre el cerebro y la mano— y, a la vez, se han afinado considerablemente, y de un modo recíproco, con los adelantos culturales. Sin embargo, el hombre no se encuentra adaptado bien para sobrevivir en un medio ambiente en particular; por lo contrario, carece de muchos aprestos específicos para responder de la manera más simple y directamente adecuada en ciertas situaciones. En este sentido, y casi para cada una de tales situaciones, hay siempre otro animal que supera ecológicamente al hombre; aunque esta superioridad corresponde generalmente a un animal distinto en cada caso. Ahora bien, mientras la especialización excesiva ha resultado a la larga desventajosa y hasta

* Desarrollo de la exposición presentada en el Seminario de Problemas Científicos y Filosóficos.

funesta para muchísimas otras especies animales; en cambio, la pobreza de su especialización ha obligado al hombre a aprovechar la riqueza que tiene de poder adaptarse, así sea trabajosamente, a una gran variedad de ambientes. En cierto modo, la posibilidad de echar mano, literalmente, de otros objetos naturales para superar las flaquezas corpóreas del hombre y, luego, de construir substitutos artificiales utilizando las materias primas de la naturaleza, ha sido una consecuencia de dichas flaquezas. Por otra parte, cada vez que el hombre ha conseguido reproducir efectivamente algún objeto natural —aprovechando intencionadamente los procesos naturales—, el propio ímpetu adquirido le ha impuesto la necesidad de desarrollar su artificio hasta poder crear objetos nuevos y mejores desde el punto de vista humano. De esta manera es como el hombre ha logrado, primero vencer a todos los demás mamíferos superiores y, luego, superarlos incomparablemente.

Con el desarrollo de la actividad de sus manos, el hombre pudo fabricar la herramienta, que reproduce y amplifica algunas de las operaciones que aquéllas ejecutan. Desde sus formas más rudimentarias hasta las poderosas y precisas máquinas contemporáneas —incluyendo los llamados "cerebros electrónicos"— todas son substitutos de las manos del hombre. En unos casos, la máquina aplica una fuerza mucho mayor, con lo cual multiplica enormemente el esfuerzo muscular del hombre; en otros casos, lo que hace la máquina es aumentar tremendamente la velocidad de ejecución; en muchas ocasiones, la máquina combina ventajosamente la rapidez con la multiplicación de la fuerza; y, en todos los casos, la máquina repite con gran exactitud las operaciones que es capaz de ejecutar. Y es justamente en esta exactitud con que una máquina repite sus movimientos, en lo que radica su eficiencia y, al mismo tiempo, su limitación. Por lo demás, las herramientas, las máquinas y las máquinas que fabrican otras máquinas, se encuentran por entero bajo el dominio humano: el hombre las concibe, las construye y las puede hacer funcionar a su voluntad. En cambio, ninguna máquina puede prescindir del hombre, ni mucho menos puede dominarlo. En rigor, los "cerebros electrónicos" no piensan; lo que hacen es ejecutar operaciones de cálculo a una velocidad tan vertiginosa que reducen extraordinariamente el tiempo que necesitarían muchísimos calculistas expertos, para resolver aquellos problemas matemáticos cuya complejidad consiste en tener

que realizar un número sumamente grande de operaciones relativamente simples. Además, para que los "cerebros electrónicos" funcionen, es indispensable que el hombre les suministre información —con arreglo a ciertas claves rígidas— y, luego, también es imprescindible que los resultados de las operaciones ejecutadas por el "cerebro" electrónico sean interpretados por el hombre. Por lo tanto, se trata sencillamente de máquinas calculadoras que son incapaces de plantearse ellas mismas problema alguno y que, de acuerdo con las investigaciones efectuadas en el dominio de la teoría de la información, tienen un límite máximo para sus resultados —que es inalcanzable en la práctica—, constituido por el contenido de los datos que se les suministran. O sea, dicho de otro modo, que de la misma manera en que la energía que se le suministra a una máquina mecánica es siempre mayor a la energía que aprovecha útilmente, así también, la información que se le proporciona a una máquina calculadora de cualquier tipo, siempre es superior al contenido de los resultados obtenidos por medio de las operaciones que ejecuta. En cambio, el cerebro del hombre tiene la capacidad de enriquecer el contenido de las informaciones con las cuales razona, haciendo que sus conclusiones superen con mucho a las premisas que le sirven como punto de partida; y, por otro lado, no solamente puede realizar mayor variedad de operaciones que todas las máquinas juntas, sino que ha sido —y sigue siendo— capaz de inventar tanto las operaciones como las máquinas de que se sirve para ejecutarlas. Por su parte, la mano del hombre tiene capacidad para efectuar una cantidad de movimientos distintos muy superior a la suma de todos los movimientos que realizan las máquinas; a más de esto, la precisión de la mano no puede ser igualada por máquina alguna y, más aún, el hombre sigue desarrollando continuamente la habilidad de sus manos, al mismo tiempo que construye aparatos cada vez más diversos para reproducir y amplificar otros tantos de sus movimientos manuales.

Pero, volvamos a las primeras herramientas. Como estos artefactos no forman parte integrante del cuerpo humano, no pudieron hacerse hereditarios en el sentido biológico y, por lo tanto, la habilidad necesaria para elaborarlos y utilizarlos tuvo que ser transmitida como una experiencia colectiva, primero a través del ejemplo directo y, después, conjugando el precepto con el aprendizaje práctico. La elaboración y el empleo de las herramientas y de los objetos que sirven para satisfacer las nece-

sidades humanas, constituyen una tradición que tiene que ser adquirida socialmente por cada hombre, después de que ha surgido del seno materno. Y esta tradición se enriquece de continuo: cada vez que una experiencia resulta útil o que una acción tiene eficacia, el hombre la comunica a sus semejantes para incorporarla a la tradición colectiva. Y esta comunicación, lo mismo que una buena parte de la enseñanza, se hace por medio del lenguaje. Por un lado, el lenguaje permite acumular los conocimientos y, por otro, los hace susceptibles de ser desarrollados ulteriormente por medio de la abstracción del pensamiento. La acumulación del conocimiento es indispensable para su conservación; pero, a la vez, implica la hechura de una ordenación racional y sistemática, que ineludiblemente lleva a establecer conexiones explicativas entre unos y otros conocimientos. De este modo, el conjunto relacionado ordenadamente de los conocimientos logrados, se convierte en un conocimiento superior a la simple suma de los elementos que lo integran, porque incluye sus enlaces mutuos. Por otra parte, esta acumulación del conocimiento no solamente es imprescindible para que cada nueva generación pueda reproducir todo aquello que conquistaron sus antecesores, sino que también sirve para hacer progresar al propio conocimiento. A más de esto, las conexiones sistemáticas establecidas entre los conocimientos logrados facilitan enormemente la incorporación de los nuevos conocimientos que se van adquiriendo; y, lo que es más importante todavía, dichas conexiones son utilizadas para formular previsiones hipotéticas, tanto acerca de nuevos enlaces entre los conocimientos ya sistematizados, como sobre objetos o procesos aún no conocidos en la experiencia. Así, por medio de la abstracción del pensamiento se anticipan muchos conocimientos, que luego son verificados en la experiencia; y, también valiéndose del pensamiento abstracto, es como el hombre formula sus planes y proyectos para la invención de artificios, que después tiene que probar en la práctica. Pero, cuando las anticipaciones teóricas son refutadas por la experiencia, o cuando los inventos proyectados no funcionan en la práctica, el hombre aprende igualmente de su fracaso o de su error, adquiriendo al menos el conocimiento de la imposibilidad de lo que había previsto racionalmente y encontrando otras posibilidades y nuevos elementos para la solución inteligente de su problema. En otro sentido, las especulaciones abstractas conducen a la creación de mitos "racionales" y al establecimiento de "explicaciones" analógicas de carácter má-

gico, en la medida en que tales especulaciones se aíslan de su obligada relación con la experiencia. De este modo, el pensamiento abstracto es un elemento indispensable para hacer avanzar el conocimiento y para inventar artificios, pero igualmente contribuye al desarrollo de la mitología y de la magia. En realidad, esta doble orientación se ha mantenido hasta nuestros días y se muestra en los más variados campos de la cultura humana. En la medida en que el hombre conquista a la naturaleza —ensanchando sus conocimientos y afirmando la eficacia de su actividad—, la toma como cosa propia y ve en ella el reflejo de su poder. Pero, también en la medida en que la naturaleza le es desconocida y ajena, el hombre pone su fervor en los mitos y trata de remediar ilusoriamente su impotencia con la magia. En todo caso, el alcance y la efectividad de la intervención del hombre en la naturaleza representan, de modo objetivo y real, el progreso de su dominio y la superación parcial de su impotencia.

En el prolongado transcurso de la edad paleolítica, el hombre consiguió elaborar cierto número de utensilios, mejoró su actuación en compañía y la cooperación con sus semejantes, llegó a fabricar herramientas para hacer herramientas, inventó el arco —la primera máquina, en la cual se aprovecha la fuerza muscular humana, sólo que es acumulada para utilizarla en el instante del disparo— y empezó a desarrollar el arte, que implica entonces propósitos eminentemente prácticos. Con esto, el hombre continuó el proceso de hacerse por sí mismo, afirmando y desenvolviendo su humanidad. Sin embargo, todavía no pudo introducir un cambio fundamental en su actitud hacia la naturaleza y en el carácter de su actividad práctica: se contentó con seguir tomando lo que podía coger, aunque mejoró enormemente sus procedimientos de recolección —a lo que estaba "al alcance de su mano", agregó todo lo que podía tomar por encontrarse "al alcance de sus herramientas"— y aprendió a discriminar entre los objetos que así se le ofrecían y a transformarlos notablemente por medio del fuego. Sin embargo, el control sobre el abastecimiento alimenticio sólo fue logrado realmente por el hombre con la transformación producida por la primera revolución económica y social: la revolución neolítica. La siembra, el cultivo y el logro de un mayor rendimiento de las plantas a través de su selección artificial, junto con la domesticación de algunas especies animales y su consi-

guiente aprovechamiento, sirvieron de base a la primera economía productora de alimentos. Con la introducción de estas modificaciones, el hombre inició el proceso de imprimir su propio sello a la naturaleza, haciéndola comportarse a la medida de sus necesidades y empezando realmente a humanizarla. Por otra parte, la producción de alimentos y otros objetos de uso, y el hecho de tenerlos literalmente a su entera disposición, dieron al hombre oportunidad y motivo para administrar su consumo, lo cual implicó necesariamente el que tomara medidas de previsión, acumulación y planeación económica, así fuera en forma rudimentaria. Además, el carácter autosuficiente de la economía neolítica no significó ineludiblemente el aislamiento social. Por el contrario, esta economía pudo existir —y, sobre todo, desarrollarse— gracias al esfuerzo conjunto de los integrantes de cada grupo y al contacto y el intercambio complementario con otros grupos sociales. Es más, justamente debido a estos esfuerzos y a esta cooperación fue como se perfeccionaron muchos utensilios, a la vez que surgieron y se desarrollaron otras invenciones de suma importancia, entre ellas el trabajo de los metales, la rueda y el empleo de los animales domesticados para tracción y para carga. Con esto, el hombre conquistó el dominio de la energía térmica, utilizó en su provecho la energía muscular de los animales y empezó a emplear algunas de las múltiples aplicaciones que tienen dos movimientos mecánicos tan importantes, como son el giro y la rodadura. Por otra parte, como una experiencia resultante de la guerra, se hizo el descubrimiento de que el hombre podía ser domesticado al igual que los animales y, ya sometido a esta condición, era posible sacrificarlo o aprovechar su capacidad de trabajo como esclavo.

La esclavitud vino a ser, en rigor, una consecuencia del incremento en la productividad del trabajo, que creó un excedente entre lo producido y lo consumido por cada individuo y permitió, al dueño de esclavos, apropiarse de dicho excedente. Al mismo tiempo, la esclavitud representó el comienzo del dominio de unos hombres sobre los otros, a costa de la deshumanización de los esclavos. Con base en esto se realizó la segunda revolución social y económica, la revolución urbana o civilización, que transformó la producción autosuficiente de alimentos en una economía productora de excedentes acumulables. Los fundamentos de la civilización se ampliaron notablemente con el desenvolvimiento de la artesanía y del comercio efectuado con

regularidad; y, al mismo tiempo, estos desarrollos trajeron como consecuencia el fortalecimiento de la posición social y económica ocupada por las ciudades, respecto a las poblaciones rurales. Por otro lado, la división del trabajo, la separación en clases sociales y la consecuente organización estatal de la sociedad se desenvolvieron como resultado de la introducción del riego artificial, el arado, el aparejo para animales de tiro, el bote de vela, la carreta, la horticultura, la fermentación, el trabajo del cobre, la invención del bronce, los acueductos y la fundición del hierro. Al propio tiempo, empezó el desarrollo estricto de los conocimientos científicos, principalmente con la escritura simplificada y fluida, la notación numérica sistematizada, el calendario, la agrimensura y los medicamentos eficaces. Pero, con todo, la civilización alimentó la contradicción fundamental existente en su seno: la concentración del dominio y la riqueza en unas cuantas manos, frente a la degradación y la deshumanización de los trabajadores manuales desposeídos. Además, esta situación afectó igualmente a pueblos enteros, que fueron sometidos al dominio de estados más poderosos, con la consiguiente formación de imperios en los cuales la calidad de "ciudadano" —tenida como signo de la plenitud humana— era privativa de los dueños de esclavos. Así, se generalizó la explotación de unos hombres por otros y la sujeción de los pueblos a los amos de los estados imperiales extranjeros. Por su parte, la magia y la religión se convirtieron —en manos de los esclavistas— en instrumentos poderosos para mantener su dominio sobre la sociedad y acabaron por transformarse, en definitiva, en obstáculos para el progreso social. De este modo, la revolución urbana, cuya posibilidad fue establecida por el conocimiento y la organización de la humanidad, fue explotada en gran medida por la superstición y condujo a la deshumanización de los más en beneficio exclusivo de unos cuantos.

No obstante, el régimen esclavista hizo aportaciones de la mayor importancia para la cultura humana y, en el plano de la reflexión racional, elaboró algunos de los elementos necesarios para la comprensión del humanismo. Así, teniendo asegurada su nutrición por el trabajo de los esclavos, el espíritu griego asimiló en forma crítica los conocimientos de sus vecinos, iniciando sobre ellos la indagación interminable por las causas de las cosas y advirtiendo, por primera vez, el flujo incesante y recíproco que existe entre el hombre y la naturaleza. En esta

penetrante búsqueda, Grecia descubrió al hombre como producto natural de la evolución, a su actividad como resultado de la vida en sociedad y a su pensamiento como parte de la técnica desarrollada para conseguir el dominio de la naturaleza. Logró, de esta manera, formular una interpretación puramente materialista y unitaria del universo, haciendo que la cosmología desplazara a los mitos cosmogónicos, que la ciencia substituyera a las prácticas mágicas y a las especulaciones metafísicas, y que el hombre empezara a darse cuenta de que la organización social también es producto de su actividad y puede ser modificada por su voluntad, tal como ocurre con los artificios en que convierte a los objetos de la naturaleza. Al interrogar por la relativa estabilidad de las cosas, dentro de su fluencia fundamental, los griegos descubrieron la pugna entre fuerzas opuestas, cuyo tenso equilibrio explica la aparente quietud y cuyo movimiento es causa y característica intrínseca de las cosas y de todas sus transformaciones. Y, estimando al hombre en su expresión mejor, lo destacaron en su aspiración por superarse y en su poder para la creación inagotable. Pero sólo más tarde, como negación de la flor del espíritu griego, fue que la cultura helena rindió sus frutos en Alejandría. Entonces se realizó la tarea de recoger en forma sistemática el enorme material acumulado. Disponiendo de una concepción universal y del instrumento lógico indispensable para la investigación metódica, se formuló la armonía de la conducta humana con la naturaleza y la concordancia entre la actividad práctica y el pensamiento. La posibilidad de dedicar esfuerzos considerables al trabajo paciente y laborioso de la ciencia, se apoyó en la realidad de una eficaz explotación de hombres y pueblos. Por esto es que datan de esta época los tratados sistemáticos y los textos ordenados. El transitorio divorcio planteado agudamente por Platón, entre la teoría y la práctica, terminó por disolverse prácticamente ante las innegables conquistas de la técnica encauzada por el conocimiento científico. En fin, si en el período propiamente griego se exaltó al humanismo, fue en la etapa alejandrina cuando se propagó la idea del mejoramiento del hombre, aunque sólo entre minorías reducidas; y mientras tanto, en la realidad, la inmensa mayoría permanecía dominada o esclavizada y, por lo tanto, deshumanizada.

Después del largo transcurso medieval, renació la confianza en el hombre y en su destino terreno. Con el Renacimiento, lo humano triunfó de nuevo entre los hombres e hizo posible volver

a vislumbrar una situación de bienestar material y espiritual. Resurgió la exigencia antigua por el estudio directo de la naturaleza, repudiando el sometimiento ciego a la tradición y a la autoridad. La observación permitió redescubrir, con fundamentada objetividad, que la infinita variedad de las formas en que las cosas se manifiestan no es la causa principal de su existencia, sino únicamente una consecuencia y un efecto de esa existencia. La reflexión penetrante enseñó que, de la misma manera en que la Tierra no es un cuerpo privilegiado en el universo, tampoco lo es el hombre, ya que en la naturaleza no existen privilegios de ninguna especie. Y, como consecuencia de este hecho medular, se llegó a concebir la posibilidad de establecer una sociedad sin privilegios, idea que por entonces quedó tan bellamente expresada en las utopías. De esta manera, no sólo quedó desechada la antigua concepción antropomórfica de la naturaleza, sino que el hombre y su sociedad fueron considerados, en cierto sentido, desde un punto de vista fisiomórfico. Por lo demás, la actividad extraordinaria que trajo consigo el enorme ensanchamiento del mundo conocido, vino a probar las inmensas posibilidades que el hombre tiene para superar sus propias facultades y para ampliar su dominio sobre la naturaleza. A la vez, se volvió a destacar con vigor el anhelo indeclinable por llegar a mejorar la sociedad, para permitir que los hombres vivan en condiciones más favorables. Después, justamente cuando se negó la universalidad de la actividad renacentista, surgió como su mejor fruto la ciencia moderna. La imagen del mundo se conformó a las dimensiones y las posibilidades reales del hombre. El paraíso perdido fue descubierto en la Tierra. La inducción se convirtió en el instrumento metódico para la manipulación experimental de los hechos. El experimento, por su parte, se acusó con nitidez en su característica principal, como la intervención planeada en los procesos del mundo, aislando y midiendo sus formas elementales, para poder esclarecerlas en su conjugación y explicar así el comportamiento objetivo de dichos procesos. A través de la nueva ciencia de la mecánica, se estableció en forma explícita la teoría y la práctica de la investigación científica. Al mismo tiempo, con el desarrollo de esa y otras disciplinas, se operó la transformación crítica de la ciencia antigua —cuyo rasgo peculiar era el estudio cualitativo de las magnitudes y relaciones de los objetos— para convertirse en la indagación superior que distingue a la ciencia moderna —como

precisión cuantitativa de las cualidades y como generalización de las relaciones fundamentales, expresadas en la forma de leyes científicas. Así, acumulando y comparando los descubrimientos fabulosos que entonces se hicieron en los más diversos dominios científicos, se volvió a la unidad del universo, solamente que en un plano muy superior al griego y substituyendo con hechos experimentados lo que antes eran anticipaciones geniales. Como consecuencia de todo este proceso —que se desarrolló al paso en que crecía la pujanza de la burguesía y constituyó obviamente uno de sus resultados— las posibilidades de la existencia humana mejoraron; aunque, como había sucedido antes, la gran mayoría de los hombres quedó únicamente como sustento obligado para la realización de dichas posibilidades, sin poder alcanzar los beneficios logrados.

Cuando la burguesía logró tener la madurez suficiente y se adueñó del poder, se inició un nuevo período del humanismo. Particularmente en Alemania, en donde se retrasó históricamente el encumbramiento de la burguesía, se operó en el pensamiento la revolución que no se pudo efectuar entonces en el régimen social. Con el estudio comparado de las religiones y como resultado de las investigaciones filológicas, se descubrió la fundamental coincidencia en el desenvolvimiento histórico de la humanidad, entre todas las culturas y por todas las regiones de la Tierra; refiriéndose tal coincidencia a las leyes de su desarrollo social y no a la simultaneidad de sus etapas. La religión misma se convirtió en un problema particular para la conciencia de cada individuo. En muchos casos, las manifestaciones humanistas de este período histórico mostraron un innegable tinte romántico. Pero, en general, lo que constituyó su rasgo más distintivo fue el rigor racional. La concepción del mundo en movimiento fue ampliada con el descubrimiento de que su proceso evolutivo conduce a transformaciones bruscas y de que su existencia tiene un carácter histórico, comprendiendo por lo tanto el nacimiento, la evolución y la muerte de todas las cosas. A la vez, se volvió a reconocer la importancia que tiene el aspecto teórico en la investigación científica. Con los efectos de la revolución industrial y del ejercicio del poder por la burguesía, el mejoramiento de las posibilidades de la vida humana superó con mucho al conseguido en todos los períodos anteriores. El humanismo se caracterizó entonces como aspiración a la libertad, a la igualdad y a la fraternidad entre todos los hombres. Sin embargo, tales

aspiraciones acabaron por ser transladadas al acervo de los símbolos románticos —de los cuales se abusa tanto al invocarlos a diestro y siniestro, sin la menor intención de llevar a la práctica su contenido— cuando la burguesía se afianzó positivamente en el poder por medio de la capitalización del ensueño liberal. Al fin de cuentas, la liberación solamente la consiguieron unos cuantos, a costa del trabajo inhumano de los demás y de la explotación imperialista de las colonias y los países menos desarrollados, con la consiguiente deshumanización —en grado aún mayor— de los hombres no liberados.

En el pasado inmediato, y como realización plena de los descubrimientos anteriores, se ha producido la revolución de la ciencia contemporánea. La evolución reconocida ya en los procesos geológicos y en los organismos vivos, fue descubierta también en el desarrollo de las estrellas y luego en el de las galaxias. La conexión entre la naturaleza inorgánica y la orgánica quedó bajo el dominio humano. Se escudriñó la conformación atómica de la materia en movimiento, encontrándose que los átomos están compuestos por partículas aún más pequeñas, que ahora son las que se muestran como indivisas. Se puso al descubierto la estrecha relación existente entre el desenvolvimiento económico y el desarrollo histórico de la sociedad. Se hallaron las bases fisiológicas y sociales en que se apoyan los procesos psicológicos. Con el descubrimiento de la conversión recíproca entre masa y energía, se penetró en niveles mucho más profundos de la existencia objetiva, tanto en los fenómenos ultramicroscópicos como en los astronómicos. Se disolvió el juicio sintético *a priori*. se hizo flexible la concepción de las categorías del conocimiento y el método dialéctico triunfó rotundamente en todas las ciencias, como el instrumento más poderoso para avanzar en las investigaciones. Se reconoció, además, que no sólo es imposible la especulación meramente teórica, sino que tampoco es posible la pura observación experimental, ya que los procesos son perturbados por el observador y por los instrumentos que emplea. Sólo que esta perturbación que provoca el investigador lo lleva a conocer, junto con el comportamiento propio del proceso estudiado, una de las maneras como le es posible al hombre intervenir en dicho comportamiento; y esta intervención en los procesos del universo es la que permite al hombre mejorar las condiciones de su existencia, lo cual constituye el objetivo primordial del conocimiento científico. Como resultado de este curso revolucionario de la

investigación y de sus aplicaciones técnicas, se ha conseguido una ampliación extraordinaria de las posibilidades humanas y se han creado las bases reales para la liberación de la humanidad entera, que es la condición indispensable para su efectiva humanización.

En este relato tan breve podemos advertir una característica esencial de la historia del hombre en sociedad: la existencia de un proceso de sucesivas negaciones. El humanismo clásico griego es negado y superado, al propio tiempo, por el período helenista de desarrollo sistemático de la ciencia. A su vez, y mediando el colapso medieval, la ciencia helena se eleva al encontrar su negación en el humanismo renacentista. Éste, por su parte, encuentra su cima, siempre en radical oposición y en negación abierta, con el desenvolvimiento de la ciencia moderna. Más todavía, este desenvolvimiento conduce pronto a su negación superior, transformándose en su opuesto a un nivel de mayor elevación, sobre todo en el humanismo alemán del siglo XVIII. Pero, sólo para quedar negado en el despliegue revolucionario de la ciencia contemporánea, en cuyo seno se desarrolla ya vigorosamente la fecunda negación de un nuevo humanismo. Ahora bien, este proceso de negaciones y de sucesivas negaciones de esas negaciones, se apoya sobre una base económica cada vez más amplia. El período humanista prepara y produce el rápido desenvolvimiento de la ciencia, a costa de su negación. Igualmente, el desarrollo de la ciencia conduce a un nuevo período de humanismo acendrado, en el cual se disuelve siguiendo un plano de superación. Sin embargo, cada etapa comprende íntegramente a la anterior, conjugándola dialécticamente con los elementos nuevos que fructificaron en su negación creadora. Ahora que, la conmoción producida por estas crisis de transformación siempre es acompañada por manifestaciones de angustia, de parte de quienes pierden la perspectiva y confunden la descomposición de un período con la extinción de la sociedad. Porque nunca desaparece una fase de este desenvolvimiento sin presentar síntomas aparentes de que se ha llegado a la culminación del progreso humano y de que tras de esta cúspide, solamente viene la decadencia irremediable y definitiva. Y, entonces, quienes toman la apariencia por la realidad y son incapaces de comprender históricamente a la sociedad, subvierten los síntomas proclamándolos como causas y les atribuyen una permanencia tan prolongada como la duración misma de la

especie humana. Así es como hemos podido advertir que la angustia del presente se concentró en la evasión del existencialismo, invocando a la desesperación como una condición humana imposible de erradicar. Y todavía hemos de presenciar el efímero surgimiento de otras expresiones de desencanto, con la pretensión de llegar a ser novísimas modas filosóficas.

En la actualidad nos encontramos nuevamente en marcha hacia el humanismo. El mundo se halla ahora en la tremenda crisis de su concepción, seguida ya en algunas partes de su desarrollo embrionario y, en otras, del trance de su doloroso nacimiento. Como en las ocasiones anteriores, la conmoción del presente va acompañada por el recrudecimiento de la violencia, desatada por quienes prefieren la desaparición de la humanidad antes que perder sus privilegios inhumanos. En realidad, vivimos en estos días el fracaso de la organización social basada en el dominio de unos hombres por otros y de unas naciones por otras. Pero, a la vez, por todas partes se advierten las señales de que se gesta y se desenvuelve ya el futuro luminoso de una organización social verdaderamente humana. Los avances formidables logrados en la aplicación técnica de los resultados de la ciencia, se han convertido en activos factores que impulsan el progreso social. Las condiciones tan favorables que se han creado para el mejoramiento del hombre —a pesar de que no siempre haya sido ésa la intención— son tan poderosas que no parece posible detener las fuerzas del progreso. En particular, el aprovechamiento pacífico de la energía nuclear y la conquista del cielo por los artificios humanos, constituyen las más brillantes perspectivas del porvenir. En cierto sentido, nos encontramos ya en la cumbre de una gran etapa del dominio humano sobre la naturaleza, aunque es claro que dicha culminación servirá, a su vez, como apoyo para iniciar otras conquistas que ni siquiera sospechamos ahora. En todo caso, el hombre ha podido humanizar en mucho a la naturaleza, apropiándose sus procesos y modificándolo con arreglo a sus propósitos. En cambio, el proceso de humanización del hombre se encuentra mucho menos avanzado y tropieza a cada paso con los intereses de la minoría que ejerce el dominio sobre la sociedad. Este obstáculo hay que superarlo definitivamente, para dar libre curso a dicho proceso de humanización. Pero, es imposible esperar que la superación se logre sin esfuerzo y sin lucha denodados. Y, por esto, la tarea indeclinable de la filosofía, como conciencia crítica de la realidad, consiste en extraer las consecuencias de

esta trayectoria incontenible, para proyectarlas hacia el advenimiento del nuevo humanismo y propiciar así, a través de la actividad práctica eficaz, la realización de las mejores aspiraciones del hombre.

Hasta aquí, podemos considerar que el hombre ha seguido siendo un ser de la naturaleza, aunque siempre en vías de superar esta situación. Las leyes de la historia, a pesar de ser distintas a las biológicas, no han dejado de actuar como si fuesen su prolongación. El hombre ha sido obligado a vivir en condiciones tales que el cumplimiento de dichas leyes produce inexorablemente consecuencias funestas. La lucha, la guerra, la destrucción y la explotación han seguido siendo parte importante de la historia humana. El hombre, al ejercer su acción sobre la naturaleza, ha recibido —en reciprocidad— la influencia de la naturaleza sobre su conciencia en formación y, así, a medida que la ha ido dominando también se ha dejado dominar por otros hombres. En realidad, las concepciones anteriores del humanismo han sido otras tantas tentativas para resolver esta contradicción, esto es, diversas formas que ha adoptado el anhelo de liberación del hombre. Pero, en todos esos intentos se mantuvo la escisión del hombre, desgarrando su unidad respecto a su realización en la naturaleza y en la sociedad. En cambio, actualmente se trata de formar y de desenvolver esa unidad de modo consciente y efectivo, tendiendo a la humanización completa de la organización social y excluyendo todo aquello que represente un privilegio de una parte para dominar a los demás. Lo que está en marcha es la actuación decidida hacia la conquista de la posesión real, por el hombre, de la naturaleza y de su existencia social. Se trata de alcanzar la universalidad del hombre, con base en la humanización de la naturaleza y de la sociedad. Y en esta unidad —conjugación armoniosa de su ser social con su ser natural— el hombre se esfuerza por lograr la verdad del hombre, es decir, su humanidad realizada. En todo caso, para que sea real esta armonía entre el ser social y el ser natural del hombre, es indispensable que se sustente en una sociedad estructurada racionalmente, de tal manera que todos y cada uno de sus miembros participen en el esfuerzo colectivo de transformar a la naturaleza y elevar la condición humana. Entonces, cuando los intereses individuales se aproximen cada vez más a los propósitos de la colectividad, hasta llegar a coincidir en lo fundamental, cada quien trabajará en la plenitud de

su capacidad y de su inteligencia, con lo cual la vida social será mejor, más rica, más luminosa y, sobre todo, más humana.

Además de los rasgos principales que hemos esbozado, podríamos seguir apuntando otras de las características generales que tendrá la sociedad, cuando el hombre y la naturaleza se encuentren en completa armonía. Pero, lo más importante no es tratar de anticipar aquí una descripción de lo que va a suceder, sino el señalar fundadamente *cómo se va a producir.* Esto es lo que distingue radicalmente al humanismo en nuestro tiempo, de todos sus antecedentes históricos. Desde luego, el humanismo actual no tiene nada de utópico, porque ahora existen realmente las bases científicas y técnicas y los recursos naturales suficientes para obtener una producción económica tan abundante, que asegure un nivel verdaderamente satisfactorio en una distribución equitativa universal de los bienes y servicios. A la vez, con el reciente dominio humano de la energía atómica, nos encontramos apenas en el principio de la mayor revolución técnica de la historia, con la circunstancia de que las fuentes de esta energía se encuentran en todos los objetos existentes y, por lo tanto, las reservas de este "combustible" son prácticamente inagotables. A esto se agrega el hecho de que, incluso en las condiciones actuales del mundo, la cantidad y la importancia de las aplicaciones pacíficas de la ciencia —en la industria, en la agricultura, en la salubridad, en la planeación económica y hasta en el pensamiento— superan con mucho a sus aplicaciones bélicas. No obstante, el peligro de una nueva guerra mundial es completamente real debido a los grandes preparativos militares, políticos, económicos y de propaganda que se hacen. En particular, las bombas nucleares no sólo producen el más justificado de los terrores, sino que han colocado ya a la humanidad entera ante un daño presente y gravísimo —que alcanza también a las generaciones futuras— por la lluvia radiactiva que esparcen por toda la Tierra las explosiones de prueba. La situación es tremenda y, de persistir en ella, la humanidad camina hacia el fondo de un callejón sin salida. Pero, como lo señala la reflexión más elemental, esta situación tiene una solución única e indiscutible: el único medio para evitar los daños y riesgos que causan las bombas nucleares es el de suprimirlas en definitiva y cuanto antes mejor. La realización práctica de esta solución tan obvia es lo que presenta grandes dificultades. Es más, considerando estas dificultades conjuntamente con las mu-

chas otras condiciones negativas que sufrimos actualmente, hasta parece ser imposible la perduración misma de la vida humana. Sólo que, como lo ha mostrado otras veces a lo largo de su historia, el hombre tiene la capacidad de superar las situaciones en que todo parece perdido. Y esta capacidad consiste en la actividad humana ejercida en cooperación.

A través de la cooperación de todos los hombres y mujeres contemporáneos, en nombre propio y de sus descendientes, es como se puede llegar a la solución de abolir las armas atómicas. A la vez, este será el primer paso en el sendero que conduce hacia el desarme total, basado en la igualdad de derechos de todas las naciones, en el reconocimiento de su independencia y en el respeto a su integridad territorial. Ejercida sobre estas bases, la cooperación fincará la confianza y la comprensión entre los hombres y entre las naciones. Y, si esta cooperación se mantiene y se desarrolla, no sólo se evitará la guerra ahora y en el futuro, sino que todos los recursos técnicos y económicos que la propia cooperación humana ha descubierto, inventado y producido se pondrán al servicio del progreso social y del mejoramiento de la vida de los hombres. Sin duda, por medio de la actividad en cooperación es como la capacidad humana para transfomar a la naturaleza ha podido superar todos los límites. Y, como es fácil advertir, los efectos de estos cambios producidos por el hombre sobre la naturaleza son de tal carácter y magnitud, que los resultados de la actividad humana sólo podrán desaparecer con la destrucción de la Tierra. Pues bien, esta misma cooperación aplicada a la sociedad puede llegar a producir también efectos irreversibles tan profundos en la organización social y en la conciencia social del hombre, que únicamente terminaran con la desaparición de la sociedad y, por ende, de la vida humana. Estas son las posibilidades concretas que existen actualmente para que el humanismo se realice. De lograrse su realización a través del proceso apuntado, su implantación ya no podrá desaparecer, a menos que también desapareciera el hombre. Y, entonces, los hombres proseguirán libremente su gran tarea de humanizar a la naturaleza, haciendo que la lucha por la superación humana se concentre fundamentalmente contra la muerte y en favor de la vida.

A PROPÓSITO DE LA REVOLUCIÓN*

Por *Mariano PICÓN SALAS*

LA palabra Revolución tuvo vibrante vigencia explosiva en los años que precedieron a la Segunda Guerra Mundial. Y tanto las gentes de izquierda como las de derecha invocaron míticamente ese vocablo que les permitiría forjar de nuevo el mundo a su imagen y semejanza. Muchos retardaron para la llegada de la Revolución todo proyecto vital y aun interpretaban las cosas más comunes y cotidianas: unos días de zozobra económica, cualquiera incidencia política, a la luz de una dialéctica demasiado abstracta que concatenaba los sucesos para desembocar en el estallido revolucionario con la previsión y determinismo de un fenómeno físico. ¿A qué darle tanta importancia a la Cultura burguesa —decían muchos—; al Código Civil, a las instituciones políticas conocidas, a las normas morales, si todo eso cambiará torrencialmente cuando se inicie la Revolución? Hasta el amor que tenemos por una muchacha y nos produce tan dulce congoja, será acaso distinto cuando la estructura de la sociedad haya cambiado. El Capitalismo se estaba destruyendo de sus propias contradicciones y podía compararse al barco zozobrante arrasado de un oleaje furioso. La marejada ha subido hasta el timón; paraliza las máquinas, desata el incendio y los pilotos sólo buscan en el Océano la roca donde encallar. Aún el Fascismo que se había impuesto en Italia y amenazaba con más crueldad y furor en Alemania no era para aquellos dialécticos sino el braceo del ahogado, la última máscara defensiva de la reacción que no podía ya vestirse con el traje de parlamentarismo, tolerancia y respeto de las minorías y disidencias, que usara en el siglo XIX. La época que venía —según ellos— era de la más acerada creencia, de dogmas y mitos rígidos que sacarán al hombre de su último diletantismo e indecisión, para disciplinarlo en la tarea colectiva. Y para que acaso fueran felices los hombres del siglo XXI nosotros deberíamos reglamentarnos, someternos a un nuevo sistema mental,

* Capítulo de un libro inédito.

adquirir la descarnada pasión fanática que nos faltaba. Robespierre y Lenín, aquel gélido y empolvado Robespierre, guillotina humana que nunca dudó de sus simples y feroces ideas y de su lamentable prosa, y Lenín el misterioso pasajero del tren blindado, que según los recuerdos de Trotski pasó por las ciudades europeas sin recrearse en la belleza de una mujer o de las obras de arte, eran los nuevos arquetipos humanos. El ideal revolucionario debería formar gentes tan secas y austeras como los monjes de la "Trapa". El "de morir tenemos" de los cartujos, se reemplazaba por un "A M R G", "ad majorem revolutionae gloria" que nos obligaba a deponer todo impulso individual en nombre de las masas.

Cómo las gentes seguían amando, viviendo y esperando, en medio de la general convulsión quería descrifrarlo a través de algunas novelas soviéticas —excomulgadas después por el Santo Sínodo Rojo— a ejemplo de aquella obra de Fedin, "Las ciudades y los años". Pero cuando un amigo me dio la vibrante novela de Pilniak "El Volga desemboca en el Mar Caspio" reparaba con ingenuidad juvenil que ahora la pasión, más que en el juego de los sentimientos humanos se volcaba en una aventura técnica, transformadora de las condiciones materiales de la existencia como la epopeya de los ingenieros y los obreros que construían las grandes usinas de Rusia. Y para erigir una gigantesca represa (era la más trivial moraleja), ¡qué diferente ese Volga de la novela de Pilniak, de aquel que yo me tenía bien leído y aprendido en las novelas de Tolstoy y Dostoievski, en las propias novelas de Gorki, con sus bateleros y sus popes de aldea, sus "mujicks", sus gitanos y titiriteros, el vagabundo del pueblo que cuenta hermosos cuentos y el "starotza" que hace milagros! Lo mismo que en el de la "represa", el mayor mito que se denomina "Revolución" obligaría a las gentes a todos los sacrificios: aun el de su libertad para que en dos, tres, cuatro siglos se impusiera la sociedad sin clases. Con catecismos dialécticos como el de Bujarin —purgado pocos años después por contra-revolucionario— se aleccionarían las gentes para aprender todo lo que debe saberse sobre el Estado, la Sociedad, la Economía. Casi —según algunos— era conveniente despojarse de un excesivo caudal de Cultura burguesa; del gusto por la Música y la Poesía cuando no estaban impregnadas de clara intención social; de todas las bellas fábulas que nutrieron la Literatura de Occidente, para que naciese otra edad de la

Historia. ¡Qué pobre imagen del Arte —como si se tratara de la harina o la cerveza— me daba aquel librito en que se fundamentaba la más tosca estética marxista de Plejanov; o qué opacada idea de la Historia para quien leyó de muchacho los románticos libros de Michelet y siguió la peripecia de los cruzados o de Juana de Arco! Era como si me sustituyeran una brillante tapicería por un escueto muro de cal. Porque la visión de la historia para los marxistas más rudimentarios que ni siquiera leyeron a Marx y se contentaron con Bujarin, se trocaba en rígido esquema determinista, en estrecha Teología de predestinación que dividía a los grupos humanos entre réprobos y elegidos. Mi choque con esa elemental Literatura revolucionaria no procedía de que yo rebajara el sentido de la palabra Revolución —hubiera dejado de ser joven para dudar de ella—, o de que creyese que el mundo estaba perfectamente bien hecho y los cánones y formas de la vida de la burguesía eran insuperables. Reaccionaba tan sólo contra la tosca simplificación de la varia y maravillosa diversidad humana. Los propagandistas habían aprendido su doctrina en el librito de Bujarin y sometían todas las cosas a un esquema preestablecido, sin nueva curiosidad o pesquisa. Cuántas gentes —aun políticamente— se frustraron por su incapacidad de contemplar las cosas distintas y suponer que el mundo se quedó en 1848 cuando el profeta Marx erigió su visión apocalíptica! ¿Pero el valor poético de toda Apocalipsis no consiste en su posibilidad de interpretación? Desde el libro de Ezequiel toda profecía se interpreta, y los exégetas la van adaptando a la fluida realidad. Ni los conceptos de "burguesía" o "proletariado" no eran en nuestro siglo absolutamente equivalentes a como Marx los definió en el siglo XIX. Y la bestia negra del "Capitalismo" contra la que se dirigían todos los impulsos de la Revolución, no parecía ya de estructura tan simple como en la época del "Manifiesto Comunista". Entre el patrón explotador, ahito de la plusvalía que añade a las cosas el trabajo y la fatiga de los obreros explotados, actúan en la sociedad presente otras fuerzas más complejas embozadas en la Compañía Anónima o en las funciones de los técnicos. No se trataba de defender el capitalismo sino de buscar para el hombre una liberación más radical que la de la Ley de bronce del salario. Y ninguna dictadura, aunque se llame la bendita y transitoria de los proletarios, puede establecer la libertad, por la contradicción intrínseca de los términos.

Si ese marxismo de los propagandistas idealizaba al proletario —como clase social— rebajaba al hombre y confinándolo dentro del determinismo naturalista, no suponía que pudiera superar las fronteras y los prejuicios de la situación económica para transcender a más alta esfera de creación, invención y utopía, como la que realizan la Ciencia o el Arte. ¿Era la filosofía de Spinoza la de un pequeño burgués menospreciado, o parecía más bien un grito de liberación y de coraje metafísico sobre la soledad humana, llámese noble, obrero o burgués? ¿Definimos todo el encanto de la música de Mozart o de la doble raíz —ingenus y prometeica— de la poesía de Goethe, llamándola finales productos de la muriente cultura cortesana? ¡Y en la creciente e interminable lucha por la autonomía del hombre, y contra la opresión y miedo de las épocas más lóbregas cuando se achicharraban herejes y se ponía cadena perpetua al adversario, se empezó a conquistar la libertad política, la tolerancia para las ideas y el derecho a la disidencia. Ahora, en el mito de los más duros fanáticos se nos invitaba a dar vuelta a la hoja; quería prescindirse de la Cultura anterior y se sometía la humanidad a una nueva "tábula rasa" en que los jerarcas del partido o los novísimos inquisidores, determinarían lo permitible y pensable. No hagáis ruido; no perturbéis con un pensamiento heterodoxo el desarrollo de la revolución! "Hasta que no se extirpe la clase enemiga, el reclamo de libertad puede ser extremadamente peligroso". ¿Y cuándo reinará la libertad; cuándo las gentes podrán estudiar por igual a Marx y a Santo Tomás de Aquino, cuándo escucharemos una hermosa música o disfrutaremos de un perfecto poema, sin necesidad de ponerles la etiqueta de "burgués" o de "proletario"? —Cuando la situación histórica así lo permita y se haya realizado la "sociedad sin clases". ¿Pero es que la libertad es sólo dádiva lejana que nos ofrezca un régimen o un momento de la historia, o más bien terrible aventura afanosa, tan frágil como la vida, que es necesario salir a ganarse cada día? ¡Qué grave y espúrea una libertad que se nos diera o limitara por decreto del Estado!

Pero, ¿qué se hace con la libertad burguesa? Cuentan que dijo Lenín en un diálogo famoso con el famoso catedrático socialista español Fernando de los Ríos. Y don Fernando olvidó responderle que con ella se hizo, por ejemplo, la teoría marxista y los poemas de Heine, tan gratos a Carlos Marx. Dialécticamente, dentro de la libertad "burguesa" se engendró el marxis-

no, como será de esperar que éste dentro de doscientos o tres-
ientos años genere otra teoría diferente. De otro modo, nega-
íamos la Dialéctica. Porque la idea de Revolución era para mí,
legar mucho más lejos que a aquel hermético paraíso de bronce
n que se trocó la llamada dictadura del proletariado. Negando
a dialéctica los intelectuales comunistas durante treinta años
o quisieron perturbar los sueños y los planes del camarada
talin. Y Stalin debía pensar —con autoridad de dogma—
o sólo sobre política sino también sobre Genética, Filología y
'intura. ¿No era, en territorio opuesto, lo mismo que decía
l ministro de Justicia de Adolfo Hitler: "Antes teníamos el há-
ito de decir qué es esto: ¿justo o injusto?" Hoy la pregunta
iene que formularse de otra manera: ¿qué es lo que diría nues-
ro Fürher?"

Mi choque con los sectarios fanáticos, los gélidos hombres de
artido a quienes solía encontrar en cafés y reuniones noctur-
as ofreciendo las teorías del último folleto, procedía de amor a
a justicia y a la casi imposible pureza que asociaba a la palabra
revolución". Mis estudios universitarios de Filosofía estaban
mpregnados de moral kantiana. Y no concebía —acaso con ri-
idez opuesta— ningún movimiento político sin imperativo ca-
egórico. No me importaba el reparto comunitario de los bie-
es de la tierra; que como en la *Utopía* de Tomás Moro nos
ambiásemos en un armonioso mercado común lo que producía-
nos, y yo daría clases o escribiría libros o artículos a cambio de
n traje, unos zapatos o unas libras de café, pero disfrutando
odos de nuestro derecho al sol o al aire; de pensar y escribir lo
ue nos soplase la imaginación. Casi negando la historia, entre
a sociedad que debía nacer y las épocas anteriores, aquellos
anáticos —que acaso no entendieron al propio Marx— erigían
na solución de continuidad, y con los epítetos de "burgués" y
reaccionario" hubieran negado el arte y la literatura de las
dades precedentes. Dostoievski se les tornaba peligroso por su
xcesiva religiosidad y subjetividad, porque abandonando los
nóviles económicos lanzó sus personajes en desesperada busca
e Dios; Tolstoy por su doctrina casi búdica de la no resistencia,
an opuesta a la teoría de la guerra revolucionaria. El tremendo
nigma de si el hombre no trasciende de esa causalidad, tan
ropia del mundo de los animales, para erguir más allá de la

urgencia biológica o de la motivación estrictamente económica, un superior sistema de valores.

Traduciendo mi sentimiento juvenil de aquellos días, "Revolución" se llamaba lo que transformaría progresivamente los males de la sociedad. Que hubiera menos miseria; que la máquina —ya no monopolizada por el capitalismo— aliviara la pesada carga de agobiante trabajo manual que aún pesa sobre las masas proletarias; que no hubiera gentes sin nutrición, vivienda y vestido, y no sólo las minorías adineradas o subvencionadas, tuvieran derecho a la educación y la cultura. En nuestro mundo sur-americano, servilmente atado a las grandes potencias que imponen al mundo sus sistemas de economía y estilo de vida, tan soñada Revolución formaba parte de un inconcluso capítulo de la Independencia nacional que no terminó cuando Bolívar y Sucre dieron en el Perú las últimas batallas contra los españoles; cuando los diplomáticos firmaron en Madrid y Londres tratados de paz y comercio recíproco; o cuando Mr. Monroe quiso proteger las Américas de las posibles agresiones de la Santa Alianza. ¿Pero no trabajamos todavía como siervos coloniales para las grandes potencias y los consorcios; no les entregamos todas nuestras materias primas para que ellos las transformen, manufacturen y vendan; no pagamos a precio de usura las líneas de ferrocarril y los empréstitos que nos concedieron? ¿No levantaba el desarrapado "roto" chileno sus lingotes de cobre, y el ovejero de Patagonia sus libras de lana, para que se las llevaran por poco precio las foráneas empresas inversionistas? Aquel capitalismo erigido sobre pirámides de universal miseria ¿no apoyaba dictaduras y regímenes de fuerza en casi toda la América Latina para que las masas no pidieran más alfabeto, más salario o más comida? Como tosco mayoral dotado con los millones de cada regalía e instrumentos de suplicio para atemorizar a su pueblo, un Juan Vicente Gómez cuidaba en Venezuela los pozos de petróleo, así como los dictadores de Centro América vigilaban las plantaciones de bananos.

¿Qué íbamos a hacer los intelectuales ante la explotación y despojo que padecían nuestros pueblos? Casi llegábamos a admirar a tantos bandidos de la Revolución Mexicana, héroes de la "balacera", al estilo de Pancho Villa, asaltando los trenes donde escapaban los expoliadores, "afusilándolos", sin darles tiempo a encomendarse a la Virgen de Guadalupe. Nos parecía nuestro deber —contra esa fuga de la Historia que practica-

con otras generaciones como la de los modernistas— esclarecer la situación histórica y prepararnos para los cambios ineludibles que traería el tiempo. Junto a nuestros libros universitarios de Letras y Filosofía, colocamos algunos de Política y Ciencia Económica. Tener más perspicacia para entender lo que viene que aquellos letrados y aristócratas romanos a partir del siglo III, que según Gastón Boissier nunca pudieron explicarse la emergencia del Cristianismo llamándola religión de gentes sucias, de enfermos o de esclavos. ¿Y cómo habiendo mitos y dioses tan bellos como los del Olimpo y vida tan refinada como la que se hacía en Roma, muchas gentes se alucinaban con el extraño culto oriental, iban a castigar sus cuerpos en las más agrias espeluncas, o aceptaban con torpe tozudez ser sacrificados a las fieras?

Admirábamos —sin comprenderlos siempre— a aquellos estudiantes chinos de la famosa novela de Malraux, casi orgiásticos y febriles en el peligro, dispuestos a cumplir entre catástrofes y metrallas, su tremenda idea. Era hermoso pensar que hasta en nuestras tierras adormecidas de la América Latina el mundo iba a cambiarse, y en los puestos de mayor sacrificio se necesitaban los jóvenes. Que se liquidaría un pasado de convenciones y mentiras para imponer la verdad. Quedaba algo de proclama, de pólvora para las futuras batallas, de propaganda subconsciente en nuestras reflexiones de entonces. Conocí en esos años juveniles gentes que se prepararon tanto para el día de triunfo o de Apocalipsis, que anticiparon todos los esquemas, todos los cálculos, todos los planos, a fin de que la nueva sociedad saliera de sus manos como un vestido bien hecho. No había dudas para su fe, no esperaban que les pusiese una trampa la cambiante naturaleza humana, y decidían de antemano qué iba a hacerse con las tierras, las minas y los bancos: cómo orientarían la Cultura y asegurarían por milenios la prosperidad y concordia de las multitudes. Cualquier argumento en contra, lo recibían como escrúpulo de intelectual pusilánime, de hombre que todavía no se templaba en el yunque ardoroso de la Revolución.

De tiempo en tiempo inquiríamos si era rigurosamente cierto que el mundo marchaba a una edad de ecuménica justicia; que como en la Utopía iluminista, la Ciencia estaría expulsando los últimos fantasmas que turbaban nuestro espíritu; que algún día la técnica y el mejor reparto de los bienes terrestres aboliría la tenebrosa miseria, y la Libertad de pensar, de ser creyente o

de ser hereje no sería privilegio de una minoría intelectual sino meta de todos los hombres. Preguntábamos si las fuerzas progresivas que aspiran a mejorar el mundo, no reanudarían su cotidiano combate contra las fuerzas del mal en la historia humana. No hemos cambiado mucho desde que se escribió la Biblia y toda promesa de redención se rompe por innumerables caídas. Toda Teología con su noción del mar y sus símbolos contrapuestos de la luz y de las tinieblas, parece explicarnos una constante de la Historia que no logran siempre esclarecer los avisados sociólogos. Contra el optimismo de nuestra ilusión revolucionaria, ¡cuánta sangre y oprobio, diáspora cruel y retorno a estadios más bárbaros, en el civilizadísimo siglo veinte! ¡Qué anacrónicos se habían hecho en pocos años libros que leímos en nuestra adolescencia y pintaban la civilización como coloquio de gentes benévolas, finamente irónicas, corteses y tolerantes, como los personajes de Anatole France! Cuando ya parecía universal la Democracia, en viejas naciones europeas se imponía el totalitarismo leviatánico. En comarca de filósofos y músicos como Alemania, los verdugos ascendieron a jefes de Estado. En la tierra de la moral kantiana, las multitudes hebetadas o idiotizadas podían leer a *Mein Kampf*.

Con mis reparos de estudiante de Historia reunía estos hechos contradictorios y suscitaba la discusión de tantos amigos revolucionarios. Pero muchos, petrificados en la doctrina, casi no querían considerar los hechos nuevos y todo parecía explicarse simplistamente como última defensa de la reacción antes de que las clases oprimidas terminen de quebrar sus cadenas. ¿Y cuando ya todo esté resuelto, hacia dónde se dirigirá la angustia o la protesta del hombre Prometeo? ¿No se corre el peligro de que la Revolución que triunfe caiga en el mismo optimismo, en "ese mejor de los mundos posibles" que se atribuye a la burguesía? Pero contestando que acaso, por inquirir tanto, era yo anarquista y jamás tendría firme conciencia de clase, acallaba mis dudas el "adoctrinado" compañero.

INQUIRÍ después si en la pasión revolucionaria de muchos no se escondía algo ajeno a la idea misma de Revolución, como el muy terrestre apetito y estrategia de poder. O si el creciente inmanentismo del hombre moderno después que se rebeló contra lo religioso, sexualizó enteramente el amor, o no pudo penetrar

al mundo trágico del Arte —refugio de escasos iluminados— cifró en el predominio político y económico la más valedera prueba de lo humano. La "libido dominandi" se hace presente como nunca en el hombre actual por lo mismo que todos los poderes se secularizaron; no fueron ya teóricamente el privilegio de una clase, de un Rey, un heredero o un ungido divino, y cada persona pudo aspirar a un puesto representativo en la sociedad que antaño se reservaba a príncipes y aristócratas. La sustitución de la democracia por un nuevo "condotierismo" abierto a los audaces y a los demagogos, aparente panacea de desesperados, fue signo crítico de la época cuando después de la Primera Guerra Mundial las formas de la Economía y de la vida social precedentes, se mostraron terriblemente agrietadas. Las multitudes hambrientas o vencidas que se paseaban por los devastados países de Europa después de 1918 no tenían paciencia para esperar serenamente que se reconstituyera la más legítima soberanía popular. El pequeño intelectual frustrado o resentido, el militar sin esperanza de rápido y próspero ascenso, estaban dispuestos a convertirse en demagogos e iban a buscar una especie de realengo poder político que se les ofrecía en las plazuelas. El mito de la "Revolución" ya no sólo encarnaba la idea de una nueva justicia distributiva y de ascenso de los explotados, sino más bien de descrédito de las leyes y mesianismo histórico que ejecutarían los furiosos profetas. Había que destruir toda situación anterior, trastornar el sistema tradicional de valores, delegar la soberanía ya no en un gobierno parlamentario sino en el "duce" o en el "fürher", que prometían crearlo todo de nuevo. "Vamos a ver qué pasa" acaso se dijeron las muchedumbres hastiadas y desorientadas que seguían a Mussolini en 1921. ¿Esto irá a la izquierda o a la derecha; será efectivamente una revolución social al estilo de la que se había producido en Rusia o terminaría pactando con los capitalistas? Ya los obreros parados ocupaban las fábricas; cantaban himnos y desafiaban a los adversarios con sus agresivas camisas. Sin duda que un difuso espíritu de subversión se nutría de las imprevisiones de la democracia y los pobres y abandonados pretendían cobrarse de los estragos de la guerra.

Gran oportunidad para que nuevos tribunos del pueblo o simples "condotieros" de la aventura política salieran a conquistar las masas. El espíritu histriónico de que se contagia toda muchedumbre cuando hay un titiritero que la sugestione, se tro-

caba en imprevisible fuerza. Más que el momento de Pericles parecía el de Cleón. Cuando con su excelente voz y golpeándose el pecho hinchadamente atlético, Mussolini decía "A noi", el pueblo que lo escuchaba tenía la imagen de que toda Italia con sus minas y torrentes, cipreses, mármoles y olivares, las solfataras del Vesubio y la más crinada agua azul del Mediterráneo, eran propiedad particular de cada uno. ¡Qué fácil y liberado era decir "¡A noi!" frente a las lentas fórmulas jurídicas y los compromisos de Partido que ofrecían los gobiernos parlamentarios! Una falsa mística de juventud y eficiencia se oponía a lo que se consideraba parsimonia y vetustez de la política precedente. Bastaba decir "¡A noi!" para marchar tras las banderas y los uniformes como en nuevo y agresivo desfile de carnaval. Junto a los gritos y los estandartes se yerguen los garrotes y los frascos de aceite catártico para castigo de escépticos y disidentes. La palabra "Revolución" legitimaba con vaga promesa de futuro, con el natural descontento por la situación presente, toda medida que parecía arbitraria o imprevista. Los "revolucionarios" fascistas y nazis ya ni siquiera necesitaban estudiar el Materialismo histórico —como los jerarcas rusos— sino creer en el Duce o el Führer. ¿Qué importaba en Italia que un pensador como Croce estuviera esclareciendo los mitos de nuestra edad histórica y tratando de moderar con Filosofía, la obcecación de los fanáticos? La multitud no entendería jamás los documentados artículos del Profesor Croce pero estaban abiertas todas las radios y el maravilloso foro de la Plaza Venecia para que las colmara la voz de Mussolini.

Si el estado democrático presupone la discusión y el sereno sistema legal —que nunca puede ir tan rápido como las solicitaciones de la multitud— ahora era más fácil y espectacular entregarse al improvisado taumaturgo que en nombre de una Utopía revolucionaria promete el próximo paraíso. O el excesivo racionalismo de la Democracia, heredera de las ideas de la Ilustración no calculó los fenómenos de espontánea emocionalidad que emanan —lo mismo que en un espectáculo de circo— de la muchedumbre excitada por las consignas demagógicas. Y el otro fenómeno de resentimiento e intoxicación moral colectiva tan agudamente analizado por Max Scheler. Al hábil actor político, al Duce o al Fuhrer, ya no sólo se le entrega la representación de la soberanía, sino se le hipoteca la Libertad. Se impregna el mito de la Revolución ya menos del deseo de

justicia de los expoliados, como del afán demoníaco de agitadores y caudillos que intentan rehacer el mundo a su guisa. La idea de justicia se metamorfoseaba en venganza, y cada una de las sedicentes "revoluciones" buscaba su "chivo expiatorio" al cual transferir los oscuros sentimientos de odio y de frustración. A un método de investigación experimental que sociólogos y economistas hubieran aplicado a las dolencias del Estado, se le sustituía por grandes abstracciones y propagandas como las que se endilgaban contra "los judíos", "la democracia liberal' o las "razas impuras". Se quería ensayar contra el peso de la tradición y el pasado, la nueva "tabula rasa". Cada Dictador quería cumplir en sí el primer capítulo del Génesis y anunciaba el advenimiento profético de su propio milenio.

La idea de "poder político" perdía todo fundamento moral y se trocaba en estrategia para adquirirlo y conservarlo. ¿Hay una técnica para mantenerse en el poder, análoga en su determinismo materialista a la que hace funcionar una máquina y expande la energía de un motor de combustión interna? Desde el viejo libro de Georges Sorel hasta Trotsky y Curzio Malaparte, una porción muy importante de la literatura política de la época se destinó a averiguar cómo se conquista el poder como fin supremo y autónomo. Se formulaba el nuevo "maquiavelismo" de una edad tecnológica en que la electricidad, los ferrocarriles y aviones, la gran prensa, la radio y todas las formas publicitarias tienen mayor importancia que el coraje del "condotiero" armado. He conocido muchas gentes, verdaderos endemoniados —como los personajes de las novelas de Dostoievski— que nos daban lecciones sobre cómo asaltar el gobierno, pero no hubieran podido responder claramente para qué lo querían. Racionalizar el terrorismo espontáneo y desesperado de los anarquistas del siglo XIX, convertirlo en siniestra máquina de precisión, fue así una voluntad de la época.

La característica del "endemoniado" —basta recordar la famosa galería dostoievskiana— es su sequedad de corazón, su nomadismo o destierro afectivo que petrifica en una sola idea o pasión simplificada, lo que en el hombre normal y ecuánime se reparte en afectos o solicitaciones vitales. Siente que el mundo le castigó o no supo adaptarse a él, y verterá su insatisfacción en la venganza. La "tipología" del "endemoniado" va desde la austera misantropía y fanática predestinación a lo Calvino, hasta el charlatanismo histérico de Hitler. Se intoxica del propio pre-

juicio y lo afirma como creencia. El "endemoniado" —cuando no alcanzó a suicidarse a tiempo— está en trance de convertirse en el déspota sombrío, hastiado de los hombres, como Tiberio o en el histrión narcisista, neurótico y feminoide al estilo de Nerón. En contra de él, el político normal a quien la fuerza carismática del poder no quebranta su plenitud y equilibrio humano, sabe defenderse del demonismo que engendra toda dominación con aquella sal de tolerancia, prudencia y fineza que enseñaba Marco Aurelio. Nuestra época cargada de furia parece haber admirado más al sacrificador implacable que al gobernante sereno, preocupado por la educación del pueblo y los derechos de la persona, como lo fue Masaryk.

Pero a esta altura de los tiempos, cuando se abusó desconsideradamente de la palabra "Revolución"; cuando en ella se escondía el afán de violencia e ilegalidad de los endemoniados; cuando aún el retroceso histórico que impusieron muchas tiranías osó llamarse "revolucionario" y cuando el avance técnico y científico requiere para resolver la creciente complejidad de las cosas la cautela del experto y la prudencia del hombre culto, podemos preguntarnos si no hemos sacrificado a un Moloch que nos tragaría a todos, los sueños y esperanzas de varias generaciones. Acaso no hay mito de la época que convenga someter a más escueto y esclarecedor balance. Porque si en esa idea se cifraba el anhelo de redención del proletariado, también sirvió para que los nazis llamando revolucionario su terror, poblaran de cautivos y gentes indefensas las cámaras de gas. En todas partes parecía más fácil prometer al pueblo su ración de pan negro e imponerles la propaganda: la "filosofía del Partido", la "disciplina del Partido", que ofrecerles un adarme de misericordiosa libertad.

MÉXICO DE MI DESTIERRO (II)*

Por *Raúl ROA*

Desunidos e incomunicados

¿Los pueblos desunidos de la otra América, la innominada, la infeliz, la nuestra? Sin duda. Pero también los pueblos incomunicados. Simón Bolívar soñó con una gran familia de naciones ascendiendo denodadamente bajo el palio de la libertad. José Martí advirtió que sólo haciendo "por sobre la mar, a sangre y a cariño, lo que por el fondo de la mar hace la cordillera de fuego andino" nos salvaríamos de manos intrusas y de apetitos cesáreos. Sueño irrealizado y advertencia desoída y, como dramática resultante, desunidos e incomunicados en perjuicio propio y beneficio ajeno y férreamente unido lo peor de adentro con lo peor de afuera, que siempre se buscan, entienden y complementan.

De nuestra desunión tuve conciencia cuando vi al nicaragüense Sandino batirse quijotescamente contra los poderosos invasores de su inerme terruño. Mil veces habría de comprobar después esa desunión suicida. De nuestra incomunicación pude percatarme en mi viaje a Venezuela en 1948. Quince días permanecí en Caracas sin tropezarme con una noticia de Cuba en los diarios. No sería distinta, desde luego, la experiencia de un venezolano, de un chileno o de un uruguayo en la isla que presume ser crucero de todas las rutas. Y ahora, en este año de "transterrado" que llevo en México, sobrepatria común de nuestras patrias, he podido darme clara cuenta de que la desunión y la incomunicación corren parejas con botas de siete leguas. Distamos unos de otros tanto como nos ignoramos recíprocamente. Salvo los sucesos deportivos, los acaecimientos políticos de más bultos, o la apología jugosamente pagada en algún rastrero hebdomadario, no se publica una letra sobre Cuba en la prensa. Cualquiera diría que, en vez de a nuestras puertas, México

* Fragmentos de un libro inédito.

está en las antípodas. Si es triste que eso ocurra entre pueblo entrañablemente ligados por la geografía, la historia y la cu tura, es sobremanera grave que quienes sufren en carne propi las consecuencias no se aperciban a ponerle coto, ya que n remedio.

Lo más sorprendente del caso es que ya la distancia n existe. El avión la ha vencido. Se puede desayunar en La Chalupas y almorzar en La Rampa. Un libro editado en Bu nos Aires tarda veinticuatro horas en llegar a nuestra biblio teca. Afluyen y refluyen los turistas como golondrinas. I radio, la televisión, el cable, el teléfono y el cine han supr mido el espacio y el tiempo. Todo está a la vuelta de la esqu na. Nunca, sin embargo, han sido tan hondos los abismos qu separan a los hombres, ni tan astigmáticas las imágenes de lo pueblos. Y no precisamente por falta de propaganda. Per acontece que ésta —controlada y dirigida por los grandes ce tros de poder que se disputan el dominio del orbe— en luga de acercar, unir y alumbrar, se esmera prodigiosamente e apartar, escindir y ocultar. De ahí la desconcertante parado de que, habiéndose reducido el mundo a unas cuantas aven das, los transeúntes se desconozcan o menosprecien sin inquir la razón de su anómala conducta.

¿Cómo podría ser de otro modo si actúan por refle condicionado? Han dejado de sentir la fundamental identida humana y sólo piensan en función de hemisferios, zonas, com partimentos estancos, telones y entretelones. Viven concentr dos y reconcentrados. Temen a todo y se temen a sí mismo Brujas de plastilina y chivos expiatorios alucinan su bromurad vigilia. Hablan con palabras ajenas. No se atreven a ser qui nes son. Piden permiso hasta para respirar. Son autómatas d serie, civiles en uniforme. A pesar del radar no ven más al de sus narices.

¿Castigo de los dioses? ¿Destino manifiesto? ¿Mandato d las estrellas? No: barbarie tecnificada, rampante concier de minorías ávidas de poder y de riqueza con una concepció excluyente del mundo, de la sociedad y de la vida. Minorí que odian la libertad, desprecian la dignidad humana, pregona la estatolatría y aspiran al imperio universal y a la servidumb planificada mediante el diabólico cultivo de cuanto divide, ac ta, aparta, mecaniza y degrada. ¿Cabría imaginar destino m monstruoso? ¿Ni mayor contradicción que la de la humanida

istanciada y desunida en la edad de oro de las comunicaciones? obrevivencias de la caverna y aberraciones del progreso.

¿Y a qué todo esto si mi propósito era escribir hoy sobre jirafa y la ardilla? Pues a que me destapó el subconsciente la oraz lectura que hice anoche de un lote de periódicos cubanos rasados. Nada en sus páginas que no se hubiera ya engullido olvido; pero todo nuevo para mí, no obstante radicar a cinco oras de vuelo de mi casa. Enterarnos de lo que en Cuba pasa, uando ya pasó, es uno de los tormentos de nuestra vida vicaria. e vez en cuando, suelo leer un periódico fresco que algún viaro amigo me obsequia, sin parar mientes siquiera en el extraño oce que me depara. Mas hoy, miércoles pluvioso de la prime- quincena de octubre —impacto tras impacto— ha sido, en erdad, un día de fiesta: hánme regalado *Bohemia* del viernes *El Mundo* del domingo.

Arquitectura Mexicana

NADIE discute ya la preeminente jerarquía de la arquitectura exicana en la historia del arte. Es una de las más viejas y uevas del mundo. Su trayectoria comienza antes de la era crisana y la jalonan teocalis, catedrales, palacios y rascacielos. arias etapas definidoras pueden señalarse en ese largo recoido, en cada una de las cuales es fácil percibir la correlación xistente entre sus modalidades, contenidos y formas de expreón y el desarrollo técnico, la estructura social y el espíritu de época. Ningún otro arte traduce tan cabalmente como la aruitectura los estilos históricos de vida de los pueblos.

En su primera etapa, la arquitectura mexicana difiere radilmente de las concepciones y modelos europeos y asiáticos. a sensación inmediata que suscita, como ya ha observado Saldor Toscano, es una extraña mezcla de asombro, repugnancia fascinación. Es lógico. La arquitectura indígena pertenece a ámbito cultural que nos es ajeno. Sus cánones, conceptos símbolos —productos de una concepción mágica del mundo y una sociedad que nunca sobrepasó el estado sociológico del lvajismo— se dan incluso de cachetes con los elaborados por tradición occidental. Pero, a medida que va uno situándose te el arte indígena y desentrañando el sentido de sus esenas y formas, se advierte un cambio paulatino en nuestra ptica, actitud y estimativa. A la fascinación, la repugnancia y

el asombro suceden el sobrecogimiento, la angustia y la admiración. Y, a la postre, reparamos en que, en el orden estético, la arquitectura indígena no es inferior ni superior a la griega: simplemente es distinta. Expresión plástica de las teogonías aborígenes, proyecta en sus pirámides, acrópolis, arcos triunfales, juegos de pelota, observatorios y sepulcros una relación cósmica de primitivo sustrato religioso y una conciencia conturbada ante el inexorable imperio de las fuerzas de la naturaleza. "El legado indígena —concluye Alfonso Caso— lejos de significar poco en la evolución social del mundo es una de las escasas elaboraciones originales de todos los tiempos. Su sitio colócase inmediatamente después de las grandes civilizaciones orientales: la china, la indostana, la persa, la egipcia y la caldeoasiria".

La conquista de México por los españoles entrañó mudanzas esenciales en todos los planos del proceso cultural. A esta etapa de acomodamiento compulsivo, vida azarosa y tono guerrero, corresponden —dada la estructura teocrático-feudal de la metrópoli— formas de vida y estilos artísticos sobrevivientes de la edad media. El gótico predomina en la arquitectura eclesiástica y civil. Sus realizaciones son, por lo común, mediocres, y tienen todas ese aire provisional inherente a las estructuras sociales movedizas. En la etapa subsiguiente, en que la colonización sustituye a la conquista y el asentamiento se institucionaliza, el fulgor, la altivez y la pujanza del espíritu renacentista se refleja en la arquitectura de la Nueva España. El estilo plateresco florece espléndidamente en edificios y templos. Luz y sombra, sobriedad y lujo, gracia y solemnidad se conjugan, armoniosamente, en fachadas y cúpulas.

El proceso psicológico, político y social de diferenciación entre el español nacido en la península y el nacido en México adquiere plástica expresión en la nueva arquitectura. El barroco señala el inicio de la contraposición del criollo y del gachupín. Aún el indio y el mestizo permanecen al margen del pugnaz proceso de integración nacional. Trasunto en un principio del barroco español, ya en los albores del siglo XVIII el barroco mexicano es totalmente distinto de aquél. "Es una muestra viviente y a la vez eterna —puntualiza Manuel Toussaint— de nuevo país que ha adquirido personalidad propia". El estilo churrigueresco —específico de México— es la frondosa y reverberante coronación de esta "nacionalización" del barroco.

El período final de esta etapa discurre entre la fundación de la Academia de San Carlos y la liberación de la metrópoli. Soplan vientos de fronda. El espíritu enciclopedista se filtra por todos los entresijos de la ya carcomida estructura del virreinato. Indios y mestizos se incorporan a los criollos en línea de batalla. La crisis social repercute, profundamente, en las artes plásticas. Han perdido sus raíces y asideros y su decadencia es patente. Cuando México se independiza, la desorientación artística es completa. La arquitectura tornó sus espaldas a la rica y multiforme tradición española y a los intactos veneros del folklore indígena. Mira a Europa y Francia la absorbe, configura y rige. No adapta sus fórmulas: las copia servilmente. En lo que va de la independencia hasta los finales del siglo, la arquitectura mexicana es puro neoclasicismo de pegote. Todavía quedan numerosas muestras.

En las postrimerías del "reinado" de Porfirio Díaz —providencialismo, positivismo, europeísmo— afloran estilos regionales (neo-indigenismo y neo-colonialismo) que traducen una confusa apetencia de auténtica y propia expresión y se entremezclan a estilos neo-góticos, neo-renacimientos y neo-románticos. Pero, junto a esa proliferación de anacronismos, despuntan dos corrientes que van a renovar los principios y las formas de la arquitectura mexicana en concordancia con las necesidades y exigencias de la época: el *art nouveau* y el *modernismo*.

El movimiento revolucionario que estalla significativamente en 1910 —primer centenario del grito de Dolores— representa una violenta ruptura con la tradición y el cuajo de una nueva conciencia que expresa el auténtico ser, querer y devenir de México. Las transformaciones que engendra alteran la fisonomía, la estructura y el contenido de la vida política, social y cultural. Durante un cuarto de siglo, el país se debate convulsamente en desesperada búsqueda de su propia expresión e intransferible destino. La estabilización surge al imponerse las fuerzas impelentes del proceso revolucionario.

El genio plástico de México se revela entonces en todo su empuje, originalidad y esplendor. La pintura mural y la arquitectura adquieren rango ecuménico a través del hallazgo de su propia, singular y nativa expresión. En la primera etapa de este período se desbroza la ruta mediante la revisión y crítica a fondo de los principios, cánones y métodos de la arquitectura emprendida por Federico E. Mariscal y Jesús T. Acevedo. El in-

digenismo y el colonialismo —propugnados por Mariscal— re
surgen sobre bases nuevas y maduran en obras representativas
Pero el trasplante de las nuevas corrientes arquitectónicas —di
fundidas y adaptadas por Jesús Villagrán García— inaugur
toda una época de estupendos logros y promisoras realizacio
nes. El funcionalismo se abre paso y acaba por campear sobera
namente durante varios años. Crece la ciudad de México y s
dilata su espíritu. Pero se conserva la idiosincrasia nacional e
las nuevas y colosales edificaciones. No se limita a New York
ni a Río de Janeiro, ni a Moscú: se crea una arquitectura me
xicana. El juego abstracto de luz, la intensidad deliberada de
color, el uso moderno del tezontle, la graciosa levedad del vi
drio, la etérea solemnidad de las estructuras y la integració
de la pintura y de la escultura al cuerpo de las edificaciones, l
imprimen peculiar encanto y vigorosa personalidad a la arqui
tectura pública y privada.

La búsqueda de lo mexicano al nivel de los tiempos es e
más serio, definido y ahincado empeño de esta nueva etapa
El mestizaje, demográfico y cultural de México señala el rumb
y la "escuela internacional" de arquitectura —Gropius, Nieme
yer, Le Corbusier, Lloyd Wright— proporciona los esquemas
los medios. La adaptación funcional de las formas indígena
y coloniales a los nuevos requerimientos y necesidades mexica
niza a la vez que universaliza la arquitectura, como puede com
probarse en la Ciudad Universitaria.

Sobre un coagulado mar de lava volcánica —sudario impe
netrable de tres civilizaciones indígenas— se yergue aquéll
como gigantesca flor de piedra bajo el cielo luminoso del vall
El genio plástico de México se despliega en la Ciudad Unive
sitaria con suntuoso derroche de líneas, colores, formas y sím
bolos. Las más audaces innovaciones funcionales de la arquite
tura contemporánea se amalgaman fecundamente con la secula
voluntad artística de un pueblo que se va encontrando a
mismo. México tiene ya, en el orden material y estético, el ce
tro de cultura superior que demandaban sus tradiciones, ímp
tus y afanes. En su *corpus* espiritual también la Universida
debía ser, como va siendo, mexicana en su esencia y univers
en su perspectiva. Ese era el sueño de Justo Sierra. Y, pa
darle condigno continente, se concertaron la imaginación,
sensibilidad, el saber y la pericia de arquitectos, pintores, escu
tores y artesanos. La arquitectura mexicana adquiere en es
obra monumental espíritu autóctono y expresión de época.

El funcionalismo representa en la arquitectura la expresión plástica de la concepción mecánica de la vida. "La casa —postula Le Corbusier— debe ser una máquina para vivir". El desarrollo y la privanza de esta corriente —en boga hoy en Estados Unidos y en Rusia— ha sido extraordinaria en México. No cabe duda de que el funcionalismo barrió con todos los rezagos del neoclasicismo y le abrió nuevos y esenciales derroteros a la arquitectura mexicana. Pero ya empieza a advertirse una fuerte reacción contra sus excesos y aberraciones. Se le sigue utilizando en la arquitectura pública y privada; pero dándole jerarquía orgánica a los valores humanos, estéticos y naturales.

Su más singular modalidad es la arquitectura cósmica, elaborada teóricamente por Carlos Lazo, a quien se debió asimismo, su primera realización. La cueva civilizada —casa subterránea erigida en Las Lomas— constituye una verdadera revolución en el campo de la vivienda. La "casa de Sierra Leona", como se la denomina popularmente, ha sido concebida como un patio-jardín mexicano, bajo tierra. El sol penetra a raudales por las vidrieras y vivifica las plantas y las flores. Pasado y presente conjugan sus reminiscencias y refinamientos en sus interiores y terrazas. "Lazo —afirma Diego Rivera—, nos ha devuelto el derecho de vivir, gozar, soñar y procrear en el seno de la tierra, rodeados de sus bellezas convertidas de nuevo en parte misma de nuestro existir de cada día. Bajo la tierra, fértil para el pasto y las flores, sobre los que juegan nuestros hijos, el concreto armado se aboveda como un seno ubérrimo de amante y madre para contener la piedra bellísima que nos da hogar para el fuego y celosía para la ternura, la madera que nos proporciona lo que hemos menester para reposar, yantar, beber y yacer en descanso y amor".

Pero la más acusada y original tendencia de la arquitectura mexicana de nuestros días es la llamada integración de las artes plásticas. Sus primeros despuntes valiosos se encuentran en la Ciudad Universitaria. Murales y esculturas se incorporan vitalmente a los alados y plúmbeos edificios infundiéndole novedad, armonía y belleza al conjunto. Si bien la escultura no ha logrado aún el vigor, el aliento y la originalidad del muralismo, es indisputable que va camino de encontrar vía propia y clara conciencia, como lo atestigua el Prometeo de Rodrigo de Arenas Betancourt. El viejo mito griego ha sido simbólicamente trasmutado en plástica metáfora de un real y perenne anhelo

humano. Ningún motivo indígena hubiera podido expresar co
mayor avidez ese titánico afán de arrancarle al cielo sus s
cretos.

Hasta ahora la más acabada y grandiosa expresión de es
tendencia es el conjunto de edificios que ocupa la Secretaría c
Comunicaciones y Obras Públicas. Comprende, además del de
tinado a ésta, varios multifamiliares, un hospital, comerci
anexos y amplios jardines. Los más complejos y apremiant
problemas técnicos, estéticos y estructurales fueron admirabl
mente resueltos mediante la planificación de todos los eleme
tos y actividades concurrentes. La imagen unívoca que ofre
el vasto y múltiple cuerpo de piedra brota, precisamente, de e
prodigiosa orquestación. Planos, luces, mosaicos, murales, e
culturas y vidrios se funden en deslumbrante armonía y expr
san plásticamente la función técnica y social de la SCOP.

El movimiento de integración de las artes plásticas const
tuye la síntesis dialéctica de las tendencias contemporáneas
representa el correlato plástico de la unidad profunda del esti
histórico de vida del pueblo mexicano en esta fase de su des
rrollo. Inicia la etapa de plenitud de la arquitectura nacional

Soroche psiqui

NADA se parece tanto subjetivamente a la agonía como e
desesperado forcejeo con la asfixia que es el mal de altura. S
agente provocador es la insuficiencia de oxígeno. Los bolivi
nos, que viven en la azotea de América, lo llaman soroche.

Muy rara vez lo padecen los que se han criado entre nub
y cóndores. La gente del llano es, desde luego, la más prope
sa a sufrirlo. Sé de un criollo que a poco estira la pata al sub
cuatro escalones de un hotel, en La Paz. Probablemente e
un cardiaco. Lo corriente es que acabe uno por aclimatarse
respirar como un tibetano aunque haya nacido en Ciego
Ávila. Nada tampoco se parece menos objetivamente a la ag
nía que el mal de altura. Es sólo un escalofriante espejism
de muerte inminente. De ahí no pasa. Una instalación de o
geno, por lo demás, basta y sobra para disipar las dudas.

Hay, sin embargo, otra forma de soroche mucho más gra
y que nada tiene que ver con la altura. Más que orgánicas
atmósfericas, sus causas son metafísicas. Es un padecimien
del alma. Se adquiere lo mismo en la montaña que en la cos

y suele manifestarse por rachas. Es un extraño y complejo síndrome caracterizado por sensaciones de vacío, nostalgia, impotencia y rebeldía; pero, sobre todo, por un afán incoercible de fuga y camino. Fue admirablemente descrito por Eurípides y Séneca en la antigüedad y por José Martí y Miguel de Unamuno en tiempos todavía cercanos. Es el mal de la ausencia obligada, del trasplante compulsivo, del desarraigo involuntario: "el peor de todos los males". Willy Barrientos, que lo ha estudiado a fondo, poniendo a contribución su saber y su experiencia de médico desfacedor de entuertos y vengador de agravios, considera que es una especie de soroche psíquico y atribuye su origen somático a una violenta reducción del campo respiratorio de la cultura por las emanaciones letales de la barbarie. No se ha descubierto aún la pócima que lo cure y si se descubriera, sería resistente a los imperativos de la conciencia y a los reclamos de la dignidad humana. Es una enfermedad que honra. Su nombre vulgar es destierro.

A unos, naturalmente, les da más fuerte que a otros y adopta modalidades en consonancia con la idiosincrasia de cada cual; mas, ningún proscripto escapa a los efectos del soroche psíquico. Ni siquiera Willy Barrientos y yo, no obstante ser ya veteranos en recidivas —tres exilios en un cuarto de siglo— hemos podido librarnos de esta singular dolencia. En ocasiones nos ha dado por girovagar horas y horas sin cambiar palabra. Silencios hondos, concentrados, tremendos, en que el pensamiento se afila, depura y esclarece en diálogo consigo mismo. Las ideas proliferan, hierven, refulgen. Se ilumina la conciencia y piafa la voluntad. Pero ni un eco de lo que por dentro acontece se percibe fuera. Desfilan árboles, autos, transeúntes. Se mira sin ver. Si el mundo interior es una fragua encendida, el exterior es una sombra helada. Y, mientras girovagamos horas y horas sin cambiar palabra, el pensamiento, en diálogo consigo mismo, forja esquemas ideales, arquitecturas perfectas, construcciones acabadas. Trabaja silenciosamente por el advenimiento de la utopía de mañana.

A veces nos sentimos impulsados a escalar la testa nevada del Popo. Ocurrencia peligrosa. Pero allá vamos ávidos de horizontes y de mirajes. Ruda y fatigosa es la cuesta. El viento corta y el frío entumece. Las fauces del abismo se abren, prestas a tragarnos, en el sendero cortado a pico. Se desliza la tierra y saltan las víboras. Los torrentes despeñados obligan

al vadeo. Hay que seguir y seguimos. La vida sólo cobra ple-nitud de sentido cuando se la arriesga. Enhiesta, solitaria, libre —suprema libertad coronada de luz— nos espera la cima. El paisaje allí se despliega como una esperanza. Y la imaginación, desbocada, volará hacia valles verdes, ríos claros, colinas gra-ciosas, palmeras ondeantes y playas doradas, "bellezas del físico mundo" en dramático contraste con "los horrores del mundo moral".

Accesos de broncas rebeldías y de rabiosas impotencias alternan con melancólicas añoranzas y amargas memorias. Esas formas del soroche psíquico, nos empujan a visitar las estatuas de los héroes y las plazuelas perdidas. Junto a aquéllas se tiem-pla el ánimo, se acendran las convicciones y se renueva la fe. Se invoca, impreca y depreca al pie de fecundos sacrificios y de portentosas hazañas. En las apartadas y añosas plazuelas se hi-lan, a compás del rítmico borbotear de las fuentes, recuerdos y quimeras que sangran y cantan bajo la fronda. La soledad, quietud y dulzura del lugar apaciguan un tanto la cólera civi[l] en perenne desvelo.

Pero hay días, como hoy, en que el corazón amanece rebo-sante de piedad franciscana. Se impone ir al parque zoológico y platicar, largo y tendido, con el hermano lobo sobre el incierto destino del bípedo implume.

Rumbo al trópic[o]

DEJO hoy, por unos días, el aire buido, los cerros azules [y] los nevados volcanes de la antigua Tenochtitlán. Como l[a] aventura suele emprenderse al amanecer, partimos en rauda ca-mioneta al alegre clarín de los gallos. La bruma de la madru-gada se cierne aún, como acuosa humareda, sobre las calles so-litarias de la dormida metrópoli. Pero ya empiezan a despe-rezarse las rosas, los ahuehuetes a cuajarse de trinos y a repica[r] las campanas. Una vaga claridad va difundiéndose suavement[e] por el pardo nuberío. Se presiente el milagro del alba. N[o] tardará en despegar el sol su fúlgido manto de emperado[r] azteca.

Salimos de la ciudad por la carretera de Laredo; pero to[r]-ceremos en seguida rumbo al sur. No podía ser más grata l[a] compañía. Embutidos en la camioneta, junto a mí, arrebujado[s] y parleros, Ada, Raulito y Manolito Hevia, un sobrino postiz[o]

puesto bajo mi benevolente tutela; y, al volante, el ingeniero Alberto Berumen, inteligente, cordial y simpático chihuahuense con quien muy pronto llegaríamos casi al tu.

Nuestra meta inmediata es Poza Rica, el más caudaloso yacimiento de oro negro de este fabuloso país, Cipango ansiosamente buscado y perdido por Cristóbal Colón. Allá iremos como huéspedes de Petróleos Mexicanos, gentileza que debo —una más entre mil— a mi paisano jarocho Benito Coquet. Sabe que ya he andado medio México afanoso de descifrar el sentido profundo de sus violentos contrastes y dramáticos repliegues y no ha querido que yo retornase a Cuba sin ver, oír, gustar, oler y palpar el verdor, el bullicio, el sabor, la fragancia y la luz de su tierra veracruzana. Ni ha querido tampoco que me vaya de México sin conocer los fecundos resultados de la ingente proeza de la nacionalización del petróleo. En este maravilloso periplo nuestro destino final será Tecolutla, playa de hirvientes espumas, arenas ocres y pulposos cocoteros. De las sobrias reciedumbres del altiplano a las sensuales blanduras del trópico: todos los paisajes y todos los climas y, al fondo, como paradisiaco regalo, el rumoroso abanico de las palmeras y el prodigio deslumbrante del mar. La ruta de los conquistadores al revés.

Ya las torres, palacios y rascacielos de México se difuminan en la distancia. La bruma se ha evaporado y el cielo esplende como metal encendido. Surtidores de polvo brotan en la otrora espejeante faz del lago de Texcoco. La limpidez de la mañana reverbera en los malvas tiernos del valle. La cuesta es abrupta y la carretera sinuosa. Magueyes y cactus se intrincan en las estribaciones de las colinas. Los surcos henchidos anuncian abundantes cosechas. Las duras y secas cañas de maíz semejan bastones de cobre. Tupidos enjambres de pinos y de abetos coronan las altas serranías. A lo lejos, hundido en la grama húmeda, pasta un rebaño de carneros. Y, orillando el camino, indios terrosos y mudos rumían nostálgicamente sus nostalgias, miserias y soledades.

El panorama se abre y la visión se dilata. La atmósfera se colorea. Se multiplican y confunden los matices como en la abigarrada paleta de un pintor impresionista. El plástico paisaje otoñal de la meseta desfila como luminosa fantasmagoría. La carretera es una recta de plata bruñida. Cruzan pollinos y vacas, rebozos y sarapes. Se divisan confusamente todavía,

adustos edificios y enhiestos campanarios. Pachuca, capital del Estado de Hidalgo, está a un disparo de cerbatana. La estatua del cura rebelde —santo jacobino de la epopeya de América— nos da la bienvenida.

Trepamos velozmente hacia la sierra de Puebla. Cúpulas remendadas y muñones de conventos asoman, a menudo, entre los diseminados caseríos de adobe. Ríos serpenteantes fulgen, como hilos de azogue, en las riscosas lejanías. Pasan, como sustos, pueblecitos desmedrados y tristes. Cipreses y fresnos nos salen al paso. Las flores silvestres aroman y enguirnaldan las cunetas. Gemas aladas irisan la espesura.

Cambia el paisaje. El aire se adelgaza y transparenta. La carretera se escarpa peligrosamente. La imponente proximidad de las montañas contrae el horizonte visible. Solemne y grandioso espectáculo al borde del abismo, tenebroso cuenco de inconsútiles gasas flotantes. Las curvas se enroscan y se angosta aún más la perspectiva. Moles inmensas se alzan a un lado y a otro del trayecto. Árboles milenarios, contemporáneos de las primeras lunas, adoptan las más extrañas figuras. El tiempo se arrugó, inmovilizándose, en sus ásperas cortezas. Los zopilotes se apretujan en sus ramas como negras frutas podridas. Se pierden líneas y rasgos y todo se funde, bajo una catedral de vidrio en gigantesco y compacto *teocalli*. Acabamos de trasponer, silenciosos y sobrecogidos, como en místico trance, la pétrea y radiante mansión de las águilas y de los ángeles.

Tierra del sol amada

A tres mil metros de altura cruzamos la porción occidental del Estado de Puebla. El cielo resplandece limpio de nieblas. Las nubes flotan, como vaporosos cisnes, en la vacía laguna de la abisal hondonada. El viento despeina la dorada cabellera de los sauces y arranca lúgubres lamentos de los pinos. La sierra domina el paisaje. Sus faldas hirsutas caen a pico en la sima. El ocre sombrío de algunos calveros recuerda al Van Gogh primerizo.

Aún estamos a medio camino de Poza Rica. Es ya mediodía. El paisaje es ahora una sinfonía de morados, grises y azules. Casi seco, el río Cazones aparece y reaparece como un duende. Es una exigua corriente que fluye, con manso ritmo entre chispeantes pedregales. Pero hay que desviarse en lo

puentes. Se encabritó hace unos meses y, en torrentoso desmande, arrasó con ellos e inundó los plantíos.

Menudean los villorrios y los ranchos. Hombres y mulas invaden la carretera. Aminoramos la marcha. De pronto la naturaleza pierde su salvaje señorío. Chimeneas, torres, tambores y bombas se apilan en una graciosa eminencia. El ingeniero Alberto Berumen, nuestro cicerone, nos aclara y explica. Topado hemos con el petróleo. Aquella fronda de acero —producto legítimo de la cultura moderna— es el Distrito Catalina, estación central del gaseoducto de Poza Rica. Y hacia allí emproamos por escabroso atajo, comidos por la curiosidad.

El ingeniero Berumen viene ya de vuelta de cuanto concierne a la industria petrolera. Durante el camino, nos ha ofrecido copiosas pruebas de su enciclopédico conocimiento de tan compleja y seductora materia. Se nos antoja un Diderot de los hidrocarburos. Pero le cede provisionalmente el cetro a su colega Antonio Vargas, quien nos agasaja, pastorea e ilustra.

La estación a su cargo es, en verdad, una planta modelo. Sus instalaciones son espléndidas y los enmarañados mecanismos funcionan con precisión cronométrica. El gas que antes se quemaba al aire sin utilidad ni provecho se bombea desde aquí y, por una extensa red de tuberías, el precioso combustible va a lugares tan distantes como México, Tampico y Salamanca. En la estación viven un centenar de técnicos y de obreros con sus familias. Cuentan con servicios sociales al nivel de la época. Pero su mayor orgullo es la escuela. Es clara y espaciosa y, sobre todo, cumple eficazmente su misión. Instruye, forma y equipa. Azalias blancas y camelias rosadas salpican el umbroso jardín que circunda sus aulas.

Desde su terraza se abarca un espléndido panorama. Allá abajo, en una angosta planicie, la villa de Huauchinango yace inmóvil como presa de secular catalepsia. La enorme cúpula de su nueva iglesia —dizque más grande en diámetro que la de San Pedro— se yergue, con segundona soberbia, sobre los chatos tejados de tezontle rojo. Y, desde la terraza de la escuela, se columbran, también, las aguas verdes de la presa de Necaxa y las aguas azules del vaso de Tenango y ya, donde la vista se cansa, la legendaria silueta del Pico de Orizaba. Un hondo, escarpado y fragoroso cañón —su agreste belleza compite ventajosamente con la del Colorado— sirve de garganta a los farallones de la Sierra Madre Oriental, edén de pumas, coyotes y víboras.

La carretera comienza a descender en vertiginoso declive. Torna luego a empinarse un largo trecho y otra vez se despeñ como una montaña rusa. El paisaje y la vegetación van trans formándose como por arte de magia. Valles dulces y sonante plátanos alternan con ríspidos desfiladeros y torvos abetos. Al tiplano y trópico se disputan el espacio vital. El aire se entibi y carga de sabrosos aromas. Ceibas copudas y recios caobo descuellan en la verde sabana. Junto a un renqueante bohío monta guardia una palmera. Malangas, boniatos y yucas rebo san los prietos surcos del conuco. Y ya hay olor a mango, a guayaba, a azahar.

Honda emoción nos taladra la entraña. Afluyen a nuestros labios melancólicas estrofas de Heredia y la memoria se llena toda de la pugnaz añoranza de Martí. Viajero, detente: has llegado a Veracruz, puerta acogedora de México, don ubérrimo de la naturaleza, turquesa del golfo, tierra del sol amada, her mana gemela de Cuba.

Poza Ric

El sutil olor a petróleo que impregna la atmósfera y el ser peante oleoducto que bordea la carretera anuncian la vecindad de Poza Rica. La vegetación es profusa, ondeante, luminosa. El trópico señorea. Verde fuego, rojo blanco, azul fundido. Los ojos se encandilan y arden las fauces. Sudamos copiosa mente. Pero ninguno añora el nevado paisaje de la meseta. Nuestra obsesión —delirio de imaginación encendida— es zam bullirnos en un mar de champola. Cuando me lo oye decir, el ingeniero Alberto Berumen suelta la carcajada.

Inesperadamente, reaparece el río Cazones. Viene rumo reante y henchido, reflejando en sus ondas palmeras, mangos ceibas. Hace tres años había que cruzarlo en una chalan remolcada a puro músculo. Lo atravesamos ahora por un an gosto puente de graciosas arcadas. Ya se divisan las torres d Poza Rica.

Pero esas torres no son pétreas torres de iglesias. So ágiles torres de acero que parecen de plata. El tránsito comien za a atorarse. Camiones cisternas, tractores y jeeps se aglome ran en el camino. Cuadrillas de obreros aguardan los omnibu que habrán de transportarlos a los pozos de Tecolutla. Ronda de indios totonacas se apartan silenciosamente a nuestro paso

como blancos fantasmas. Algunos chamacos se refocilan en bituminosos charqueros. Los perros jadean como fuelles. En un lomerío cercano flamean los quemaderos de gas. Se respira una extraña mezcla de olores en combustión. Los suburbios de Poza Rica apestan más que un pantano.

Se entra a la ciudad por una avenida que lleva el nombre de Adolfo Ruiz Cortines. Acaba apenas de inaugurarse; pero es ya la arteria principal. La edificación de sus riberas va a paso de carga. Las calles de Poza Rica son rectas y anchas. Han sido trazadas con sentido de futuro. Veinte años atrás Poza Rica era una aldea soñolienta. La epidermis de su preñado regazo era entonces jugoso pasto y proficua huerta. Hoy es una pequeña y pujante urba afanosa de horizontes. El petróleo transformó, radicalmente, su estructura y su destino. El subsuelo suplantó al suelo y la vigilia sucedió a la modorra. Se vive allí a ritmo de sirenas, pistones, fraguas, tornos, sopletes y poleas.

La entrada al campo petrolero está en el centro mismo de la ciudad. En lo alto del portón de hierro, grabado en letras rojas, blancas y verdes, campea este lema que es todo un símbolo: "Petróleos Mexicanos, al servicio de la patria". Estacionamos la camioneta, junto a un café repleto de trabajadores y nos abalanzamos sobre unos cocos como beduinos que en pleno desierto se topasen con una fuente. Su refrescante contenido —aliñado con limón y ginebra— nos calma la sed y estimula. La intensa transpiración casi nos había deshidratado. Y, tras ingerir una aromática tacita de café, todos, a la vez, exclamamos: ¡Viva el calor!

En la oficina del campo, el ingeniero Berumen nos presenta a un colega Víctor Gama, jefe de Plantas de Poza Rica. Apenas se impone del propósito de nuestra visita se apresta a satisfacer nuestra curiosidad. Le abruman quehaceres y responsabilidades; pero los abandonará con "todo gusto" por mostrarle a un cubano el florón de la industria petrolera de México.

Vamos primero a la Casa de Bombas. Sus enormes chimeneas y su complicada maquinaria recuerdan al Central Preston. Treinta mil galones de agua expele cada minuto. La presa que la nutre se ceba en el río Cazones. Es un pequeño lago que semeja, por sus reverberaciones, una caldera en ebullición. La planta de tratamiento de agua es también un dechado de primores técnicos. Se controla electrónicamente y su función car-

dinal es inyectar agua a los pozos, a fin de empujar el aceit que está en el fondo de los yacimientos, incrementando así su productividad. Igualmente impresionante y sobremanera útil e la planta que transforma el gas sulfídrico en azufre comercial.

Nada dejamos de ver y observar en el largo recorrido po esta crepitante selva de acero. Ni pregunta alguna sobre la na cionalización de los hidrocarburos y su contribución al progres económico y social de México es soslayado por nuestros dili gentes y amables cicerones.

Los postreros resplandores del sol se amoratan en la leja nía, como si un caimito se hubiese desleído en el cielo, cuand salimos del campo de Poza Rica, todo iluminado y en febri actividad. El petróleo sólo deja de fluir cuando se agota l ubre o se paraliza el trabajo.

Jardín en la este

UNA tarde límpida y cálida fui a El Obispado con Francisc Mier Zertuche, Fidencio de la Fuente y Felipe Martínez Aran go. El Obispado es una colina que señorea a todo Monterrey domina a sus aledaños hasta donde alcance la vista. Debe s nombre al obispo Rafael José Verguer, quien tras la fatídic helada de 1785, allí construyó un albergue y una capilla par los menesterosos. Pero El Obispado es, además, una colina hi tórica e historiada. Sus más claros timbres provienen de su he roico papel en diversos avatares de la epopeya mexicana.

El paisaje que se columbraba desde aquella estratégica em nencia era como un lienzo palpitante de luz. Vellones de nube pretendían vanamente empañar la cristalina limpidez del ciel El sol prodigaba sus oros más finos sobre cúpulas, azoteas tejados. Pinos y palmeras, nogales y fresnos convivían —par disiaca mezcolanza— en los barrios residenciales. En los subu bios, el humo de las fábricas —"incienso del trabajo"— ascen día en morosos arabescos. Dos cerros grisáceos, el de La Sil y el de La Mitra, empinados contrafuertes de la Sierra Madr montaban la centinela en el abra estrecha del inmenso vall La mirada se perdía, ansiosa de horizonte, en la ocre vasteda de la estepa, ornada de tunas y guijarros. De súbito vibrant clarinadas quebraron el luminoso silencio. Pancho Zertuc —lírico impenitente— se había puesto a recitar uno de l poemas épicos de José Manuel Othón. Sonreí. Hubo de oc

rirme lo mismo cuando subí al *teocalli* de Cholula; los versos e José María Heredia afluyeron a mis labios como sonora niel acendrada en nostalgias.

La ciudad se abría a nuestras plantas como diáfano jardín e piedra. Verla así, en perspectiva de conjunto —extramuros omo diría Artemio de Valle Arizpe— era la única dimensión ue me faltaba para completar la imagen que de ella me había do elaborando subconscientemente en mis peripatéticos asedios sus avenidas, plazas, callejuelas y escondrijos. No me fue ifícil, en verdad, arrancarle a Monterrey sus secretos. Difícil í fue asomarme apenas al alma enigmática de la antigua Teochtitlán, de Morelia, de Puebla, de San Luis Potosí. El misrio de Monterrey consiste, paradójicamente, en no tener ninuno.

No deja de sorprender al pronto que, formando parte de n pueblo en que el arcano suele ser el contenido inmediato e su conciencia individual y colectiva, carezca el neoleonés y or ende, el regiomontano, de los repliegues, bardas y meandros sicológicos que configuran y caracterizan el tipo predominante n la meseta. La gente de Monterrey, como la de Veracruz, 'abasco y Campeche, no obstante su sutil tristeza, es, por lo omún, enteriza, locuaz y expansiva. Si la montaña inhibe, enaracola y confina, el desierto es como el mar: incita a uno a alirse de sí y a volcarse en el mundo. El único mexicano uniersal hasta ahora conocido lo engendró Monterrey. Ni que ñadir tengo que me refiero a Alfonso Reyes. Universal no sólo orque la fama pregone su nombre *urbi et orbi.* Universal, sore todo, por haberse espiritualmente enajenado conservando ntactas las raíces.

Vinieron a cuento, como era lógico, tradiciones, leyendas y azañas de Monterrey. La mitología mexicana es tan rica, comleja y sugestiva como la griega. Iliadas y Odiseas brotan, omo surtidores policromados, de las flechas, plumas, ídolos y irámides de la época precolombina. El virreinato, la independencia, el imperio, la reforma y la revolución, aún aguardan al Iomero que las cante y transfigure. En las entrañas convulsas e la historia de México —raíz de su presente y sustancia de su uturo— se esconde un tesoro poético inagotable.

Nuevo León ocupa lugar señero en esa historia. Su coloización es un capítulo aparte de la egregia aventura española n México. Conquistar el territorio en que está enclavado Mon-

terrey fue proeza tan ardua como la realizada años antes po Hernán Cortés. Avara y ruda era la naturaleza, extremoso clima, hostiles, desarraigados y ariscos los indios. Monterre se fundó y creció a contrapelo de su agrio contorno. Varia veces la destruyeron los elementos y los hombres; otras tanta fue reconstruida. Se irguió en la independencia, dispersó a lo invasores, levantó el estandarte de la Reforma, figuró en l vanguardia de la Revolución. La puntería y el coraje de su rifleros aún rueda por los corridos norteños.

Aquella voluntad indomable se dio un día a la erección d una morada clara, trepidante, liberal y próspera. Monterre fue la coronación de ese empeño. Es hoy la segunda ciuda de la República, su primer centro ferroviario y su capital indus trial. Aceros, vidrios, tejidos y lúpulos acreditan su genio téc nico. Ha tenido gobernantes filósofos y filósofos gobernante La estructura social es de una elasticidad extraordinaria. No s advierten los tremendos contrastes económicos típicos de nue tra América, y, particularmente, de México. Los frutos del tra bajo se distribuyen con sentido práctico de la justicia social. L libertad que predican los conductores la practican los ciudada nos. Se rinde culto a los valores del espíritu. El desarrollo cu tural de Monterrey corre parejo con su desarrollo material. Al —tal dijera Alfonso Reyes— Mercurio y Minerva han contraíd matrimonio, como en los áureos y jugosos tiempos del huma nismo renacentista.

"Monterrey —resumió Pancho Zertuche— es obra del tem ple, entusiasmo y capacidad de sus hijos". Y, en tanto asentía mos, el crepúsculo empurpuraba el valle, los cerros se tornaba morados y se prendía el alumbrado.

Martí en Monterr

José Martí anheló y quiso que su posteridad americana fue beligerante función de esclarecimiento, fundación, guía y serv cio. Como anheló y quiso sobrevive el cubano impar en la co ciencia de México. Es dable advertirlo, desde lejos, con só asomarse a la copiosa y excelente bibliografía que ha suscitad su proteica y subyugante personalidad. Pero cuando se va México se verifica cabalmente el aserto. A poco que se indagu se descubrirá que esa pasión por la letra arremolinada y ll meante de Martí tiene raíces muy hondas y que la sustanc

leal de su pensamiento es fuente de normas y acciones en la te-
az porfía del pueblo mexicano por su albedrío, decoro y as-
enso. Baste con decir que México conmemoró el centenario de
ı natalicio como si Martí fuera un héroe nacional. Ni más ni
ıenos que si se tratase de Cuauhtémoc, Hidalgo o Juárez.
Nada podría serle, en verdad, más grato a sus manes.

Monterrey descolló señeramente en la celebración del faus-
) suceso. No se ciñó a loar las virtudes, cantar las hazañas,
xaltar el genio y difundir el mensaje de aquel Nazareno que
raía, con la estrella en la frente, la espada en el brazo y la
aloma en el corazón. Hizo más: esculpió en piedra viva el
liento inmarcesible de su espíritu. En la Avenida Madero, la
ıás hermosa y moderna de la ciudad, se alza hoy un sobrio
elegante obelisco que perpetúa su memoria. A Francisco Mier
Zertuche se debió la iniciativa, y al fuego que puso, la rápida
ulminación de la empresa. Tan sobria como elocuente es la de-
icatoria grabada en la lápida: "A José Martí, Apóstol de la
ndependencia de Cuba. El pueblo de Monterrey". Y obra
e pueblo, en efecto, fue el homenaje regiomontano a Martí.
u costo se sufragó, en buena medida, por espontánea contribu-
ión popular. Aportaron el resto la Universidad de Nuevo
León, las logias masónicas y el gobierno del Estado. Fue un
omenaje limpio desde su raíz hasta el ápice. Nadie ignora
so en Monterrey. Pero es pertinente y saludable recordarlo en
Cuba, donde, muchos titulados martianos se han distribuido a
rorrata, pingües beneficios a cambio de sumarse a la "terrible
rocesión de culpables" que invoca y glorifica farisaicamente a
Martí.

Las honras cívicas que auspició la Universidad de Nuevo
León en el primer cumplesiglos de José Martí jamás habremos
e olvidarlas los que tuvimos el honor de compartirlas. La
semana martiana" —jornada plena de luz a la sombra de la
ierra Madre— fue iniciativa también de Pancho Zertuche y
ıvo por teatro la sala de conferencias de la Escuela de Verano.
Cuba estuvo representada por los profesores Juan B. Kourí y
elipe Martínez Arango, por el poeta Nicolás Guillén y por
uien esto escribe. Andrés Iduarte ostentó, por derecho propio,
ı de México. Y el verbo de América —transido de amor, ago-
ía y esperanza— lo encarnó Rómulo Gallegos. De corte boli-
ariano y médula humanista fue su centelleante y jugosa arenga
ivil y, severamente martiana, su admonitoria divisa: "No pros-
tuyas tu dignidad intelectual". Andrés Iduarte habló del ame-

ricanismo de Martí, Juan B. Kourí de la libertad mental e
Martí, Felipe Martínez Arango de la estatura humana de Mart
Nicolás Guillén recitó sus poemas más representativos, y y
hablé sobre Martí en México y de México en Martí.

No concurriríamos los cubanos, desde luego, ni tampoc
Rómulo Gallegos, a la inauguración oficial del obelisco. Nue
tra presencia era moralmente incompatible con la de quien r
presentaba a un régimen que, de vivir José Martí, le hubie
amordazado y perseguido. La decisión adoptada fue compre
dida y justificada por nuestros amigos regiomontanos. Inclus
fue objeto de encomios. Horas después y acompañados de Pa
cho Zertuche, Andrés Iduarte, Alfonso Reyes Aurrecoeche
Guillermo Cerda, Alfonso Rangel Guerra, Romás Garza Sal
nas, David Martell y José María Luján, depositamos ofrend
florales con los colores de México, Venezuela y Cuba, y rend
mos silencioso tributo al "último santo de la libertad".

Esta vez serví yo de cicerone a Rómulo Gallegos y a l
familiares y amigos que habían ido con nosotros, entre ést
Luis Casero y Fernando Flores. La temperatura era tórrid
Bufando y sudando —a despecho de la fresca indumentar
tropical— deambulamos por avenidas, calles y plazas y visit
mos edificios públicos, fábricas y templos. La recién edifica
iglesia de La Purísima —cuya primitiva construcción se atrib
ye a un milagro referido con picaresco desenfado por fray Se
vando Teresa de Mier —nos produjo singular desconcierto p
la audaz estructura cubista de su base y la anacrónica belle
de su torre medieval. Las noches fueron prodigiosamente clar
y más de una vez las disfrutamos hasta el alba en bulliciosa pl
tica. Ni que añadir tengo que a la torrentosa cordialidad regi
montana se sumó su proverbial esplendidez. Fuimos materia
mente abrumados a agasajos, excursiones y comidas. Los m
finos lúpulos de la región rociaron, abundosamente, los sabr
sos platos norteños y las fantásticas salsas de guacamole.

De esa estancia mía en Monterrey surgió el propósito
iniciar relaciones de intercambio entre la Universidad de Nue
León y la nuestra. Escribí yo en seguida al Rector doctor Cl
mente Inclán y pocas semanas más tarde recibían sendas invit
ciones para dar un ciclo de conferencias en la Escuela de Ver
no, los profesores Francismo Mier Zertuche, Fidencio de
Fuente y Alfonso Reyes Aurrecoechea. Con gozo profundo l
despedí yo en el aeropuerto de México; con mayor gozo, aú

scucharía sus cálidas alabanzas de mi isla distante. Cuba se netió en ellos y ellos en Cuba con la misma facilidad con que o me metí en Monterrey y Monterrey en mí. Ahí está la siniente. Y es deber ineludible, de ambas partes, impedir que se goste por falta de abono y de riego.

En la lección inaugural de su cursillo sobre letras coloniaes mexicanas en la Universidad de La Habana, Francisco Mier Zertuche pronunció férvidas y significativas palabras de salutaión. Yo quiero recogerlas ahora como fiel testimonio de su nobleza de espíritu, calidad de escritor y enjundia humana: "Al rasponer los luminosos umbrales de la prócer y secular Univeridad de La Habana, me ha envuelto la unciosa impresión de que llevo largos años conviviendo dentro de sus ilustres muros, lentado por el aire siempre en renuevo de sus clásicas tradiciones, en las que la brega por el bien común y el sacerdocio de las etras es su desiderátum más esclarecido. Me avengo a la fácil cariciosa ilusión de que estoy en la casa antañona donde me nseñaron el insuperable ejercicio de pensar; me son familiares as voces graves y sapientes de sus maestros y la constante irrupión de la camaradería estudiantil, que garla y trasiega por uditorios, aulas, laboratorios y prados, en una inquieta ebulición, reflejo de la sana y jocunda alegría de la tierra antillaa. Sobre sus muros y patios y en la felpa de sus tersos jardiıes, cae el sol que hace amable la vida e invita al laboreo de los negocios del espíritu y a las más sentidas empresas de libertad. Es el mismo que alumbró en la manigua, allá por mayo de 1895, en cuya fecha un universitario de sangre sidérea cayó profesando su última cátedra, luminosa e impar. La ficción que ne avasalla no es sino la identidad singular coexistente en el nombre de Cuba y en el hombre de México".

Este martiano de pura cepa se nos ha ido en la granada madurez de su vida y de su obra. Estaba encinta de nuevos quehaceres y de nuevos proyectos cuando súbitamente dejó de xistir. La juventud ha perdido a un maestro genuino, la Universidad de Nuevo León a su adalid más esforzado, México a ın hijo ejemplar y nuestra América a un mílite insobornable. Yo he perdido a un gran amigo, a un fraternal amigo, que fue y será siempre mi "cuate" de Monterrey.

El Joven Abuelo

De varios tamaños y de diverso rango estético son las numerosas estatuas que ornan el Paseo de la Reforma. Todas, sin embargo, revisten interés para el transeunte sensible o curioso. No en balde rezuman historia, leyenda y poesía. El glorioso y ambivalente pasado de México fluye de los bronces y mármoles con subyugante ritmo.

Hay una, empero, que absorbe mis preferencias. No es la de Carlos IV, ni tampoco la del Gran Almirante o la de la Diana Cazadora, acaso la más grácil y bella de la ciudad. Es la estatua de Cuauhtémoc.

Erigida en el cruce del Paseo de la Reforma y de la Avenida de los Insurgentes, en una época debió señorear la vasta perspectiva. Los altos edificios y los frondosos ahuehuetes que ahora circundan la hormigueante vía han reducido y como difuminado sus proporciones. Es probable, por otra parte, que sus líneas rígidamente académicas —la más cuajada expresión del clasicismo neoindigenista— no sean ya del gusto medio de un pueblo que ha conquistado, por sus audaces y originales creaciones, sitio tan eminente en la plástica contemporánea. También yo le tengo horror a la cuadrícula en materia de arte. De eso es responsable, en gran medida, un verso de Rubén Darío que fue el evangelio estético de mi generación. Con todo, lo cierto es que a mí me fascina la estatua de Cuauhtémoc y suelo acercármele, a menudo, en mis caminatas matinales.

No es la primera vez que eso me ocurre. En París hube ya de advertir, con natural extrañeza, que algunos monumentos me gustaban más por su significación y mensaje que por sus primores formales y perfecciones técnicas. Pero muy pronto caería en cuenta de que ese gusto no era por gusto: lo determinaba mi modo de entender y sentir la vida en sus más profundas y humanas dimensiones. Otra experiencia ilustrativa al respecto: entre la Venus de Milo y la Victoria de Samotracia siempre he optado por ésta. Pueden más en mí el ímpetu juvenil que hincha sus túnicas y el ansia de vuelo que estremecen sus alas que la quieta euritmia y la intacta serenidad genialmente esculpidas en la trunca figura de la mujer perfecta. Igual me acontece entre Heráclito y Parménides y entre la libertad y el orden. No me parece dudosa, en verdad, la elección entre el río y la palude y entre el horizonte y el coto.

Pero a lo que iba. A punto ya de retornar a Cuba he que-

ido visitar la estatua del último señor de Tenochtitlán y esparir a sus pies —luminarias perennes de horrendo martirio— ın morado manojo de jacarandas. Ofrenda y voto a la vez. No precisan oraciones ni juramentos. Sus manes me entienden.

En la epopeya de la conquista, el derroche de bravura se lo lisputaron, parejamente, indígenas y españoles. La maña y el coraje de Cortés encuentran su correlato en el denuedo y la entereza de Cuauhtémoc. Nacido en las vísperas del sangriento y ecundo impacto entre el mundo hechizado de Quetzalcóatl y el nundo lógico de Galileo, a Cuauhtémoc se le plantea dramáta disyuntiva: someterse o rebelarse. Se rebela, recoge el cetro le Moctezuma, junta a los dispersos, galvaniza a los timoratos y se enfrenta resueltamente a los invasores. Es derrotado y México uncido. Pero da la señal y le rotura el camino a los conquistados. Siglos después México se sacude la coyunda en épicas jornadas sucesivas y torna a ser árbitro de sus propios desinos en pleno proceso de transculturación y mestizaje. Sus abanderados son el criollo Hidalgo y el zapoteca Juárez. Cuauhtémoc sigue y seguirá siendo el depositario de la estirpe y el heraldo de la independencia.

Alzo la vista para despedirme del "joven abuelo" y allí lo dejo, altivo y desafiante, con su casco de plumas y su lanza enhiesta. Se cumplieron las profecías. El águila que desciende es también el águila que asciende. En la cosmogonía indígena acontece lo mismo que en la dialéctica de la historia: el ocaso preludia inexorablemente al alba. Cuauhtémoc, el héroe vencido, torturado y asesinado de ayer, se yergue hoy victorioso y magnífico como símbolo vivo de la voluntad indoblegable de México y como paladín universal de los pueblos que aún sufren el yugo de propios o la bota de extraños. Yo me inclino, reverente y orgulloso, ante el indio que jamás besó sus cadenas.

LO QUE NO DEBEMOS OLVIDAR

Por *Victoria OCAMPO*

HACIA fines de septiembre de 1938, llegué a Londres en momentos en que Chamberlain y su paraguas regresaban de Godesberg. Acababa de pasar unas semanas en Italia donde hasta en los museos perseguían al turista los discursos enfáticamente agresivos del Duce, propalados por poderosos altoparlantes. Había atravesado París, donde las porteras se preparaban ingenuamente a combatir los efectos de los bombardeos aéreos subiendo a las azoteas o guardillas, bolsas de arena. En mi hotel de Londres, sobre la mesa de mi cuarto, encontré un aviso ordenándome que me presentara a tal parte, de tal hora a tal hora, para retirar mi máscara contra gases asfixiantes. La conservo, como una pieza de museo. Su actual eficacia contra la bomba H ha de ser nula, pues la ciencia ha progresado mucho en materia de armas mortíferas. Podemos sentirnos orgullosos.

En aquellos años, la Alemania hitleriana se extendía en el horizonte como una nube sombría, amenazante. Pero pese a su negrura, yo sólo la sentía como nube. La nube se me convirtió en algo sólido y palpable después de mi encuentro con Ernst Toller, escritor alemán y judío. Había tomado parte activa en la guerra del 14. Después, pasó cinco años en la cárcel por sus ideas pacifistas. Declarado persona non grata, lo habían privado de ciudadanía y habían quemado sus libros. En el Congreso de los PEN Clubs de Dubrownik (Yugoslavia) Toller había denunciado la actitud demente de Hitler, sus ataques contra judíos e intelectuales antitotalitarios. Dijo en ese Congreso: "Todos aquellos que piensan que el mundo tiene que gobernarse no sólo por la fuerza sino por las leyes morales, no tienen derecho de callarse en esta hora".

Me encontré con Toller en casa de una amiga inglesa. Recuerdo que llovía a cántaros y que en pleno día ya no entraba casi luz por la ventana. Toller era un hombre moreno, de mediana estatura, facciones regulares; pero su rostro llamaba la

tención porque parecía trabajado por la angustia. Ese hombre rdiente y desolado era una mezcla de esperanza que se nutría le desesperación, y de desesperación que se nutría de esperanza.

Aquella tarde, me habló de los métodos del Partido que ;obernaba en Alemania, el Nacionalsocialista. Habló de algu- ıos de sus compatriotas que, sin compartir las doctrinas hitle- istas no podían, o no se atrevían ya a expresar su verdadero ensamiento, por temor al castigo. Comprendí a fondo, escu- hándolo, cosas que más tarde debía experimentar en carne pro- ia. Comprendí cómo, en algunos grandes países, las personas ue aún podían pasear por las calles y jardines públicos, entrar n los teatros y cines estaban ya presas. Y cómo en nuestra época e podía sentir uno más libre en la cárcel que fuera de ella. Cómo, en países totalitarios, las cárceles se convertían en la re- idencia de los libres... y la calle quedaba para los que se ha- ían resignado a la servidumbre. Ernst Toller me hizo sentir stas cosas, me las enseñó más y mejor, en tres horas de conver- ación, que todos los libros que yo había leído sobre esos temas. l oír a Toller entraba uno en una atmósfera particular: la que odea a los hombres que han sufrido mucho y que no han sufrido n vano.

Esa tarde, salimos juntos de casa de mi amiga y bajo el iismo paraguas —la lluvia barría las calles de Londres y hacía elucir el asfalto— fuimos a pie al hotel de Toller. Toller se mbarcaba para los Estados Unidos al día siguiente. Quería ejarme una pieza de teatro de que me había hablado y que yo e había pedido para mi revista, *Sur*. Se titulaba "El pastor Iall". La hemos publicado en los números 56, 57 y 58 de la evista, y la adaptación cinematográfica de la obra se exhibió n Buenos Aires bajo el título de *El mártir*. Subimos al cuarto ue ocupaba en un hotel bastante sórdido. Allí reinaba el desór- en desolado de los cuartos de enfermos que acaban de morir, uando nadie todavía ha atinado a volver a colocar las cosas en ı lugar. Las sillas estaban atestadas de papeles y de ropa. Las alijas abiertas sobre la cama. "No tengo todavía un secretario ue me ayude", dijo Toller, y se puso a buscar entre los papeles montonados. Por fin encontró, no sin dificultad, su pieza y me entregó. "Todo lo que usted leerá ahí —me dijo— es la ver- ad pura, sin la menor exageración". Yo lo escuchaba hablar, allada. Tenía la impresión de que nada podía contestar a lo ue me contaba, a no ser trivialidades. Lo único que se podía

decir, sin avergonzarse, era: "Yo consagraré mi vida a denunciar esas infamias, esa demencia que está invadiendo el mundo". A esto Ernst Toller consagraba su vida. Y no era una empresa placentera.

En aquel cuarto en desorden, que tenía incluso el aspecto de un campo de batalla, veo el rostro sombrío y trágico de Toller. "Todo lo que he escrito aquí —me repetía tocando el manuscrito que había pasado de sus manos a las mías— es la pura verdad. No lo olvide".

Seguía lloviendo cuando salí sola del hotel, con un peso en el corazón. Porque eso que se dice del estómago cuando algo le ha caído mal es exactamente lo que se suele sentir en la zona del corazón, por motivos morales. "El rebelde está en peligro, hoy, en cualquier parte", me había dicho Toller. "Pero, ¡qué importa el peligro! Olvidemos ese miedo que nos avergüenza y nos degrada".

Pocos meses después de este encuentro, la traducción de "El pastor Hall" aparecía en *Sur*, pero mientras corregíamos las pruebas de página llegaba una noticia siniestra de Nueva York: Habían encontrado a Toller colgado en su cuarto de hotel newyorkino. ¿Por qué? ¿Qué le había pasado durante esos meses? Cuando conversé largamente con él, en vísperas de su viaje, me pareció que era un hombre dispuesto a luchar hasta el último suspiro. ¿Por qué había resuelto suicidarse de esa manera atroz? ¿Fue un verdadero suicidio?

Siempre recuerdo con un estremecimiento interior mi conversación con Toller. Él me dio la alerta. Al conversar con él lo que ya estaba en mi intelecto (mi horror a los sistemas totalitarios de derechas o de izquierdas) se hizo carne.

Se hizo carne... y sin embargo, yo no podía creer que aquella nube negra iba de pronto a desplomarse sobre mis amigos europeos y que aniquilaría a algunos de ellos. No podía aceptar la monstruosa realidad. Recuerdo perfectamente mi estado de ánimo la última vez que vi a Benjamin Fondane.

Fondane, escritor rumano, vivía en París. Escribía en francés, como tantos compatriotas suyos, y era judío. Íntimo amigo del gran escritor ruso (refugiado en Francia) Chestov, en casa de Chestov lo conocí, en 1929. Ortega y Gasset me acompañaba aquel día. En el ascensor, nos llamó la atención, por su indumentaria, un joven de boina, guantes y bufanda de lana

verde chillón, ojos oblicuos y ademanes desenvueltos. Yo le dije a Ortega, en español, segura de que no me entendería el desconocido: "Este va donde vamos nosotros, te apuesto. Es un colega plumífero". En efecto, el joven de la bufanda verde entró con nosotros al departamento de Chestov. Era Benjamín Fondane. En esa época la Argentina era para él un país productor y exportador de tangos. Nada más. En una especie de diario, que dejó entre sus papeles, anota en esa fecha: "Yo estaba conversando en un rincón del amplio departamento de la rue d'Alboni con Victoria Ocampo cuando Chestov, que conversaba con Ortega, se acercó a nosotros y le dijo a ella: "Desconfía de este hombre. Es un rebelde". Ella se rió". Yo recuerdo ese instante y la mirada entre burlona y afectuosa que le echó Chestov a Fondane. A partir de ese momento, Fondane empezó a frecuentar mi casa. Era un hombre culto, inteligente, ocurrente, impertinente a veces, y sus peleas literarias con Drieu La Rochelle me divertían. En julio de ese mismo año, vino a Buenos Aires y presentó los primeros films abstractos y surrealistas que aquí se vieron. Películas de Man Ray, de Buñuel, de René Clair, etc. En los años que siguieron, publicó un libro sobre Rimbaud y otro ensayo titulado "La conscience malheureuse". Maritain lo quería y apreciaba.

El 18 de julio de 1939 después de una comida en que habíamos discutido, como de costumbre, sobre temas literarios y en que nos habíamos reído bastante, llevé a Fondane hasta su casa en mi auto. Cuando llegamos delante de la puerta, Fondane me pidió que esperara un momento: quería traerme un paquete de manuscritos para que me los llevara a Buenos Aires. Me embarcaba a la mañana siguiente. No poco sorprendida, esperé. Volvió al cabo de unos minutos y depositó sobre mis rodillas un sobre gigante atado con un cordón y sellado con lacre. Llevaba la siguiente inscripción: "Chestov. Manuscrito informe e inconcluso conteniendo las cartas que me ha escrito Chestov y notas sobre mis conversaciones con él. Depositados entre las manos de Victoria Ocampo para el caso en que la guerra destruyera el manuscrito en que aún estoy trabajando. En caso de guerra, este manuscrito puede ser utilizado como a ella le parezca —y por lo tanto puede abrirse. Hasta entonces, le ruego que lo conserve cuidadosamente. Gracias". Leí estas líneas a la luz del farol de la calle y le grité a Fondane: "Usted está maduro para el manicomio. ¿Qué chifladura le ha entrado?" Él

me dijo, entonces: "Guarde eso. Siento que no la volveré a ver. Y creo en mis pálpitos".

Durante los últimos meses de la guerra, los alemanes lleva- ron a Fondane al campo de concentración de Auschwitz, y poco después lo liquidaron en sus cámaras de gases. Así purgó Fondane su doble crimen: ser judío y ser un intelectual anti- totalitario. Estas cosas son las que no debemos olvidar.

Aventura del Pensamiento

HISTORIA Y CIENCIAS SOCIALES: LA LARGA DURACIÓN

Por *Fernand BRAUDEL*

HAY una crisis general de las ciencias del hombre. Éstas se encuentran agobiadas bajo el peso de sus propios progre- os, aunque sólo fuera a causa de la acumulación de los cono- mientos nuevos y de la necesidad de un trabajo colectivo cuya rganización inteligente está todavía por hacerse; directa o in- irectamente, todas se ven afectadas, quiéranlo o no, por los rogresos de las que son más ágiles entre ellas, y que sin em- argo se hallan siempre en polémica con un humanismo retró- rado, insidioso, que no puede ya servirles de marco. Todas, con ayor o menor lucidez, se preocupan del lugar que les corres- onde en el conjunto monstruoso de las investigaciones antiguas nuevas, cuya convergencia necesaria se adivina ahora.

¿Cómo saldrán de estas dificultades? ¿Por un esfuerzo su- lementario de definición, o por una sobreabundancia de mal umor? En todo caso, parece que las ciencias del hombre no se an por vencidas, ya que (a riesgo de reincidir en pleitos viejí- mos y trillados o en falsos problemas) las vemos preocupadas, oy más que ayer, por definir sus objetos, sus métodos, sus su- erioridades. Las vemos empeñadas, a porfía, en altercados cerca de las fronteras que las separan, o que no las separan, o ue las separan mal, de las ciencias vecinas. Cada una de ellas ueña, de hecho, con quedarse en su lugarcito o regresar pronto él... Algunos sabios aislados organizan acercamientos: Clau- e Lévi-Strauss hace avanzar la antropología "estructural" hacia s procedimientos de la lingüística, hacia los horizontes de la storia "inconsciente" y el imperialismo juvenil de las matemá- cas "cualitativas". Tiende hacia una ciencia que pueda abar- r, bajo el nombre de *ciencia de la comunicación,* la antropo- gía, la economía política, la lingüística...[1] Pero ¿quién está

[1] CLAUDE LÉVI-STRAUSS, *Antropologie structurale,* París, 1958, *ssim,* y especialmente p. 329.

pronto a estos saltos de fronteras y a estos reagrupamiento Por un sí o por un no, la geografía misma se divorciaría de historia...

Pero no seamos injustos. Estas querellas y estas negativ tienen su interés. El deseo de afirmarse contra los demás con tituye forzosamente un origen de curiosidades nuevas: negar los otros, es ya conocerlos. Más aún: sin quererlo en forn explícita, las ciencias sociales se imponen las unas a las otra cada una tiende a ocuparse de lo social íntegramente, en "totalidad"; cada una invade la heredad de la vecina con creencia de estar en su propia casa. La economía descubre la sociología, mientras ésta asedia a aquélla; la historia, tal v la menos estructurada de las ciencias del hombre, acepta tod las lecciones de sus numerosas vecinas y se esfuerza por repe cutir en ellas. Así, pese a las reticencias, a las oposiciones, a l ignorancias tranquilas, ya se esboza la erección de un merca común. Valdría la pena intentar la construcción de este edific durante los próximos años. No importa si, más tarde, ca ciencia juzga ventajoso, por un tiempo, emprender una ruta m estrechamente personal.

Pero ante todo, hay que llevar a cabo el acercamiento. una operación urgente. En los Estados Unidos, esta reunión tomado la forma de investigaciones colectivas sobre las áre culturales del mundo actual: los *area studies* son, en prim lugar, el estudio de los monstruos políticos del tiempo actu —China, la India, Rusia, la América latina, los Estados U dos— por un equipo de *social scientists.* Conocer estas áreas evidentemente, cuestión vital. Sin embargo, al poner en com técnicas y conocimientos, es preciso que los participantes no queden sumergidos en sus respectivos trabajos particulares, c gos o sordos, como antes, a lo que dicen, escriben o piensan demás... Es preciso que el agrupamiento de las ciencias soc les sea completo, que no se olvide a las más antiguas a expens de las más jóvenes, capaces de prometer tanto, si no de cump siempre sus promesas. Por ejemplo, en esas tentativas nor americanas es prácticamente nulo el lugar que se concede a geografía, y sobremanera exiguo el que se deja a la historia. por lo demás, ¿de qué historia se trata?

Sobre la crisis que nuestra disciplina ha sufrido en el cu de los últimos veinte o treinta años, las demás ciencias socia están muy mal informadas, y tienden a desconocer, al mis

empo que los trabajos de los historiadores, un aspecto de la ealidad social del cual es la historia una buena servidora, si o siempre una vendedora hábil. Me refiero a esa duración soial, a esos tiempos múltiples y contradictorios de la vida de los ombres que no son sólo la sustancia del pasado, sino también a materia de la vida social actual. Razón de más para señalar on fuerza, en el debate que se lleva a cabo entre todas las cienias del hombre, la importancia, la utilidad de la historia, es ecir, de esa dialéctica de la duración, tal como se desprende el quehacer histórico, de la observación repetida del historiaor; pues, en nuestra opinión, nada es más importante, en el entro de la realidad social, que esa oposición viva, íntima, indeinidamente repetida, entre el instante y el tiempo lento en transurrir... Trátase del pasado o de la actualidad, una conciencia ítida de esta pluralidad del tiempo social es indispensable para egar a una metodología común de las ciencias del hombre.

Hablaré, pues, largamente de la historia, del tiempo de a historia. No para los especialistas de nuestros estudios, sino ara nuestros vecinos de las ciencias del hombre: economistas, nógrafos, etnólogos (o antropólogos), sociólogos, psicólogos, ngüistas, demógrafos, geógrafos, y aun especialistas en mateáticas sociales o en estadística, vecinos, todos ellos, a quienes esde hace largos años hemos seguido en sus experiencias y en us investigaciones porque nos parecía (y nos sigue pareciendo) ue, colocada a remolque de ellas o en contacto con ellas, la istoria se ilumina con luces nuevas. Tal vez nosotros, por nuesa parte, tengamos algo que devolverles. De las experiencias tentativas recientes de la historia se desprende —consciente o o, aceptada o no— una noción cada vez más precisa de la mulplicidad del tiempo y del valor excepcional del tiempo largo. sta última noción, más que la historia misma —la historia de en rostros—, debería interesar a las ciencias sociales, nuestras ecinas.

I. Historia y duraciones

Todo trabajo histórico descompone el tiempo pasado, escoge ntre sus realidades cronológicas, según preferencias y exclusioes más o menos conscientes. La historia tradicional, atenta al empo breve, al individuo, al acontecimiento, nos ha acostum-

brado desde hace mucho a su relato precipitado, dramático, c
corto aliento.

La nueva historia económica y social coloca en el prim
plano de su investigación la oscilación cíclica y especula sob
su duración: está seducida por el espejismo —y por la realid
también— de las alzas y bajas cíclicas de los precios. Hay a
actualmente, al lado del relato (o del "recitativo") tradiciona
un recitativo de la coyuntura que hace uso del pasado por gra
des tajadas, decenas, veintenas o cincuentenas de años.

Mucho más allá de este segundo recitativo se sitúa u
historia de aliento todavía más sostenido, de amplitud secul
esta vez, la historia de larga, y aun de larguísima duración. I
fórmula, buena o mala, me ha llegado a ser familiar para d
signar lo contrario de aquello que François Simiand, uno de l
primeros después de Paul Lacombe, bautiza con el nombre
histoire événémentielle (historia de acontecimientos, histor
"factual"). Poco importan estas fórmulas. Quede claro, e
todo caso, que nuestra discusión irá de la una a la otra, de u
polo del tiempo al otro, de la instantánea a la larga duració

Desde luego, las palabras que se usan no son de segurida
absoluta. Tomemos, por ejemplo, la palabra *acontecimiento*. P
mi parte, quisiera encasillarlo, apresarlo en la corta duración:
acontecimiento es explosivo, *nouvelle sonnante*, como decían l
franceses del siglo XVI. Llena con su humo engañoso la co
ciencia de los contemporáneos, pero no dura, y apenas si se
ve la llama...

Los filólogos nos dirían, sin duda, que esto es vaciar
palabra de una importante parte de su sentido. Un acontec
miento, en rigor, puede cargarse de una serie de significacion
o de afinidades. A veces rinde testimonio acerca de movimient
profundísimos, y en virtud del juego —facticio o no— de l
"causas" y los "efectos", en el cual se complacían los histori
dores de ayer, suele anexarse un tiempo muy superior a
duración propia... Extensible al infinito, se traba, libremen
o no, con toda una cadena de acontecimientos, de realidad
subyacentes, las cuales, una vez encadenadas, parecen ya imp
sibles de desprenderse las unas de las otras. Gracias a este jueg
de adiciones, Benedetto Croce podía pretender que, en to
acontecimiento, la historia entera, el hombre entero se incorpor
y luego se redescubren a voluntad. Naturalmente, con la co
dición de añadir a ese fragmento lo que no contiene en un pri

›io, y siempre que se sepa lo que es justo —o no— agregarle. te juego inteligente y peligroso es el que propone Jean Paul rtre en unas recientes reflexiones.

Digamos entonces, en lugar de *événémentiel*, de "factual": tiempo corto, a la medida de los individuos, de la vida cotiına, de nuestras ilusiones, de nuestras rápidas tomas de conıncia; el tiempo por excelencia del cronista, del periodista. ıora bien, obsérvese que la crónica o el periódico ofrecen, al lo de los grandes acontecimientos, llamados históricos, los ediocres accidentes de la vida ordinaria: un incendio, una castrofe ferroviaria, el precio del trigo, un crimen, una repreıtación teatral, una inundación... Cualquiera comprenderá e haya, así, un tiempo corto de todas las formas de la vida, onómico, social, literario, institucional, religioso, geográfico clusive (un ventarrón, una tempestad) lo mismo que político.

A primera vista, el pasado es esta masa de hechos menudos, slumbrantes unos, oscuros otros, e indefinidamente repetidos, n aquellos que, en la actualidad, constituyen el botín cotidiano la microsociología o de la sociometría. Hay también una crohistoria... Pero los acontecimientos y los hechos varios son toda la realidad, todo el espesor de la historia, aquello ore lo cual puede trabajar cómodamente la reflexión científa. La ciencia social tiene casi horror por el acontecimiento. le falta razón: el tiempo corto es la más caprichosa, la más az de las duraciones.

De ahí igualmente esa viva desconfianza que algunos de historiadores sienten para con una historia tradicional, llaıda "factual", cuya etiqueta se confunde con la de historia lítica, no sin cierta inexactitud: la historia política no es forsamente "factual", ni está condenada a serlo. Sin embargo, un hecho que, salvo los cuadros facticios, privados casi de oesor temporal, que embutía en sus relatos,[2] salvo las explicciones de larga duración con que era necesario acompañarla, un hecho que, en su conjunto, la historia de estos últimos cien os —casi siempre política—, centrada en el drama de los randes acontecimientos", ha trabajado en y sobre el tiempo rto. Fue, tal vez, el precio que hubo que pagar por los proesos realizados, durante ese mismo período, en la conquista ntífica de instrumentos de trabajo y de métodos rigurosos. El

[2] "Europa en 1500", "el Mundo en 1880", "Alemania en víspede la Reforma"...

descubrimiento en masa de los documentos ha hecho creer a
historiador que la verdad se encontraba, íntegra, en la auten
ticidad documental. Todavía ayer escribía Louis Halphen
"Basta dejarse llevar en alguna forma por los documentos, leído
uno tras otro, tales como se nos ofrecen, para ver cómo se recons
tituye, casi automáticamente, la cadena de los hechos". Este idea
de "historia en estado naciente" culmina, a fines del siglo XIX
en una crónica de nuevo estilo que, en su ambición de exactitud
sigue paso a paso la historia "factual" según como se deduc
de correspondencias de embajadores o de debates parlamenta
rios. Los historiadores del siglo XVIII y de comienzos del XI
habían prestado mucha más atención a las perspectivas de l
larga duración, pero esta actitud no fue redescubierta sino po
algunos grandes espíritus más tardíos: un Michelet, un Ranke
un Jacob Burckhardt, un Fustel de Coulanges. Si se acepta qu
este rebasamiento del tiempo corto ha sido el bien precios
—por más raro— de la historiografía de los últimos cien año
se comprenderá el papel eminente que ha desempeñado la his
toria de las instituciones, de las religiones, de las civilizacione
y, gracias a la arqueología, que necesita de vastos espacios cro
nológicos, el papel de vanguardia de los estudios consagrados
la antigüedad clásica. El día de ayer, estas disciplinas salvaro
nuestro oficio.

La ruptura reciente con las formas tradicionales de la histor
del siglo XIX no fue una ruptura total con el tiempo corto. H
redundado, como se sabe, en beneficio de la historia econ
mica y social, pero en detrimento de la historia política. De a
se han seguido una revolución y una innegable renovación,
también, inevitablemente, cambios de método, desplazamient
de centros de interés al entrar en escena una historia cuantit
tiva que, desde luego, no ha dicho todavía su última palabra

Pero, sobre todo, ha habido una alteración del tiempo h
tórico tradicional. Un día, un año podían parecer buenas m
didas a un historiador político, ayer. El tiempo era una sum
de días. Pero una curva de precios, una progresión demogr
fica, el movimiento de los salarios, las variaciones de la tasa
interés, el estudio (más soñado que realizado) de la produ
ción, un análisis apretado de la circulación, son cosas que
claman medidas mucho más amplias.

Aparece así un nuevo modo de relato histórico, digamos "recitativo" de la coyuntura, del ciclo, y aun del "interciclo", e propone a nuestra elección una decena de años, un cuarto siglo, y en el límite extremo, el medio siglo del ciclo clásico Kondratieff. Por ejemplo, si se prescinde de los accidentes eves y de su superficie, los precios suben en Europa de 1791 a 17, y bajan de 1817 a 1852: este doble y lento movimiento ascenso y descenso representa un interciclo completo por lo e a Europa se refiere, aunque también se aplica más o menos mundo entero. Sin duda, estos períodos cronológicos no tie- n un valor absoluto. Juzgando según otros barómetros, el crecimiento económico y el de la renta o el producto na- nal, François Perroux[3] puede ofrecernos otros mojones, qui- más válidos. Pero no importan mucho estas discusiones que ora tienen lugar. El historiador dispone seguramente de un npo nuevo, elevado a la altura de una explicación en la cual ede intentar inscribirse la historia, recortándose a lo largo de rcas nuevas, según esas curvas y su respiración misma.

Así, Ernest Labrousse y sus discípulos han emprendido, a z del manifiesto que dieron a conocer en el último Congre- histórico de Roma (1955), una vasta encuesta de historia ial, bajo el signo de la cuantificación. No creo traicionar sus nes si digo que esta encuesta llevará forzosamente a la de- minación de coyunturas (y aun de estructuras) sociales, pues hay nada que nos garantice, por anticipado, que la coyuntura ial tendrá la misma rapidez o la misma lentitud que la eco- nica. Por otra parte, estos dos importantes personajes, co- ntura económica y coyuntura social, no deben hacernos per- de vista a otros personajes cuyo paso será difícil de deter- nar, o quizá indeterminable, por falta de medidas precisas. ciencias, las técnicas, las instituciones políticas, las herra- entas mentales, las civilizaciones —para emplear esta palabra cómoda— tienen igualmente su ritmo de vida y de creci- ento, y la nueva historia "coyuntural" no estará lista sino a vez que haya completado su orquesta.

En estricta lógica, este recitativo hubiera tenido que de- nbocar, por su rebasamiento mismo, en la larga duración. o, por mil razones, el rebasamiento no ha sido la regla, y e nuestra mirada se lleva a cabo ahora mismo una vuelta al

---

3 Cf. su *Théorie générale du progrès économique*, París, 1957. *hiers de l'ISEA).*

tiempo corto. Ello se debe tal vez a que la tarea de coser ur con otra la historia "cíclica" y la historia corta tradicional p rece más necesaria (o más urgente) que el avanzar adelant hacia lo desconocido. En términos militares, se trata de consol dar posiciones adquiridas. El primer gran libro de Ernest L brousse, en 1933, estudiaba así el movimiento general de lo precios en la Francia del siglo XVIII,[4] es decir, se ocupaba de u movimiento secular. En 1943, en el libro de historia más im portante que ha aparecido en Francia durante estos último veinticinco años, el mismo Ernest Labrousse cedía a la nec sidad de volver a un tiempo menos embarazoso, cuando, en hueco mismo de la depresión, de 1774 a 1791, señalaba ur de las fuentes vigorosas de la Revolución Francesa, una de su rampas de lanzamiento. Todavía en este libro, lo que estudi ba era un semi-interciclo, medida amplia. Pero su comunic ción al Congreso Internacional de París, en 1948, *Commen naissent les révolutions?* ("¿Cómo nacen las revoluciones?") esfuerza por vincular un patetismo económico de corta duració (nuevo estilo) con un patetismo político (viejísimo estilo), de las jornadas revolucionarias. Hénos aquí de nuevo en tiempo corto, y hasta el cuello. Desde luego, la operación lícita, útil, pero ¡qué sintomática! El historiador suele ser u director teatral. ¿Cómo había de renunciar al drama del tiem po breve, a los mejores hallazgos de un antiquísimo oficio?

Más allá de los ciclos e interciclos, hay aquello que los econo mistas llaman —sin estudiarla siempre— la tendencia secula Pero esto no interesa todavía sino a muy contados economista y sus consideraciones sobre las crisis estructurales, al no hab sufrido la prueba de las verificaciones históricas, se presenta como simples esbozos o hipótesis, enraizadas apenas en el p sado reciente, hasta 1929, o cuando mucho hasta los años 18 y siguientes.[5] Ofrecen, sin embargo, una útil introducción a historia de larga duración. Son ya una primera clave.

La segunda clave, mucho más útil, es la palabra *estructur* Buena o mala, esta palabra domina los problemas de la lar

---

[4] *Esquisse du mouvement des prix et des revenus en France xviiie. siècle,* París, 1933 (2 vols.).

[5] Véanse las aclaraciones que daR ENÉ CLEMENS, *Prolégomèn d'une théorie de la structure économique,* París, 1952; cf. tambi JOHANN AKERMAN, "Cycle et structure", *Revue Economique,* 1952.

ración. Por *estructura,* los observadores de lo social entien-
n una organización, una coherencia, unas relaciones bastante
as entre realidades y masas sociales. Para nosotros, los his-
riadores, una estructura es sin duda armazón, arquitectura,
ro, mucho más todavía, una realidad que el tiempo no des-
sta por completo, y que a través de él se va conformando
gamente. Ciertas estructuras, por el hecho de tener una vida
uy prolongada, se convierten en elementos estables de una
finidad de generaciones: obstruyen la historia, estorban su
nscurso, es decir, lo determinan. Otras estructuras se agotan
ás fácilmente. Pero todas son a la vez sostén y obstáculos. Se
esentan como límites (*envolvente* en sentido matemático)
los cuales no pueden librarse el hombre ni sus experiencias.
nsemos en la dificultad de romper ciertos marcos geográfi-
s, ciertas realidades biológicas, ciertos límites de la producti-
lad, y aun tales o cuales compulsiones espirituales: también
conformaciones mentales son cárceles de larga duración.

El ejemplo más accesible parece todavía el de la violencia
rcida por la geografía. A lo largo de siglos, el hombre es un
sionero de los climas, de las vegetaciones, de las poblaciones
imales, de los cultivos, de un equilibrio lentamente construi-
del cual no puede apartarse sin exponerse a hacer peligrar
lo. Consideremos el lugar de la trashumancia en la vida
ntañesa, la permanencia de sectores de la vida marítima,
aigados en determinados puntos privilegiados de las articu-
iones litorales; consideremos la duradera implantación de
ciudades, la permanencia de las rutas y de los tráficos, la
smosa fijeza del marco geográfico de las civilizaciones.

Las mismas permanencias o supervivencias observamos en
inmenso campo de la cultura. El magnífico libro de Ernst
bert Curtius, aparecido no hace mucho en traducción espa-
a,[6] es el estudio de un sistema cultural que prolonga (defor-
ndola en virtud de las cosas que elige) la civilización latina
Bajo Imperio, agobiada a su vez bajo una pesada herencia.
sta los siglos XIII y XIV, hasta el nacimiento de las literaturas
ionales, la civilización de las minorías intelectuales vivió de
mismos temas de las mismas comparaciones, de los mismos
ares comunes y de las mismas muletillas. En una línea aná-

---

6 ERNST ROBERT CURTIUS, *Europäische Literatur und lateinisches
telalter,* Berna, 1948; *Literatura europea y Edad Media latina,* tra-
ción de Margit Frenk Alatorre y Antonio Alatorre, México, 1955.

loga de pensamiento, el estudio de Lucien Febvre sobre Rab
lais y el problema de la incredulidad en el siglo XVI[7] se ha pr
puesto precisar cuál era la herramienta mental del pensamient
francés en la época de Rabelais, ese conjunto de conceptos qu
mucho antes de Rabelais y durante mucho tiempo después d
él, encauzó las artes de vivir, de pensar y de creer, y limitó du
ramente, por anticipado, la aventura intelectual de los espíritu
más libres. El tema tratado por Alphonse Dupront[8] se presen
ta también como una de las más nuevas investigaciones de la e
cuela histórica francesa. Dupront estudia la idea de cruzada, e
Occidente, mucho más acá del siglo XIV, es decir, mucho má
acá de la época de la "verdadera" cruzada, en la continuidad d
una actitud de larga duración que, a lo largo de siglos, atra
viesa las sociedades, los mundos, los psiquismos más diverso
y roza con un último reflejo a los hombres del siglo XIX. E
un terreno vecino, el libro de Pierre Francastel sobre "pintura
sociedad"[9] señala, a partir de los inicios del Renacimiento flo
rentino, la permanencia de un espacio pictórico "geométrico
que ya no será alterado por nada, hasta el cubismo y la pintur
intelectual de comienzos de nuestro siglo. La historia de la
ciencias conoce, asimismo, universos construidos que son otra
tantas explicaciones imperfectas, pero a las cuales se conceden
regularmente, siglos de duración. No son rechazadas sino de
pués de que han servido durante mucho tiempo. El univers
aristotélico se mantuvo sin disputas, o casi sin disputas, hast
Galileo, Descartes y Newton; se esfuma entonces ante un un
verso profundamente geometrizado que, a su vez, se derrum
bará mucho más tarde ante las revoluciones einsteinianas.[10]

En virtud de una paradoja sólo aparente, la dificultad con

[7] LUCIEN FEBVRE, *Rabelais et le problème de l'incroyance au xv siècle*, París, 1943.

[8] *Le mythe des croisades. Essai de sociologie religieuse* (se publ cará en 1959).

[9] PIERRE FRANCASTEL, *Peinture et société. Naissance et destru tion d'un espace plastique de la Renaissance au cubisme*, París, 1951.

[10] Otros argumentos: me gustaría comentar varios vigorosos a tículos que sostienen una posición análoga, como el de OTTO BRUNNE *(Historische Zeitschrift*, tomo 177, núm. 3) sobre la historia social d Europa, el de R. BULTMANN *(Historische Zeitschrift*, tomo 176, núm 1) sobre el humanismo de larga duración; el de GEORGES LEFEBVR *(Annales historiques de la Révolution française*, 195, p. 144) y el de HARTUNG *(Historische Zeitschrift*, tomo 180, núm. 1) sobre el De potismo ilustrado...

te en descubrir la larga duración en el terreno donde la in-
stigación histórica acaba de conseguir victorias innegables:
terreno económico. Los ciclos, los interciclos, las crisis es-
cturales ocultan aquí las regularidades, las permanencias de
temas, regularidades y permanencias que han hecho que algu-
s hablen de "civilizaciones económicas",[11] esto es, viejos há-
os de pensar y de actuar, marcos resistentes, duros para
rir, a veces contra toda lógica.

Pero hagamos nuestro razonamiento sobre un ejemplo, que
alizaremos rápidamente. He aquí, cerca de nosotros, en el
rco de Europa, un sistema económico que se inscribe en algu-
líneas y reglas generales bastante nítidas: se mantiene más
nenos en su sitio desde el siglo XIII hasta el XVIII; digamos,
a mayor seguridad, hasta los alrededores de 1750. Durante
los, la actividad económica depende de poblaciones demo-
ficamente frágiles, como lo demuestran los grandes reflujos
1350-1450 y, sin duda, de 1630-1730.[12] Durante siglos, la
ulación ve el triunfo del agua y del navío, ya que todo espe-
continental es obstáculo e inferioridad. Los auges europeos,
scindiendo de las excepciones que confirman la regla (ferias
Champaña, que declinan ya a comienzos del período, o fe-
de Leipzig en el siglo XVIII), todos esos auges se sitúan a
largo de las franjas litorales. Otras características del sis-
a: la primacía de los mercaderes, el papel eminente que
empeñan los metales preciosos, oro, plata y aun cobre, cuyos
ques incesantes no se amortiguarán —y esto no siempre—
por el desarrollo decisivo del crédito, hacia fines del siglo
Características no menos válidas: las mordeduras repeti-
de las crisis agrícolas periódicas; la fragilidad, diremos, del
mismo de la vida económica; y, finalmente, el papel des-
porcionado, a primera vista, de uno o dos tráficos exterio-
el comercio de Levante del siglo XII al XIV, el comercio co-
al en el XVIII...

He definido así, o más bien evocado a mi vez, siguiendo
tros, los rasgos más salientes con que en la Europa occi-
tal se presenta el capitalismo mercantil, etapa de larga du-
ón. A pesar de todos los cambios evidentes que los atravie-

[11] René Courtin, *La civilisation économique du Brésil*, París,
.

[12] Esto, en Francia. En España, el reflujo económico se señala
e fines del siglo XVI.

san, estos cuatro o cinco siglos de vida económica tuviero *cierta* coherencia, hasta la conmoción del siglo XVIII y de la r volución industrial, de la cual no hemos salido todavía. H ciertos rasgos que les son comunes y que permanecen inmóvil mientras que alrededor de ellos, entre otras continuidades, m rupturas y trastornos renovaban la faz del mundo.

Entre los tiempos diferentes de la historia, la larga dur ción se presenta así como un personaje estorboso, complicado, quien no se suele prestar atención. Admitirlo en el centro nuestro oficio no será un simple juego, el habitual ensanch miento de estudios y de curiosidades. No se tratará tampo de una elección cuyo único beneficiario sea ese personaje. Pa el historiador, el aceptarlo equivale a prestarse a un cambio estilo, de actitud, a un vuelco o inversión de pensamiento, una nueva concepción de lo social. Equivale a familiarizar con un tiempo inmóvil, o casi en el límite de lo móvil. En es escalón, y no en otro —sobre esto hablaré más tarde—, es líci desprenderse del tiempo exigente de la historia, salir de él, luego volver a él, pero con otros ojos, cargados de otras inqui tudes, de otras preguntas. En todo caso, si la totalidad de historia puede repensarse como a partir de una infraestructur es en relación con esas capas de historia lenta. Todos los esc lones, todos los millares de escalones, todos los millares de tallidos del tiempo de la historia, se comprenden a partir de e profundidad, de esa inmovilidad: todo gravita alrededor ella.

En las líneas que preceden, no pretendo haber definido oficio del historiador, sino una concepción de este oficio. D pués de las tempestades de los últimos años, sería una bie aventurada ingenuidad pensar que nosotros hemos encontra los verdaderos principios, los límites claros, la buena Escue De hecho, todos los oficios de las ciencias sociales se van tra formando incesantemente, en razón de sus movimientos propi y del movimiento vivo del conjunto. La historia no constitu una excepción. No hay ninguna etapa de quietud a la vista, la hora de los discípulos no ha sonado. Hay un largo trecho Charles V. Langlois y Charles Seignobos a Marc Bloch. Pe de Marc Bloch para acá, la rueda no ha dejado de dar vuelt Para mí, la historia es la suma de todas las historias posibl

ıa colección de oficios y de puntos de vista de ayer, de hoy, : mañana.

El único error, según mi modo de ver, sería elegir una : esas historias con exclusión de las demás. Tal fue, tal sería error historizante. Nos consta que no será cómodo convencer : ello a todos los historiadores, y, peor aún, a las ciencias soıles obstinadas en hacernos volver a la historia tal como era er... Mucho tiempo y muchos trabajos nos harán falta para lmitir todos esos cambios y todas esas novedades bajo el viejo ımbre de historia. Y, sin embargo, ha nacido una "ciencia" stórica nueva que sigue interrogándose y transformándose. ;ta ciencia se anuncia en Francia ya en 1900, con la *Revue de :nthèse Historique*, y a partir de 1929 con los *Annales: Écoımies, Sociétés, Civilisations*. El historiador ha decidido presr atención a *todas* las ciencias del hombre. La historia se ïirma como ciencia global del hombre. Y esto da a nuestro ïicio extrañas fronteras, como también extrañas curiosidades. ır otra parte, no hay que imaginar ya, entre el historiador y observador de las ciencias sociales, esas barreras y diferencias : ayer. Todas las ciencias del hombre están unidas entre sí, historia inclusive, contaminadas las unas por las otras. Haan todas el mismo lenguaje, o pueden hablarlo. De aquí nan extrañas coincidencias o analogías.

Sea que nos coloquemos en 1558 o en el año de gracia de ı58, si queremos comprender el mundo de los hombres, hay ıe definir una jerarquía de fuerzas, de corrientes, de moviientos particulares, para percibir luego una constelación de ınjunto. A cada instante de esta indagación, será preciso disıguir entre movimientos largos y avances cortos, tomados ésıs desde sus fuentes inmediatas, y aquéllos en la órbita de un empo lejano. El mundo de 1558, tan desdichado por lo que a ·ancia se refiere, no nació en el umbral de ese año privado de ıcantos. Y tampoco, siempre por lo que se refiere a Francia, te triste año de 1958. Cada "actualidad" está constituida por encuentro de movimientos cuyos orígenes y ritmos son difentes: en su masa, el tiempo de hoy data a la vez de ayer, de ıteayer, del pasado. A través de los archivos investiga uno el lediterráneo del siglo XVI, y los documentos antiguos le arroı a la cara mil imágenes, bien conocidas, del Mediterráneo ıl siglo XX. Pero si este Mediterráneo de hoy demuestra ser menudo el mejor documento sobre su pasado, ¿quién no ve,

invirtiendo los términos, que este Mediterráneo actual hund
raíces enormes, interminables, en un pasado que es el únic
capaz de explicar mil anomalías, mil particularidades ilógicas
absolutamente personales de su comportamiento? ¡Cuántos ecc
lejanos siguen resonando en el Mediterráneo actual!

II. *La querella del tiempo cor*

CIERTAMENTE, estas verdades son triviales. Sin embarg a las ciencias sociales no las tienta la búsqueda del tiemp perdido. No es que se pueda lanzar contra ellas una categóric acusación judicial, declarándolas culpables, sin excepción, de n aceptar la historia o la duración como dimensiones necesari de sus estudios. Por el contrario, nos dispensan, aparent mente, una buena acogida; el examen "diacrónico", con el cu se reintroduce la historia, nunca está ausente de sus preocup ciones. No seamos demasiado apresurados en nuestras lame taciones: nos expondríamos a ser remitidos a textos explícito o acusados de echar abajo puertas que ya estaban abiertas.

Sin embargo, haciendo a un lado estas conformidades, preciso convenir que las ciencias sociales, por gusto, por instint profundo, quizá por formación, tienden siempre a prescind de la explicación histórica; se apartan de esta explicación virtud de dos actitudes casi opuestas: una de ellas "factualiza o, si se quiere, "actualiza" en exceso los estudios sociales, gr cias a una sociología empírica, desdeñosa de toda historia, l mitada a los datos del tiempo corto, de la encuesta sobre l vivo; la otra actitud deja atrás pura y simplemente el tiemp imaginando, en el término de una "ciencia de la comunicación una formulación matemática de las estructuras, casi intemp rales. Esta última actitud, la más nueva de todas, es evident mente la única capaz de interesarnos aquí a fondo. Pero com la actitud "factualizadora" tiene todavía tantos partidarios, va drá la pena examinar, uno tras otro, los dos aspectos de l cuestión.

HEMOS declarado ya nuestra desconfianza con respecto a un historia puramente "factual". Hay que ser justos: si hay u pecado *factualista*, la historia no es la única culpable, aunqu

s acusaciones recaigan de preferencia sobre ella. Todas las encias sociales participan del error. Economistas, demógrafos geógrafos están repartidos (pero mal repartidos) entre el yer y el hoy; para ser cuerdos, necesitarían mantener iguales os platillos de la balanza. Este equilibrio es fácil y obligato- o para el demógrafo, y es una operación casi natural para los eógrafos, particularmente los franceses, nutridos en la tradi- ón de Paul Vidal de la Blache. Pero, en cambio, muy rara vez da entre los economistas, a quienes vemos prisioneros de la tualidad más corta, entre un límite extremo que no va más rás de 1945 y un hoy prolongado apenas en el porvenir inme- iato, en virtud de los planes y las previsiones, por un período algunos meses, o de algunos años cuando mucho. Yo sos- ngo que todo el pensamiento económico está como paralizado or esta restricción temporal. A los historiadores, dicen los eco- omistas, es a quienes toca ir más allá de 1945, para investigar s economías antiguas; pero, al pensar así, se privan de un ma- villoso campo de observación, que han abandonado espontá- eamente, sin negar por ello su valor. El economista ha ad- uirido el hábito de acudir al servicio de lo actual, allí donde s gobiernos lo llaman.

La posición de los etnógrafos y etnólogos no es tan clara tan alarmante. Ciertamente, algunos de ellos han subrayado imposibilidad —pero todo intelectual está obligado a lo im- osible— y la inutilidad de la historia en el interior de su ofi- o. Pero este rechazo autoritario de la historia no ha servido mucho a Malinowski y a sus discípulos. Bien visto, ¿cómo posible que la antropología se desinterese de la historia? Es misma aventura del espíritu, como se complace en decir aude Lévi-Strauss.[13] No hay sociedad, por tosca que sea, que revele a la observación las "garras del acontecimiento", ni mpoco hay sociedad en que la historia haya naufragado por mpleto. Por este lado, haríamos mal en quejarnos o en insis- más.

En cambio, nuestra querella será bastante reñida en las onteras del tiempo corto, con respecto a la sociología de las cuestas sobre lo actual, las encuestas de mil direcciones, entre ciología, psicología y economía. Estas encuestas cunden en ancia y en muchos otros países. Son, a su manera, una apuesta petida sobre el valor irreemplazable del tiempo presente, su

[13] *Op. cit.*, pp. 3-33.

calor "volcánico", su exuberante riqueza. ¿Para qué volvers hacia el tiempo de la historia, tiempo empobrecido, simplifica do, devastado por el silencio, reconstruido, sí, insistamos en ell *¿reconstruido?* Pero, a decir verdad, ¿está tan muerto, tan re construido como se pretende ese tiempo de la historia? Si duda, el historiador procede con demasiada facilidad a destaca lo esencial de una época pasada; ve con gran rapidez sus línea principales; para decirlo con palabras de Henri Pirenne, el his toriador distingue sin dificultad los "acontecimientos importan tes", o sea "aquellos que tuvieron consecuencias". Simplifica ción evidente y peligrosa. Sin embargo, ¿qué no daría el viaje ro de lo actual por tener esa perspectiva (o ese avance en e tiempo) capaz de desenmascarar y de simplificar la vida pre sente, confusa, poco legible por hallarse demasiado embaraza da de gestos y signos de menor importancia? Claude Lév Strauss[14] pretende que una hora de conversación con un con temporáneo de Platón le daría más informaciones que nuestro discursos clásicos sobre la coherencia o la incoherencia de l civilización de la Grecia antigua. Estoy totalmente de acuerdo Pero es porque él, a lo largo de muchos años, ha escuchado cie voces griegas salvadas del silencio. El historiador ha preparad el viaje. Una hora en la Grecia de hoy no le enseñaría nada, casi nada, sobre las coherencias o incoherencias actuales.

Más aún. El que hace una indagación sobre el tiempo pre sente no llega hasta las tramas "finas" de las estructuras sino condición de *reconstruir* a su vez, a condición de lanzar hipóte sis y explicaciones, rechazando lo real en la forma cruda e que se le presenta, truncándolo, superándolo, operaciones toda éstas que permiten escapar del dato para dominarlo mejo pero que son otras tantas reconstrucciones. Yo dudo que l fotografía sociológica del presente sea más "verdadera" qu el cuadro histórico del pasado, y tanto menos, cuanto más pre tenda alejarse esa fotografía de lo *reconstruido*.

Philippe Ariès ha insistido[15] en la importancia del despla zamiento, de la sorpresa en la explicación histórica: tropeza mos, en el siglo XVI, con una rareza, rareza para nosotros, hom bres del siglo XX. ¿Por qué esta diferencia? El problema est planteado. Pero yo diría que la sorpresa, la distancia, el aleja miento, estos grandes medios de conocimiento, no son meno

---

[14] "Diogène conché", *Les Temps Modernes,* tomo 195, p. 17.
[15] *Le temps de l'histoire,* París, 1954, sobre todo pp. 298 ss.

necesarios para comprender lo que nos rodea ahora mismo, lo que tenemos tan cerca de nosotros que ya no lo vemos con claridad. Si un francés vive en Londres durante un año, ciertamente conocerá muy mal a Inglaterra. Pero, por comparación, a la luz de las cosas que le asombran, habrá comprendido bruscamente algunos de los rasgos más profundos y originales de Francia, los aspectos que no conocía a fuerza de conocerlos. En contraste con lo actual, el pasado es también desplazamiento, es también distancia.

Así, pues, historiadores y *social scientists* podrían estarse perpetuamente arrojándose unos a otros la pelota sobre el documento muerto y el testimonio demasiado vivo, el pasado lejano y la actualidad demasiado cercana. Yo no juzgo esencial este problema. Presente y pasado se iluminan recíprocamente con sus luces. Y si la mirada se dirige de manera exclusiva a la estrecha actualidad, la atención irá hacia lo que se mueve aprisa, lo que brilla con razón o sin ella, o lo que acaba de cambiar, o hace ruido, o se revela sin dificultades. Todo un hormiguero "factual", tan fastidioso como el de las ciencias históricas, acecha al observador apresurado, etnógrafo que durante tres meses "entrevista" a una aldea de la Polinesia, sociólogo industrial que entrega los clichés de su última encuesta, o que se hace la ilusión de que, mediante hábiles cuestionarios y las combinaciones de las tarjetas perforadas, podrá encasillar perfectamente determinado mecanismo social. Lo social es un jabalí que tiene el colmillo demasiado largo...

A decir verdad, ¿qué interés podemos tener nosotros, estudiosos de las ciencias del hombre, en los ires y venires de una señorita entre su domicilio (en el 16º *arrondissement)*, su profesor de música y la Facultad de Ciencias Políticas, ires y venires sobre los cuales nos informa una vasta y minuciosa encuesta acerca de la región parisiense?[16] Se saca de todo esto un bonito mapa. Pero si la muchacha hubiera hecho estudios de agronomía o hubiera practicado el ski náutico, sus viajes triangulares habrían sido completamente distintos. Me alegro de ver, en un mapa, la repartición de los domicilios de los empleados de una empresa importante... Pero si no tengo un mapa anterior de la repartición, si la distancia cronológica entre los datos recogidos no es suficiente para permitir inscribirlo

[16] P. Chambart de Lauwe, *Paris et l'agglomération parisienne*, Paris, 1952, t. I, p. 106.

todo en un verdadero movimiento, no veo que haya problema y sin problema, una encuesta es trabajo perdido. El interés de estas encuestas por la encuesta consiste, cuando mucho, en acumular informes. Estamos de acuerdo en que éstos son útiles, pero ciertamente no todos ellos serán válidos *ipso facto* para trabajos *futuros*. Desconfiemos del arte por el arte.

Dudo asimismo que los estudios sobre una ciudad, cualquiera que sea, puedan ser objeto de una encuesta sociológica, como ha ocurrido para Auxerre[17] y para la ciudad francesa de Viena,[18] sin inscribirse en la duración histórica. Toda ciudad, sociedad tirante, con sus crisis, sus hendiduras, sus averías, sus cálculos necesarios, tiene que situarse en el complejo de las zonas campestres que la rodean, y también de esos archipiélagos de ciudades vecinas de los cuales el historiador Richard Häpke ha sido uno de los primeros en hablar. Por lo tanto, hay que colocar a la ciudad en el movimiento, más o menos alejado en el tiempo, a menudo muy alejado, que anima a ese complejo. Cuando se registra determinado cambio de aglomeración rural a ciudad, determinada rivalidad industrial o mercantil, ¿acaso es indiferente saber si se trata de un movimiento joven y en pleno auge, o del final de un proceso, o de una lejana reaparición, o de un episodio más en una larga y monótona cadena? ¿Por ventura no es esto precisamente lo esencial?

Concluyamos con una frase. Durante los últimos diez años de su vida, Lucien Febvre repetía: "historia, ciencia del pasado, ciencia del presente". La historia, dialéctica de la duración, ¿no es acaso, a su manera, una explicación de lo social en toda su realidad? ¿No es, por consiguiente, una explicación de lo actual? Su lección, en efecto, vale en este terreno como una puesta en guardia contra el acontecimiento: no pensar sólo en el tiempo corto, no creer que sólo los actores que hacen más ruido son los más auténticos; hay otros actores más silenciosos... pero ¿quién no lo sabía ya?

---

[17] Estudio realizado por Mlle. Frère y Ch. Bettelheim.

[18] Pierre Clement y Nelly Xydias, *Vienne-sur-le-Rhône*, París, 1955.

III. *Comunicación y matemáticas sociales*

TAL vez hayamos hecho mal en retardarnos en la frontera agi-ıda del tiempo corto. En verdad, el debate se desarrolla aquí n gran interés, o por lo menos sin útiles sorpresas. El debate sencial está en otro lugar; está entre nuestros vecinos, arras-ados por la experiencia novísima de las ciencias sociales, bajo l doble signo de la "comunicación" y de las matemáticas.

Pero aquí el expediente no será fácil de defender. Quiero ecir que será poco cómodo situar estas tentativas en relación on el tiempo de la historia, del cual, por lo menos en aparien-a, se escapan completamente. Pero, de hecho, ningún estudio ocial puede escaparse del tiempo de la historia.

En todo caso, si el lector quiere seguirnos en esta discusión para aprobarnos o para separarse de nuestro punto de vista), rá conveniente que pese a su vez, y uno por uno, los tér-ninos de un vocabulario que, aunque no nuevo ciertamente, a sido adoptado y remozado en discusiones nuevas y que se rosiguen ante nuestros ojos. No hay mucho que explicar, evi-entemente, en cuanto al acontecimiento o la larga duración. ampoco hay gran cosa que decir acerca de las *estructuras*, no ostante que la palabra —y la cosa— dista mucho de hallarse salvo de incertidumbres y discusiones.[19] Es igualmente inútil sistir mucho sobre las palabras *sincronía* y *diacronía*, que se efinen por sí solas, aunque su papel, en un estudio concre- de lo social, es menos fácil de determinar de lo que parece. n efecto, en el lenguaje de la historia (tal como yo me lo re-resento) no puede haber una sincronía perfecta: un paro ins-ntáneo, que provoque la suspensión de todas las duraciones, casi absurdo en sí, o, lo que viene a ser lo mismo, muy fac-cio; de manera análoga, un descenso a lo largo de la pendiente el tiempo no es pensable sino bajo la forma de una multiplici-ad de descensos, a lo largo de las diversas e innumerables encas del tiempo.

Bastarán por ahora estas breves llamadas de atención y iestas en guardia. Pero tenemos que ser más explícitos en lo ıe se refiere a la *historia inconsciente*, a los *modelos*, a las *atemáticas sociales*. Por lo demás, estos comentarios necesa-

19 Véase el coloquio sobre las estructuras de la Sección VI, re-men mecanográfico.

rios se vinculan, o —así lo espero— no tardarán en vincularse en una problemática común a las ciencias sociales.

La *historia inconsciente* es, por supuesto, la historia de la formas inconscientes de lo social. "Los hombres hacen la historia, pero no saben que la están haciendo".[20] La fórmula d Marx ilustra el problema, pero no lo explica. Lo que tenemos de hecho, bajo un nombre nuevo, es una vez más todo el pro blema del tiempo corto, del "microtiempo", de lo "factual" *événémentiel*. Al vivir su tiempo, los hombres han tenido siem pre la impresión de comprender cómo se va desarrollando dí tras día. Desde hace ya mucho, no pocos historiadores han es tado de acuerdo en juzgar engañosa esta historia consciente clara. ¿Han tenido razón? La lingüística creía, ayer, sacarlo to do de las palabras. La historia, por su parte, ha tenido l ilusión de sacarlo todo de los acontecimientos. Más de uno d nuestros contemporáneos creería de buena gana que todo ha ve nido de los acuerdos de Yalta o de Potsdam, de los accidente de Dien-Bien-Phu o de Sakkiet-Sidi-Youssef, o de ese otro acon tecimiento —importantísimo, es verdad, en otro sentido— qu es el lanzamiento de los sputniks. La historia, bajo su form tradicional, no hace otra cosa que investigar y captar esas pri meras explicaciones; se acoge a esos alumbrados tan cómodos Hay una batalla de Pavía el 24 de febrero de 1525, una repre sentación de *Le Cid* en 1636... La historia inconsciente se de sarrolla más allá de tales faroles, de tales disparos de *flash* Admitamos, pues, que existe, a cierta distancia, un inconscient social. Admitamos, por añadidura, en espera de otra cosa me jor, que este inconsciente se considere como más rico, desde e punto científico, que la superficie espejeante a la que están ha bituados nuestros ojos, más rico desde el punto de vista cientí fico, es decir, más sencillo, más fácil de explotar —si no de des cubrir. Pero la distancia entre superficie clara y profundidade oscuras —entre ruido y silencio— es difícil, aleatoria. Añada mos que la historia "inconsciente", provincia que pertenece l mismo al tiempo "coyuntural" que al tiempo "estructural" — este segundo le pertenece por excelencia—, suele ser percibid de manera mucho más nítida de lo que se pretende. Cad uno de nosotros tiene el sentimiento de una historia de mas que se desarrolla más allá de su propia vida, aunque es ve dad que lo que reconoce en esa historia es más bien la fuerza

[20] Citado por C. Lévi-Strauss, *op. cit.*, pp. 30-31.

ɔs avances que sus leyes o su dirección. Y, por mucho que esta onciencia sea hoy cada vez más viva, la verdad es que no se emonta sólo a ayer (como sucede en lo que respecta a la hisoria económica). La revolución —pues se trata de una revoución en espíritu— ha consistido en abordar de frente esa senioscuridad, en concederle su sitio, un sitio cada vez más amlio al lado de lo "factual", y aun en detrimento suyo.

Para estas nuevas maneras de ver, en las cuales no está sola a historia (al contrario, aquí no ha hecho más que seguir y daptar para su uso los puntos de vista de las nuevas ciencias ociales), se han construido nuevos instrumentos de conocimiento y de investigación, más o menos perfeccionados, simples erramientas de artesano a veces: los *modelos*. Los modelos o son sino hipótesis, sistemas de explicaciones sólidamente rabadas según la forma de la ecuación o de la función: esto es gual a aquéllo, o determina lo de más allá. Una realidad dada o aparece sin que otra la acompañe, y entre ésta y aquélla se evelan relaciones estrechas y constantes. Un modelo establecio con cuidado permitirá, pues, estudiar fuera del medio social bservado —a partir del cual, en resumidas cuentas, ha sido reado —otros medios sociales de la misma naturaleza, a traés del tiempo y del espacio. Tal es su valor recurrente.

Estos sistemas de explicaciones varían al infinito según el emperamento, el cálculo o el objetivo de quienes los utilizan: ueden ser simples o complejos, cualitativos o cuantitativos, esáticos o dinámicos (tomo de Claude Lévi-Strauss esta última istinción). Si es mecánico, el modelo resulta a la medida misna de la realidad directamente observada, realidad de pequeñas imensiones que no interesa sino a grupos minúsculos de homres (así proceden los etnólogos a propósito de las sociedades rimitivas). Para las sociedades vastas, donde intervienen los randes números, se impone el cálculo de las medias, las cuales onducen a los modelos estadísticos. Pero no importan mucho stas distinciones, discutibles a veces.

Por lo que a mí toca, lo esencial, antes de establecer un rograma común de las ciencias sociales, consiste en precisar l papel y los límites del modelo, puesto que ciertas iniciativas enden a inflarlo de manera abusiva. De allí, si no me equivoo, la necesidad de confrontar también los modelos con la idea e duración, ya que de la duración que implican depende basante estrechamente su significación y su valor de explicación.

Para proceder con mayor claridad, tomemos algunos ejemplos entre los modelos históricos,[21] quiero decir, fabricados por historiadores, modelos bastante groseros, rudimentarios, rara vez llevados hasta el rigor de una verdadera regla científica, y jamás preocupados de desembocar en un lenguaje matemático revolucionario.

Hemos hablado, hace un instante, del capitalismo mercantil que hubo del siglo XIII al XVIII: se trata de uno de los varios modelos que se pueden entresacar de la obra de Marx. No se aplica plenamente más que a una familia dada de sociedades, durante un tiempo dado, si bien deja la puerta abierta a todas las extrapolaciones. Es definición, interpretación de una estructura, o, mejor dicho, de una familia de estructuras particulares.

Algo muy distinto hay que decir a propósito del modelo, esbozado por mí en un libro que ya va haciéndose viejo,[22] de un ciclo de desarrollo económico, a propósito de las ciudades italianas entre los siglos XVI y XVIII, que son primero mercantiles, "industriales", y luego se especializan en el comercio de la banca (y esta última actividad, la más lenta en desarrollarse, es también la más lenta en desaparecer). Este esbozo, más restringido que la estructura del capitalismo mercantil, se podría extender con mayor facilidad —por lo menos, yo así lo creo— en la duración y en el espacio. Registra un fenómeno (algunos dirían una estructura dinámica, pero todas las estructuras de la historia son cuando menos elementalmente dinámicas), un fenómeno, en todo caso, capaz de reproducirse en un número de circunstancias fáciles de descubrir. Tal vez habría que decir otro tanto de ese modelo, esbozado por C. Frank Spooner y por mí,[23] a propósito de la historia de los metales durante el siglo XVI y antes y después de este siglo: oro, plata, cobre —y crédito, ese ágil sustituto del metal— son, a su vez, jugadores; la "estrategia" del uno pesa sobre la "estrategia" del otro. No será difícil transportar este modelo fuera del siglo privilegiado

[21] Sería tentador dejar un sitio a los "modelos" de los economistas, que, a decir verdad, son los que han determinado nuestra imitación.

[22] *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*, París, 1949, pp. 264 *ss.;* traducción española de Mario Monteforte y Wenceslao Roces, México, 1953, t. I, pp. 293 *ss.*

[23] Fernand Braudel y C. Frank Spooner, "Les métaux monétaires et l'économie du XVI[e] siècle", *Rapports au Congrès international de Rome,* t. IV, pp. 233-264.

particularmente agitado que es el XVI, el siglo que hemos es-
ɔgido para nuestra observación. ¿Por ventura ciertos econo-
istas, frente al caso particular de los países subdesarrollados
: hoy, no han intentado verificar la vieja teoría cuantitativa de
moneda, que es también una especie de modelo?[24]

Pero las posibilidades de duración de todos estos modelos
ɔn todavía breves si las comparamos con las del modelo ima-
nado por un joven historiador-sociólogo norteamericano, Sig-
und Diamond.[25] Impresionado por el doble lenguaje de la
ase dominante de los grandes financieros norteamericanos
ɔntemporáneos de Pierpont Morgan —lenguaje interno de la
ase, y lenguaje externo: este último, a decir verdad, más bien
efensa frente a la opinión pública, a la cual se presenta el éxi-
del financiero como triunfo típico del *self-made man*, la con-
ción de la fortuna de la nación misma—, impresionado por
te doble lenguaje, Diamond ve en él la reacción habitual a
da clase dominante que siente su prestigio en peligro, y ame-
ızados sus privilegios. Para enmascararse, esta clase necesita
ɔnfundir su suerte con la de la Ciudad o la Nación, su interés
ırticular con el interés público. Y Diamond tiende a explicar
: la misma manera la evolución de la idea de dinastía o de
nperio, dinastía inglesa, Imperio romano... El modelo, así
ıncebido, es evidentemente capaz de aplicarse a todos los si-
os. Supone, sí, ciertas condiciones sociales precisas, pero la
storia ha sido pródiga en ellas: así, pues, el modelo es válido
ıra una duración mucho más larga que los modelos prece-
ntes, pero al mismo tiempo, si no me equivoco, se aplica a
alidades más precisas, más estrechas.

En el límite, como dirían los matemáticos, esta clase de
odelos vendría a confundirse con los modelos casi intempora-
s que manejan de preferencia los sociólogos matemáticos. Ca-
intemporales, lo cual equivale a decir que circulan por las
tas oscuras e inexploradas de la larguísima duración.

Las explicaciones que preceden no son más que una insu-
ciente introducción a la ciencia y a la teoría de los modelos.
los historiadores distan mucho de ocupar, aquí, posiciones
vanguardia. Sus modelos no son sino haces de explicacio-

---

[24] ALEXANDRE CHAVERT, *Structure économique et théorie moné-
re,* París, 1956.

[25] S. DIAMOND, *The reputation of the American businessman,*
mbridge, Mass., 1955.

nes. Alguna vez yo los he comparado a barcos que hay que echar al agua para hacerlos seguir o remontar, si ello es posible, la corriente del tiempo. ¿Hasta dónde van río arriba, hasta dónde descienden río abajo? ¿De qué duración se ocupan? ¡Cuánto más ambiciosos y avanzados en la investigación se muestran aquellos colegas nuestros que se empeñan en abarcar las teorías y los lenguajes de la información, de la comunicación o de las matemáticas cualitativas! Su mérito —muy grande, si no me equivoco— consiste en acoger en su terreno esos lenguajes sutiles que son las matemáticas, pero que, a la menor falta de atención, están a punto de escaparse de nuestro control y de correr sabe Dios adónde. Información, comunicación, matemáticas cualitativas, todo se congrega bastante bien bajo el vocablo tan amplio de matemáticas sociales. Para ver lo que éstas son, debemos todavía encender nuestra linterna lo mejor que podamos.

LAS matemáticas sociales[26] incluyen por lo menos tres lenguajes; y estos tres lenguajes, por una parte pueden mezclarse entre sí, y por otra, no excluyen una continuación. Ciertamente, no se les ha agotado la imaginación a los matemáticos. En todo caso, no hay *una* matemática, no hay *la* matemática (si se habla de *una,* se tratará de una reivindicación). "No se debe decir el álgebra, la geometría, sino una álgebra, una geometría" (Th. Guilbaud), lo cual no simplifica nuestros problemas, ni los de ellos. Tres lenguajes, pues: el de los hechos de necesidad (dada tal o cual cosa, se sigue tal o cual otra), y aquí nos encontramos en el terreno de las matemáticas tradicionales; el de los hechos aleatorios (de Pascal para acá), y es el terreno del cálculo de probabilidades; y finalmente el de los hechos condicionados, no determinados ni aleatorios, sino sometidos a ciertas violencias, a ciertas reglas de juego, en el eje de la "estrategia" de los juegos de Von Neumann y Morgenstern,[27] esa estrategia triunfante que no se ha quedado puramente en los principios y

[26] Véase especialmente el artículo de CLAUDE LÉVI-STRAUSS en el *Bulletin International des Sciences Sociales,* UNESCO, VI, núm. 4, y de manera más general todo este número, sumamente interesante, e intitulado *Les mathemátiques et les sciences sociales.*

[27] *The theory of games and economic behavior,* Princeton, 1944. Véase la brillante reseña de JEAN FOURASTIÉ en *Critique,* núm. 51 (octubre de 1951).

itrevimientos de sus fundadores. La estrategia de los juegos, nediante la utilización de los conjuntos, de los grupos, del cálculo mismo de las probabilidades, allana el camino a las maemáticas "cualitativas". El paso de la observación a la formuación matemática, en estas circunstancias, no se hace ya obligatoriamente por el camino difícil de las medidas y de los largos cálculos estadísticos. Del análisis de lo social se puede pasar sin más a una formulación matemática, a la máquina calcuadora, diríamos nosotros.

Evidentemente, hay que preparar la tarea de esta máquina, que no traga ni tritura todos los alimentos. Por lo demás, si se ha esbozado y desarrollado una ciencia de la información, ha ido justamente en función de verdaderas máquinas y de sus reglas de funcionamiento, para las *comunicaciones* en el sentido más material de la palabra. El autor de este artículo no es de ninguna manera un especialista en campos tan difíciles. Las nvestigaciones tendientes a la fabricación de una máquina de raducir, que él ha seguido de lejos, pero seguido, lo arrojan, como a tantos otros, en un abismo de reflexiones. Queda, sin embargo, un par de hechos: 1) que esa máquina o esas máquinas existen, que existen tales posibilidades matemáticas; 2) que hay que preparar lo social para las matemáticas de lo social, que no son ya sólo nuestras viejas matemáticas habituales: curvas de precios, o de salarios, o de nacimientos...

Ahora bien, si el mecanismo matemático nuevo se nos escapa muy a menudo, la preparación de la realidad social para u uso, su aterrajamiento, su despedazamiento, no puede enganar nuestra atención. El tratamiento previo, hasta ahora, ha ido casi siempre el mismo: elegir una unidad restringida de observación —por ejemplo una tribu "primitiva" o un "aislado" demográfico donde se pueda examinarlo casi todo y tocaro casi todo con el dedo— y establecer en seguida entre los elementos distinguidos todas las relaciones, todos los juegos posiles. Estas relaciones rigurosamente determinadas dan las ecuaiones mismas de las cuales sacarán las matemáticas todas las onclusiones y prolongaciones posibles, para desembocar en un *modelo* que las resuma todas, o, mejor, que las tenga en cuenta todas.

En estos terrenos se abren, evidentemente, mil posibilidaes de investigación. Pero un ejemplo valdrá más que un largo iscurso. Puesto que Claude Lévi-Strauss se nos ofrece como

un excelente guía, sigámoslo. Él nos introducirá en un sector de sus indagaciones, digamos el de una ciencia de la *comunicación.*[28]

"En todas las sociedades, escribe Lévi-Strauss, la comunicación se lleva a cabo por lo menos en tres niveles: comunicación de las mujeres; comunicación de los bienes y de los servicios; comunicación de los mensajes".[29] Admitamos que sean éstos, en niveles diferentes, unos *lenguajes* diferentes, pero lenguajes. En consecuencia, ¿no tendremos el derecho de tratarlos como lenguajes, o incluso como *el* lenguaje, y de asociarlos, de manera directa o indirecta, con los progresos sensacionales de la lingüística, o, mejor, de la fonología, que, como dice el propio Lévi-Strauss, "no puede dejar de desempeñar en relación con las ciencias sociales el mismo papel renovador que la física nuclear, por ejemplo, ha desempeñado para el conjunto de las ciencias exactas"?[30] Es mucho decir, pero a veces es preciso decir mucho. A semejanza de la historia, cogida en las trampas del acontecimiento, la lingüística estaba cogida en la trampa de las palabras (relación de las palabras con el objeto, evolución histórica de las palabras), pero se ha liberado de ella por la revolución fonológica. Dejando a un lado la palabra, se ha fijado en el esquema de sonido que es el fonema, sin preocuparse, por lo tanto, de su sentido, pero atendiendo a su lugar, a los sonidos que lo acompañan, a las agrupaciones de estos sonidos, a las estructuras infrafonémicas, a toda la realidad subyacente, *inconsciente,* de la lengua. Sobre algunas decenas de fonemas que de ese modo se encuentran en todas las lenguas del mundo, el nuevo trabajo matemático ha comenzado a ejercerse, y ahí tenemos cómo la lingüística, o cuando menos una parte de la lingüística, en el curso de estos últimos veinte años, se escapa del mundo de las ciencias sociales para franquear el "desfiladero de las ciencias exactas" y llegar al "paraíso" de estas últimas ciencias.

Extender el sentido del lenguaje a las estructuras elementales de parentesco, a los mitos, a los ceremoniales, a los intercambios económicos, equivale a buscar esa ruta del desfiladero difícil pero saludable, y tal es la proeza que ha llevado a cabo Claude Lévi-Strauss, primeramente a propósito del intercambio

---

[28] Todas las observaciones que siguen provienen de su última obra, ya citada, la *Anthropologie structurale.*

[29] *Op. cit.,* p. 326.

[30] *Ibid.,* p. 39.

matrimonial, ese lenguaje primero, esencial para las comunicaciones humanas, hasta el punto de que no hay sociedades, primitivas o no, en que el incesto, el matrimonio en el interior de la estrecha célula familiar, no esté prohibido. He ahí, pues, un lenguaje, y bajo ese lenguaje ha buscado él un elemento de base correspondiente, por así decir, al fonema; de este elemento, de este "átomo" de parentesco, nuestro guía se ocupó en su tesis de 1949,[31] bajo su más simple expresión, o sea el hombre, la esposa, el hijo, más el tío materno del hijo. A partir de este elemento cuadrangular y de todos los sistemas de matrimonio conocidos en los mundos primitivos —y son muchísimos—, los matemáticos buscarán las combinaciones y soluciones posibles. Con la ayuda del matemático André Weill, Lévi-Strauss ha conseguido traducir a términos matemáticos la observación del antropólogo. El modelo resultante debe probar la validez, la estabilidad del sistema, señalar las soluciones que este último implica: a decir verdad, el modelo es la estructura misma del sistema de parentesco. Esta afirmación, desde luego, va demasiado lejos. El modelo histórico de que yo he hablado no puede tener semejante pretensión: es previsión de las realidades estructurales (o "coyunturales"), medio de acercamiento, pero ciertamente no equivale a las estructuras mismas.

Fácil es ver cuál es el procedimiento de esta investigación: sobrepasar la superficie de la observación para alcanzar la zona de los elementos inconscientes o poco conscientes, y luego reducir esta realidad a elementos menudos, a rasgos finos, idénticos, cuyas relaciones se puedan analizar con toda precisión. En esta fase "microsociológica" (de cierto género, soy yo quien añade esta reserva) es donde se espera descubrir las leyes de estructura más generales, tal como el lingüista descubre las suyas en la fase infrafonémica y el físico en la fase inframolecular, es decir, en el nivel del átomo.[32] El juego puede continuarse, evidentemente, en muchas otras direcciones. Así, ¿qué cosa más didáctica que ver a Lévi-Strauss abordando ahora los mitos y, como por juego, también la cocina, que constituye otro lenguaje? Reduce los mitos a una serie de células elementales, los *mitemas;* reduce (sin tomar la cosa muy en serio) el lenguaje de los libros de cocina a *gustemas.* Cada vez, anda en

[31] *Les structures élémentaires de la parenté,* París, 1949. Véase la *Anthropologie structurale,* pp. 47-62.

[32] *Anthropologie...,* pp. 42-43.

busca de niveles de profundidad; en la mesa, salvo algún momento excepcional, no me preocupo tampoco, culinariamente, de "gustemas", si acaso existe tal cosa. Y sin embargo, cada vez me acompaña el juego de sutiles relaciones. Estas relaciones simples y misteriosas son lo que persigue la investigación sociológica en su forma novísima; la última palabra, para ella, consistiría en captarlas bajo todos los lenguajes, para traducirlas al alfabeto Morse, quiero decir al universal lenguaje matemático. Tal es la ambición de las nuevas matemáticas sociales. Pero ¿puedo decir, sin ironía, que ésa es otra historia?

Reintroduzcamos, en efecto, la duración... Ya he dicho que los modelos eran de duración variable: valen el tiempo que vale la realidad por ellos registrada. Y, para el observador de lo social, este tiempo es primordial, pues más apasionantes que las estructuras profundas de la vida son su punto de ruptura, su brusco o lento deterioro bajo el efecto de presiones contradictorias.

Unas páginas atrás, he comparado los modelos con barcos. Lo interesante para mí, una vez construido el barco, es echarlo al agua, ver si se mantiene a flote, para hacerlo subir o bajar, según me plazca, las aguas del tiempo. El naufragio es siempre el momento más significativo. Así, la explicación imaginada por C. F. Spooner y por mí para el juego de relaciones entre metales preciosos no me parece válido antes del siglo XV. De entonces acá, los choques de los metales son de una violencia que la observación ulterior no había señalado. Entonces, a nosotros toca buscar la causa. Y también es necesario ver por qué, río abajo esta vez, la navegación de nuestro barco, antes muy sencilla, se hace difícil, y luego imposible, con el siglo XVIII y el auge anormal del crédito. A mi modo de ver, la investigación debe encaminarse sin cesar de la realidad social al modelo, en seguida de éste a aquélla, y así sucesivamente, por una serie de retoques, de viajes pacientemente renovados. El modelo es así unas veces intento de explicación de la estructura, y otras veces instrumento de control, de comparación, apto para verificar la solidez y la vida misma de una estructura dada. Si yo fabricara un modelo a partir de lo actual, me gustaría colocarlo inmediatamente en la realidad, y luego hacerlo remontar en el tiempo, de ser posible, hasta su nacimiento. Una vez hecho esto, haría cálculos sobre su vida probable, hasta la próxima ruptura, de acuerdo con el movi-

iento concomitante de otras realidades sociales. Sin embar-o, también podría servirme de él como de un elemento de omparación, paseándolo por el tiempo o el espacio, en busca e otras realidades susceptibles de iluminarse, gracias a él, con uevas luces.

No creo estar equivocado al pensar que los modelos de is matemáticas cualitativas, según como nos los han presen-ido hasta ahora,[33] se prestarían mal a semejantes viajes. Ante odo, porque circulan a través de uno solo de los innumerables aminos del tiempo, el de la larga, larguísima duración, a salvo e los accidentes, de las coyunturas, de las rupturas. Acudo na vez más a Claude Lévi-Strauss porque su tentativa, en estos ampos, me parece la más inteligente, la más clara y también i más arraigada en la experiencia social, de la que todo debe artir y a la que todo debe volver. Cada vez, observémoslo ien, hace objeto de su atención un fenómeno de extremada entitud, un fenómeno casi intemporal. Todos los sistemas de arentesco se perpetúan porque no hay vida humana posible nás allá de cierto grado de consanguinidad, porque es preciso ue un grupo pequeño de hombres, para vivir, se abra hacia el nundo exterior: la prohibición del incesto es una realidad de irga duración. Los mitos, lentos en desarrollarse, correspon-en también a estructuras de suma longevidad. Podemos, sin reocuparnos de escoger la más antigua, coleccionar las ver-iones del mito de Edipo; el problema consiste más bien en rdenar las diversas variantes y poner de relieve, por encima e ellas, una articulación profunda que las explica. Pero su-ongamos que nuestro colega se interese, no por un mito, sino or las imágenes, por las interpretaciones sucesivas del "ma-uiavelismo", y que investigue los elementos básicos de una octrina bastante simple y muy difundida, a partir de su lan-amiento real a mediados del siglo XV. En este caso, ¡cuántas upturas, cuántos vuelcos a cada instante, hasta en la estruc-ura misma del maquiavelismo, si no me equivoco! En efecto, ste sistema no tiene la solidez teatral, casi eterna del mito: es ensible a los incidentes y rebotes, a las múltiples intemperies e la historia. En una palabra, no se encuentra únicamente en os caminos tranquilos y monótonos de la larga duración...

[33] Digo matemáticas cualitativas, de acuerdo con la estrategia de s juegos. Sobre los modelos clásicos, y según los elaboran los econo-iistas, habría que emprender una discusión diferente.

Así, pues, el procedimiento recomendado por Lévi-Strauss, en la investigación de las estructuras matematizables, no se sitúa sólo en la fase microsociológica, sino también en el cruce de lo infinitamente pequeño y de la larguísima duración.

Por lo demás, ¿acaso las revolucionarias matemáticas cualitativas están condenadas a seguir exclusivamente esos caminos de la larguísima duración? En tal caso no encontraríamos, después de este apretado asedio, más que verdades que son simplemente las del hombre eterno. Verdades primarias, aforismos de la cordura de las naciones, dirían los malhumorados. Verdades esenciales, responderemos nosotros, y que pueden iluminar con una luz nueva las bases mismas de toda vida social. Pero aquí no está el núcleo del debate.

No creo, en efecto, que estas tentativas —o tentativas análogas— puedan emprenderse fuera de la larguísima duración. Lo que se suministra a las matemáticas sociales cualitativas no son cifras, sino relaciones, las cuales deben ser definidas con el rigor suficiente para que se las pueda afectar con un signo matemático a partir del cual se estudien todas las posibilidades matemáticas allí encerradas, sin preocuparse ya siquiera de la realidad social que los signos representan. Todo el valor de las conclusiones depende, pues, del valor de la observación inicial, de la selección que aísla los elementos esenciales de la realidad observada y determina sus relaciones en el seno de esa realidad. En consecuencia, es fácil de comprender la preferencia que tienen las matemáticas sociales por los modelos que Lévi-Strauss llama mecánicos, es decir, los modelos establecidos a partir de grupos estrechos en los que cada individuo, por así decir, es directamente observable, y en los que una vida social muy homogénea permite definir con toda seguridad relaciones humanas sencillas y concretas y poco variables.

Los modelos llamados estáticos se dirigen, por el contrario, a las sociedades amplias y complejas en las que la observación no puede llevarse a cabo sino gracias a las medias, es decir, a las matemáticas tradicionales. Pero, una vez encontradas las medias, si el observador es capaz de establecer, a la escala de los grupos y no ya de los individuos, aquellas relaciones básicas de que hablábamos, relaciones necesarias para las elaboraciones de las matemáticas cualitativas, no hay nada que impida recurrir a ellas. No ha habido todavía, que yo sepa, tentativas de este género. Pero nos encontramos apenas

:n los comienzos de tales experimentos. Por ahora, lo mismo i se trata de psicología, de economía o de antropología, todas as experiencias se han realizado en el sentido que he definido propósito de Lévi-Strauss. Sin embargo, las matemáticas soiales cualitativas no habrán demostrado sus posibilidades sino l día en que se enfrenten a una sociedad moderna, con sus mbrollados problemas, con sus velocidades diferentes de vida. Estamos seguros de que semejante aventura tentará a uno de uestros sociólogos matemáticos; estamos seguros también le que provocará una revisión obligatoria de los métodos seuidos hasta ahora por las matemáticas nuevas, pues éstas no ueden confinarse en la larga duración: tienen que encontrar le nuevo el juego múltiple de la vida, con todos sus movinientos, con todas sus duraciones, todas sus rupturas y todas us variaciones.

IV. *El tiempo del historiador — El tiempo del sociólogo*

AL finalizar una incursión por el país de las intemporales natemáticas sociales, héme aquí de nuevo en el tiempo, en la luración. Y, una vez más —historiador incorregible como oy—, me asombro de que los sociólogos hayan podido escaarse del tiempo y de la duración. Pero es que su tiempo no s el nuestro: es mucho menos imperioso, menos concreto ambién, y, si no me engaño, nunca está en el meollo de sus roblemas y de sus reflexiones.

De hecho, el historiador no se sale jamás del tiempo de a historia: el tiempo está adherido a su pensamiento, como la ierra a la azada del hortelano. Sueña, desde luego, con escaarse de él. Añadida a ello la angustia de 1940, Gaston Roupel escribió, a este propósito, unas palabras que hacen sufrir todo historiador sincero.[34] Tal es asimismo el sentido de na reflexión antigua de Paul Lacombe, historiador también e gran categoría: "el tiempo no es nada en sí mismo, objetiamente; no es sino una idea nuestra"...[35] Pero ¿se trata aquí e verdaderas evasiones? Personalmente, durante un cautiverio astante moroso, yo he luchado mucho por escaparme de la

[34] Gaston Roupnel, *Histoire et destin*, París, 1943, *passim*, y pecialmente p. 169.

[35] *Revue de Synthèse Historique*, 1930, p. 32.

crónica de estos años difíciles (1940-1945). Rechazar los acontecimientos y el tiempo de los acontecimientos equivalía a ponerse al margen, a salvo, para contemplarlos de un poco lejos, juzgarlos mejor y no creer demasiado en ellos. Pasar del tiempo corto al tiempo menos corto y al tiempo larguísimo (si existe, este último no puede ser sino el tiempo de los sabios), y luego, al llegar a ese término, detenerse, considerarlo todo de nuevo y reconstruirlo todo, ver cómo todo da vueltas alrededor de uno...: la operación ofrece no pocas tentaciones para un historiador.

Pero estas huídas sucesivas no lo arrojan, en definitiva, fuera del tiempo del mundo, del tiempo de la historia, imperioso porque es irreversible y porque corre según el ritmo mismo con que da vueltas la Tierra. De hecho, las duraciones que distinguimos son solidarias las unas de las otras: lo que de tal manera es creación de nuestro espíritu no es la duración, sino las fragmentaciones de esa duración. Ahora bien, estos fragmentos vuelven a juntarse en el término de nuestro trabajo. Larga duración, coyuntura, acontecimiento empalman sin dificultad, pues todos se miden con una misma escala. Por consiguiente, participar en espíritu de uno de esos tiempos equivale a participar de todos. El filósofo, atento al aspecto subjetivo o interior de la noción de tiempo, no siente nunca el peso del tiempo de la historia, de un tiempo concreto, universal, como ese tiempo de la coyuntura que Ernest Labrousse dibuja en las primeras páginas de su libro[36] como un viajero idéntico en todas partes a sí mismo, que recorre el mundo, impone sus apremios idénticos, cualquiera que sea el país donde desembarque y el régimen político o el orden social que ostente.

Para el historiador, todo comienza y todo acaba por el tiempo, un tiempo matemático y demiúrgico, del cual sería fácil sonreírse, tiempo que se podría calificar de exterior a los hombres, "exógeno", como dirían los economistas, que los empuja y los constriñe y que arrastra sus tiempos particulares, de colores diversos: sí, el tiempo imperioso del mundo.

Los sociólogos, por supuesto, no aceptan esta noción demasiado simple. Ellos están mucho más cerca de la "dialéctica de la duración", tal como la presenta Gaston Bachelard.[37] El

[36] C. E. Labrousse, *La crise de l'éconimie française à la veille de la Révolution française*, París, 1944, introducción.

[37] *Dialectique de la durée*, 2ª ed., 1950.

ıpo social es sencillamente una dimensión particular de rminada realidad social que estoy contemplando. Situado tro de esta realidad tal como puede hallarse dentro de un viduo determinado, es una de las señales que la distinguen na señal entre otras—, una de las propiedades que la caracžan como ser particular. El sociólogo no se siente estorbado este tiempo complaciente: puede cortarlo según le venga gana, meterlo en esclusas, y echarlo a andar de nuevo. El ıpo de la historia, repito, no se prestaría tan fácilmente al le y ágil juego de la sincronía y de la diacronía: no permite ginar la vida como un mecanismo cuyo movimiento se puede ır para presentar de él, holgadamente, una imagen inmóvil.

Este desacuerdo es más profundo de lo que parece: el ıpo de los sociólogos no puede ser el nuestro; la estructura unda de nuestro oficio, si no me equivoco, se opone a ello. stro tiempo es medida, como el de los economistas. Cuanun sociólogo nos dice que una estructura no cesa de desrse para reconstruirse, aceptamos de buena gana la explión que nos da, tanto más cuanto que esta explicación está firmada por la observación histórica. Pero, en el eje de stras exigencias habituales, quisiéramos saber la duración isa de esos movimientos, positivos o negativos. Se miden ciclos económicos, flujo y reflujo de la vida material. De ıisma manera una crisis estructural social debe marcarse en empo, a través del tiempo, situarse exactamente en sí misy más aún en relación con los movimientos de las estrucs concomitantes. Lo que interesa apasionadamente a un oriador es el entrecruzarse de esos movimientos, sus interones y sus puntos de ruptura: y ninguna de estas cosas le registrarse sino en relación con el tiempo uniforme de historiadores, medida general de todos esos fenómenos, y on el tiempo social multiforme, medida particular de cada de los fenómenos.

TAS reflexiones a contrapelo tienen que ser formuladas por ıistoriador, con razón o sin ella, incluso cuando penetra en ociología acogedora, casi fraternal, de Georges Gurvitch. e muy poco tiempo, un filósofo caracterizaba justamente ırvitch diciendo de él que "acorrala la sociología en el coto

de la historia".[38] Pues bien, ni siquiera en esta sociología rec
noce el historiador sus duraciones, sus temporalidades. El vas
edificio social (¿o diremos el *modelo?)* de Georges Gurvit
se organiza según cinco arquitecturas esenciales:[39] los nivel
de profundidad, las sociabilidades, los grupos sociales, las s
ciedades globales y los tiempos. Esta última armazón, la
las temporalidades, es la más nueva, la última en construirs
y parece como sobreañadida al conjunto.

Las temporalidades de Georges Gurvitch son múltipl
Distingue toda una serie: el tiempo de larga duración y "
cámara lenta", el tiempo engañifa o el tiempo sorpresa,
tiempo de latido irregular, el tiempo cíclico o de danza en
mismo sitio, el tiempo atrasado en relación consigo mismo,
tiempo de alternancia entre retraso y adelanto, el tiempo ad
lantado con respecto a sí mismo, el tiempo explosivo...
¿Cómo es posible que el historiador se deje convencer? C
semejante gama de colores, le sería imposible reconstruir
luz blanca unitaria que le es indispensable. Por otra parte,
tarda en darse cuenta de que este tiempo camaleónico mar
sin más, con un signo suplementario, con un toque de colo
las categorías anteriormente distinguidas. En la ciudad
nuestro amigo, el tiempo, que es el último en llegar, se alo
con toda naturalidad en casa de los demás. Se instala segú
las dimensiones de estos domicilios y de sus exigencias,
gún los "niveles", las sociabilidades, los grupos, las sociedad
globales. Es una manera diferente de reescribir, sin modi
carlas, las mismas ecuaciones. Cada realidad social segrega
tiempo o sus escalas de tiempo como vulgares conchas. Pe
en todo esto ¿qué ganamos los historiadores? La inmensa a
quitectura de esta ciudad ideal permanece inmóvil. La histor
está ausente de ella. El tiempo del mundo, el tiempo históri
se encuentra en ella, como el viento en el palacio de Éolo, pe
encerrado en un pellejo de macho cabrío. En resumidas cue
tas, no es la historia lo que provoca la inconsciente impacienc

[38] GILLES GRANGER, "Événement et structure dans les sciences
l'homme", *Cahiers de l'Institut de Science Économique Appliquée,* se
M, núm. 1, pp. 41-42.

[39] Véase mi artículo (demasiado polémico, sin duda) "Geor
Gurvitch et la discontinuité du social", *Annuales, Économies, Sociét
Civilisations,* 1953, pp. 347-361.

[40] Cf. GEORGES GURVITCH, *Déterminismes sociaux et liberté h
maine,* París, 1955, pp. 38-40 *et passim.*

os sociólogos, sino el tiempo de la historia, esa realidad sigue conservando toda su violencia por más que se la trate rreglar y de diversificar. Los historiadores no se salvan a de esta violencia; los sociólogos, en cambio, sí se escapan siempre: se evaden de ella para refugiarse en el instante, pre actual, como suspendido por encima del tiempo, o bien os fenómenos de repetición que no son de ninguna época; pues, mediante una actitud espiritual opuesta a la del his- dor, se aíslan en el recinto más cerrado del acontecimien- en la duración más larga. ¿Es lícita esta evasión? He ahí erdadero debate entre historiadores y sociólogos, y aun historiadores de opiniones distintas.

V

o sé si este artículo, demasiado claro, demasiado apoyado jemplos —según el hábito de los historiadores— tendrá el timiento de los sociólogos y de nuestros demás vecinos. ho lo dudo. En todo caso, no veo ninguna utilidad en tir, a manera de conclusión, el *leitmotiv* que con tanta tencia he expuesto. Si la historia está llamada, por natu- za, a prestar una atención privilegiada a la duración, a s los movimientos entre los cuales ésta puede descompo- e, la larga duración nos parece, en semejante abanico, la más útil para una observación y una reflexión comunes s ciencias sociales. Lo que desearíamos es que nuestros nos, en un instante de sus razonamientos, acercaran por un nento a este eje sus averiguaciones o sus indagaciones. á mucho pedirles?

En cambio, para los historiadores —puesto que no todos parten mi punto de vista—, lo que se seguiría es una inver- del vapor. Su instinto va de preferencia hacia la historia , la cual cuenta con la complicidad de los sacrosantos pro- nas de la Universidad. Jean-Paul Sartre, en un artículo re- e, anticipo de un libro anunciado,[41] parece reforzar su era de ver cuando, protestando contra las cosas que son a z demasiado simples y demasiado pesadas en el marxismo es hay una crisis de marxismo—, lo hace en nombre de lo

41 Artículo publicado en *Les Temps Modernes*, noviembre de

biográfico, de la realidad pululante del acontecimiento. No ha dicho todo cuando se ha "situado" a Flaubert como un b gués, o al Tintoretto como un pequeño burgués. Estoy to mente de acuerdo. Pero cada vez el estudio del caso concr —Flaubert, Valéry, o la política exterior de la Gironda— c duce finalmente a Jean-Paul Sartre al contexto estructura profundo. Esta investigación va de la superficie a la prof didad de la historia, y se confunde con mis propias preocu ciones. Se confundirían mejor aún con ellas si el reloj de ar se invirtiera en los dos sentidos: del acontecimiento a la estr tura, y luego de las estructuras y de los modelos al aconte miento.

El marxismo es un pueblo de modelos. Sartre prote contra la rigidez, el esquematismo, la insuficiencia del mode en nombre de lo particular y de lo individual. Yo protesta como él (prescindiendo de tales o cuales matices), no con el modelo, sino contra la utilización que de él se hace, con la manera como los marxistas se creen autorizados a utilizar El genio de Marx, el secreto de su prolongada potencia, c siste, si no estoy equivocado, en que fue él el primero que bricó verdaderos modelos sociales, y a partir de la larga du ción histórica. Los marxistas han petrificado estos modelos su simplicidad, dándoles valor de ley, de explicación prev automática, aplicable en todos los lugares, a todas las soc dades. En cambio, trayéndolos de nuevo a los ríos cambian del tiempo, se pondría en evidencia su trama, sólida y bien jida, y esta trama reaparecería sin cesar, pero matizada, a ve esfumada, a veces avivada por la presencia de otras estructur susceptibles a su vez de ser definidas por otras reglas, y consecuencia por otros modelos. Como esto no se ha hecho, ha limitado el poder creador del más poderoso análisis soc del siglo pasado. El análisis de Marx no puede recuperar fuerza y su juventud sino en la larga duración... ¿Añad que el marxismo actual me parece la imagen misma del pe gro que acecha a toda ciencia social aficionada al modelo estado puro, al modelo por el modelo?

Otra cosa que quisiera señalar también, antes de termin es que la larga duración no es sino una de las posibilidades lenguaje común en vista de una confrontación de las cienc sociales. Hay otras. Ya he llamado la atención, bien o m sobre las tentativas nuevas de las matemáticas sociales. Es

tivas nuevas me seducen, pero las antiguas, cuyo triunfo
tente en el terreno de la economía —quizá la más avan-
de las ciencias del hombre—, no merecen ciertas refle-
es desilusionadas que se han hecho. Inmensos cálculos nos
an dentro del marco de sus razonamientos tradicionales,
hay equipos de calculadores y máquinas de calcular, que
día se perfeccionan más. Yo creo en la utilidad de las
s estadísticas, en el necesario remontarse de estos cálculos
estigaciones hacia un pasado cada vez más antiguo. No
el siglo XVIII europeo está sembrado, en su integridad, de
ros campamentos de trabajo, sino también el XVII, y más
el XVI. Estadísticas de una longitud inaudita nos abren,
su lenguaje universal, las profundidades del pasado chi-
Sin duda, la estadística simplifica para conocer mejor;
toda ciencia va así de lo complicado a lo simple.

Sin embargo, no debe olvidarse un último lenguaje, una
a familia de modelos, pues en verdad no es otra cosa la
cción necesaria de toda realidad social al espacio que ocu-
Digamos la necesidad de la geografía o de la ecología, sin
ernos demasiado en estas designaciones para escoger entre
La geografía se concibe muy a menudo como un mundo
í, y es una lástima. Haría falta un Vidal de la Blache
os preocupado que el de hace cincuenta años por las divi-
s, y que, en lugar de pensar en tiempo y espacio, pensara
vez en espacio y realidad social. Entonces la investigación
ráfica daría entrada a los problemas de conjunto de las
ias del hombre. Para el sociólogo, la palabra "ecología"
nque él no siempre lo admita— es una manera de decir
rafía y esquivar gracias a ella los problemas que plantea
pacio, sobre todo cuando el observador presta atención a
osas. Los modelos espaciales son esos mapas en que la
lad se proyecta y además se explica parcialmente, mode-
decir verdad, para todos los movimientos de la duración
bre todo de la larga duración), para todas las categorías
social. Pero la ciencia social los desconoce de manera
brosa. Yo he pensado muchas veces que una de las supe-
lades francesas en el campo de las ciencias sociales era esa
la de Paul Vidal de la Blache, cuyo espíritu y cuyas lec-
s es preciso salvar, pues no nos consolaríamos de verlos

[2] MARIANNE RIEGER VAN DER SPRENKEL, "Zar Finanz und
geschichte der Ming Dynastie 1368-1643", *Sinith,* 1932.

traicionados. Es necesario que todas las ciencias sociales,
su parte, dejen sitio a una "concepción [cada vez] más g
gráfica de la humanidad",[43] como lo pedía Vidal de la Bla
ya en 1903.

Prácticamente —pues este artículo tiene una finali
práctica—, yo desearía que las ciencias sociales, provision
mente, dejaran de discutir tanto acerca de sus fronteras resp
tivas, acerca de lo que es o no es ciencia social, de lo que
o no es estructura... Que se esforzaran más bien en trazar
través de nuestras investigaciones, las líneas —si acaso hay
neas— que puedan orientar una indagación colectiva, co
también los temas que permitan la consecución de una prim
convergencia. Personalmente, la designación que doy a esas
neas es matematización, reducción al espacio, larga duración
Pero me interesaría mucho conocer las designaciones que p
dan proponer otros especialistas. Pues este artículo preten
no resolver, sino plantear unos problemas en los que desg
ciadamente cada uno de nosotros, en cuanto no se refiere a
especialidad, se expone a riesgos evidentes. Las páginas
preceden son un llamado a la discusión. Y es ésa una de
excusas.

---

[43] P. Vidal de la Blache, artículo publicado en la *Revue*
Synthèse Historique, 1903, p. 239.

TEMÁTICA DEL ESTADO, PERO ¿Y QUÉ ES EL ESTADO?

Por *Aurora ARNAIZ*

I

EL HOMBRE Y LO POLÍTICO

AY teorías de investigación que se prestan a posiciones tan disímiles cual paradójicas. Sucede así con las del Estado. definición previa del Estado servirá, tan sólo, para situar jeto de nuestro conocimiento. Elegir una definición provi- l, entre la gama de referencias existentes, es optar por un o de apoyo inicial. Sólo en este sentido podremos dar ca- a ese interrogante incesante que persigue al estudioso de oría política. El planteamiento de ¿qué es el Estado? no es cupación de recién iniciados. Por el contrario, tal parece, cuanto mayor es la madurez que nos da el bucear en su co- niento, superiores son las antinomias que se nos plantean. de éstas, y muy principal, es la de cómo compaginar el de- o a la libertad humana, con el deber de obediencia a la ución estatal. Lo cotidiano del hecho, no excluye su asom- ¿Por qué el hombre de un Estado obedece a la ley? ¿En bre de qué? La deficiencia de la contestación salta a la vis- uando se responde que para posibilitar la vida del hombre ro de su grupo político y social, se ha de obedecer a la na del derecho positivo del Estado ¿En tanto que? Porque regla de derecho positivo no siempre expresa ni legalidad, uridicidad, ni legitimidad. Y de estas tres condiciones, si na ha de ser sacrificada, deberá quedar a salvo, sin excep- el concepto de juridicidad, en tanto éste expresa, inexora- nente, el principio ético del deber ser jurídico. La regla lerecho positivo que el Estado crea, declara, elabora, dicta cuta, ha de llevar implícito como *conditio sine qua non,* el cipio absoluto de valorización ética. El derecho positivo de Estado podrá (y deberá) ser legal y legítimo si se cum-

plió en él con los requisitos de validez procesal. Pero tan so poseerá la juridicidad si expresa la regla de derecho (princip normativo de lo ético). Esta regla de derecho que el Esta recoge y elabora proviene del deber ser, intuitivo y reflexi del quehacer social de los hombres de un Estado.

A pesar del descrédito en que han caído las escuelas q defienden que en el pueblo reside la causa genética de este qu hacer social, hemos de proclamar la autenticidad de esta afi mación. La cultura, tradición e historia de los hombres de Estado, cuando no han llegado a constituirse en pueblo, carec de fijeza formal. Esta fijeza llega a crear una psicología lectiva como forma típica de reaccionar ante los pueblos po ticos. Los pueblos, como los individuos llegan a crear una id sincrasia. Pero de aquí, a transformar esta idiosincrasia en alma, o ente biológico, hay mucha diferencia. Exactamente que cabe entre dos cosas diferentes. Que los hombres cre el Estado, es incuestionable. También crean la literatura, música, la pintura y la ciencia. Pero nadie, que se sepa, ha p tendido confundir esta ciencia, esta pintura, esta música y es literatura, con los hombres mismos, sus hacedores. En camb con el Estado, no solamente ha sucedido tal confusión y conf sionismo, sino que sucede. Se sigue hablando de ese homb grande que es el Estado. Se busca su cuerpo y su alma.

Es muy cierto que según sean las características sociológic y psíquicas de los hombres de un Estado, en un momento dac así serán sus instituciones políticas. Pero el razonamiento es v lido para cualquiera de las manifestaciones del ámbito de cultura humana. Entonces ¿por qué en el concepto del Estac se produce este lamentable "cambio de acento de la represent ción por lo representado"?

Si para resolver la antinomia de referencia recurrimos a superioridad de los fines intraindividuales propio de lo cole tivo político y de su culminación específica, el Estado, sobre l individuales, habremos adoptado la cómoda expresión, no sie pre precisa de las finalidades aristotélicas implícitas. A pes de su trascendencia en lo biológico, la razón de que el homb necesariamente ha de obedecer al derecho positivo del Estac la encontramos en la primigenia razón de que con esta ob diencia, el hombre vive. Vive en tanto desarrolla íntegramer las posibilidades de su ser anímico. Sin esta obediencia, hombre, sin grey, o con ella, llevaría una existencia vegetati

La naturaleza humana requiere de una serie de manifestaciones y convivencias espiritual y anímica que son posibles en el Estado. En él, y no en la sociedad tan sólo, como pretendieron primero Hegel, y después sus seguidores y opositores, los sociólogos y marxistas. La sociedad humana, por sí misma es amorfa. Es la grey, como suma aritmética del elemento humano. Cuando en esta asociación se produce la regla de derecho (principio ético) que va a originar los dos elementos constitutivos del Estado: pueblo y gobernantes, surgirá la norma elaborada de derecho, o derecho positivo de un Estado, de carácter coercible material.

El pueblo, en sus raíces étnica y política es presupuesto necesario para que la grey humana se transforme y consolide en colectividad política; es un presupuesto del Estado. Para que exista el representante político ha de precederle el pueblo (colectividad política con regla de derecho). La grey política tiene gobernantes (gente que manda sin mandato) pero no posee representantes políticos. La norma del derecho positivo carece de juridicidad aun cuando sea legal y legítima, si no está entroncada con el precepto *sui generis* (deber ser o regla de derecho proclamado por el pueblo en la repetición de sus actos jurídicos. Esta regla de derecho es, como categoría ética de campo más extenso que la específica regulación jurídica). Pueblo, representante político y regla de derecho, son además de presupuestos del Estado elementos de constitución del mismo, de aparición conjunta y hasta simultánea. Lo que sin lugar a dudas es simultáneo, dentro de una oposición genética, es el Estado y su derecho positivo (Heller). Tan sólo cabe la prioridad en el acuerdo del pueblo para elegir a su representante político (Poder constituyente de nuestros modernos Estados). Las disposiciones de este poder son ya derecho positivo, dogmático y orgánico tanto substancial como procesalmente (Derecho Constitucional). Con ellas se va a estructurar el Estado (según la idiosincrasia de los elementos constitutivos del Estado, a saber, pueblo, territorio y representación política) y a organizarse (según el grado de adecuación de los fines individuales con los colectivos de la asociación y con la de los fines intrínsecos de su forma política resultante, o sea el Estado).

Hay quienes definen el Estado por sus elementos constitutivos, y quienes confunden el Estado con alguno de estos elementos (pueblo, como anarquía; poder, como Estado autorita-

rio). Este Estado puede ser, o no, arbitrario según que deje d
cumplir, o cumpla con la regla de derecho.

La captación de esta regla de derecho por el sujeto es in
tuitiva y espontánea. De no ser así al ser recogida en la norm
jurídica elaborada por el Estado podría obligar tan sólo a la
gentes refinadas o cultas, que por instrucción y educación ha
bían llegado a su conocimiento y captación.

Una sociedad política existe en la regla de derecho. E
Estado, en la norma del derecho positivo. Ambos términos so
condicionantes. Pero nunca idénticos. Ni la sociedad es la re
gla de derecho, ni el Estado es el Derecho positivo, aun cuand
la sociedad política y el Estado se manifiestan en la juridicida
La economía, la religión, los denominados convencionalismo
sociales, son manifestaciones del Estado. Directa o indirecta
mente según la intervención estatal en su regulación. Cualquie
ra de estos factores a través de la historia ha llegado a alcanza
posiciones decisivas en el Estado. Pero por fuerte que haya sid
esta decisión nunca ha llegado a transformarse en factor mo
nista. Así, en nuestros modernos Estados de Derecho, moderno
por contemporáneo, el derecho en su expresión de legalida
legitimidad y juridicidad, ha alcanzado importancia suma. To
das las manifestaciones del Estado están recogidas por el Dere
cho Positivo. Lo permisible y prohibitivo de la norma jurídic
abarca cada día mayor radio de acción. Pero siempre la caus
genética de esta permisión o prohibición ha de ser axiológica
De no serlo, el derecho positivo sería antijurídico, y la autori
dad estatal actuaría arbitrariamente.

La doble naturaleza del hombre se refleja en la vida de l
polis. Nuestra sociabilidad está contrarrestada por nuestra in
sociabilidad. Nuestras tendencias sociales por las contratenden
cias individuales. Nuestra propensión a la defensa de los inte
reses propios por nuestra tendencia impulsiva a rebajar las pre
tensiones ajenas. En la vida política de siempre, el extranjero
por extraño, ha recibido con parquedad el disfrute de los dere
chos públicos. Y hasta, como en Grecia, le fueron negados
Por ser el Estado la forma política de un pueblo, quedan exclu
dos de él aquellos que no forman originariamente parte de est
pueblo. Pero, si se identificase el Estado con la Nación, com
erróneamente se ha pretendido desde la Revolución France
hasta nuestros días, entonces, ya sería más fácil aceptar la part
cipación en el Estado de aquellas gentes que han adquirido l

acionalidad en este Estado. Pero, si el Estado es la forma polí-
ca de un pueblo (forma, no agrupación) por definición que-
an excluidos de él las gentes que no forman parte de este
ueblo. Mientras la nacionalidad puede perder y adquirirse (y
asta en determinadas circunstancias especiales puede vivirse
n formar parte de nacionalidad alguna, p.e.: los denominados
pátridas de la guerra pasada quienes en realidad eran gentes
n nacionalidad, desarraigados de su creencia, pero no sin pa-
ia). La confusión del Estado con la Nación es un añadido
ue sale sobrando. No así la identificación (no identidad)
el Estado como forma resultante de un pueblo.

La estructura y organización del Estado se consolidan en
sonomía propia cuando están asentadas en la raíz del pueblo
el Estado. Cuando no es así, las instituciones se tambalean y
modifican sustancial o sistemáticamente, sin un nexo de apo-
firme. En ese caso cabe trasplantar a lo político la acepción
amatical del vocablo estado: situación, estancia, "de una per-
na o cosa, sujeta a cambios que influyen en su condición".
l estado, como situación, es una acepción vacua, lo que está, y
o es, porque el ser es lo permanente, lo no mudable lo que
iste al margen del tiempo. Sin embargo el Estado tiene un
r que constituye la base de su temática. El ser del Estado es
ecisamente la esencia de lo político, el nexo de la "insocia-
e sociabilidad humana" que lleva y conlleva al hombre a pa-
r de la grey a la asociación política, a transformarse en pue-
o, a elaborar la rudimentaria regla de derecho en juridicidad
cnica. Una temática del Estado es un insondable mar de inte-
ogantes, no siempre despejados, que fueron planteados hace
siglos por los primeros teóricos de la polis, que con ante-
oridad fueron incursos en los grandes textos filosóficos de
riente, y que hoy día, siguen en pie, inconmovibles como pé-
eas antinomias que proclamen, no sólo la imperfección huma-
, sino el limitado determinismo del hombre universal, por
cima de razas, de pueblos, de naciones, de Estados, de quime-
s, de utopías, de teorías y de deseos de elevar la asociación
lítica del hombre a confines sobrehumanos. El hombre de
empre ha inquirido sobre los problemas políticos y ha tratado
justificarlos.

Al igual que ocurre con las manifestaciones del Estado,
e ninguna es exclusivamente determinante en la conforma-
ón de las instituciones políticas, sino que a través del tiempo

adquieren unas u otras importancia destacada, así mismo, de
tro de una temática del Estado no existen temas claves. Al m
nos, para el investigador objetivo que acaba de convencerse
la estrecha relación que guardan los muy variados aspectos
lo social, de la historia, y de la filosofía, con la Teoría del E
tado. Es incuestionable que el ser del Estado constituye el ce
tro de la averiguación de los fundamentos estatales. Pero a
rededor de este ser surgen temas sin fin los cuales no vienen
constituir conglomerado alguno, como con error se insiste, sin
variados aspectos relacionantes de una investigación que p
estar tan en conexión con la cultura humana universal dent
de la cual, y en la cual, se produce la realidad estatal, necesari
mente ha de ser estudiada en esta variedad, y no sólo pa
una mayor y mejor comprensión del problema, sino por la estr
cha correlación de los términos.

Son insondables los por qués de las tendencias que lleva
al hombre a convivir con el hombre dentro de una relación ab
tracta social en la que los sujetos se transforman en abstracci
nes conceptuales y en la que la relación ocasional y circunsta
cial de quienes no se conocen entre sí y que están situados e
un momento dado en la defensa de intereses comunes, de situ
ciones y circunstancias regidas por la regla de derecho. La av
riguación del entresijo psicológico del alma humana, es tar
importante y relacionante. Pero traspasarla de estos justos té
minos, es ya caer en el conglomerado de finalidades de la cie
cia estatal.

La ciencia del Estado es tan antigua como el hombre. L
pretendidos estados de naturaleza humanos no son sino conj
turas e ideologías necesarias para construcción de acertadas te
réticas. Son suposiciones a enunciar, no conclusiones a demo
trar. La comprensión para el bien y el mal es cualidad consub
tancial en el hombre. Por serlo rige las relaciones de convive
cia rudimentaria o elaboradamente, intuitiva o racionalment
Es decir, en los estadios primitivos de la humanidad, el homb
habría de regirse por ideas primarias. El laborarlas en concepto
mediante su concatenación en conclusiones-enunciados-concl
siones, ha sido la gran tarea del hombre en su paso por la hi
toria. Así la idea política es lo más elemental del pensamien
y de la posición política. Pero los conceptos políticos son s
consecuencias de laboración. La idea no excluye profundida
aun cuando sea punto de partida. El concepto ha de ser verd

ero, es decir ha de presentar la adecuación relacional entre las deas-enunciadas. El hombre necesitó de la polis y manejó ideas onsubstanciales a su naturaleza social. Estas ideas son válidas n el tiempo y a través del tiempo, y constituyen la esencia y el er de lo político. Una temática del Estado tiene como centro ste ser —esencias— ideas. Al elaborarlas y conceptuarlas surge la sistemática del Estado. Una sistemática del Estado es algo nás que su Teoría la cual como punto de partida es iniciación ontemplativa de los elementos eidéticos. Al relacionar estos lementos entre sí, en sus variadas manifestaciones surge la sisemática del Estado en averiguación de la esencia del ser estatal.

El objeto de la ciencia del Estado no puede ser otro que a averiguación de lo político en sus fundamentos y finalidades, estructura y organización. Nos dice cómo el hombre elabora a realidad política, en sus propósitos, aspiraciones y posibiliiades. Cómo corrige estos elementos. Cómo la convivencia poítica, con sus instituciones estatales posibilita la superación de a vida en común dentro de los ciclos del determinismo humano.

La corrección o modificación de las ideas políticas claves modifican la realidad estatal en el tiempo. Los conceptos políticos que de esta realidad surgen, influyen a su vez en la concepción eidética primera, en un eslabón de idea-concepto-idea. Solamente cuando este ciclo se produce puede afirmarse que la dea ha trascendido en el ámbito político, y que es idea-acción-idea.

La certeza de que el valor absoluto nunca puede ser plasmado íntegramente en la acción política y que a lo más a que puede aspirarse es a una relativización contingente de este valor, no pretexta posturas pesimistas, ni debe conducir a la consideración de que dichas ideas sean utópicas. Habrá que corregir la realidad que no está a la altura del modelo eidético, pero nunca este modelo, cuando por ser verdadero, por adecuado, es válido. De lo contrario difícilmente podría producirse el perfeccionamiento de las instituciones políticas y el de la estructura y organización de la vida de la polis. El que los falsos avances sean muy superiores numéricamente a los verdaderos, no niega la existencia de éstos. También el género humano, como en cualquier especie biológica, necesita de miles y miles de seres comunes y corrientes en la especie, para

que se produzca el sujeto distinto que dentro de su configura-
ción (espiritual, física, étnica, biológica, en suma) marq
horizontes nuevos. Así mismo ocurre con el quehacer del hom-
bre en la tierra. Miles y miles de hechos se repiten dent
de un mismo plano de situación. Pero estos hechos, en
tiempo, producirán el cambio de perspectiva obligado. Pu
nada es intrascendente en la vida del hombre, ni siquiera
pensamiento tiene una inmanencia en la intimidad del sujet
Todo trasciende en la vida de relación, como elemento corr
lacional.

Característica imperante en los modernos teóricos del E
tado es el olvido de lo consubstancial de los fundament
del Estado, en un afán exhibicionista de hallar novedades o
ginales. Con frecuencia, este afán de originalidad conduce
posiciones falsas. Pues el hecho de que el hombre de la po
no haya podido adecuar su realidad en el tiempo a la id
ahistórica, no quiere decir que ésta sea errónea, sino aquéll
por inadecuada. Toda posición monista es siempre peligr
sa. Pero igualmente sucede con las escuelas de trascendenc
política, bordadas en el vacío. Así, pretender transformar
Estado en un servidor del servicio público, es perseguir u
vaciedad, ya que el servicio público es contenido de algo:
lo político. Y éste tiene una amplia fundamentación hum
nista.

Pero, ¿qué podemos entender por humanismo, que no s
biología? He aquí un tema arduo. Podríamos decir que h
manismo es lo consubstancial en la naturaleza humana. P
ser con-subs-tancial es el algo que comparte lo bajo tangibl
Es decir lo que a su vez se advierte al ser que es. Y, ¿de cu
naturaleza? He aquí otro de los "quids" en los enunciad
previos de la investigación política. Pues el hombre es co
cordia (bien) y discordia (mal). Tiene un dualismo inneg
ble entre el bien y el mal, lo cierto y lo falso, lo sociable y
insociable, el amor a sus semejantes y la estimación propi
el instinto y el raciocinio, el placer y el deber, la abnegació
hacia los demás y la conservación propia. Por concordia deb
entenderse no la anulación de cualquiera de estas contratenden-
cias y su tendencia respectiva, sino el equilibrio entre am-
bas. Anularlas es producir místicos contemplativos, fuera
este mundo, o malvados que elaboran en él. La discordia es
desequilibrio entre ambos elementos, entre el que es y su co

trario. El rechazo de este determinismo del hombre que ha sido así creado nos lleva a la utopía personal y política.

En el ámbito de la dura realidad donde las cosas son como son y no como debieran ser, el sujeto debe saber administrar, por sí mismo, sus propias tendencias. Pero hay algo que el hombre de la polis, en su convivencia con los demás hombres debería borrar de su psiquis: el resentimiento contra él mismo, por defraudación; contra los demás, por ingratitud, y contra la vida que no colma al hombre de aquellos dones paradisiacos, concedidos gratuitamente, por gracioso don, a los que todo ser humano aspira y cuyo no logro produce hastío y tristeza en las almas mejor dotadas y controladas y un resentimiento feroz, en los débiles, contra los fuertes.

La discordia, personal y política, de los débiles, suele ocasionar graves consecuencias contra terceros inocentes. Las asonadas de ciertos seudopolíticos y excepcionalmente, algunos de los levantamientos sangrientos de los pueblos en rebeldía esporádica, proclaman cómo los móviles no siempre son adecuados a la elección de los objetivos. Y cómo las denominadas revoluciones no siempre necesitan de la insurrección, del levantamiento violento. Pocas veces en la historia la validez de estos levantamientos se han compensado en el éxito de lo conseguido. Pero las generaciones políticas nuevas que son los sujetos también nuevos, ante tareas viejas, no suele comprender la necesidad del acierto en los medios a seguir. Y se realizan daños irreparables. Confundir la insurrección con la revolución es tanto como identificar la guerra, o lo bélico, con el progreso.

El derecho de un Estado, es el medio conservador más fácil para mantener un orden pre-establecido. Quedaría estratificado, momificado, si no fuese el derecho el medio de fijar validez a las movedizas manifestaciones del Estado en sus muy variados aspectos culturales. Pero el hecho de que la norma jurídica regule las manifestaciones del Estado no pretexta a confundir a aquél con estas manifestaciones. Asimismo, si bien dentro del Estado se produce la referida gama de manifestaciones del quehacer político del hombre, estas manifestaciones tienen su ámbito delimitado de lo específico político consistente éste en conseguir que el hombre viva dentro de su agrupación política, y conviva en ella.

Si bien el ser del Estado (sus fundamentos específica-

mente políticos) tiene una configuración propia engarzada co
los propósitos políticos humanos, éstos no son sino los pre
supuestos necesarios para la obtención de las instituciones po
líticas. Son términos distintos: causales aquéllos (los propó
sitos) y concluyentes éstas (las instituciones).

Como el hombre se cansa de todo, llega a hastiarse hast
de la perfección. Posiblemente sea ésta una de las causas qu
llevan y obligan al hombre político a cambiar las formas d
Estado, y de gobierno, en aspiraciones, finalidades y tarea
en ciclo no siempre justificado. ¿Por qué no decir que, e
ocasiones, al analizar las tareas y, los propósitos de las genera
ciones pasadas, descubrimos que algunas de ellas fueron inne
cesarias y su logro perjudicial?

En lo político, y en la política, junto a la quimera y l
utopia existen las panaceas. Los hombres de determinada
épocas creen que con realizar un cambio de etiquetas y nom
bres, se ha realizado la transformación del contenido. Preci
samente nuestra época se caracteriza por esta falsa creencia
¿De qué sirve dictaminar pomposamente que un Estado se ba
sa en el derecho, que su forma de gobierno es democrática
que el hombre puede disfrutar dentro de ellas de los derecho
innatos, cuando estos hombres, en su mayoría no captan, po
desconocimiento, el alcance de estas medidas, ni participa
en ellas ni averiguan el alcance político que tiene el dis
frute en la intervención del derecho público, o derecho polí
tico por excelencia?

La modificación del contenido, es decir el cambio de po
sición ha de realizarse sobre lo humano, propiciando las in
gentes necesidades del hombre cuando éste y su circunstanci
está proyectado en el desarrollo de su autenticidad. Es ciert
que poco ha sido lo que se ha logrado en tantos siglos d
pretendida civilización. Pero lo que habrá que modificar se
rían las bases pretenciosas, por falsas, de esta civilización
no los propósitos de encontrar soluciones sociales y política
consubstanciales con la auténtica naturaleza humana.

La vida del hombre es un cubrirse, descubrirse y redescu
brirse. Cuando el yo se encuentra a sí mismo, en su autenti
cidad, desvela el milagro maravilloso del eidos subjetivo. A
través de la historia, los conceptos valorativos humanos atra
viesan crisis y auges. El plano de estos valores está en con
sonancia con el nivel o desnivel del hombre histórico de l

olis. La sociedad física del hombre es pura zoología. La sociación metafísica ocasiona la cultura. Una realidad sin alor presupone la inexistencia humana. Decir hombre es imlicar valoraciones en su muy variada gama. La objetividad n la realización de estos valores depende de la reducción del rado de relatividad. Si el hombre fuese espíritu puro proluciría valores absolutos. Si física pura, daría mecánica, o novimiento exento de finalidades, por el movimiento mismo. Pero el conocimiento de la ciencia del Estado no puede ser ubjetivismo. El ser del Estado no está estructurado en lo que l sujeto pasivo (hombre) opine de él. Tiene una estructura ropia y determinada. El ser del Estado es la realización de a idea (esencia) del Estado.

Las opiniones subjetivas no concordantes con aquel ser on verdaderas ideologías políticas, auspiciadas por los prejuiios (falsas ideas) que el hombre va formándose en su viencia como uno de sus lastres más pesados y contraproduentes. Solamente adquiriendo el duro hábito del análisis del ue de nuestras posiciones cotidianas ante los hechos nimios e nportantes, adquiere el hombre la rigidez de la autocrítica.

El hombre ciego ante las imperfecciones propias desvela quéllas, las esconde más y más y desarrolla una exigente poción ante las imperfecciones ajenas. Para realizar el viraje e necesita templar el ánimo en la autoexigencia de la equiad. En política lo desmedido del prejuicio y de la ideología onduce el sectarismo dogmático. El dogma no sólo es antiientífico, sino irracional e irreligioso, por irreverente. El doga presupone la posesión de verdades absolutas y ¿quién las roclama sino la ideología o falsa idea al servicio de finalidaes extrínsecas?

Todo investigador humanista de no importa qué rama el saber, es un metafísico. Directa o indirectamente se plana los insondables problemas del origen del hombre, del por ué de nuestra existencia y de su forma. A pesar de nuestra nita individualidad, nuestra vida es convivencia en maraviloso proceso político. Que el hombre acate instintiva e irreexivamente las disposiciones de la polis. Que haya en él una bediencia pasiva. Que sea, y sienta ser ciudadano de un stado. Que acepte la regla de derecho no elaborada directaente por él, pero sí aceptada y cumplida. Que forme asoaciones, clubs, sociedades. Que se agrupe con gente desco-

nocida a quien llega a conocer por la coincidencia en etéreas extrañas finalidades. Que estos fines y asociaciones trascie dan de su polis y haga que se ponga en comunicación co otras gentes, extranjeras que hablen idioma distinto, y tien concepciones diferentes de la vida. Si nos detenemos a pens en todo esto, a pesar de su normalidad, de su repetición, su existencia, diremos que es realmente asombroso.

Lo es también el que por encima de las particularidad de lo autónomo existan principios o leyes universales del hor bre. Que la regla de derecho no sea cuestión privativa de l hombres de un Estado, sino un algo que trasciende por encin del tiempo, de las razas, de las contingencias, del idioma, d territorio y de las circunstancias. Es precisamente esta reg de derecho (ética) universal por humana la que debe expr sar y recoger los Códigos privativos de los Estados.

El problema de las finalidades humanas no afecta t sólo al conocimiento psicológico. Dentro de su justo términ constituye un elemento en la temática del Estado, aunque la Teoría del Estado le interese tan sólo directamente los nes políticos del hombre, de la comunidad y del propio Es do (subsistencia del mismo).

Vivencia y convivencia polít

Estamos tan habituados a vivir dentro del Estado que nos causa asombro el hecho irrefutable de que la interrelaci de nuestros actos se base en abstractas reglas de derecho. P cedemos intuitivamente, más que racionalmente. Captamos la carrera" un deber ser etéreo que nos guía normativamen Hasta en el más abyecto rufián, con cuya conducta se nie la normatividad ética, hay en su repulsa desvalorativa y rechazado, un conocimiento de la ética.

Lo triste del caso es que la sociedad política del homb no ha reflejado en toda su pureza e integridad, las valorac nes absolutas humanas. Las manifestaciones materialistas Estado, a saber, economía, mercantilismo, necesidades físi que el hombre imperiosamente ha de satisfacer, nieblan y o can el aspecto fundamental de la polis: La perfección hombre cuyo alcance se denomina civilidad (individual y lectiva). En el aspecto particular este refinamiento signif la adecuación entre el hombre y su polis. En el asociat

significa el logro del ciudadano en quien la realización de los deberes están implícitos en la satisfacción de los derechos.

Si la humanidad desde Grecia hasta nuestros días no ha logrado adecuar la polis, y se ha perdido por las abstractas e inalcanzables ramas de cuidar el alma del hombre en su entronque con una divinidad creada a su imagen y semejanza (y no lo contrario) no quiere ello decir que este deseo eidético mantenido a través de veinticuatro siglos de existencia (y no vivencia) política, sea erróneo. Lo erróneo, es nuestra sociedad.

Desde que la decadencia de Roma permitió el triunfo de los bárbaros, con su secuela más lamentable, la anulación del estoicismo y el triunfo de la filosofía cristiana cuyo admirable humanismo quedó opacado y tergiversado por el dogma teológico, desde el siglo V hasta el XVIII, la polis medieval se construye con el modelo de la "Civitas Dei". La fuerza de la República platónica y de la política, aristotélica se manifiesta en la supervivencia titánica del noble anhelo de adaptarlas a la ideología cristiana. La trágica búsqueda del hombre con su origen se plasma en cánones y dogmas. El prejuicio (en su aceptación peyorativa) es el enunciado. Tan retóricos como los sofistas, son los escolásticos. La bondad y su negación es la realización de un modelo de voluntad divina. Pero el determinismo humano acompaña al hombre en su quehacer. El hombre piensa y actúa limitado por este determinismo. Cuando este inquerir, y este quehacer están enclavados en lo humano, las imágenes y los resultados son, lo que el hombre como individualidad sea. Cuando la finalidad trasciende de la limitación, cuando el hombre inquiere más allá de su determinismo, la imagen y semejanza se pierde y los resultados obtenidos no son sino conjeturas metafísicas. Cuando el hombre se evade en la más pura y elevada abstracción sin la guía matemática ¿cómo averiguar, fuera del plano de la privativa experiencia y creencia de la revelación personal, la verdad de lo captado? ¿Con qué modelo vamos a comprobar lo objetivo de la verdad captada? Esta experiencia personal, es creída o negada, intuitivamente, por aquellos a quienes les es comunicada y cuyos eidos carecen de la intensidad y fuerza de elevación suficiente.

Luego el hombre, política y metafísicamente, se nutre de creencias e intuiciones. La validez de la regla de derecho es la

más eficaz y valiosa de estas creencias. En ella se basa la ética social.

Toda posición filosófica es, por definición crítica, y por método, justificativa. Ambas posiciones van unidas, pues el filósofo busca la validez del logro a través de la crítica justificación. En toda posición filosófica hay pues, trascendencia del objeto averiguado en el análisis del rigor estimativo. Se trata de una justificación objetiva, que termina en la constatación del hallazgo. Es decir el filósofo, que empieza donde el científico acaba, llega por otro camino más complicado y ulterior a incidir en el punto científico del investigador. Como el camino es un tanto intrincado y hasta laberíntico, de aquí que muchos de los filósofos investigadores se hayan quedado en las ramas sin haber alcanzado la meta. Pero ¿en qué consiste ésta? Cada conocimiento tiene su propia finalidad implícita. El conocimiento filosófico político es el más extenso de todos porque tiene por objeto la vida del hombre dentro de su propia sociedad política, comenzando por la búsqueda de los fundamentos deterministas del hombre político que le conducen a la formación de su sociedad política con una estructura adecuada a su determinismo natural. Y esto no se ha realizado todavía.

El teórico del Estado se diferencia del filósofo político en que aquél busca en la estructura de la polis lo contemporáneo, lo movedizo, la novedad del cambio. El filósofo del Estado que comenzará por perder, si la ha tenido alguna vez esa ansia alocada de la juventud que cree que en la novedad está el acierto, rastreará en la historia para pactar el deber ser que no se llevó a efecto, por las causas que sean, y cuya solución supervive en el tiempo, en espera de su adecuada realización.

Los apriores políticos no son sino los modelos éticos, intrínsecos en el determinismo humano. Su falta de captación en la historia de la política o inadecuada captación parcial cuando no su completa negación, proclama lo difícil que el hombre se guíe individual y socialmente por lo axiológico y cuán primitivo, primario elemental y fácil es la existencia instintiva animal. Así, vemos con pena, que al igual que ocurre con las individualidades no cultivadas, así mismo algo de la política práctica interna y externa, de nuestros días son páginas zoológicas.

El fracaso de esta falta de plasmación histórica de los

valores absolutos obliga a la defensa de éstos y al rechazo del relativismo escéptico y su creencia de que la normatividad y guía proviene de este relativismo como modelo único.

La política es ciencia justificativa y como tal tiene una plataforma filosófica. La denominada sociología política no pasa de ser una teoría, o una historia de la política. Es una ciencia de enunciados y como tal se transforma en metodología para la averiguación de la filosofía política. Puede hablarse de una filosofía política histórica si con ella se trata de averiguar cómo la humanidad ha plasmado en la práctica las esencias políticas.

No siempre los pueblos, o los jefes políticos, han formado Estados Constitucionales, ni Monarquías absolutas, ni Príncipes por la Gracia de Dios... Así la regla de derecho se expresa en el Estado Constitucional de nuestros días. En el pasado se estructuró en las formas de gobierno absolutas y teocráticas. Ha de ser buscada en el principio ético que necesariamente hubo de modelar los actos de los gobernantes de estos Estados. En definitiva, la legitimidad no debe ser analizada por el apego originario a la ley que le dio vida, sino por su entronque axiológico (juridicidad).

Un Estado es lo que sean sus hombres. Cuando en la polis predominan las mentalidades materialistas, mecanizadas, despreocupadas de la captación reflexiva de los principios normativos éticos, estas mentalidades, participen o no directamente en la elaboración política de su país, acabarán por imprimir al Estado el predominio del materialismo, de la economía, de lo físico sobre lo psíquico. El hombre económico de nuestros días ha creado, por consiguiente, su Estado económico y acepta como bueno el infantil criterio de que lo económico es el factor exclusivamente predominante en la estructura de la polis. Si así fuese tendríamos que declarar el mal uso que los humanos hemos hecho de nuestros auténticos dones espirituales, al acabar, después de tantos siglos de cultura y civilización, por proclamar el primado de aquello que aislado constituye barro humano: el estricto materialismo y sus causas. Felizmente la realidad es otra, pese a tantos pesares.

Lo convincente de la captación, reflexiva o no, de la regla de derecho, es su sumisión, acatamiento y obediencia pura por su realización del principio ético. Aceptar que el cumplimiento ante la ley no es sino la resignación ante la coacción, es proclamar el triunfo de la fuerza física impositiva.

A pesar de que el hombre es un fin en sí mismo, necesita
vivir asociándose a los demás hombres. Es esta una de las tan
tas contradicciones humanas ya que el hombre es tendencia y
antitendencia, cualidad y contracualidad. Estamos hechos de
contrarios y somos, a su vez, hacedores de contradicciones. El
desequilibrio entre nuestras dos naturalezas, forja la historia.
Siendo la política lo exterior más cercano y cotidiano al hom
bre, su realización no siempre es el reflejo del deber ser.

Si el hombre es un fin en sí mismo, y es individualidad
propia, toda acción de imposición sobre su persona será in
digna si no está modelada en la finalidad ética. De aquí que
en esta contradicción entre los elementos de la naturaleza hu
mana y sus contrarios, impere la trascendencia de los fines,
en la práctica política la jerarquización entre ellos. Así, la je
rarquía de las leyes, por sí mismas, nada o poco expresa.
Cuando esta jerarquización es de valores en la práctica esta
tal, ya es mucho.

La coacción de la Ley jurídica y del acto político es fuer
za bruta, ciega, física y arbitraria cuando se le desconecta de
su núcleo principal o valorativo.

Dice el maestro Posada en *La idea pura del Estado* (pág.
89, edic. 1944): "el hombre real puede manejar técnicament
de un modo sorprendente, el aeroplano, la radio y tantos otro
aparatos diabólicos, sin haber por eso dejado la caverna o ha
biendo regresado moralmente a la caverna".

No es cierto, de certeza absoluta, que la naturaleza se
descripción y la cultura sentido. Ambas son las dos cosas. Su
cede que se ha delimitado demasiado la afirmación tratand
de contraponer ambos mundos. Si la naturaleza fuese tan sól
descripción no sería sino el principio de algo. El medio dad
al hombre en nexo con su propio quehacer. El hombre sól
puede interpretar su propia naturaleza y lo que de ella hay e
el mundo que le rodea. El significado objetivo de ésta, est
más allá del determinismo humano y de su propia realida
Apropiarse de sus secretos, es acertar en su significado e
tanto es trasplantar los fines intrínsecos de la naturaleza a l
fines humanos.

La primera gran realidad que rodea al hombre es su h
gar. En él se sucede cotidianamente la influencia de aquell
seres a quienes está ligado inevitablemente. Pero además
éstos el hombre pertenece a su medio político y geográfic

tá situado en el territorio de un Estado. En este territorio ven los hombres bajo la influencia de una tradición política, n una característica privativa de captación de la regla derecho. Todos estos factores configuran y pretenden terinar al hombre, quien no puede evadirse en definitiva de ess circunstancias. Vivir, es evadirse de ellas. Es remontarse bre lo privativo, lo autóctono, lo peculiar, en búsqueda de autenticidad humana, núcleo universal que no sabe de fronras ni de influencias territoriales, ni nacionales. La diversid racial, y peculiar, ha de servir al acercamiento del home en esta su intrincada y no siempre explicable vivencia. No de pretextar la desunión, ni los antagonismos, los cuales tienen razón de existir en la acción ética. Tan sólo existe la acción ética. Tan sólo existe en la política desconectada aquélla, en una lamentable lucha por la subsistencia. El mbre histórico ha de sentirse orgulloso tan sólo de cuantos tos sirvan para encontrarse a sí mismo y a los demás homes de otros territorios.

El hombre en su búsqueda innata de la belleza y perfecn tiende a idealizar e hipostasiar la realidad de que está deado. El amor y la simpatía como inclinación de aceptan de todo cuanto llama su atención, es el medio de que se ve para hacer suyas las cosas. Ambas cualidades son el pilar la interrelación humana. Son cualidades sociales por exlencia. No son intelectivas. Cuando el intelecto interfiere ellas pueden transformarse en verdaderas contratendencias interrelación, pues da lugar al análisis y con él a la crítica dividualista. Entonces, puede situarse el hombre fuera del ano de la interrelación. Pero la naturaleza es tan maravillo- en sus posibilidades inagotables, que el desengaño es comnsado con nuevos objetos que llaman la atención del sujeto bre los que fijan la cualidad, amorosa y simpática. Solante cuando el hombre envejece, es decir, cuando estas posiidades de verdadera vivencia, decaen, solamente entonces, el sengaño cunde. No siempre el tiempo o edad cronológica ncide con la decadencia biológica del hombre. De aquí que que importa no son los años cronológicos de la vida del suo, sino su capacidad receptiva, su edad biológica.

El filósofo, por definición, es siempre un hombre joven. ja de serlo cuando perdido el asombro y su capacidad amosa y simpatía para adentrarse en las cosas, deja de filosofar. aquí que el filósofo sea un científico completo. Llama su

atención cuanto le rodea e indaga sobre su procedencia hu
mana y sobrehumana. En todo filósofo hay siempre por l
menos en principio, un metafísico, por ser invencible su ten
dencia "irracional" de salir al encuentro de los incontestabl
por qués. El filósofo innato es amoroso de su oficio. N
importa que la crítica y el análisis le aconsejen que su camin
con harta frecuencia, termina en el callejón sin salida, levan
tado sobre el límite humano. No importa. Volcará sus afe
tos, sus inclinaciones, su inagotable ansia de averiguación, s
universalidad que le conduce a adentrarse en las cosas hacién
dolas suyas, en nuevos objetos y finalidades. Pero ¡cuidado
no existe el filósofo de oficio. Filosofar es vivir. Filósofo
el hombre. Lo que ocurre es que hay quienes saben esto,
quienes lo ignoran. Quienes propician esta facultad inna
y se dejan conducir por ella en constante ansiedad e intranqu
lidad. Y quienes la adormecen y hasta la niegan. Estas ge
tes viven con los ojos cerrados. Y cuando físicamente los ci
rran para siempre, su alma deberá, lógicamente, comenzar
vivir.

Se equivocan también quienes creen, por consiguient
que la filosofía es una tarea académica, imbuida de cultur
Suele serlo. Sin embargo por cualidad humana primigenia,
captación filosófica elemental se produce libre e intuitivame
te. De aquí que los filósofos que más y mejor convenzan, se
aquellos que dan a su investigación ese "pathos" de frescur
candor y emotividad juvenil. Pues el hombre, en su autentic
dad natural, además de filósofo es poeta. Claro que la poes
de la vida no consiste en ser cantada en rima, en cánones m
tricos determinados. No. La poesía es algo mucho más pr
fundo que toda esta exteriorización académica. Es la capt
ción auténtica de las cosas, del hombre y sus acciones.
poesía es también interrelación. El más valioso y elevado a
xiliar de la interrelación filosófica.

Poesía es la posesión de la emoción filosófica y a vec
su exteriorización. Ser poeta es ser hombre (persona hum
na). Hacer poesía es vivir la vida en su desconcertante aute
ticidad. En su más pura decantación ni la filosofía ni la poes
tienen finalidades trascendentes a la utilidad humana. Si a
belleza se le imprime una finalidad deja de ser belleza pa
transformarse en la adecuada captación de esa finalidad.

La filosofía política participa de este doble rigor.

aptación del deber ser político y su realización práctica o es obra poética, o no es nada. De aquí que las instituciones políticas de los hombres, hasta nuestros días sean tan imperfectas · "irreales", por inadecuadas ¿sus causas? Una de ellas, muy principal: la de que la filosofía política y su realización práctica en la estructura y organización de la polis no es un presupuesto, sino una consecuencia concordante, que requiere de un requisito previo: la reforma del hombre como individualidad.

Es curioso apreciar cómo el teórico del Estado se pierde en la búsqueda de la relación que su ciencia tiene con las demás materias de conocimiento, en olvido de la principal premisa: El factor humano. Cuando se dice que el Estado está íntimamente relacionado con la economía y que reformada ésta se obtendrá determinado tipo de Estado, en el que se acabará con la explotación del hombre por el hombre, se olvidan sus partidarios de que lo primero que hay que conseguir es imbuir al hombre de la monstruosidad de esta explotación, y de la injusticia infamante que supone el albur de nacer en pobre o rica cuna. Mientras esta convicción no se haga carne en el hombre, y mientras no sienta éste la necesidad del bien ético, en su inmanencia y trascendencia, todas las reformas que se realicen desde el exterior del hombre quizás puedan ser eficaces a largo plazo, pero la tentativa lleva consigo múltiples desaciertos a precio muy elevado.

El objeto del conocimiento político

El hecho de que busquemos la autonomía y pureza de cada rama del conocimiento, con su método privativo y peculiar, proclama la limitación humana. El investigador no puede sino especializarse en un conocimiento dado. Dentro de él, busca los fundamentos, métodos y finalidades propios. Con esta limitación se pierde de vista que si bien el investigador no puede abarcar el por qué de todos estos fundamentos, métodos y finalidades científicas en una posición pantónoma, ello no excluye la existencia objetiva de esta situación total. Toda ciencia, ya sea cultural o natural, está relacionada, como medio o concatenación, con el Todo. Nuestra limitación para conocer nos evita la comprensión de esta Totalidad en sus fundamentos, métodos y finalidades. De aquí que la posición

científica y filosófica que predomina en nuestros días y que exige la autonomía de las ramas del conocimiento, sea un punto de vista muy peculiar de nuestro tiempo. Pero nada más, pues todo conocimiento se consigue y es, concatenación de algo en el Todo.

Nuestra limitación humana es tan patente que debe considerarse como su consecuencia el hecho de la pretensión jerárquica de las ramas del conocimiento. Para cada investigador su materia es la principal y superior. Si su inclinación natural le hubiese conducido hacia otras ramas del conocimiento ¿no habría proclamado la misma pretensión? ¿No se debería tal posición a que la unidad del conocimiento excluye jerarquías?

¿Qué buscamos al conocer? No sólo las verdades objetivas de la ciencia objeto de la búsqueda, sino la satisfacción de una de las cualidades más específicamente humanas: la autoreformación. La curiosidad, y hasta el asombro, no son cualidades privativas del hombre. Existen, sin duda alguna, en otras escalas animales. Lo que sí es privativo del hombre es el trabajar por dicho asombro y curiosidad, el vivir poseídos por ellos, acuciados por su exigencia incesante.

La filosofía política no es la panacea de las grandes y acertadas soluciones. No es lo mismo llegar a la conclusión por vía filosófica y racial de que ni la felicidad individual, ni la perfección social absolutas son posibles, que el planteamiento de estas conclusiones como premisas. Partir de estas conclusiones es caer en el nihilismo, en la más negra desesperanza. Es adoptar la fácil postura de la pasividad indiferente. Es negar la acción política. Pero buscar soluciones hasta llegar al callejón sin salida, es abrir nuevos caminos, ver nuevas perspectivas, lograr aciertos, y conmover nuestro ánimo y mente por insospechadas posibilidades.

En la filosofía política el conocer agnósticos es siempre la consecuencia, nunca lo enunciativo. No podemos en verdad sostener un pragmatismo político, ya que en definitiva, las esencias políticas (enunciados) son institutivas.

El hecho de que la humanidad, no haya sabido estructurar su vida política siguiendo el modelo del deber ser político no pretexta la defensa del relativismo, ni mucho menos la caída en el amargo escepticismo. Lo que habrá que modificar, y ello indudablemente, será la materialización inadecuada de la idea política en la realidad, pero nunca deberá negarse la idea

iando ésta no es quimera, sino eidos. Desde Roma hasta iestros días, es decir desde el advenimiento del cristianismo omo filosofía política a realizar en la civilización de los pue- los, desde entonces hasta nuestros días —y con ciertos lumi- osos intervalos— el hombre común y corriente no participa irectamente en las actividades de la polis. Deja que determi- adas personas se encarguen de estas tareas. Las consecuen- as no pueden ser más funestas. Los pueblos se debaten en más negra ignorancia. Las gentes que se ocupan de los "ne- ocios públicos" no siempre comprenden la responsabilidad de tarea. Con lamentable frecuencia el político activo es hom- re sin otro oficio ni beneficio, que llega a la tarea política as el fracaso en tareas profesionales. Cuando así ocurre, es- s gentes actúan sin la más mínima comprensión hacia el de- er ser político. Además no actúan solos. Están respaldados or el partido o el sindicato en los cuales se definen puntos de sta del partidista y del sindicalista sin visión del conjunto. Cómo pretender, entonces, que las instituciones políticas sean más perfectas posibles, lo más apegado al modelo eidético? on con frecuencia, pobres remedos, y caricaturas hirientes.

Nuestras modernas concepciones de las esencias de justi- a, ley, libertad, democracia, y hombre político, o ciudadano, o son puras porque proceden del entreguismo político a los tereses de los altos secuaces. La trama bastarda que mueve conmueve estos intereses producen el "bluff" del jefe polí- co, ridículamente endiosado. La propaganda que auspicia es- endiosamiento se basa en una terminología que, fríamente naliza, causa sonrojo. Nuestras modernas Repúblicas demo- áticas emplean el halagante adjetivo altisonante en planos no canzados ni en las monarquías absolutas de antaño, ni en los equeños Estados renacentistas, ni en la época decadente del nperio Romano. La gravedad de esta situación es tal que adie advierte lo disparatado y descentrado de tal proceder, ebido más que a la ignorancia a la indiferencia de los hom- es que forman los pueblos y que no participan en la vida po- ica.

Sucede que las formas de gobierno no son determinacio- es definitivas en las manifestaciones del Estado. Lo que ga- ntiza la realización de las esencias políticas no es, en defini- va, las organizaciones del Estado, tan sólo, sino el control so- e los gobernantes, y la existencia de una auténtica democracia

que actúe. Así, dentro de una Monarquía absoluta, puede estar garantizados los derechos del hombre y del ciudadano d manera más eficaz que en pomposas repúblicas en las que gobernante actúe libérrimamente a nombre propio o respald do con su élite política de secuaces partidistas. Lo que im porta es que dentro de la polis se realicen los diversos valor axiológicos. Estos valores, en una polis auténtica, deberán s realizados por una tarea común en la participación activa vigilante del pueblo. Es infantil y nociva la suposición de q de no realizarse esta participación, basta con estructurar y o ganizar el Estado sobre las garantías individuales y sociale entregando libremente al gobernante esta tarea, para que p este hecho se efectúe. La contestación de este error nos dan nuestras actuales Repúblicas liberales y burguesas.

En política nada es mesiánico. Ni siquiera esporádic Todo es consecuencia de una actividad anticipada. El fat lismo de la incesante búsqueda unida a la carencia de fe pr via en la ineluctable convicción del resultado cierto, que c racteriza al filósofo, es también característica del polític activo o contemplativo. Posiblemente nunca las institucion políticas del hombre pasen de la prehistoria en su rusticid y burdez. Pero el científico político, el investigador y el te rico, deberán continuar en la averiguación de los insondabl por qués y correr el albur de la dubitación. De este mod la filosofía política acaba por recurrir al rechazable deng historicista. Y cuando el análisis de lo psicológico huma (individual y colectivo) no da respuesta adecuada, el invest gador, tímidamente, ha de avanzar por el camino del rigor mo objetivo como premisa, sin más ayuda que la prestada v liosamente, en este caso, por la metodología metafísica don el rigor del dato es pura intuición. ¿No sería, mucho m inteligente, en su consecuencia, comenzar por esta metafísi política? Porque si hemos de quedarnos reducidos, de lo co trario, a la psicología política, a la biología, a la caricatura la pobre realidad, quizás fuese preferible la existencia prev y metodológica de un plano elevado que nos conduciría a u materialización también elevada.

Pero todo ello, dentro de una tipificación eidética en que ni la quimera ni la utopia tienen nada que hacer.

El Estado es lo menos teorético de la Teoría Polític Pues el Estado es acción, y no contemplación. De aquí lo i

erioso de la capacidad y receptividad intuitivas como cualiades del hombre político. El político o es intuicionista, o no s político. Es decir la tan traída y llevada, la tan maltrecha netafísica, en su inquirir de cosas —y nunca mejor empleado l vocablo—, cuando se trata de aplicaciones políticas que esán más allá del determinismo (límite) humano es el punto le unión convergente de la meta y de la partida políticas. Pero con una finalidad muy peculiar de lo político: su realiación o integración en la acción práctica. De aquí que la meafísica política sea la menos contemplativa de la muy conemplativa metafísica.

Ausentarse de ella es caer en el materialismo más mateialista que pueda darse, en el que la realidad no es ya la maerialización de la idea política, sino la más pura informidad La materia es el soporte de la forma).

El hombre es fuerza y capacidad política. Puede, en su onsecuencia, crear lo político y situarse en la posición de crí-a al analizar la obra política. Y cuando este análisis se hace objetiva y serenamente, se descubre la pobretería del ómo ha estructurado el hombre la vida política, irreflexiva accidentalmente, sin una lógica ni finalidad preconcebida. Creo que esta afirmación, por evidente, no entraña novedad, n sí. Lo novedoso sería que el hombre reflexionase sobre ste hecho incuestionable, con fe en las ingentes posibilidades políticas. Es esta una cuestión de principio. No se trata de si on esta adecuación política el hombre ha de ser más feliz, nás perfecto, más libre y mejor. Al margen de estas cuestiones, por otra parte tan vitales, destaca el hecho de que la sociedad política del hombre es inadecuada con la naturaleza humana. Porque el hombre no ha nacido para explotar al hombre ni para hacer de la imperiosa necesidad de vivir la vida plena del espíritu y de la perfección física, un privilegio de minorías. El hombre posee intelecto y su vivir consiste en desarollarlo. Obligarlo a una vida inentelictiva, mecánica, de exclusivo materialismo, biologismo y fisicismo, es degradarlo y reducirlo al más bajo plano zoológico.

Los supuestos políticos giran alrededor de un enunciado único: el del determinismo social del hombre. El Estado tiene que estructurarse en el ser político. Tiene que llegar a ser lo que es, y no ha sido. De aquí, que la averiguación política lleve implícita (como metodología) a la dialéctica como cul-

minación de la lógica por ser el resultado de una identida
(idea) y su contraria (la deficiencia de esta idea al ser ma
terializada). Su síntesis no ha de hacerse con el resultado d
esta materialización, sino con la búsqueda del modelo eid
tico. Ésta es precisamente, la tarea principal tanto del teóric
como del investigador del Estado.

Es curioso observar la serie de objetos que llaman la ate
ción del hombre y le mueven a la reflexión: cuando más inac
cesibles son estos objetos más conmueven el ánimo a la obse
vación. Así lo más cercano del hombre, el estudio de su pr
pio ser ha sido desconocido en la antigüedad. Sin embargo,
estudio de los astros, el cielo, y la naturaleza en general llam
poderosamente la atención del hombre. A lo primario de est
llamar la atención de las cosas se suma el descubrimiento d
que hay objetos que son porque tiene que ser y otros qu
siendo bien podrían ser de otra manera diferente, porque n
son lo que la mente del hombre cree que deberían ser. Y co
esta duda entramos en el mundo de la normatividad y decimo
que aquellas cosas que siendo son, pertenecen al mundo de l
naturaleza, y las que siendo bien podrían ser de otra maner
mejor, al de la cultura. Pero mucho se ha abusado de la per
fección del reino natural y de la consabida imperfección de
mundo del quehacer del hombre. Quizás un análisis más ri
guroso de esta generalidad nos lleve a la conclusión de qu
también el reino de la naturaleza tiene inmensas deficiencia
y lagunas. Y que aun siendo como somos, bien pudimos se
de manera mejor. Que esta duda existe en el ánimo del hom
bre, lo dice su incesante lucha por deshacer y rehacer la natu
raleza y todo cuanto rodea al hombre empezando por sí mis
mo. Dentro de nuestro determinismo humano, el hombre e
hacedor de sí mismo. Precisamente en esto reside la grandez
o la miseria de su vivencia. Porque si el hombre se rehac
para engrandecerse, habráse compenetrado por ello con e
Gran Quehacer de la vida toda.

Para nosotros los humanos, naturaleza y cultura son reno
vación en ansia incesante de perfeccionamiento y mejora
Cuando el hombre corrige la postura de una planta, cuand
deshace la roca o la cincela, cuando realiza no importa qu
clase de modificación con el deseo de perfección, entonces e
hombre corrige la obra dada porque la encuentra deficiente
Precisamente este encontrar deficiencias en todo cuanto rode

al hombre es el acicate del disfrute para con aquello que el hombre elevado acepta como bueno. Conformarse no es por lo tanto, resignarse, sino adaptarse y aceptar. El hombre se conforma con su yo interno tras incesante lucha consigo mismo. Su mayor grandeza reside en esta lucha interior por alcanzar el perfeccionamiento. Y así como el conocimiento surge no tanto de captar el acierto, como de eliminar el error, así nuestro yo interno se perfecciona no solamente por la labranza y el pulimento de las buenas cualidades o facultades auténticas, sino por la eliminación y rechazo del residuo de la inautenticidad. La realización de esta labor es una necesidad de higiene psíquica. Pero sucede que a veces el hombre no está conforme con esta labor tan sólo. Contempla el exterior que le rodea y comprende que las deficiencias de la interrelación humana se deben a la incomprensión y a la falta de trascendencia del hombre liberado y elevado para con su medio social. Esta segunda labor, de auténtico cultivo, es desconocida por la mayoría de las gentes de no importa qué época o países. Vivimos, en los tiempos actuales, con indiferencia y descuido hacia lo social. Posiblemente por la pobretería del medio que hace que el indiferente lo acepte como es, y el sabedor de su significado se encierra en la concha de un exagerado ego aislado de la influencia exterior. Pero aun en las épocas menos propicias a la exaltación y el reconocimiento de los valores de la interrelación humana, han dejado de oírse las voces dirigidas al señalamiento del mal.

La exacerbada defensa del individualismo del siglo XIX tuvo su razón de ser en la necesidad de reducir el dualismo Estado-individuo. Canalizados el reconocimiento de los derechos del hombre, hacia el ámbito político, se ha estructurado una sociedad de exaltación del individualismo despersonalizado. Nuestros Estados de Derecho, liberales y burgueses son precisamente esta exaltación del reglamento y de la ley deshumanizados por el alarde de la técnica normativa y procesalista.

El yo es el ariete del hombre social en su individualidad íntegra. El ser del espacio es el punto. El ser anímico es el hombre. Dos puntos que se mueven en el espacio crean la línea vertical, horizontal o curva según el paralelismo sucesivo del punto referente. Cuando este paralelismo sucesivo se rompe, la línea es recta, o curva, horizontal o vertical, en relación del punto referente que está fuera de plano. Esta mul-

tiplicidad que existe en la visión del hombre es una deficiencia captativa. Cuando contemplamos una esfera físicamente vemos parte de ella, tan sólo. El otro resto, y para integrar la figura, lo vemos con los ojos del alma. Pero la figura íntegra está ahí, tras del sujeto. Así ocurre con la realización de los grandes valores sociales del hombre. Éste se ve a sí mismo, tan sólo, y su parcial realización axiológica. Esta inmanencia exigente del ego, parcial y limitada es incompleta cuando no trasciende a la interrelación social y asume con los ojos del alma el yo colectivo del propio egos individual. La persona humana es el egos más su trascendencia en lo social. El hombre y su trascendencia es el ser social.

La intimidad es siempre causa primera. Pero es incompleta si no se integra en lo social, en la interrelación. Una intimidad recluida en el egos individual, exclusivamente produce una individualidad enteca.

El tercer paso del egos individual es la trascendencia universal. El hombre que mira más allá de su sociedad humana, ve cosas que ya no pertenecen al quehacer de interrelación. Son cosas que le son dadas. El hombre rechaza instintivamente cuanto les es extraño por incomprensión. Y lo rechaza transformando su asombro en sobresalto y tensión. Entonces, el hombre que no comprende, se somete a esta incomprensión. Y surge el mito, la quimera, la leyenda, al narrarlos. Y ya aquietado el espíritu en la entrega al mito, se produce la poesía. Liberado del temor, se entrega el hombre a la imaginación y su amiga, la ficción. Más allá de tan agradables linderos espera al hombre la reconciliación con el extraño mundo de la realidad que nos ha sido dada. Sin temores ni ficciones el filósofo contempla la Obra. Y no se recrea en ella. Indaga e indaga. Mira y contempla. Y en ocasiones cuanto más mira menos ve, porque su eidos no puede contemplar el otro lado de la esfera sino en concordancia con la visión física que le señala lo cercano, lo que está al alcance de sus sentidos materiales.

Las ideas son creaciones sin espacio. La realidad al materializarlas le da un lugar. La idea por no tener lugar es siempre utopía. El hombre para acaptar estas ideas las asigna un lugar y las señala en la sucesión, un tiempo. El tiempo y el lugar son creaciones del determinismo humano. Pero quién mueve y conmueve mis ideas? ¿Quién mueve mi ánimo? Si

ien el yo es el acicate del actuar habría que saber en qué con-
íste mi yo, es decir en cómo está constituida mi individualidad.
;so que llamamos receptibilidad es el nexo que une la idea
on las cosas (la idea subjetivamente considerada es pensa-
niento). El por qué se produce mi pensamiento es una de
as grandes incógnitas, ¿por qué este pensamiento, precisamen-
e, y no otro? ¿por qué esta elección? Al hacerlo he dejado
e captar una serie infinita de matices y posibilidades en la
ue el propio pensamiento se manifiesta al sujeto. ¿Por qué
ni circunstancia me sitúa en el plano de captación de esta par-
e y no de la otra de la esfera? ¿Por qué es esta parte la que he
e ver físicamente y la otra eidéticamente cuando bien pudo
er lo contrario?

Las cosas se me reflejan cuando reflexiono sobre ellas.
'ero reflexionar no es pensar. Hay una reflexión instintiva,
necanizada, en la que mi yo no interviene conscientemente. Es
na captación receptiva entre mi yo y las cosas que me rodean
in intervención del pensamiento. Con esta reflexión autóma-
a el hombre descansa en su vivir fatigoso. La idea subjetiva
e adormece y deja la actividad de la reflexión instintiva.

El hombre no puede a la vez mirarse a sí mismo, mirar
as cosas que le rodean y aquello que está más allá de estas
osas. Ha de hacerlo dejando un espacio interior a esta con-
emplación. Ha de realizarse dejando espacio. Existe por lo
anto una impenetrabilidad psíquica que es la imposibilidad
e la captación total.

Presencia del Pasado

CRÓNICA DEL MESTIZAJE EN YUCATÁN Y LA NUEVA ESPAÑA

Por *Alberto M. SALAS*

Hasta 1517, año en que Francisco Hernández de Córdoba realizó su viaje y descubrimiento, los exploradores españoles sólo habían hallado en sus andanzas pueblos y naciones indígenas de poco asiento, con estructuras sociales, económicas y políticas de muy escasa apariencia. Tan escasa era a veces la exteriorización de estos órdenes para la percepción española, que en muchas oportunidades juzgaron que no existían esas estructuras. Solían escribir entonces que eran gente sin orden y de escasa razón, o simple y gráficamente que eran "indios desnudos", con lo cual aludían a algo más que a la ausencia o escasez de vestidos y de adornos. Y aun cuando habían hallado, y hasta con abundancia, oro y perlas, esclavos y poblaciones densas, nada podía compararse a lo que Francisco Hernández entrevió en las costas de Yucatán y en el litoral de la Nueva España.

Algo, sin embargo, pudo haber conocido Cristóbal Colón cuando en el transcurso de su cuarto y último viaje abordó en las islas Guanajas una canoa indígena. El inventario que nos ha conservado Fernando Colón indica con toda claridad el origen de esa embarcación. "Tomada la canoa sin contraste fue llevada a los navíos, donde el Almirante dio muchas gracias a Dios, viendo que era servido de darle muestra de todas las cosas de aquella tierra, en un instante y sin trabajo ni los peligros de los suyos, y luego mandó sacasen de ella lo que le pareció tenía mejor vista (como algunas colchas y camisolas de algodón, sin mangas, labradas y pintadas con diferentes colores, labores y algunos pañetes, con que cubrían sus vergüenzas, de la misma labor y algunas mantas con que se tapaban las indias de la canoa, como suelen hacerlo las moras de Granada, espadas de madera largas, con un canal en cada parte, de filos de pedernal que entre gente desnuda cortan como acero, y la

hachuelas para cortar leña que eran semejantes a las de piedra que tienen los demás indios, pero de metal, del cual traían sonajas y crisoles para fundirles; traían para bastimentos raíces y granos, como los que comen los de la Española y cierto vino hecho de maíz, semejante a la yerba de Inglaterra y muchas almendras de las que usan por moneda en la Nueva España, las cuales pareció que estimaban mucho..."[1] Pero el Almirante no sólo encontró novedades en cuanto a la cultura material dentro de aquella canoa, sino que halló también, volvió a encontrar el sentido occidental del pudor, la vergüenza tradicional de Adán y Eva arrojados del paraíso, ya que don Fernando observó que si "...sucedía que al entrar en las naves las mercaderías, se le desprendía a alguno los pañetes con que se tapaban, llegaba un indio y ponía la mano encima para taparle y no la quitaba hasta que se componía".[2] El metal, las telas, las labores y los macahuitls sólo eran el anticipo de algo muy distinto de lo que hasta entonces se conocía, que no descubriría Colón, que quedaba reservado para los conquistadores de Cuba y para la fama definitiva de Hernán Cortés.

El encuentro con las culturas maya y azteca supuso para los españoles el primer contacto con las grandes culturas de América, el volver a hallar aquí en las Indias la piedra canteada, los grandes y espectaculares edificios, las ciudades, los templos, los cultivos de riego, ceremoniales pomposos y bien aparentes, la casi escritura, vestidos y adornos de una magnificencia que no tiene igual, una sociedad minuciosamente ordenada y jerarquizada, y en fin, la obediencia, el orden, estructuras sociales y económicas que en algo se asemejaban a las propias, algo, en fin, que permitió hablar y escribir de reyes, emperadores, senado, consejo, cortes. Penetrando un poco la tierra desde aquellos litorales aun bordeados de trópico, se llegaba hasta una geografía que por similitud provocaba y consentía los

[1] FERNANDO COLÓN, *Historia del Almirante*, etc., pág. 252. LAS CASAS, *Historia de las Indias*, Lib. II, Cap. XX, t. II, págs. 274-275, conjetura atinadamente que la canoa procedía del Yucatán.

[2] FERNANDO COLÓN, *Historia*, etc., pág. 253. Al referirnos a esta canoa no podemos dejar de recordar que Francisco de Aparicio tenía proyectado entre otros muchos trabajos, cuando le sorprendió la muerte, un breve estudio acerca de la curiosa circunstancia que las dos grandes culturas de América, la de México y la de Perú, fueron descubiertas en el mar, sorprendidas en el mar, en embarcaciones que conducían buena parte de sus respectivos inventarios culturales.

mbres de la Nueva España, Nueva Galicia, de Jalisco, Guadajara. Había en todo un aire de vaga familiaridad, como de tendimiento que no se había hallado hasta entonces entre ibes, tainos ni arawakos.

Formal y documentadamente la crónica del mestizaje en as regiones se inicia de manera indudable después del naugio de una carabela que al mando de Valdivia navegaba des- la Tierra Firme hacia Santo Domingo. Azotada por un temral acabó en las rompientes llamadas las Víboras o Alacras, salvándose en un batel catorce hombres que fueron a parar a costa de Yucatán, dominio de los mayas.[3] Algunos fueron crificados y comidos, otros puestos en caponera para engorr, pese a la oposición y desmentido de Las Casas a un texto Gómara.[4] Entre los sobrevivientes estaban Jerónimo de Agui- y Gonzalo Guerrero. Aguilar había nacido en Ecija, era esdiante, tenía órdenes de Evangelio[5] y había salvado del naugio un libro de horas, que le permitió llevar una cuenta apronada de los días de los ocho años de cautiverio.[6] Guerrero, cambio, era hombre de la mar, según Oviedo nacido en el ndado de Niebla, según otros en el puerto de Palos, y sabía r y escribir. Guerrero y Aguilar, los dos únicos sobrevivientes e lograron salvarse en la huida y con un oportuno cambio de iores, eran hombres de temperamentos bien distintos. Gonza-Guerrero se adapto bien pronto a aquella vida nueva, se hizo pitán de guerra, adquirió honores y mujeres e inició sin más imite el mestizaje español en Yucatán. Aguilar, aparentemenapocado, tímido y casto, optó por una conducta de esclavo l y sumiso que protegerá su vida constantemente amenazada. guna fuente de segunda mano, como es Torquemada, insiste que hizo algunas afortunadas experiencias como guerrero, o ésta no ha sido, evidentemente la tónica de su vida entre indios, y según parece, de la que llevó después entre los

[3] Pedro Mártir, *Décadas*, etc., Dec. IV, Lib. VI, Cap. II, pág. ; Las Casas, *Historia*, etc, Lib. III, Cap. XLII, t. II, pág. 576.

[4] Las Casas, *Historia*, etc., Lib. III, Cap. CXVII, t. III, pág. ; Gómara, *Hispania Victrix*, pág. 304.

[5-6] Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera*, etc., Cap. IX, t. I, pág. 131. Este autor habla de dos mujeres, sin especifisi eran españolas o indígenas, que cayeron prisioneras y fallecieron o tiempo después por el mucho trabajo. Nos inclinamos a suponer estas mujeres eran españolas. Torquemada, *Los veinte i un lirituales*, etc., Lib. IV, Cap. VIII, a X, págs. 364 y sigs.

conquistadores de México. En tanto que Aguilar buscó el ca mino de la supervivencia por la sumisión, Gonzalo Guerrer hombre decidido y de acción buscó eso mismo sumándose plena mente a la vida indígena, adquiriendo sus costumbres y un luga de prestigio entre ellos, labrándose la cara y las manos, pe forándose las orejas y la nariz, haciéndose "corona y trenza d cabellos", como un guerrero indígena. Tampoco titubeó, segú parece, en conducir a los guerreros indígenas contra los propio españoles de las expediciones de Francisco Hernández, Grija ba y Montejo.

Cuando la expedición de Cortés llegó a la isla de Cozume y en cumplimiento de las instrucciones que concretamente habi recibido de Diego Velázquez buscó a los españoles que pudier haber en la tierra,[7] y les escribió cartas invitándolos a regresa a los suyos, Aguilar volvió apretando su libro de horas, per Guerrero se negó. "Más no quiso, creo que de vergüenza, po tener horadadas las narices, picadas las orejas, pintado el rostr y manos a fuer de aquella tierra y gente, o por vicio de la muje y amor de los hijos." Oviedo, que supone que eran seis los espa ñoles que se negaban a regresar, los fulmina diciendo: "... pero los otros seys, como estaban casados con indias, e con su viçios, e tenían hijos con ellas, apartados de la fee cathólica, v vían ya como indios e no quisieron reduçirse a la fee ni ven a la compañía de los españoles. Bien es de creer que los tale no podían ser sino de vil casta e viles heréticos".[9]

Aguilar, recuperado para fortuna de Cortés, luego de inc dencias que todos consideraron providenciales, hizo el relato c su cautiverio que recogieron las fuentes principales de esta aven tura: Bernal Díaz, Andrés de Tapia, Cartas de Relación, Gó mara, Las Casas. Aguilar parece haber dejado buena constanci de lo modoso y recatado de su conducta con respecto de las i dias mayas, que sin lugar a dudas lo han acosado. Torquemad y no sabemos de dónde saca el relato, nos ha conservado la s guiente aventura, cuyo desenlace nos inspira grandes duda "...y con esta humildad ganó el coraçón de su Señor, y de t dos los de su casa; y porque el cacique era sabio, y deseaba oc parle en cosas maiores, viendo que vivía tan castamente, qu

[7] *Instrucción que dio el capitán Diego Velázquez en la isla Fe nandina,* etc., pág. 388.

[8] GÓMARA, *Hispania victrix,* etc., pág. 303.

[9] FERNÁNDEZ DE OVIEDO, *Historia,* etc., Libro XXXIII, Cap. t. VIII, pág. 230.

aun los ojos no alçaba para mirar a las mugeres, procuró tentarle muchas veces, y en especial le envió de noche a pescar a la mar, dándole por compañera, una india mui hermosa, de edad de catorce, u quince años, la qual avía sido industriada del cacique para que provocase a Aguilar; dióle hamaca, en que ambos durmiesen, llegados a la costa, esperando tiempo para entrar a pescar (que avía de ser antes que amaneciese) colgando la hamaca de dos árboles, la india se echó en ella, y llamó a Aguilar, para que durmiesen juntos, él fue tan templado, que haciendo cerca del agua, lumbre, durmió sobre la arena. La india unas veces le llamaba, otras le decía, que no era hombre, porque quería más estar al frío, que abrigado allí con ella; y que aunque estuvo bacilando muchas veces, al cabo se determinó de vencerse, y cumplir, lo que a Dios tenía prometido, que era de no llegar a muger infiel, porque le librase del cautiverio, en que estaba: Caso grave y digno de gran consideración, y donde fue necesaria la gracia de Dios, para aver de dejar de pecar por su santo amor solo; porque como dice el Espíritu Santo, por boca del Eclesiastés: Es el coraçón de la muger, una ancha, y estendida red, y un laço de los caçadores, donde caen gentes de todo género, así chicos como grandes. Pero Aguilar, que (como después confesaba) avía prometido a Dios lo contrario, de lo que la muger le persuadía, atendió más a su voto que a los ruegos, y persuasiones de la india desvergonçada, advirtiendo (como dice el Espíritu Santo) que el que así es engañado, y vencido de una muger, es como el buei, u novillo, que es llevado a la carnicería para ser muerto, u como el páxaro, que viendo el grano de trigo, puesto en el laço, se abalança a él con la codicia de comerle, no advirtiendo, que le cogen la garganta en el hilo, y que con él le ahogan".[10]

Pero aún contrariando testimonio tan concluyente estamos seguros que la india de la hamaca, y otras más, sin duda, debe haberse salido con la suya. Hay un testimonio bastante concreto que nos permite afirmar que no sólo fue Guerrero el que se mezcló con las indias, sino que también lo hizo Aguilar —que no pudo imaginar ninguna versión contradictoria—, y de quien la crónica indígena de Chac-Xulub-Chen afirma de manera terminante: "De este modo, nuestra tierra fue descubierta, a saber,

[10] TORQUEMADA, *Monarquía indiana,* Lib. IV, Cap. X, t. I, pág. 371.

por Jerónimo de Aguilar, quien, a saber, tuvo por suegro a Ah Naum Ah Pot, en Cozumel, en 1517 años".[11]

La franca y desenfadada conducta de Gonzalo Guerrero y la solapada de Aguilar que prefiere afectar castidad, están plenamente justificadas no sólo por las circunstancias, sino también por las indias mismas. Y no nos cabe duda con respecto de esto último, ya que el obispo Landa, contrariando los juicios de Torquemada sobre la mujer y sus riesgos inevitables, nos ha dejado de las indias yucatecas una información apologética de primer orden. A su juicio, las mujeres de Yucatán eran de mejor disposición que las españolas, y las que eran hermosas —cosa frecuente— se preciaban de serlo. Y aunque no eran blancas, conjeturaba Landa que su color bazo era causado más que por su natural, por el sol y el continuo bañarse, costumbre acerca de la cual agrega que se bañaban "...muy a menudo con agua fría, como los hombres, y no lo hacían con sobrada honestidad porque acaecía desnudarse en cueros en el pozo donde iban por agua para ello. Acostumbraban, además, bañarse con agua caliente y fuego, y de éste poco, y más por causa de salud que por limpieza". Algunos párrafos más adelante dirá, escuetamente, que se lavaban como armiños.[12] Eran mujeres de dientes agudos, como dientes de sierra, que aguzaban de exprofeso; usaban zarcillos e incrustaban una piedra ámbar en el tabique nasal. Se labraban el cuerpo de la cintura para arriba, con excepción de los pechos, y se adornaban con pinturas olorosas, con que quedaban muy galanas y perfumadas. Eran cuidadosas en el peinado de sus cabellos, tanto o más que las españolas, los que trenzaban con curiosidad y dedicación. El vestido de la generalidad parece no haber sido excesivamente honesto, a juicio del Obispo. "Las indias de la costa y de las provincias de Bacalar y Campeche son muy honestas en su traje, porque allende de la cobertura que traían de la mitad para abajo, se cubrían los pechos atándoselos por debajo de los sobacos con una manta doblada; todas las demás no traían de vestidura más que un como saco largo y ancho, abierto por ambas partes y metidas en él

[11] *Crónica de Chac-Xulub-Chen*, pág. 203. Por lo menos Aguilar no compartió las consideraciones de Torquemada acerca de los riesgos infernales de las mujeres, ya que se casó en México y murió, según cuenta Bernal (*Historia verdadera*, etc., Cap. CCV, t. III, pág. 228), de mal de bubas.

[12] Landa, *Relación de las cosas de Yucatán*, Cap. XXXI, pág. 133.

ısta los cuadriles donde se los apretaban con el mismo anchor no tenían más vestidura salvo que la manta con que siempre ıermen, (manta) que, cuando iban en camino, usaban llevar ıbierta, doblada o enrollada, y así andaban".[13] Por su parte edro Mártir, que algo supo del vestido de las mujeres yucate-.s, escribe que "...las mujeres van vestidas desde la cintura ısta los talones, y con diferentes velos se cubren la cabeza y s pechos, y cuidan pudorosamente de que no se les vean los es o las canillas".[14]

A juicio de Landa eran buenos, y en su tiempo los viejos ioraban los años en que sus indias no habían conocido a los pañoles. Entonces acostumbraban a volver las espaldas a los ombres, "...cuando los topaban en alguna parte, y hacerles gar para que pasasen, y lo mismo cuando les daban de be-r..." El solo hecho de mirar a los hombres y reírseles bas-ba para "...hacer cualquiera fealdad, y sin más entremeses s hacían ruines". La enseñanza y educación —como veremos ıtre los aztecas— era severa y con abundancia de palos y de mienta. Eran mujeres celosas, "...y algunas tanto, que po-an las manos en quien tienen celos, y tan coléricas y enojadas ınque harto mansas, que algunas solían dar vuelta de pelo a s maridos con hacerlo ellos pocas veces",[15] condición poco iz en una sociedad donde el régimen poligámico sólo depen-ı de las posibilidades económicas. Eran, además, mujeres de-osas de muchos hijos, fecundas y "...tempranas en parir y andes criadoras, por dos razones: la una, porque la bebida las mañanas que beben caliente, cría mucha leche y el conti-ıo moler del maíz y no traer los pechos apretados les hace nerlos muy grandes, de donde les viene tener mucha leche". ta posibilidad que comenta el obispo explica el hecho de que tas mujeres criaran y dieran el pecho a los corzos, con lo cual s criaban tan mansos y domésticos que jamás se iban al monte.

[13] Landa, *Relación*, etc., Cap. XXXI, pág. 134.

[14] Pedro Mártir, *Décadas*, etc., Doc. IV, Lib. I, Cap. único, g. 308. Las *Cartas de Relación*, pág. 9, dicen: "...y las mujeres y la gente común traen unas mantas muy pintadas desde la cintura sta los pies y otras que les cubren las tetas, y todo lo demás traen scubierto; y las mujeres principales andan vestidas de unas muy lgadas camisas de algodón muy grandes, labradas y hechas a ma-ra de roquetes...". Herrera, (*Historia*, etc., Doc. IV, Lib. X, Cap. , t. VI, pág. 109) sigue estrechamente a Landa en su descripción las cosas yucatecas.

[15] Landa, *Historia*, etc., Cap. XXXII, pág. 136.

Landa concluía su elogio diciendo que "Son avisadas y cortes y conversables, con quien uno se entiende, y a maravilla bi partidas. Tienen pocos secretos y son tan limpias en sus pers nas y en sus cosas, por cuanto se lavan como los armiños" Por su parte Gómara, hombre que sabía comprimir textos, e i cluso apretarlos de manera deliciosa, parece resumir todas est consideraciones bastante analíticas de Landa diciendo muy si plemente que "Las mujeres son grandes hilanderas y buen hembras".[17]

Después de este primer momento el mestizaje se despla junto con la expedición de Cortés hacia la Nueva España, cuyos litorales se habían detenido las expediciones de Herná dez de Córdoba y Grijalba. El contacto establecido por estas d armadas, y particularmente por la primera de ellas, fue belico y poco prolongado, casi de paso. Cortés, en cambio, manifies desde el primer momento su ambición y deseo de poblar, oc pando definitivamente la tierra que tan excelentes muestr daba de sí. Su tarea se vio facilitada por diversas circunsta cias, pero de modo especial por la hábil política que llevó c los pueblos indígenas y las rápidas alianzas que logró establec con las naciones sometidas a los aztecas, que vieron en el af tunado conquistador una posibilidad de escapar al dominio los señores de Anáhuac, a la vez que de desquitar viejos agr vios. Las mujeres indígenas fueron, en estos casos, la confirm ción de estas alianzas, la ratificación que buscaron los indios que los españoles aceptaron de buena gana, sin mayores co promisos de conducta.

Aun cuando Grijalva ya había recibido en San Juan Ulúa el obsequio de una india, tan bien vestida que a juicio c cronista ". . . de brocado no podría estar más rica",[18] recién c Cortés, que busca empeñosamente a Moctezuma —enemigo

[16] LANDA, *Relación*, etc., Cap. XXXII, pág. 136-137.

[17] GÓMARA, *Hispania victrix*, etc., pág. 285.

[18] *Itinerario de la armada del rey católico*, etc., pág. 34. FE NÁNDEZ DE OVIEDO, *Hist. general*, Lib. XVII, Cap. XV, t. III, p 293; GÓMARA, *Hispania victrix*, etc., pág. 299; PEDRO MÁRTIR, *Dé das*, etc., Doc. IV, Lib. IV, Cap. II, pág. 320. Grijalba, según indi Gómara en el lugar recién citado, y Oviedo (*Historia*, etc. Lib.. X cap. VIII, t. V, pág. 66) trajo también la noticia de la existencia una isla poblada de amazonas. Oviedo, que se entretiene haciendo crítica de esta noticia y un poco de filología griega, acaba tratan de ignorantes a los exploradores. (P. MÁRTIR, *Décadas*, etc., Doc. I Lib. IV, Cap. I, pág. 318).

eñor de muchos— esta generosidad, bien interesada de los in-ios, tomará importancia como un decisivo elemento de mes-zaje.

La primera donación de mujeres que recibió Cortés en 'abasco fue especialmente afortunada. Luego de la ruda ba-illa que le dieron los indios en ese pueblo y en la cual hasta articipó el apóstol Santiago, según aseveraciones que no com-artía Bernal, los caciques entregaron a Cortés veinte indias es-avas, y entre ellas a la famosa y aún discutida doña Marina.[19] ste personaje de excepción, de importancia fundamental como ntérprete de los españoles, comenzó también por ser un notorio lemento de mestización al amancebarse con Cortés y tener de él no de sus varios hijos mestizos. Hasta la fecha, muy pocos ucesos de la conquista de México han hecho derramar tanta nta como la novela romántica de esta india, en cuya biografía arece no haber faltado ningún elemento del melodrama.

Las veinte indias esclavas, que fueron enviadas por los ca-ques para que molieran el pan en el cuartel de los españoles,[20] ueron repartidas por Cortés entre los capitanes, a cada cual la uya, "...y a esta doña Marina, como era de buen parecer y en-remetida y desenvuelta, dio a Alonso Hernández Puerto Carre-o, que ya he dicho otra vez que era muy buen caballero, primo el conde de Medellín, y después que fue a Castilla Puerto Ca-rero estuvo la doña Marina con Cortés, y hubo en ella un hijo ue se dijo don Martín Cortés".[21] Fray Bartolomé de Olmedo autizó a estas indias, que luego de cristianas sirvieron para go más que para la molienda del maíz.[22] Buena falta tenía de

[19] *Relación de Andrés de Tapia,* págs. 53-54; BERNAL DÍAZ, *listoria,* etc., Cap. XXXVI, t. I, pág. 152 y sigs. La primera Carta e Relación nada dice acerca de este donativo. Hemos dicho discutida 1 el texto porque aun ahora la persona y actitud de Marina al cola-orar con los conquistadores españoles es objeto de viva polémica y e no escaso desprecio en muchos autores mexicanos. Entre estos últi-os citamos a FERNANDO BENÍTEZ, *La ruta de Hernán Cortés,* pág. 9 y sigs. Sin deseos de considerar este problema queremos indicar, mplemente, que el malinchismo de que se lamenta tan amargamente te autor, no constituye ninguna peculiaridad mexicana, ni siquiera nericana. Para el siglo XVI, en América, padecía malinchismo todo idio que comenzaba por aceptar una cuenta de vidrio veneciana.

[20] *Relación de Andrés de Tapia,* pág. 53.

[21] BERNAL DÍAZ, *Historia,* etc., Cap. XXXVI, pág. 153.

[22] GÓMARA *(Hispania victrix,* etc., pág. 310) se muestra bastante xplícito respecto de la necesidad y justificación de estas indias: "...y

mujeres aquel ejército de más de 500 hombres, por lo que n nos parece aventurado pensar que los soldados deben habérsela procurado por sus propios medios, sin aguardar obsequios de ca ciques, que por otra parte eran repartidos entre capitanes y ca balleros. La expedición había partido sin mujeres castellana las que, según parece, y en pequeño número recién se le agrega ron con los aportes de Narváez. Cinco de estas mujeres fuero muertas por los indios de Tustepeque, cuando ocurrió el de sastre de la Noche Triste.[23]

Los donativos se repetirán en Cempoala, donde Cortés ma niobra con los aztecas con habilidad consumada. Luego de he chas las paces, de haber aprisionado a los recaudadores de Mo tezuma, los caciques "...dijeron a Cortés que pues éramos y sus amigos, que nos quieren tener por hermanos, que será bie que tomásemos de sus hijas y parientes para hacer generación y que para que más fijas sean las amistades trajeron ocho india todas hijas de caciques, y dieron a Cortés una de aquellas cac cas, y era sobrina del mismo cacique gordo; y otra dieron Alonso Hernández Puerto Carrero, y era hija de otro gran cac que que se decía Cuesco en su lengua; y traíanlas vestidas todas ocho con ricas camisas de la tierra y bien ataviadas a s usanza, y cada una de ellas un collar de oro al cuello, y en la orejas zarcillos de oro; y venían acompañadas de otras india para servirse de ellas". Cortés antes de aceptar el obsequi maniobró un poco procurando obtener mediante razones bie dogmáticas que los indios derrocaran sus dioses y acabaran co los sacrificios humanos. "...y que como él vea aquellas cosa malísimas en el suelo y que no sacrifican, que luego tendrán co nosotros muy más fija la hermandad, y que aquellas mujere que se volverán cristianas primero que las recibamos, y qu también habían de ser limpios de sodomías, porque tenían mu

le trujeron pan, gallipavos, frutas y cosas así de bastimento para e real, y hasta cuatrocientos pesos de oro en joyuelas, y ciertas piedra turquesas de poco valor, y hasta veinte mujeres de sus esclavas par que les cociesen pan y guisasen de comer al ejército; con las cuale pensaban hacerle gran servicio, como los veían sin mujeres, y porqu cada día es menester moler y cocer el pan de maíz, en que se ocupa ban mucho tiempo las mujeres".

[23] Bernal Díaz, *Historia*, etc., t. II, págs. 93, 97, 173 y 313 En la misma ciudad de México, cuando se produjo la sangrienta reti rada, sólo había una mujer castellana, llamada María de Estrada, qu salvó. Antes de la huída de Cortés de la ciudad, debió haber en tie rras de la Nueva España más de siete mujeres españolas.

chachos vestidos en hábitos de mujeres que andaban a ganar en aquel maldito oficio. . ." Pero después de toda esta prolija prédica Cortés les derrocó violentamente los ídolos, con grave escándalo y temor de los indios, instaló un altar y se dijo misa y se bautizaron las ocho indias. A Cortés, naturalmente, le correspondió la sobrina del más importante cacique, el que los españoles llamaban el cacique gordo, que aunque importante en jerarquía social, y señora de vasallos, era la más fea de todas, o simplemente muy fea. De su nombre cristiano se llamó Catalina. ". . .aquélla dieron a Cortés por la mano, y él la recibió con buen semblante. A la hija de Cuesco, que era un gran cacique, se puso nombre doña Francisca; ésta era muy hermosa para ser india, y la dio Cortés a Alonso Hernández Puerto Carrero; las otras seis ya no se me acuerda el nombre de todas, mas sé que Cortés las repartió entre soldados".[24]

Lo mismo ocurrió más adelante, cuando Cortés derrotó a los tlaxcaltecas, y éstos buscaron una alianza definitiva con el vencedor. Las mujeres serán también aquí el instrumento con que se ratificará la amistad entre los hombres que se disponen a iniciar su lucha contra los aztecas. Los indios, vencidos ya con toda evidencia, procuraron apurar aquel mestizaje relacionándose con el conquistador.[25]

Bernal nos ha dejado una buena imagen del agasajo de aquellos caciques, empeñados en confirmar la amistad y convertirse en suegros de aquellos seres invencibles, una imagen claudicante si la comparamos con la furiosa entereza de los mexicanos dispuestos a luchar hasta sucumbir. "Y parece ser tenían concertado entre todos los caciques de darnos sus hijas y sobrinas, las más hermosas que tenían, que fuesen doncellas por casar; y dijo el viejo Xicotenga: 'Malinche: porque más claramente conozcáis el bien que os queremos y deseamos en todo contentaros, nosotros os queremos dar nuestras hijas para que sean vuestras mujeres y hagáis generación, porque queremos teneros

---

[24] BERNAL DÍAZ, *Historia*, etc., Cap. LI y LII, t. I, págs. 201 y 206. GÓMARA (*Hispania victrix*, etc., pág. 319), por su parte dice que Cortés ". . .recibió el don con mucho contentamiento, por no enojar al dador". Las *Cartas de Relación* guardan silencio acerca de este asunto.

[25] Según BERNAL DÍAZ (*Historia*, etc., Cap. LXVII, t. I, pág. 254) los caciques, luego de su derrota resolvieron darles mujeres a los vencedores, visto que traían algunas, ". . .para que de su generación tengamos parientes. . .".

por hermanos, pues sois tan buenos y esforzados. Yo tengo una hija muy hermosa, y no ha sido casada, quiérola para vos'. Y asimismo Maseescaci y todos los más caciques dijeron que traerían sus hijas, y que las recibiésemos por mujeres; y dijeron otras muchas palabras y ofrecimientos, y en todo el día no se quitaban, así Maseescaci como Xicotenga, de cabe Cortés; y como era ciego de viejo Xicotenga, con la mano tentaba a Cortés en la cabeza y en las barbas y rostro y se las traía por todo el cuerpo". Los caciques se dieron prisa en llevar a los españoles sus hijas, cinco indias "... hermosas doncellas y mozas, y para ser indias eran de buen parecer y bien ataviadas, y traían para cada india otra india moza para su servicio..." Incluso urgieron a los espanoles para que las recibieran y las llevaran al tálamo, mostrándose extrañados de que no lo hicieran en seguida. Pero Cortés maniobraba como de costumbre, procurando sacar partido de la situación, y aprovechó la circunstancia para que el padre de la Merced les hiciera un conceptuoso sermón, y obtener de los indios, sin la violencia de Cempoala, que en uno de los templos se levantara un altar cristiano. Allí, luego de oficiarse misa, se bautizaron las indias y Cortés las entregó a sus capitanes. A la hija de Xicotenga, que recibió el nombre de doña Luisa, la entregó a Pedro de Alvarado; la hija o sobrina de Maseescaci, que recibió el nombre de doña Elvira, y que era muy hermosa, cree recordar Bernal que la dio a Juan Velázquez de León, hombre bravoso que murió en las calzadas de México. Las otras dio a Sandoval, Olid y Alonso de Ávila. La más notable de estas indias parece haber sido doña Luisa, a quien buena parte de Tlaxcala reconocía como su señora y daba presentes, y en la cual Alvarado tuvo dos hijos, don Pedro y doña Leonor.[26] Resulta interesante señalar que Gómara interpreta este hecho de la donación de mujeres al vencedor de manera mucho más amplia, y tal vez más justa, aunque su texto carece de la riqueza de detalles que consigna ese viejo chismoso y florido que era Bernal. "...y muchos les dieron sus hijas en señal de verdadera amistad, y porque naciesen hombres esforzados de tan valientes varones, y les quedase casta para la guerra; o quizá se las daban por ser su costumbre o por complacellos".[27]

Así como los cronistas de las Antillas y Las Casas muy par-

[26] BERNAL DÍAZ, *Historia*, etc., Cap. LXXVI y LXXVII, t. I, págs. 281 y sigs.

[27] GÓMARA, *Hispania victrix*, etc., pág. 333.

icularmente por engrandecer a sus indios, hablan de cacicas, aquí los cronistas de la Nueva España hablan de "señoras", de "princesas", de hijas de reyes y de emperadores, y cuando conocen la historia de las grandes naciones mexicanas, mencionan padres y abuelos, como denuncia de grandeza y de limpieza de sangre. Es que por primera vez se hallan ante una aristocracia gobernante como la azteca, que aunque elegía a su mandatario supremo —el *Tlatoani*— lo hacía entre los hombres de sangre benemérita. Y así mismo ocurría en Tezcuco, en Tlaxcala, en Cempoala. Se hallaban ahora ante una sociedad con nobles y macehuales o pecheros, con ricos y pobres, con hombres libres y con esclavos, con guerreros y comerciantes, con honestas señoras de su casa y también con prostitutas que se ofrecían por algunas almendras de cacao. La sociedad humana que comienzan a someter está más estratificada que todas las que hasta el momento habían conocido, más matizada y rica, con un concepto definido de la riqueza, de los honores —casi siempre militares—, y de la jerarquía. Por eso, hasta tanto dura la paz, obtenida por las buenas, o después de las luchas iniciales, derivando hacia verdaderas alianzas, los españoles hacen honor a padres y tíos recibiendo los capitanes y caballeros las hijas y las sobrinas de los caciques. Aunque las doncellas fueran feas, o muy feas, para satisfacción de los donantes habían de recibirlas. Luego, cuando caiga México, veremos que es Cortés quien da el visto bueno a los matrimonios de los españoles con las mujeres de la vieja sangre de Anáhuac. Entre tanto no llegaba la verdadera guerra, los soldados debieron conformarse con las naborías cubanas y las indias de servicio que deban las parcialidades amigas para el constante trabajo de moler el maíz y preparar las tortillas.

Nobles o macehuales, las de la Nueva España eran mujeres educadas, como las mayas que describió Landa, en una disciplina severa y una total y absoluta obediencia a padres, hermanos y maridos. Desde el nacimiento ya les estaba marcado este futuro de humildad y de obediencia, que no parece haber superado el círculo doméstico ni trascendido a otros órdenes de la vida. El tono general de su vida, cualquiera fuera la jerarquía social, parece estar caracterizado por el respeto y la obediencia al hombre, que ocupa toda la escena hasta la piedra del sacrificio. Entre las noticias riquísimas proporcionadas por las crónicas mexicanas de la conquista no se destaca ninguna figura

femenina, cortesana ni palaciana como la de Anacaona, por ejemplo, compositora de areitos y amiga de españoles, ni ninguna corte como la suya, llena de ninfas graciosas y de desnudeces. Toda la impresión que produce lo mexicano es de severidad y de obligación hacia los hombres y los dioses, de un destino ascético y heroico, presidido por los grandes templos. Por contraste, sin embargo, el color dominaba en las mantas y en los huipiles, en las plumerías y en los ramilletes de flores a que hombre y mujeres eran tan afectos.

Las muchachas —como los varones—, luego de completar el ciclo de la educación familiar, ingresaban a escuelas anexas los templos, el *Calmecac*, donde con gran severidad se completaba su educación tanto en materia religiosa como en lo concerniente a sus obligaciones domésticas. Llevaban allí, hasta el momento del matrimonio, o edad de casa, una vida de reclusión y de austeridad, de la cual los españoles, con su malicia de soldados, sospecharon grandemente, conversando, según Gómara "...que aún donde hay puertas, saltan los hombres las paredes". Este mismo historiador, compendio y síntesis de otras fuentes, a la vez que escritor conciso, rebosante de malicia, de gracia y de burla que da la sensación de perderse por la fortuna de una frase o de un retruécano, comenta de estas doncellas: "...comían en comunidad, y dormían juntas en una sala, como monjas, o por mejor hablar, como ovejas; no se desnudaban, dicen por honestidad, y por levantarse más presto a servir los dioses y a trabajar; aunque no sé qué se habían de desnudar las que andaban casi en carnes; bailaban las fiestas ante los dioses según el día. La que hablaba o se reía con algún hombre seglar o religioso era reprehendida, y la que pecaba con alguno mataban, juntamente con el hombre; tenían que se les habían de podrir las carnes a las que perdían allí su virginidad, y por el miedo del castigo e infamia eran buenas mujeres estando allí..."[28]

---

[28] GÓMARA, *Hispania victrix*, etc., pág. 438. SAHAGÚN, *Historia general*, etc., Lib. VI, Cap. XXXIX, t. I, págs. 635-637. En *Éstas son las leyes que tenían los indios de la Nueva España, Anáhuac o México*, pág. 282, enumera los siguientes castigos para los pecados de lujuria: "Ahorcaban al que se echaba con su madre por fuerza; y si ella era consentidora de ello, también la ahorcaban a ella, y era cosa muy detestable. Ahorcaban a los hermanos que se echaban con sus hermanas. Ahorcaban a los que se echaban con su entenada, y a ella también, si había consentido. Tenía pena de muerte el que pecaba con

Y aunque las llamasen pluma rica, muy amada doncella, piedra preciosa, cosa muy estimada, desde temprano, desde el mismo momento de su nacimiento se le venía diciendo que habitaba un mundo de penas y de dolores, que en él estaba para sufrir y llorar.[29] La ternura de los apelativos, del trato de los discursos o afectos que nos ha conservado Sahagún, contrastan vivamente con la vida dramática, penosa y austera que prometen y anuncian, y que Gómara ha sintetizado con todo vigor en las palabras que se dirigen al varón recién nacido: "¡Oh criatura! ¡Ah chiquito! Venido eres al mundo a padecer; sufre, padece y calla".[30]

Podemos imaginar el aire de aquellas señoras mexicanas al andar por las calles de aquella ciudad, la primera gran ciudad americana que hallaron los conquistadores españoles. Lo que no podemos suponer es si la curiosidad habrá vencido la gravedad del mesurado empaque de aquellas doncellas al encontrarse con los españoles que andaban fisgoneando por las calles, purgando los secretos de aquel milagro que se parecía a los encantamientos del Amadís. "Mira hija que en el andar has de ser honesta: no andes con apresuramiento ni con demasiado espacio, porque es señal de pompa andar despacio, y el andar

---

su suegra. Apedreaban a las que habían cometido adulterio a sus maridos, juntamente que con el que con ella había pecado. A ninguna mujer ni hombre castigaban por este pecado de adulterio, si sólo el marido della acusaba, sino que había de haber testigos y confesión de los malhechores; y si estos malhechores eran principales, ahogábanlos en la cárcel. Tenía pena de muerte el que mataba a su mujer por sospecha o indicio, y aunque la tomase con otro, sino que los jueces lo había de castigar. En algunas partes castigaban al que se echaba con su mujer después que le oviese fecho traición. Por la ley no tenía pena el que se echaba con la manceba de otro, exceto si había ya mucho tiempo que el otro la tenía, y por haber mucho que estaban juntos eran entre sus vecinos tenidos por casados. Ahorcaban al puto o somético y al varón que tomaban en hábito de mujer. Mataban al médico o hechicero que daba bebedizos para echar la criatura la mujer preñada, y asimismo a la que lo tal tomaba para este efecto. Desterraban y tomaban los vestidos y dábanle otros castigos recios a los papás que tomaban con alguna mujer; y si había pecado contra natura los quemaban vivos en algunas partes, y en otras los ahogaban o los mataban de otra manera".

[29] SAHAGÚN, *Historia General*, etc., Lib. VI, Cap. XVIII y XIX, t. I, págs. 531 y sigs.; Cap. XXX, pág. 599-600; Cap. XXXIII, pág. 607.

[30] GÓMARA, *Hispania Victrix*, pág. 437; SAHAGÚN, *Historia general*, etc., Lib. VI, Cap. XXXII, t. I, pág. 606.

de prisa, tiene resabio de desasosiego y poco asiento. Andando llevarás un medio, que ni andes muy de prisa ni muy despacio, y cuando fuere necesario andar de prisa hacedlo así, por eso tienes discreción. Pero cuando fuere menester saltar algún charco, saltarás honestamente, de manera que ni parezcas pesada, torpe ni liviana. Cuando fueres por la calle, o por el camino no lleves inclinada la cabeza, o encorvado el cuerpo, ni tampoco vayas muy levantada la cabeza; porque es señal de mala crianza; irás derecha y la cabeza poco inclinada. No lleves la boca cubierta, o la cara con vergüenza; no vayas mirando a manera de cegatona, ni hagas con los pies meneos de fantasía; por el camino anda con sosiego, y con honestidad por la calle. Lo otro que debes notar hija mía es, que cuando fueres por la calle no vayas mirando acá, acuyá, ni volviendo la cabeza a mirar a una parte ni a otra, ni irás mirando al cielo, ni tampoco irás mirando la tierra. A los que encontrares no los mires con ojos de persona enojada, ni hagas semblante de persona incomodada, sino que mira a todos con cara serena; haciendo esto no darás a nadie ocasión de enojarse contra ti".[31]

El adorno y el vestido de las mujeres parece haber sido menos ostentoso y rico que el de los hombres que llegaban a ciertas dignidades y grados militares. Sus rostros, por lo pronto, y para mejor fortuna de los conquistadores, escaparon si no al uso de orejeras y zarcillos a veces de buen tamaño, al uso de las narigueras y bezotes que para el concepto estético de los occidentales resultaban extraños y afeantes.

Pedro Mártir, que tuvo oportunidad de ver indios mexicanos en Madrid nos dejó una opinión horrorosa de aquellos rostros cuajados de adornos y mostrando los dientes constantemente. La Primera Carta de Relación caracteriza a los indios desde Cozumel hasta Veracruz diciendo que "...es una gente de mediana estatura, de cuerpos y gestos bien proporcionados, excepto que en cada provincia se diferencian ellos mismos los gestos, unos horadándose las orejas y poniéndose en ellas muy grandes y feas cosas, y otros horadándose las ternillas de las narices hasta la boca, y poniéndose en ellas unas ruedas de piedras muy grandes que parecen espejos, y otros se horadan los besos de la parte de abajo hasta los dientes, y cuelgan dellos

[31] SAHAGÚN, *Historia general*, etc., Lib. VI, Cap. XIX, t. I, pág. 539-540.

unas grandes ruedas de piedras o de oro, tan pesadas, que les traen los besos caídos y parecen muy diformes . . ."[32]

Por lo que hace al vestido de las indias de la Nueva España bueno es desvirtuar, en primer término, el infundio de Gómara que de manera indirecta está afirmando su desnudez al negar la posibilidad de desnudarse. Nada de eso. Las mujeres aztecas, y en general todas las de la Nueva España, iban más vestidas que los hombres, y si bien es cierto que no ocultaban su cuerpo con tanta ropa como las españolas, tenían un atuendo que no podía ofender la pudibundez de aquellos conquistadores, en su mayor parte veteranos en las lides de las Antillas y Tierra Firme. El huipil o vestidura sin mangas o de media manga cubría el torso femenino, a la manera de una camisa corta. Una manta ceñida a la cintura, y larga hasta media pierna o hasta los tobillos, hacía las veces de una pollera. Estas ropas, sencillas o muy adornadas de labores, se complementaban con una manta, que a juicio de algunos cronistas les daba apariencia de moriscas.

Gómara, con ojos de europeo que tal vez ni siquiera alcanzó a ver ningún indio en España; con la incomprensión del individuo aferrado a su propia cultura, nos ha dejado, a través de informaciones directas de los actores de la conquista, este resumen colorido y bien contrastado: "Son las mujeres del color y gesto que sus maridos. Van descalzas, traen camisas de medias mangas, lo al descubierto anda. Crían largo el cabello, hácenlo negro con tierra por gentileza y porque les mate los piojos. Las casadas se lo rodean a la cabeza con ñudo a la frente; las vírgines y por casar lo traen suelto y echado atrás y adelante. Pélanse y úntanse todas, para no tener pelo sino en la cabeza y cejas; y así, tienen por hermosura tener chica frente y llena de cabello, y no tener colodrillo. Casan de diez años, y son lujuriosísimas. Paren presto y mucho. Presumen de grandes y largas tetas; y así, dan leche a sus hijos por las espaldas. Entre otras cosas con que se adoban el rostro, es leche de las pepitas de tesonzapotl o mamei, aunque más lo hacen por no ser picadas de mosquitos, que huyen de aquella leche amarga. Cúranse unas a otras con yerbas, no sin hechicerías; y así abortan muchas de secreto. Las parteras hacen que las criaturas no tengan colodrillo, y las madres las tienen echadas en cunas de tal suerte que

---

32 CORTÉS, *Cartas de relación,* pág. 9. BERNAL DÍAZ, *Historia,* etc., Cap. XLI, t. I, pág. 171-172.

no les crezca, porque se precian sin él. En lo demás, recias cabezas tienen, a causa de ir destocadas. Lávanse mucho, y entran en baños fríos en saliendo de baños calientes, que parece dañoso. Son trabajadoras, de miedo, y obedientes. No bailan en público, aunque escancian y acompañan a sus maridos en las danzas, si no se lo manda el Rey. Hilan teniendo el copo en una mano y el huso en la otra. Tuecen al revés que acá, estando el uso en una escudilla. No tiene hueca el huso, mas hilan apriesa y no mal".[33]

Por lo que hace a las costumbres matrimoniales de la Nueva España, podemos decir que imperaba la poligamia en los estratos señoriales, estado que reconocía, sin embargo, la existencia de una mujer legítima, por cuya línea se encauzaba la herencia.[34] La gente de pueblo se conformaba, de acuerdo con sus posibilidades económicas, con una sola mujer. Gómara afirma que Moctezuma tenía en su palacio más de mil mujeres, "...y algunos afirman que tres mil entre señoras y criadas y esclavas; de las señoras, hijas de señores, que eran muy muchas, tomaba para sí Moctezuma las que bien le parescía; las otras daba por mujeres a sus criados y a otros caballeros y señores; y así, dicen que hubo vez que tuvo ciento y cincuenta preñadas a un tiempo..."[35]

Como ya dijimos, hasta el momento en que los españoles están pacíficamente en México, los únicos beneficiados con los donativos de indias fueron los capitanes y los jefes, ya que casi siempre se trata de hijas de caciques y señores. Pero es evidente que la expedición debió traer algunas indias naborías de Cuba y que a partir de Tlaxcala, donde no parece que ocurrieron mayores abusos en esta materia, debido a la vigilancia de Cortés y al deseo de no enojar a los aliados, las cosas debieron cambiar de manera notable luego de la llamada traición de Cholula, ciudad que debió soportar una de las más crueles represiones y escarmientos que recuerda la historia de la conquista de América. En esta oportunidad es lógico pensar lo que debió ocurrir, ya sea por parte de los soldados españoles como de sus aliados

---

[33] GÓMARA, *Hispania Victrix,* etc., pág. 440.

[34] POMAR, *Relación de Tezcoco,* pág. 24; ALONSO DE ZURITA, *Breve y sumaria relación,* etc., pág. 74; *Relación de la genealogía y linaje de los Señores,* etc., pág. 251; *Origen de los mexicanos,* pág. 267; La consideración de las instituciones vinculadas al matrimonio escapan a nuestro propósito.

[35] GÓMARA, *Hispania Victrix,* etc., pág. 344.

ndígenas, que hallaban oportunidad de desquitar muy viejos gravios. Aquí los soldados no debieron conformarse con recibir sino que debieron apañar y despojar. La conducta ulterior, a en marcha hacia los dominios de Moctezuma, el ir y venir ngañoso de los mensajeros, debió ser nuevamente de respeto de contención, por lo menos hasta donde los jefes lograban mponer su autoridad y vigilancia, o si se quiere, de acuerdo con l grado de aceptación de las indias. En Guasucingo, en Ameameca y Culuacán, el conquistador fue nuevamente obsequiado on indias esclavas.[36]

Una vez en México y alojados en el corazón de la ciudad, n tanto que duró esa extraña y peculiar amistad entre los espaıoles y el acobardado Moctezuma, debió reinar en este aspecto na cierta libertad y existir entre españoles e indias, un contacto leno de curiosidad y de aventura que tal vez no se repitió poseriormente sin agravio. En este primer contacto pacífico con la iudad, aun cuando proceloso, Moctezuma proveyó convenienemente el cuartel de los españoles, no sólo de provisiones, sino ambién de indias de servicio. Resulta curioso señalar que Corés en sus Cartas guarda una prudente reserva acerca de estas ircunstancias, en tanto que Bernal expresa las cosas con mayor aturalidad y claridad. Así, mientras Cortés escribe "...fuimos nuy bien proveídos de muchas gallinas y pan y frutas y otras osas necesarias, especialmente para el servicio del aposento",[37] Bernal dice que "...había mandado Montezuma a sus mayoromos que a nuestro modo y usanza de todo estuviésemos proeídos, que es maíz y piedras e indias para hacer pan, y gallinas fruta y mucha hierba para los caballos".[38]

En esos días de paz y de sosiego, de asombro para los espaoles que recorren la ciudad, que admiran la grandeza de los emplos, la riqueza de los aposentos de Moctezuma, la amplitud e los mercados y de las plazas, esos días de ociosidad debieron olverlos a la consideración de las mujeres que el poderoso peronaje les había dado para su servicio. Los capitanes, siempre

---

36 Cortés, *Cartas de relación*, págs. 22, 23 y 24.

37 Cortés, *Cartas de relación*, pág. 26.

38 Bernal Díaz, *Historia*, etc., Cap. LXXXIX, t. I, pág. 338. Oviedo llega incluso a una mayor franqueza expresiva, ya que posilemente utilizando las Cartas de Cortés como fuente de información, educe la verdad de la vaga expresión del conquistador, escribiendo ue los españoles fueron provistos de "...mugeres de serviçio, como e cama..." (*Historia*, etc., Lib. XXXIII, Cap. XLV, t. X, pág. 50).

más afortunados, fueron favorecidos con el obsequio y donati de algunas señoras de importancia. Cortés mismo recibió a una hija de Moctezuma, que según Bernal éste le dio para q se casara con ella, en términos indígenas, naturalmente. Cort "...le quitó la gorra por la merced, y dijo que era gran merce la que le hacía, mas que era casado y tenía mujer, y que entr nosotros no podemos tener más de una mujer, y que él la te dría en aquel grado que hija de tan gran señor merece, y q primero quiere se vuelva cristiana, como son otras señoras, hija de señores".[39]

Moctezuma, aunque en prisiones, era aún el dador de lo bienes, y bien lo supo Bernal que se preparó el terreno saludán dolo ostentosamente con su gorra de armas cuando hacía gua dia. "Como en aquel tiempo yo era mancebo, y siempre qu estaba en su guarda o pasaba delante de él con muy gran acat le quitaba mi bonete de armas, y aun le había dicho el paje O tega que vine dos veces a descubrir esta Nueva España primer que Cortés, y yo le había hablado a Orteguilla que le quer demandar a Montezuma que me hiciese merced de una indi muy hermosa, y como lo supo Montezuma me mandó llama y me dijo: 'Bernal Díaz del Castillo, hánme dicho que tené *motolinea* de ropa y oro, y os mandaré dar hoy una buena moza tratadla muy bien, que es hija de hombre principal; y tambié os darán oro, y mantas'. Yo le respondí, con mucho acato, qu le besaba las manos por tan gran merced, y que Dios Nuestr señor le prosperase. Y parece ser preguntó al paje que qué ha bía respondido, y le declaró la respuesta; y diz que le dijo Mon tezuma: 'De noble condición parece Bernal Díaz', porque a to dos nos sabía los nombres como dicho tengo. Y me mandó da tres tejuelos de oro y dos cargas de mantas". Párrafos má adelante dirá Bernal: "Y entonces alcanzamos a saber que la muchas mujeres que tenía por amigas casaba de ellas con su capitanes o personas principales muy privados, y aun de ella dio a nuestros soldados, y la que me dio a mí era una señor

---

[39] Bernal Díaz, *Historia,* etc., Cap. CVII, t. I, pág. 418. Cor tés en sus *Cartas,* pág. 26, dice que Moctezuma le había dado un hija suya y otras hijas de señoras a algunos de su compañía. Esta in dia le fue quitada por los indios en Tacuba, cuando se inició la su blevación de la ciudad (Bernal Díaz, *Historia,* etc., Cap. CXXV t. II, pág. 74).

e ellas, y bien se pareció en ella, que se dijo doña Fran-
sca. . ."[40]

Fuera de la ciudad de México, y lejos de la mirada de Cor-
s, Alonso de Grado, enviado a hacerse cargo de la Villa Rica,
cigía de los pueblos de paz que se le entregaran oro e indias
ermosas descuidando los trabajos de la fortaleza.[41]

Este trato pacífico, este regalar indias y recibirlas, la mez-
a de sangre que se realizaba de manera oficializada, cesó brus-
mente con la Noche Triste, antes, cuando Alvarado acuchilló
toda la juventud mexicana mientras danzaba en homenaje a
ichilobos y Tezcatipuca. A partir de ese momento cambió ra-
calmente el aspecto de la empresa, no sólo por la circunstancia
el triunfo de los aztecas, sino también porque los españoles,
inque contaban con los aliados tlaxcaltecas, debían ahora,
ego de la retirada, procurarse ventajas y comodidades con ha-
gos y hasta con el pago. Este cambio profundo de la econo-
ía del ejército conquistador, unido a la nueva situación bélica,
plica suficientemente la satisfacción de Bernal Díaz cuando
cuerda lo útil que le resultó salvar del desastre varias piedras
alchivis, que entre los indios aliados le sirvieron para curar
s heridas y procurarse de comer.[42] En los primeros momentos
ie siguieron a la retirada de México el ejército de Cortés, redu-
do considerablemente y muy debilitado, no vivió de la depre-
ición ni de la ayuda de la población indígena, sino de lo que
lquirían de los tlaxcaltecas, y aún así llenos de temores y des-
nfianzas, con respecto de la fidelidad de sus aliados. "E así
limos este día, que fue domingo a 8 de julio, de toda la tierra
e Culúa, y llegamos a tierra de la dicha provincia de Tascal-
cal, a un pueblo della que se dice Gualipan, de hasta tres o
atro mil vecinos, donde de los naturales dél fuimos muy bien
cibidos, y reparados en algo de la gran hambre y cansancio
e traíamos, aunque muchas de las provisiones que nos daban
an por nuestros dineros, y aunque no querían otro sino de oro,
éramos forzado dárselo por la mucha necesidad en que nos
amos".[43]

En cuanto Cortés, con un ánimo a toda prueba, se repone
la derrota, recibe algunos refuerzos e inicia la lucha contra

40 Bernal Díaz, *Historia*, etc., Cap. XCVII, t. I, pág. 384-385.
41 Bernal Díaz, *Historia*, etc., Cap. XCVI, t. I, pág. 379.
42 Bernal Díaz, *Historia*, etc., Cap. CXXVIII, t. II, pág. 88.
43 Cortés, *Cartas*, etc., pág. 46.

los pueblos aztecas y los aliados de los señores de Anáhua introduce en estas guerras una innovación fundamental: la clavitud de los prisioneros. El hecho se inició con respecto los indios de Tepeaa, en los cuales Cortés ensayó la nueva gu rra: "En cierta parte desta provincia, que es donde matar aquellos diez españoles, porque los naturales de allí siempre tuvieron muy de guerra y muy rebeldes, y por fuerza de arm se tomaron, hice ciertos esclavos, de que se dio el quinto a l oficiales de vuestra majestad; porque, demás de haber muer a los dichos españoles y rebeládose contra el servicio de vuest alteza, comen todos carne humana, por cuya notoriedad no e vío a vuestra majestad probanza dello. Y también me movió facer los dichos esclavos por poner algún espanto a los de C lúa, y porque también hay tanta gente, que si no ficiese gran y cruel castigo en ellos, nunca se enmendarían jamás".[44]

Este hecho debió modificar sustancialmente el ritmo y cu so que hasta entonces había llevado el mestizaje, desde ya es mulado por el conflicto mismo. Ahora, cada uno de los puebl que se resisten al conquistador, que no aceptan uno, ni dos, tres requerimientos, son guerreados implacablemente, a mane de escarmiento. Lo que se les promete a los soldados y a l indios amigos son los esclavos, y puestos en este tren, la car paña previa al sitio de la gran ciudad se torna, ya que no ri en oro, bastante lucrativa. Los tlaxcaltecas y los otros aliad buscaban y lograban en estas lides esclavos —situación legal q las culturas indígenas reconocían— y aun víctimas para los s crificios. También para los españoles los esclavos llegaron constituir el más apetitoso de los despojos. Pero esta avidez d bió saciarse rápidamente, ya que los soldados vivían en difíc y constante campaña militar y no podían cargarse con un exc sivo número de personas de servicio, a manera de patrici romanos. Por ello pronto, tal vez desde el principio, comenz ron a elegir sus presas, que acabaron siendo, casi exclusivame te, mujeres y muchachos, vale decir los elementos de mej precio y mayor demanda. "Pues seguida la victoria allegáron muchas indias y muchachos que se tomaron por los campos casas, que hombres no curábamos de ellos, que los tlaxcalte los llevaban por esclavos".[45] Resulta obvio manifestar que bu

---

[44] Cortés, *Cartas*, etc., pág. 47.

[45] Bernal Díaz, *Historia*, etc., Cap. CXXX, t. II, pág. 11 Más adelante agrega Bernal (Cap. CXXXV, t. II, pág. 131) "...q

caron las mujeres más bellas y atractivas, valor universal y por sobre todos los sistemas monetarios. Bernal es bien claro al respecto cuando repite con insistencia que en el pueblo de Tepuztlán, en el de Cuernavaca, Pueblo Morisco, Tecomayate y Teapan se tomaron indias mozas y hermosas, o simplemente buenas indias. Las indias son la preocupación de aquellos guerreros que por momentos parecen piratas fenicios arrebatando mujeres en las playas griegas.[46]

"Y nuestros soldados hasta romperles en huida no curaban de dar cuchillada a ningún indio, porque les parecía crueldad; en lo que más se empleaban era en buscar una buena india o haber algún despojo, y lo que comunmente hacían era reñir a los amigos porque eran tan crueles y por quitarles algunos indios o indias porque no las matasen".[47]

Casi de inmediato se produjo la especulación y la tramoya por parte de Cortés y de los oficiales reales, que de un modo u otro se arreglaron para despojar a los soldados de las piezas mejores y más codiciadas. El primer reparto de esclavas se hizo en Tepeaca, sin satisfacción de los soldados, ya que de todas las presas se procedió primero a sacar el quinto real, luego el quinto para Cortés, y se escamotearon las indias más hermosas, de modo que cuando llegó el momento de repartir entre los soldados, éstos sólo recibieron las viejas y ruines. La protesta parece haber sido tan vigorosa que Cortés prometió que en el próximo reparto las indias, lindas o feas, jóvenes o viejas se venderían en almoneda. Bernal recordaba muy bien estos hechos y aún le duraba el rencor cuando escribía su *Historia*. "Como hubo llegado Gonzalo de Sandoval con su ejército a Tezcuco, con gran presa de esclavas y otros muchos que se habían habido en las entradas pasadas, fue acordado que luego se herrasen, y después que se hubo pregonado que se llevasen a herrar a una casa señalada, todos los más soldados llevamos las piezas que habíamos habido para echar el hierro de Su Majestad, que era una G que quiere decir "guerra", según y de la manera que lo teníamos de antes concertado con Cortés, según he dicho en el capítulo que de ello habla, y creyendo que se nos habían de vol-

---

hombres de edad no curábamos de ellos, que eran malos de guardar y no habíamos menester su servicio teniendo a nuestros amigos los tlaxcaltecas".

46 Bernal Díaz, *Historia*, etc., Cap. CXLIV, págs. 198 y 200; Cap. CXL, pág. 163, Cap. CLXVI, pág. 408.

47 Bernal Díaz, *Historia*, Cap. CXLII, t. II, pág. 184.

ver después de pagado el real quinto y que las apreciarían cuánto podían valer cada una pieza; y no fue así, porque si en lo de Tepeaca se hizo muy malamente, según otra vez dicho tengo, muy peor se hizo en esto de Tezcuco, que después que sacaban el real quinto, era otro quinto para Cortés, y otras partes para los capitanes, y en la noche antes, cuando las tenían juntas, nos desaparecían las mejores indias. Pues como Cortés nos había dicho y prometido que las buenas piezas se habían de vender en la almoneda por lo que valiesen, y las que no fuesen tales por menos precio, tampoco hubo buen concierto en ello, porque los oficiales del rey que tenían cargo de ellas hacían lo que querían, por manera que si mal se hizo una vez, esta vez peor. Y desde allí adelante muchos soldados que tomamos algunas buenas indias, porque no nos las tomasen como las pasadas, las escondíamos y no las llevábamos a herrar, y decíamos que se habían huido; y si era privado de Cortés, secretamente las llevaban de noche a herrar, y las apreciaban lo que valían, y les echaban el hierro, y pagaban el quinto; y otras muchas se quedaban en nuestros aposentos, y decíamos que eran *naborías* que habían venido de paz de los pueblos comarcanos y de Tlaxcala. También quiero decir que como había ya dos o tres meses pasados, que algunas de las esclavas que estaban en nuestra compañía y en todo el real conocían a los soldados, cuál era bueno, cuál malo, y trataban bien a las indias y *naborías* que tenían, o cuál las trataba mal, y tenían fama de caballeros o de otra manera, cuando las vendían en almoneda, si las sacaban algunos soldados que a las tales indias o indios no les contentaban o las habían tratado mal, o de presto se les desaparecían y nos las veían más, y preguntar por ellas era como quien dice buscar a Mahoma en Granada, o escribir a mi hijo el bachiller en Salamanca; y, en fin, todo se quedaba por deuda en los libros del rey, así lo de las almonedas y los quintos, y al dar las partes del oro, se consumió, que ninguno o muy pocos soldados llevaron partes, porque ya lo debían, y aun mucho más, que después cobraron los oficiales del rey".[48]

En definitiva, que mientras los tlaxcaltecas apañaban víctimas y esclavos los españoles organizaron un mercado de escla-

---

[48] Bernal Díaz, *Historia*, etc., Cap. CXLIII, t. II, pág. 186-187. Otros textos similares en págs. 131-132 y 218-219 del mismo tomo. Silvio Zavala se ha ocupado de este asunto en *Las Instituciones jurídicas en la conquista de América*, págs. 240 y sgs.

as, seleccionadas en la abundancia y con las cuales debieron mancebarse. El sistema, naturalmente, prosiguió sin variantes lurante el sitio de la ciudad de México, con la diferencia, tal ez, de un mayor rencor y justificado encono de parte de los ztecas.

Las esclavas, como bien expresa Bernal, por mucho que se as marcara en el rostro y por mucho que se las vigilara y cuilara, si el español no las satisfacía en su trato, tenían siempre nodos de huirse, de buscar otro amo o de perderse en la tierra; reguntar por ellas, entonces, era lo mismo que escribir al hijo achiller en Salamanca o preguntar por Mahoma en Granada. o que demuestra, en última instancia que la mujer indígena —cuando la conquista estaba en vías de hecho— a pesar de la iolencia y de la apresurada selección hecha por el conquistador, e reservaba siempre la posibilidad de hacer, también ella, su elección.

Un texto contenido en el libro XII de Sahagún nos indica on claridad que al producirse la caída de la ciudad azteca, las nujeres procuraron escapar de los españoles afeándose y haiéndose viejas. "Y ellos cogieron, eligieron las mujeres bonias, las de color moreno claro. Y algunas mujeres cuando eran tacadas se untaban el rostro de barro y envolvían las caderas on un sarape viejo destrozado, se ponían un trapo viejo como amisa sobre el busto, se vestían con meros trapos viejos".[49] ahagún, fuente casi indígena para el conocimiento de la Conuista, coincide en su tono y lamento —particularmente en este ibro XII— con los otros textos de esa misma procedencia, que o sólo documentan el temor que ocasiona la llegada del conuistador, sino también la muerte de las viejas culturas, del rden, el único que ellas, bien integradas, podían tener; docunentan la llegada del agua bautismal, de la encomienda, del ributo y de los perros. Y coincide también con Las Casas, para uien este mestizaje no fue lo que puede parecer a través de as páginas de las crónicas españolas.

Durante el sitio de la ciudad de México los soldados siuieron apañando mujeres. La lucha, que en torno de la ciudad uró casi dos meses, adquirió aquí una violencia, un encono y na crueldad inimaginable, especialmente de parte de los indios

---

[49] SAHAGÚN, *Historia,* etc., Lib. XII, Cap. XL, t. IV, pág. 220. n este texto seguimos la versión de Seler del Libro XII, en la ediión de Robredo.

aliados a los españoles. El pequeño número de españoles, que también haría su parte, se encontró de pronto sorprendido e impotente para contener la crueldad de sus numerosísimos aliados que sacrificaban a los prisioneros ante sus ojos. Por lo menos así lo confiesa Cortés en sus Cartas. "...y andaban con nosotros nuestros amigos a espada y rodela, y era tanta la mortandad que en ellos se hizo por la mar y por la tierra, que aquel día se mataron y prendieron más de cuarenta mil almas; y era tanta la grita y lloro de los niños y mujeres, que no había persona a quien no quebrantase el corazón, e ya nosotros teníamos más que hacer en estorbar a nuestros amigos que no matasen ni hiciesen tanta crueldad, que no en pelear con los indios; la cual crueldad nunca en generación tan recia se vio, ni tan fuera de toda orden de naturaleza, como en los naturales destas partes. Nuestros amigos hubieron este día muy gran despojo, el cual en ninguna manera les podíamos resistir, porque nosotros éramos obra de novecientos españoles, y ellos más de ciento y cincuenta mil hombres, y ningún recaudo ni diligencia bastaba para los estorbar que no robasen, aunque de nuestra parte se hacía todo lo posible.[50]

Pero a pesar de esta carnicería hecha por los amigos, los españoles siguieron seleccionando indias y amancebándose con ellas. Por eso, cuando cayó México, Cuauhtémoc y sus principales pidieron a Cortés que se les devolvieran las mujeres e hijas que se les había tomado durante la lucha. "...Cortés les respondió que serían malas de haber de poder de quien las tenía, y que las buscasen y trajesen ante él, y vería si eran cristianas o se querían volver a sus casas con sus padres y maridos, y que luego se las mandaría dar; y dióles licencia para que las buscasen en todos tres reales, y dio un mandamiento para que el soldado que las tuviese luego se las diesen, si las indias se querían volver de buena voluntad. Y andaban muchos principales en busca de ellas de casa en casa, y eran tan solícitos que las hallaron, y había muchas mujeres que no se querían ir con sus padres, ni madres, ni maridos, sino estarse con los soldados con quienes estaban, y otras se escondían y otras decían que no querían volver a idolatrar; y aun algunas de ellas estaban ya

[50] CORTÉS, *Cartas*, etc., pág. 88. Otros textos similares en págs. 84 y 89 (donde dice que sacrificaron y mataron en un solo día más de 15,000 ánimas), y pág. 85, donde queda bien claro que las víctimas eran comidas: "...y así nos volvimos a nuestro real con harta presa y manjar para nuestros amigos".

eñadas, y de esta manera no llevaron sino tres, que Cortés presamente mandó que las diesen".[51] De un modo o de otro mujer comenzaba a abandonar su grupo, sumándose al del nquistador, engendrando sus hijos, cocinando los bollos de aíz. Los españoles, al terminar esta etapa decisiva de la lucha nían ya un numeroso e irregular hogar indiano. Cortés, hom- e discreto, tenía en sus aposentos de Coyoacán cuatro o cinco dias de estirpe y prosapia, además de doña Marina, a quien poco andar casará con Jaramillo, que según parece aceptó ntado por las riquezas de la india lenguaraz".[52] De todos odos los matrimonios entre españoles e indias son escasos y en contados; la forma más habitual ha sido el concubinato y nancebamiento que incluso se prolongaron a pesar de las unio- s legítimas con las mujeres blancas cuyo número aumentó rá- lamente en la Nueva España después de la toma de México.[53]

El rango de algunas mujeres indígenas puede explicar, si todos, por lo menos algunos de estos matrimonios. En cier- uniones no sólo debieron gravitar las condiciones personales las indias y su prosapia, sino también sus riquezas, como en caso de doña Marina, que cambia de señor en varias oportu- dades. Lo mismo ocurre, y en este caso tal vez por tratarse una de las indias de mayor abolengo, con doña Isabel, a de Moctezuma, mujer de Cuauhtémoc, que parece haber o manceba de Cortés.[54] Al enviudar de Cuauhtémoc casó con dro Gallego de Andrada,[55] y al enviudar por segunda vez ntrajo matrimonio con Juan Cano, hidalgo que por el año de

---

51 BERNAL DÍAZ, *Historia*, etc., Cap. CLVII, t. II, pág. 307.

52 BERNAL DÍAZ, *Historia*, etc., Cap. CCIV, t. III, pág. 200.

53 ROSEMBLAT, *La población*, etc., t. II, págs. 61-62. Este autor establecido una lista de matrimonios mixtos considerando los datos oporcionados por el *Diccionario autobiográfico de conquistadores de Nueva España* de Icaza, así como también una nómina de los con- istadores que tuvieron descendencia en mujeres de la tierra. PÉREZ BARRADAS (*Los mestizos*, etc., pág. 100) repite sin agregar nove- d alguna los datos de Rosemblat, en cuya obra los ha cosechado. NÍTEZ, *La ruta*, etc., pág. 104-105, se refiere a doña Marina. El o más exagerado y fecundo, que recuerda Bernal (*Historia*, etc. p. CCIV, t. III, pág. 228) es el de Álvarez o Álvaro, hombre de mar, que en obra de tres años tuvo en indias 30 hijos e hijas. La ta no figura en la edición de Bernal hecha por Ramírez Cabañas; hallamos, en cambio, en la edición de Rivadeneyra, pág. 305 y la Espasa Calpe, t. II, pág. 539.

54 BENÍTEZ, *La ruta*, etc., pág. 103.

55 ROSEMBLAT, *La población*, etc., t. II, pág. 60.

1544, y para más precisión, el 8 de septiembre, dialogó curi
samente con Oviedo en Santo Domingo. En este diálogo, qu
Oviedo procuró transcribir, destilando algún sutil veneno cont
Cortés, dice el hidalgo de su mujer: "...digo, señor, que yo m
casé con una hija legítima de Monteçuma, llamada doña Isabe
tal persona, que aunque se oviera criado en nuestra España n
estoviera más enseñada e bien dottrinada e cathólica, e de t
conversaçión e arte, que os satisfaría su manera e buena graçi
e no es poco útil e provechosa al sosiego e contentamiento d
los naturales de la tierra, porque como es señora en todas su
cosas e amiga de los chripstianos, por su respecto y exempl
más quietud e reposo se imprime en los ánimos de los mexica
nos".[56] El hidalgo se siente un poco el señor consorte de
Nueva España. Parece evidente, por otra parte, que Cortés au
torizaba e administraba estos matrimonios,[57] que de hecho ad
quirían importancia política. Por lo menos Bernal nos ha do
cumentado el disgusto de Rodrigo de Albornoz ante la negativ
de Cortés de entregarle la hija del señor de Tezcuco en matri
monio, mujer a la que casó con persona de calidad.[58]

A la caída de México el mestizaje, iniciado desde el prime
momento, prosiguió pujante y vigoroso, transformando hond
mente el mundo de conquistadores y conquistados. Ni la llegad
de mujeres blancas casaderas, ni las ya casadas que se reunía
con sus maridos pudo contener ese movimiento que dio sus fru
tos con rapidez.

Terminada la lucha, los conquistadores triunfantes y pa
ticularmente aquéllos que quedaban enriquecidos, se ofrecía
como buenos partidos para las mujeres casaderas que goberna
dores, virreyes y funcionarios traían a Indias. En Guatemala
sin embargo, aquellos conquistadores, veteranos de muchas ba
tallas, parecieron viejos podridos y achacosos a las jóvene
damiselas que había traído de España don Pedro de Alvarado

---

56 FERNÁNDEZ DE OVIEDO, *Historia*, etc., Lib. XXXIII, Ca
LIV, t. X, pág. 133. Cano en esta conversación insiste en que Mocte
zuma sólo tuvo dos hijos legítimos: doña Isabel, su mujer y Asupaca
cia, a quien Cuauhtémoc dio muerte para llegar al señorío.

57 ROSEMBLAT, *La población*, etc., t. II, pág. 62. Destaca est
autor además, la franqueza nobiliaria que hallaron en España los de
cendientes mestizos de Moctezuma.

58 BERNAL DÍAZ, HISTORIA, etc., Cap. CLXXII, t. III, pág. 1
La india en cuestión contrajo matrimonio con Juan de Cuéllar (Ro
SEMBLAT, *La población*, etc., t. II, pág. 60).

"Desta jornada bolvió casado a la Nueva España; llevó muchas mujeres nobles, para casarlas con los conquistadores que havían ayudado a ganar aquel Imperio, que estavan prósperos, con grandes repartimientos. Llegado a Huahutimallan, don Pedro de Alvarado fue bien recebido; hiziéronle por el pueblo muchas fiestas y regozijos, y en su casa muchas danças y bailes que duraron muchos días y noches. En una de ellas acaesçió, que, estando todos los conquistadores sentados en una gran sala mirando un sarao que havía, las damas miravan la fiesta desde una puerta que tomava la sala a la larga. Estavan detrás de una antepuerta, por la honestidad y por estar encubiertas. Una dellas dixo a las otras: 'Dizen que nos hemos de casar con estos conquistadores'. Dixo otra: '¿Con estos viejos podridos nos havíamos de casar? Cásese quien quisiere, que yo por cierto, no pienso casar con ninguno dellos. Dolos al Diablo; parece que escaparon del infierno, según están estropeados: unos cojos y otros mancos, otros sin orejas, otros con un ojo, otros con media cara, y el mejor librado la tiene cruzada una y dos y más vezes'. Dixo la primera: 'No hemos de casar con ellos por su gentileza, sino por heredar los indios que tienen, que, según están viejos y cansados, se han de morir presto, y entonces podremos escoger el moço que quisiéramos, el lugar del viejo, como suelen trocar una caldera vieja y rota por otra sana y nueva'. Un cavallero de aquellos viejos, que estava a una lado de puerta (en quien las damas por mirar a lexos, no havían puesto los ojos), oyó toda la plática, y, no pudiendo sufrirse a escuchar más, la atajó, vituperando a las señoras, con palabras afrentosas, sus buenos desseos. Y bolviéndose a los cavalleros, les contó lo que havía oído y les dixo: 'Casaos con aquellas damas, que muy buenos propósitos tienen de pagaros la cortesía que les hiziéredes'. Dicho esto se fue a su casa y embió a llamar un cura, y se casó con una india, mujer noble, en quien tenía dos hijos naturales; quiso legitimarlos para que heredassen sus indios, y no el que escogiesse la señora para que gozasse de lo que él havía trabajado, y tuviese a sus hijos por criados o esclavos". Y Garcilaso, que es el autor de estas líneas, y que sufrió precisamente las amargas consecuencias de que su padre casara con española y olvidara a la manceba indígena, su madre, prosigue refiriéndose ahora al Perú: "Algunos ha havido en el Perú que han hecho lo mismo, que han casado con indias, aunque pocos; los más han dado lugar al consejo de aquella

dama. Sus hijos dirán cuán acertado haya sido, pues desde los espitales en que viven veen gozar a los hijos ajenos de lo que sus padres ganaron y sus madres y parientes ayudaron a ganar".[59]

A la caída de México el mestizaje, iniciado desde el primer momento, prosiguió pujante y vigoroso, transformando hondamente el mundo de conquistadores y conquistados. Ni la llegada de mujeres blancas casaderas, ni de las ya casadas que se reunían con sus maridos pudo contener este movimiento que dio sus frutos con rapidez, creando nuevas estructuras sociales. Muy tempranamente los mestizos comenzaron a preocupar a las autoridades, que sospecharon pronto de su fidelidad al rey, de su moralidad y amor al trabajo.[60] Los excesos españoles en cuanto a la procreación liberal de hijos mestizos indujeron y alentaron a los caciques a muchos abusos, ya que según pretenden documentar papeles de la época, llegaron a tener hasta doscientas indias, dejando a sus vasallos sin mujeres. Lo peor es que argumentaban que "...también los españoles tenían muchas mujeres, y si les decíamos que las tenían para su servicio, decían que ellos también las tenían para lo mismo...".[61]

Numerosos son los memoriales, cartas de religiosos y disposiciones de virreyes y audiencias pidiendo y solicitando que se reuna en poblaciones a vagos y mestizos, que los casados se junten con sus mujeres o que se los expulse de la tierra; que españoles, negros y mestizos no vivan en pueblos de indios, solicitudes y propósitos que procuran poner orden y disciplina en esa sociedad que se constituía llena de vigor, de fuerza y también plena de injusticia y de atropello.[62] "V.M. es obligado a evitar que los españoles no pueblen de aquí adelante entre los indios, sino por sí apartados. La razón desto es porque estando

---

59 GARCILASO, *Historia general*, etc., Lib. II, Cap. I, t. I, pág. 113.

60 GONZÁLEZ GÓMEZ DE CERVANTES, *La vida económica y social*, etc., págs. 83-84.

61 MOTOLINIA, *Historia de los indios*, etc., pág. 142. Los caciques no debieron necesitar, sin embargo, mucha incitación ya que estaban acostumbrados a que los macehuales les dieran sus hijos "como fruta", según expresión que recogemos de JUSTO SIERRA (*Evolución política*, etc., pág. 96-97).

62 *Carta a S. M. del abdiencia, por el licenciado Alonso Maldonado*, etc., en *Colec. de Doc. Inéd.*, t. XXV, pág. 446; *Carta del padre Fray Jerónimo de Mendieta*, en *Cartas de religiosos de Nueva España*, pág. 113 y 111.

ntos se los van comiendo, así como los peces grandes a los
enudos cuando están todos dentro de un estanque, y así ni
dejan casa, ni tierra, ni planta que ponen, ni la hija, ni la
ujer, y sobre esto se han de servir dellos para todo cuanto
isieren hacer, sin echar el español mano a cosa de trabajo, y
sta manera su poco a poco los van consumiendo adonde
iera que están entre ellos".[63]

Para 1562, según dice Mendieta, había en México diez u
ce mil doncellas, que podemos suponer en buena parte mes-
as, y que para el fraile constituían ya una grave preocupación,
esto que "...cuasi todas no tienen con qué casar ni se sabe
mo podellas remediar; y sabe Dios lo que así doncellas como
sadas harán por no tener un pan que comer; y los varones
brán necesariamente de venir a robar y saltear públicamente
caminos".[64]

La mujer indígena aquí en la Nueva España como en todas
rtes de América había servido como elemento decisivo de
uerdo y de aproximación entre dos hombres y dos culturas
en distintas, unificación que se lograría a través del mestizo,
nuevo elemento humano, siempre en constante evolución di-
mica. El hombre indígena y su cultura parecen definitiva-
ente vencidos, como habiendo perdido toda posibilidad de diá-
go con el conquistador. La mujer, en cambio, no se asusta
te los nuevos dioses y sirve de intérprete. Así, por lo menos
afirma Gómez de Cervantes al decir: "Cuando algún indio
ne algún pleito, aunque el indio sea muy principal, hábil y
tendido, no parecerá ante la Justicia, sin llevar consigo a su
ujer, y ellas informan y hablan lo que en razón del pleito
nviene hablar, y los maridos se están muy encogidos y ca-
dos; y si la Justicia pregunta algo que quiere saber, el marido
sponde: 'Aquí está mi mujer que lo sabe'; y esto en tal ma-
ra, que aun me ha acaecido preguntar a un indio y a muchos,
ómo te llamas?' y antes que el marido responda, decirlo la
ujer; y así en todas las demás cosas; de manera que es gente
e está rendida a la voluntad de la mujer".[65]

---

63 *Carta del padre Fray Jerónimo de Mendieta al Rey don Feli-
II* (1560) en *Cartas de religiosos de la Nueva España*, etc., pág. 39.

64 *Carta del padre Fray Jerónimo de Mendieta*, en *Cartas de re-
iosos de Nueva España*, etc., pág. 26.

65 Gómez de Cervantes, *Vida económica y social*, etc., pág.
5.

En fin, la levadura humana, fecunda y voluptuosa, crue y veraz, iba haciendo su obra, una obra que la historia va pu liendo, olvidando, dejándola reducida a un puñado de concepto generales y algunas planillas estadísticas, olvidando el dolor, l alegría, el placer y los intereses.

EL "DIÁLOGO DE LA LENGUA"

OBSERVACIONES SOBRE EL LENGUAJE Y LA SOCIEDAD

Por *Juan J. FITZPATRICK*

Es en verdad curioso, aun cuando singulares circunstancias expliquen el caso satisfactoriamente, el hecho de que la rimera consideración dedicada al examen de nuestra lengua la aya emprendido originalmente su autor con el fin de instruir bre su personal empleo del idioma. Pues, tal como uno de s interlocutores del *Diálogo de la lengua* lo dice, en efecto, o se le exigía a Juan de Valdés sino exponer allí las "razones" or las cuales se sentía movido a escribir "de otra manera que s otros".

¡Otra manera de escribir!... Ya Castiglione, en *El cortemo*, había advertido que, imponiendo con rigor la imitación e determinadas autoridades literarias en materia de lenguaje, impedía a "maravillosos ingenios... hallar más de una buea manera de hablar en la lengua que a ellos les es propia y atural". Se trataba, pues, de un rasgo muy marcado de la senbilidad humanista: el de la originalidad o espontaneidad indidual, y que, por lo que tocaba a la lengua, llevaba a sostener mo guía del bien hablar y escribir más al *uso* que al *arte* de juélla. Así también respondía adecuadamente a dicha orientaón lingüística, quien, compenetrado íntimamente de las ideas preocupaciones de su tiempo, distinguía el "uso común de ablar" a partir de la "manera" con que se participaba en el ismo.

Sería erróneo, no obstante, suponer que con ello se aconseba ejercitar la lengua vulgar con libertad omnímoda o falta bsoluta de observancias. La parte que se le otorgaba al arbiio individual en la creación del lenguaje residía, no ya en un brarlo todo a la voluntad o capricho de cada cual, sino en un forzarse —y ese designio se destaca, sin duda, en la citada

frase de Castiglione— por elevar hasta los más altos niveles idioma común, lo cual, según es notorio, implicaba desde ya u conocimiento de sus leyes, de sus cualidades, de su índo propia.

Es ilustrativo, a este respecto, el modo con que Valdés r cusa la posición de Nebrija y la del autor del *Amadís de Gau* en los campos, respectivamente, del vocabulario y el estilo. el uno "no tuvo intento a poner todos los vocablos españole como fuera razón que hiciera, sino solamente aquellos para l quales hallava vocablos latinos o griegos que los declarassen el otro, en cambio, incurría en "frías afetaciones". Es dec que, tanto por extravagancias estilísticas como por una suer de admiración supersticiosa hacia el latín y el griego, se perve tía y hacía defectuosa la condición del romance castellano. N es de extrañar entonces que, al efecto de evitar esos extravíos, con el fin de "considerar la propiedad de la lengua castellana Valdés prefiriera servirse de refranes y dichos vulgares.

Mas sería igualmente errado que el autor del *Diálogo* volvía hacia ese conjunto folklórico con una actitud de éxtasi o bien, en forma semejante a como la espiritualidad románti y burguesa de siglos después había de respetar y venerar el fo do popular anónimo, el *Volkgeist,* colocándolo por encima d cualquier otra instancia en el orden de la creación espiritua El mismo Valdés disuade acerca de ello cuando afirma que acud a los refranes tan sólo para "mostrar por un otro exemplo" l que pretende "dezir", como las veces en que rechaza voces locuciones de los mismos a causa de percibir en ellas superv vencias de un estado cultural rezagado, arcaísmos deslizados la aldea desde círculos sociales desaparecidos o en vías de des parecer. Así es: antes de complacerse sin reservas y admira con los ojos en blanco ese depósito de materiales, no deja d advertir todo lo que yace ahí fosilizado, repitiendo con mayo o menor exactitud una etapa histórica anterior, y pese a distin guir, por otro lado, el tino y el acierto con que aquellas man festaciones culturales menores reflejaban "la puridad de la le gua".

Aún más aclararía la posición de Valdés ante el lenguaj y posición que, como no podía menos de ser un tiempo de pr fundos cambios, atendía sobre todo a las posibilidades expr sivas de un romance en estado de crecimiento, el prestarle alg na consideración a las dudas con que aquél recibía la opini

de que el vascuense fuera la primitiva lengua española. Pues, no obstante la demasía que comete en ese pasaje del *Diálogo*: la de adjudicarle al griego el mismo valor que el del latín en la constitución del español, procura, con todo, colocarse más allá de estrechos purismos, en mérito de merecerle mayor aprecio, en ese lugar, no ya los acontecimientos y circunstancias que conservaron aislado al vascuense sino aquellos otros capaces de "alterar y aun mudar las lenguas". O sea: la situación histórica presente del romance era el punto de partida para remontar su curso o desarrollo. El hecho constituido de una lengua que, lejos de ofrecer una simple pureza, reunía en sí una multitud de elementos, debía conducir hacia antecedentes donde se revelaran los acoplamientos operados en su conformación, en cambio de hacer arrancar el proceso de un lenguaje primitivo que, desde sus comienzos hasta la actualidad, se había mantenido cerrado y estático.

Ahora bien; no es sino ese propósito de acometer el estudio de un romance desde el plano inmediato de la experiencia viva, a partir de su existencia actual, el mismo que en un paso decisivo del *Diálogo* lleva a circunscribir dicho estudio a "la lengua que se usa en la corte". Es que, entre la variedad de entidades sociales presentadas por la realidad a la observación cotidiana, y donde se producía matizaciones de un mismo material idiomático, era la de la institución monárquica, precisamente, la que concretaba entonces la tensión cardinal del mundo histórico, convirtiéndose en eje de todo el cuerpo social. No por casualidad, en consecuencia, se destacaba ante la atención de Valdés el castellano predominante "entre gente de corte" ya que constituía la comunidad idiomática engarzada con el aparato institucional que, en aquel tiempo, propulsaba y dirigía el movimiento histórico. Así también, la incomparable eficiencia de una nueva estructura política garantizaba la tarea de perfeccionamiento y reglamentación a que se sometía esa lengua vulgar que había sobrevivido con significación escasa y hasta negativa en el fondo popular.

Pero si la perspectiva histórica conducía a percibir, de ese modo, el molde en que se acuñaría un idioma oficial, orientaba, asimismo, acerca de los principios según los cuales se organizaría, perfilaría y fijaría ese instrumento idiomático. Ello, por otra parte, se manifiesta con tanta vivacidad en el *Diálogo,* o se vinculan allí con nexo tan íntimo ambos aspectos

de una misma labor cultural, que es fácil reconocer el enlace que mantienen, en el pensamiento de Valdés sobre la lengua vulgar la técnica política que se afianzaba en aquella época y el *ethos* de un grupo social entonces en ascenso.

Aludo con esto a las acuciosas observaciones que se suceden con motivo de una intervención de Pacheco, el otro "natural de la lengua", en la brillante y amena plática. Inquiere aquél a Valdés si se atrevería a formular su regla de "scrivir como pronuncio" en la "cancellería de Valladolid", y responde el conterráneo que estima "la más rezia cosa del mundo dar reglas en cosa donde cada plebeyo y vulgar piensa que puede ser maestro", haciendo de inmediato la aclaración, en virtud de requerírsela el mismo interlocutor, de que llama plebeyos y vulgares "a todos los que son de baxo ingenio y poco juizio". Aun afirma, en respuesta a otra pregunta de Pacheco, que, en su "opinión", incluso los "altos de linage y ricos de renta... serán plebeyos si no son altos de ingenio y ricos de juizio", y termina aseverando, frente a las ironías con que Marcio se refiere a su "filosofía", que con ella sólo pretende "satisfazer a Garcilasso de la Vega, con otros dos cavalleros de la corte del emperador".

Es notable ver, a través de las citadas frases, cómo los peculiares principios de selección social introducidos por la monarquía, y cuya filiación netamente burguesa es incuestionable en cuenta de la ponderación que se hace en los mismos de las calidades y aptitudes individuales para contraponerlas intencionalmente a los privilegios de sangre y patrimonio —¡ingenio y juicio contra linaje y renta!— habían de servir también para reducir a sistema un lenguaje popular. Si a la organización política monárquica, en su lucha con los poderes feudales y a los fines de alcanzar un amplio desenvolvimiento, le correspondía buscar el apoyo del espíritu burgués de empresa, estimulándolo y protegiéndolo de varias maneras, en igual grado necesitaba contar, a efectos de favorecer la extensión uniforme de un solo idioma por todo el territorio en que se ejercía su dominio, con el concurso de quienes, por sus luces y facultades, fueran capaces de afinar y desarrollar las toscas lenguas locales. En tal forma, por lo tanto, la madurez y transformación del romance transcurría dentro de un proceso en el que se conjugaban la técnica del Estado monárquico y el ideal de vida de los grupos burgueses.

Se comprenderá ahora en todo su significado la circunstancia de que Valdés haya emprendido el análisis del castellano sobre la base de su personal uso del mismo. No era ello sino muy justificado en tiempos en que el desarrollo de la sociedad cortesana se cumplía en buena parte gracias a la iniciativa individual promovida en distintos sectores de la actividad humana, ya que los resultados de un tal esfuerzo, y particularmente en el lenguaje con la elaboración de un léxico *distinguido y selecto,* contribuían a establecer aquella sociedad diferenciándola de la del vulgo o inculta. Pues es ese, sin duda, el tipo de contraste social que sobreviene cuando predomina el criterio selectivo del rendimiento y de la capacidad sobre el de la sangre y el suelo. Aun cuando se pretendía, conforme era la aspiración de entonces, alcanzar un alto grado de humanidad fomentando el despliegue propio de cada individuo, la espontaneidad de los talentos naturales librados a sí mismos, y grado ese que debía obtenerse ya en la lengua vulgar elevándola desde el bajo nivel en que estaba sumida, todo ello, no obstante, en cuanto implicaba como supuesto una esmerada ilustración y formación, constituía así un bien inasequible para el grueso de la población, la cual, por consiguiente, había de descalificarse, pasando a ser —según la convicción de la época— semillero de errores, supersticiones, prejuicios...

Es en extremo sintomático, con referencia a lo que terminamos de señalar, el número de amonestaciones que Valdés acumula, en la sección del *Diálogo* concedida al lenguaje literario, contra el estilo de un género entonces muy popular: el de la novela caballeresca. El mismo lamenta haber empleado "los mejores" años de su vida "en leer estas mentiras" y tenido en aquel tiempo "el gusto estragado" hasta el punto de que, "si tomava en la mano un libro de los romançados en latín, que son de historiadores verdaderos, o a lo menos que son tenidos por tales, no podía acabar... de leerlos". Contiene esta apreciación la aguda advertencia de que la reacción desfavorable ante una determinada especie de literatura es previa a todo discernimiento sobre su calidad y objetivo, y originada en la no inteligencia de la misma, puesto que se carece de las condiciones de gusto, comprensión y sensibilidad que poseen, en cambio, personas y grupos pertenecientes al complejo social en que dicha literatura es producida y aceptada. Tanto más ello había de revelarse durante una época en que el

prototipo humano destinado a moldear culturalmente a los miembros del sector social dominante era el hombre empeñado en ampliar su horizonte espiritual mediante el camino de las humanidades.

Sería obvio reconocer, en la altura presente del proceso histórico, la pérdida de vigencia intelectual que ha pasado a sufrir un ideal de vida como aquel del humanismo, con las consecuencias que importaba respecto al lenguaje, cuando los nuestros no son ya tiempos regidos por *élites* cortesanas sino por extensas y voluminosas multitudes. Lo sorprendente, por eso, es que se persista en mantenerlo, si bien desvirtuado y simplificado, desde que llega a producir, en razón de aplicarse sobre circunstancias con las que no guarda correspondencia alguna, un efecto diametralmente opuesto en su sentido al original. El espíritu competitivo y emulador que, de un modo u otro, alienta en el fondo del humanismo, se avenía bien en el tránsito desde la Edad Media hasta la Edad Moderna, con las condiciones de las nacientes monarquías, mientras éstas, con el fin de crecer y expansionarse a todo lo ancho del planeta, propiciaban la labor de individualidades que, desligadas de trabas tradicionales, rectificaban y corregían resistencias del cuerpo social; pero mal puede avenirse hoy con las tendencias de masas que, no sólo por su número sino también por constituir sociedades en las cuales ya no restan por eliminar presiones o traumatismos del ambiente que coarten la irrupción de sus impulsos, lo convierten, de tal manera, en inadecuado y torpe, e incluso le imprimen una dirección devastadora. Por lo que atañe al lenguaje, el deterioro que padece el mismo librado a la espontaneidad de muchedumbres cabe apreciarlo, desde luego, observando la cantidad de idiotismos lunfardismos e incorrecciones de toda especie que, bajo tal orientación, pululan en el idioma. ¿Y no se logra así un resultado completamente distinto del que perseguía Valdés, cuando él, instando a escribir y hablar con "naturalidad", aspiraba a que el castellano obtuviera, por ese camino, los más altos rendimientos, en lugar de los menoscabos que le infligen las actuales masas?

Se estaría muy lejos de reparar ese mal, sin embargo, desconsiderando la participación que Valdés le atribuía al individuo en la creación del lenguaje para proponer, por reacción, algo así como un estricto ordenamiento de la lengua, cuya implantación y observancia recaería sobre unas determinadas autoridades. Esa

ompulsión, que ya fue ejercida en el siglo XVII mediante una
ıstitucionalización peculiar: la de las Academias fundadas por
ıs monarquías absolutas, constituiría apenas un freno pasajero,
escontando, por otro lado, los nuevos daños que acarrearía el
sfixiante desenvolvimiento de una organización semejante. En
fecto: a los perjuicios indicados, y que mitigaría muy poco un
aliativo como el referido, habría que añadir ahora todos los
ıconvenientes derivados de un órgano que concentra enormes
tribuciones.

En rigor de verdad, la mira debe estar puesta, como sostenía
'aldés, en dirección hacia los grados superiores del idioma, esti-
ıulando a que cada cual, en sus propias medidas personales, se
leve hasta alcanzar dichas alturas en el uso común de la lengua.
lo obstante, convendría poner bien en claro que ni aquellos ni-
eles ni, tampoco, los esfuerzos encaminados hacia los mismos,
an de conseguirse y realizarse ya bajo las condiciones selectivas
rigurosas de un régimen social con demandas de personalidades
efinadas y exquisitas, sino, por el contrario, bajo esas otras que,
esarrollando intensa, amplia y diversificadamente al ser huma-
o, en el sentido de posibilitar una existencia de efectiva pleni-
ıd, lo habilitan para hacer frente a cualesquiera circunstancias.
a causa de ese cambio se encuentra en el estado del proceso
istórico-social. Si, normalmente, la sociedad se estructura de
ıodo que las modificaciones impuestas a la misma por la reno-
ación de sus cuadros sólo tienen pequeñas consecuencias, y ello
n un grado que, por ejemplo, el impulso impreso a la sociedad
uropea del Renacimiento no ocasionó efectos catastróficos a
irtud del juego de equilibrios existente en ella —pues basta con-
derar la Europa de los siglos XV y XVI, con su compleja cons-
tución político-social, en la que instituciones y relaciones se tra-
an formando un espeso tejido casi inextricable sobre bases
ılturales comunes, para advertir que las perspectivas de actua-
ón histórica estaban reservadas a un núcleo de figuras pujantes
vigorosas—, con todo, empero, acaecen en determinadas cir-
ınstancias mutaciones de tal profundidad que, derribando com-
leta y definitivamente el edificio social, requieren, no ya impo-
er una que otra enmienda de matiz al viejo orden, sino efectuar
n reajuste total de las relaciones humanas. No son otras, indu-
ablemente, las acontecidas desde la iniciación del industrialis-
ıo, con sus resultados de arrancar a las gentes de lazos tradi-
onales y abandonarlas, inermes, a las alternativas históricas, e

incluso de desarraigar al viejo campesino del terruño para lanzarlo al azar de los caminos. Por eso mismo, un viraje tan radical invita, apremiante, a intentar una transformación igualmente radical del ser humano con vista a las situaciones sociales circundantes, explotando para ello los recursos que le presta al hombre su rica plasticidad.

Con no menor exigencia, a su vez, el propio ascenso con el que se benefician las masas a causa de las mudanzas señaladas, ya que el disfrute de bienes por parte de dilatadas capas de población en los países industrialmente más desarrollados, la eliminación de barreras de clase y una intensificación cada día mayor de la movilidad social son, todos ellos, factores que han hecho accesibles el poder público a densas muchedumbres, tal ascenso o participación en el gobierno social, decimos, por la conciencia de responsabilidad que demanda poseer, conduce a sus beneficiarios a hacerse cargo de su propia función y destino en la sociedad. Por lo tanto, a más de los cambios sobrevenidos, el mismo relieve político y la poderosa eficacia histórica que tales cambios les han otorgado a las multitudes actuales exigen de éstas desenvolver esa vida plena a que las compele un tiempo de ritmo acelerado.

¿Y cómo no distinguir las bonificaciones que recibiría el lenguaje con sólo activar las potencialidades inherentes a la sociedad de masas? Los vicios y las bastardías con que hablan y escriben los integrantes de esas colectividades no hay que achacarlos, como algunos lo hacen, a condiciones intrínsecas de la sociedad masiva, pues el origen de tan graves estragos radica, según lo destacamos ya, en llevar a la práctica de la realidad social contemporánea unos principios que, respondiendo en rigor a la experiencia de una época muy distinta de la nuestra, obran para producir, en razón del desajuste, un ruinoso asolamiento. No se trata entonces de que las masas, por sí mismas, se opongan o conspiren contra un empleo idóneo del lenguaje, aun cuando sea el caso de que, por aquella perturbación o embarazo, acusen en su ejercicio desvíos y corrupciones. Mas si se repara en que cabe contrarrestar sus tendencias negativas y operar en ellas una conversión hacia actitudes valiosas, creadoras, utilizando los innúmeros dispositivos técnicos que hoy día se poseen —desde los rigurosamente económicos y administrativos, hasta aquellos otros de influjo más sutil sobre el público, como los del cine, la radio y la televisión—, sabrán valorarse asimismo los medios mate

iles a que puede acudir en la actualidad el idioma para intro-
icir en su uso toda la variedad, riqueza, armonía y jerarquiza-
ón de cuya falta adolece tanto. No se restituirá el lenguaje a
ı ejercicio condigno, pues, con una vuelta a procedimientos
mpulsivos y autoritarios, desde que el éxito de la empresa sería
ínimo, sino sacando a las masas de sus desapegos mediante la
rrecta aplicación de las técnicas actuales.

¿Y no fue ese, al cabo, el camino seguido por Valdés en
propósito de superar el estado en que se hallaba el romance
stellano? El mérito imperecedero de la contribución valde-
ına consiste en haber sabido dar a la libre creación del lenguaje
indispensable base social y los ineludibles elementos técnicos
n que ha de contar en cualquier circunstancia.

EL PERÚ Y LA INDEPENDENCIA AMERICANA

Por *Rosa ARCINIEGA*

POR haberse realizado en las circunstancias especiales que son de todos conocidas —aparente desgano de la ciudadanía, retraso horario o temporal, ayuda y concurrencia de libertadores forasteros, etc.— la Independencia del Perú ha tenido, dentro de la historia del continente americano, eso que en términos generales se denomina "mala prensa". Por lo que se refiere a aquella gesta, se le reprocha a este país haber dado muestras de "sumisión congénita" a los poderes coloniales constituidos; indiferencia o apatía colectiva ante el hecho de la liberación que se había producido en otras partes; falta de "temple para la lucha" como el que patentizaban los demás países hermanos; carencia también de héroes o caudillos propios; una especie de recóndito interés de que el Perú continuase siendo "el centro de la dominación española" (orgullo del virreinato); un desapego acentuado hacia las nuevas formas republicanas... Etcétera. Reproches —ya recogidos y refutados en parte por Raúl Porras Barrenechea en su *José Faustino Sánchez Carrión*— según los cuales parecería que el Perú fue impelido o arrastrado al sacudimiento de las cadenas metropolitanas "desde fuera", contra su manifiesta voluntad, sin la íntima adhesión de sus hijos a la causa libertadora, y lo que es peor aún: sin antecedentes históricos favorables a esa causa y hasta sin predecesores o precursores que hubieran instado e incitado al pueblo, con su ejemplo, a la suspirada redención.

¡Es uno de los más grandes errores de perspectivismo histórico —al que no somos por completo ajenos los mismos peruanos—, y que sin duda quedará rectificado andando el tiempo, cuando se estudie la historia americana, en sus respectivos "sectores regionales", con el acopio de datos y antecedentes lejanos de que aún no se dispone! Hasta ahora, y mal que nos pese, no se ha hecho más que rozar la epidermis de esa historia

—o de esas historias regionales—, resbalar sobre la superficie más superficial y externa de los acontecimientos, sin zahondar en su entraña.

Algo de esto es lo que apuntaba ya Porras Barrenechea al afirmar que, "terminada la guerra de la emancipación, a la que el Perú prestó el mayor contingente humano y el estoico sufrimiento de sus pueblos para soportar los padecimientos y estragos materiales de la contienda, sostenida con sangre y sudor peruanos, a nuestro país no le tocaron en el reparto del triunfo las ventajas políticas ni las económicas, y aún vio oscurecidas las de su gloria". Decía también que "escrita (esa historia) desde fuera —principalmente por argentinos, colombianos y chilenos—, en la embriaguez de los caudillos regionales y en la exaltación de las figuras próceres se exageró la acción individual, mientras la acción peruana sufrió olvido, cuando no mutilación o desmedro interesado...; se olvidó, sobre todo, al pueblo de la Emancipación, que era en su gran mayoría, en la campaña final, pueblo del Perú, en guerra civil de largos años".

¡En guerra civil de largos años! Aquí está la clave del enigma. Porque el Perú ha sido un país de guerra civiles. Nació ya bajo el signo de ellas.

Pero en esto, quien vio claro —¡con aquellas claridades que de cuando en cuando alumbran el caótico paisaje de su enorme labor histórica— fue Vicuña Mackenna al escribir: "En ningún país de Sudamérica se encarnó más hondo el espíritu de rebeldía *desde los primeros días de la conquista* que en el Perú".

Esa es, en efecto, la realidad y la verdad. En ningún país de Sudamérica se había producido la serie de "rebeliones indígenas" contra el dominio español que tuvieron por escenario el territorio del Perú durante el propio siglo XVI, es decir: a raíz de la conquista. En ningún país de Sudamérica se produjeron alzamientos de ese tipo, durante el siglo XVIII, como los de Juan Santos Atahualpa, Antonio Cabo, Miguel Surichac, Francisco Inca, y el más sonado de todos: el de José Gabriel Condorcanqui o Túpac Amaru, que puso en alborotada conmoción a todo el territorio del Tahuantisuyo y que dejaría, como saldo, aquella ininterrumpida secuela de rebeliones menores que concluyeron en 1783 con el vencimiento de Felipe Velasco Túpac Inca Yupanqui. Pero sobre todo —y aquí radica lo asombroso

y lo que parece querer olvidarse con delectación estudiada—, en ningún país de Sudamérica se registró un acto de independentismo tan claro y neto, un hecho de carácter secesionista que resulta una verdadera antelación de la Independencia, como el acaecido en el Perú con la rebelión de Gonzalo Pizarro, apenas concluida la conquista. Hecho que sería seguido de inmediato por los alzamientos de Hernández Girón y Lope de Aguirre.

A ellos se refería implícitamente Vicuña Mackenna al estampar la frase transcrita más atrás. El historiador chileno tenía, sin duda, en su mente estas tres famosas sublevaciones del Perú, en tanto que otros cultores de la historia —incluso dentro del Perú— las han desdeñado u olvidado, para centrar únicamente sus comentarios y relatos en los alzamientos indígenas, especialmente en el de Túpac Amaru. Pero el verdadero antecedente, el auténtico movimiento precursor de la gesta emancipadora final está allí, en aquellas grandes rebeliones de "los españoles del Perú" contra Carlos V y Felipe II, registradas en pleno siglo XVI. Y todo aquel que las estudie con atención e interés comprenderá cuánta razón le asistía a Vicuña Mackenna al estampar aquella su exacta afirmación y cuán equivocados son, en cambio, los enjuiciamientos que aún se le hacen al Perú respecto de su "escasa contribución" al movimiento insurgente americano. Antes que en el resto de las posesiones españolas de América hubiera surgido siquiera la idea emancipadora —y sin contar hoy las posteriores de los indígenas en el siglo XVIII—, el Perú había ensayado ya tres dolorosas y audaces experiencias que se parecen, como una gota de agua a otra gota de agua y en sus lineamientos generales, a la que al fin otorgó la libertad a nuestros pueblos.

En las páginas que subsiguen, y con la extremada concisión que me impone la limitación de espacio, trataré de señalar algunas de esas sorprendentes coincidencias, utilizando la documentación que hube de estudiar morosa y atentamente para escribir mis biografías de Gonzalo Pizarro y Lope de Aguirre, e indirectamente el alzamiento de Girón.

Sabido es que la primera rebelión del Perú, la capitaneada por Gonzalo Pizarro, tuvo por causa inicial la promulgación de las "Ordenanzas" o "Nuevas Leyes" de Barcelona, dictadas por Carlos V en 1542. Dichas leyes equivalían en la práctica a la supresión de la Encomienda en el Nuevo Mundo, vale decir, a la supresión del "premio" que habían recibido los viejos con-

uistadores; y estaban enderezadas principalmente a México y l Perú. Por considerarlas allí impracticables, en México nunca ntraron en vigencia. Y lo mismo habría ocurrido en el Perú el encargado de aplicarlas hubiera sido otro que el Virrey —el primer Virrey— Blasco Núñez Vela, hombre de tozudez, ntemperancia y altanería insoportables. Núñez Vela fue per-onal y directamente el causante del esperado desastre en que aró la pretendida aplicación de las "Ordenanzas" o "Nuevas eyes".

Con sus actuaciones "absolutistas", su rigor y su inflexibi-dad de espíritu llegó a exacerbar de tal manera los ánimos de los españoles todos del Perú", que éstos se vieron compelidos recurrir a la "última ratio", al alzamiento, a la espada. Como, ndando los siglos, lo harían los "criollos americanos", los es-añoles del Perú se limitaron al principio a protestar, luego a ramar conspiraciones y conjuras, más tarde a unirse en her-nanado haz cual un rebaño acorralado y, finalmente, se echaron on resolución a buscar un caudillo, un "libertador" que encar-ase y encauzase sus vehementes aspiraciones. Ese suspirado bertador era Gonzalo Pizarro. Y a Gonzalo Pizarro se diri-ieron con insinuaciones, súplicas y frases que parecen un tra-unto de las pronunciadas por nuestros pueblos durante la In-ependencia americana. "Juntados en secreto y a manera de oro" —nos informa un cronista— aquellos hombres decían: Oh, Gonzalo Pizarro, Padre de la Patria y Libertador de toda a tierra (del Perú), ¿qué hacéis y dónde estáis y por qué no enís a defendernos de la gran crueldad y soberbia de este iabólico hombre? (Núñez Vela). Porque si estuviéredes por quí cerca, nos pasaríamos luego a vuestro ejército por la gran nerced que nos venís a hacer". ¿No se dirían invocaciones xactas, literales, hechas dos siglos después por los criollos ante olívar, San Martín y los demás próceres de la Emancipación?

Gonzalo escuchó al fin el llamamiento, aceptó el papel de libertador" y avanzó hacia Lima al frente de aquel ejército nsurgente que —nótese bien la coincidencia— se denominaba, así fue denominado largo tiempo, "El Felicísimo Ejército de a Libertad". Por donde quiera que pasaba, las gentes lo aco-ían con aplauso y voces de júbilo; las mujeres levantaban en ilo a sus hijos menores a fin de que les cupiese la ventura de ver a los Libertadores"; unánimemente y a una gran voz tri-utaban a Gonzalo los títulos de "libertador y Padre de la

Patria" (los mismos títulos que, dos centurias más adelante, se darían a San Martín y a Bolívar en aquellas latitudes), y aún hubo vecino entusiasta —Cristóbal de Valdecillo— que "marchaba delante de Gonzalo Pizarro llamándole Gran Señor y Gobernador de los reinos del Perú, con otras cosas de gran locura y desatino". En Lima se quiso abrir una calle para que Gonzalo hiciera su entrada triunfal por ella "y que se intitulase de la Libertad"; y en Trujillo se celebraron grandes festejos en su honor, con carteles y versos alusivos a la reciedumbre de su estirpe y a su "condición de Rey".

La situación planteada después de aquel alzamiento inicial —que, en principio, sólo perseguía el objetivo de imponer el "derecho de suplicación" concedido a todos los vasallos de la corona— es bien sabida. Los insurgentes habían perseguido, derrotado y decapitado al Virrey en la sangrienta batalla de Añaquito; habían disuelto la Audiencia de Lima; tomado para sí la armada de Panamá y, prácticamente, Gonzalo quedaba como "Señor absoluto de todo el Perú", y éste escindido de España y rebelado contra el propio Emperador. ¡Nunca, ni en la propia Península, se había producido un hecho semejante! Pues —reconocen los cronistas— si bien los Comuneros de Castilla pusieron a Carlos V en grave aprieto, "no osaron jamás aquéllos hablar en que la tierra se quitase al Rey, ni se le negase su vasallaje, como lo pretendían los del Perú con loca y luciferina superbia".

La perla más granada de su corona en el Nuevo Mundo peligraba. No es, por consiguiente, extraño que "Su Majestad recibiese (al saberlo) la pena y enojo que se debía recibir de cosa tan desvergonzada y atrevida como era el ocuparle (Gonzalo) tierra tan grande y tan rica como la del Perú y quitar la Audiencia y prender su Visorey, y no contentos con esto, ocupar la Mar del Sur y Tierra Firme". Aquello constituía un acto de manifiesta subversión, pero también de franca independencia. Era un desafío luzbélico al Emperador más poderoso de la tierra. ¡Algo inconcebible en aquel tiempo!

Pero los decididores dados del juego habían sido lanzados sobre el tapete, y al problema que aquel lanzamiento suponía era menester darle una salida. ¿Cuál podía ser ésta? La única imaginable en aquellas alturas temporales. Y si se quiere, la misma que el General don José de San Martín propondría dos-

cientos setenta y siete años después: instaurar una monarquía en el Perú. Gonzalo Pizarro sería coronado Rey.

El pueblo ya lo proclamaba soberano por las calles. De los estandartes de combate habían sido arrancadas y quemadas "las armas reales", sustituyéndolas por las del propio Pizarro; se desconocía abiertamente la potestad de Carlos V, ya tan sólo faltaba que se legalizasen y justificasen todos los hechos consumados, mediante una presentación correspondiente ante el Santo Padre. Y en efecto, se empezó a dar ese paso por determinados clérigos, y hasta algún canónigo quiteño, apellidado Coronel, andaba escribiendo un libro erudito: *De Bello Justo,* para acreditar la legalidad del alzamiento. En todo caso, Gonzalo era "el amo" del Perú, y éste, desde Panamá hasta Chile, estaba fuera de la jurisdicción de Carlos V.

En los alegatos de tipo jurídico esgrimidos a la sazón con el propósito de obtener lo que hoy llamaríamos el reconocimiento de aquel "gobierno de facto" —gobierno revolucionario y en situación similar a la que se les presentaría, andando las centurias, a los gobiernos patrióticos surgidos de la Independencia— intervino el Oidor Cepeda, intervinieron hombres de leyes y de iglesia e intervinieron más; pero por su claridad y contundente dialéctica sintetizaremos aquí únicamente los de Francisco de Carvajal, el famoso "Demonio de los Andes", que son los que más pesaron, ciertamente, en el ánimo de Gonzalo.

Según aquel extraordinario personaje, verdadero precursor de la idea independentista americana, Gonzalo Pizarro, "una vez dado el paso que se había dado en el Perú, debía nombrarse rey de todas las provincias de aquel reino". Esto no admitía dilación y era la única salida. Carvajal le proponía como ejemplo a los reyes de Navarra y Portugal, los cuales se habían nombrado y hecho reyes sin consentimiento y voluntad de los reyes de Castilla", e incluso "al primer rey que hubo en Castilla después del infelice don Rodrigo, alzado por los suyos por su rey" en las híspidas montañas de Covadonga, cosa que había ocurrido —añadía el Demonio de los Andes— "sin dar parte al Papa, ni al Emperador Romano, ni a los demás Reyes que hubo en la cristiandad". En situaciones como aquéllas, era necesario actuar por cuenta propia y por sólo el imperio de las armas. Le recordaba a Gonzalo que "él y sus tres hermanos —Francisco, Hernando y Juan—, con sus haciendas y sangre, habían conquistado todo el reino del Perú" y que, consecuentemente, "se podía lla-

mar Rey de toda aquella tierra" recuperada ahora totalmente por su espada.

Reconocía perfectamente Carvajal que "en aquel negocio había dos extremos contradictorios: el uno conforme a la razón y el otro conforme a la justicia". El de la razón era el que a ellos —a los sublevados del Perú— les asistía. El de la justicia "era aquel de la obediencia que se le debía al rey". Era urgente, por lo tanto, o someterse o alzarse sin atenuantes, estableciendo un rey frente a otro rey. Ellos habían optado ya por la rebelión abiertamente franca. Y una vez desatada ésta, una vez "muerto un visorey en batalla campal y en batalla contra el estandarte real" —con la consiguiente secuela de agravios y atropellos cometidos—, era insensato y pueril "esperar perdón del rey, ni otro concierto alguno por más disculpas que pudieran dársele". No había que esperar tampoco que Carlos V confirmara a Gonzalo la Gobernación del Perú, como el caudillo insurgente lo soñaba. Le engañaría con artilugios y acabaría por tomarse la revancha. Por consiguiente —argumentaba— "Vuestra Señoría se tome en su mano la tierra, y reparta lo que hay vaco en ella, y lo que el rey nos da por dos vidas, vuestra Señoría nos lo dé en Mayorazgo perpetuo: y por defender entonces nuestras haciendas, defenderemos el gobierno de su Señoría".

Coincidiendo en esto con el oidor Cepeda, argüía que "en su principio y origen, todos los reyes descendían de tiranía" y se habían impuesto por la violencia "como claramente se mostraba por los blasones e insignias de sus armas". Ese prejuicio no debía contenerlo en sus designios, y el tiempo se encargaría de justificar sus actuaciones. "No hay rey traidor", establecía ya el refrán. Por lo tanto, a coronarse.

Una vez proclamado rey, Gonzalo Pizarro "debería levantar Órdenes Militares con nombres y apellidos de las de España o de otros santos de su devoción, señalando rentas a tales caballeros". Atraería así "a toda la nobleza que en este reino (del Perú) está", y le servirían con lealtad. Lo mismo sucedería con el clero, ya favorable a su causa.

En su clarividente exposición —clarividentísima, en verdad, para aquel tiempo—, Carvajal no olvidaba tampoco a la otra raíz étnica que constituiría el andamiaje nacional de la nueva monarquía: al elemento indígena, con quien se mezclaría el elemento español. Y proponía al respecto: Para que los indios le acaten "como a su Inca, cásese vuestra Señoría con la mujer

nás propincua al trono real (del Tahuantisuyo), y le darán bas-
imento y ayuda, y no a sus enemigos". O lo que es igual y omo dice Aurelio Miró Quesada cuando analiza estas propues-as en su libro "Cervantes, Tirso y el Perú": Lo que Carvajal uscaba con este enlace de Gonzalo "era ganar la confianza le los indios... y algo más trascendental: la vigorosa y cons-ructiva realización del mestizaje. De tal modo, se habría rea-izado, por la gravitación natural de los sucesos, la Independen-lencia del Perú y, por lo tanto, de casi toda la América del ur". Y esto apenas conquistado el continente.

"No repare su Señoría —terminaba aconsejando el Demo-io de los Andes— en que le digan que hace tiranía al rey de España". En casos así no existía tiranía, sino poder frente a po-ler, espada frente a espada. Y con la llave de Panamá en la altriquera, como ellos —los sublevados— la tenían, la fortaleza le la nueva monarquía estaba bien asegurada desde el puente evadizo hasta los torreones. Toda la potestad de Carlos V se strellaría contra aquel reducto infranqueable y contra el bas-ión de lanzas y espadas que le opondrían en el interior del Perú. "Todo está —concluía— en dar el primer paso y la pri-nera voz. Y éstos ya los hemos dado".

No hay duda de que, erigido en monarca, Gonzalo Piza-ro habría encontrado en Francisco de Carvajal su perfecto Maquiavelo, susurrador de consejos fructuosos para el Estado, lúctil, flexible y audaz. Pero el vencedor de Añaquito y "due-io absoluto del Perú desde Panamá hasta Chile", no tuvo la lecisión de llevar aquellos consejos a la práctica. Titubeó, ju-gueteó con la idea de ceñirse a la sien una corona; dejó que la oldadesca y el pueblo le diesen aquel título en público, que e colgaran carteles con claros versos alusivos, que las insignias eales fuesen a veces quemadas y sustituidas por las suya, pero o dio el paso decisivo. Y esto fue quizás lo que le perdió. Preso en aquel laberinto de las contradicciones jurídicas o lega-es, prefirió quedarse en el papel de mero jefe rebelde, de "Go-ernador de Facto", y no proclamarse monarca del Perú. La ombra de Carlos V y el reverente concepto —más bien sagrado oncepto— que a la sazón se tenía acerca de la majestad de la ealeza, le impusieron ese respeto a la distancia.

Sepa mi rey, sepa España
que muero por no ofenderla,
que pierdo (por no agraviarla)

una corona ofrecida
tan fácil de conservarla.
Diga que pude, la Fama,
ser monarca y que no quise...

Muera a manos de un verdugo
quien tanta fe a su Rey guarda
que va aperder la cabeza
por no querer coronarla...

le haría decir Tirso de Molina en *Amazonas en las Indias*, y era verdad.

Pero aun así, como caudillo rebelde, como cabeza insurgente de aquel extraordinario movimiento subversivo, Gonzalo Pizarro había logrado independizar prácticamente al Perú de España, mantenerlo fuera de la potestad de Carlos V y mantener, de paso, al propio Emperador en rudo jaque por espacio de *cuatro años*, esto es: desde 1544 hasta 1548. Pero, sobre todo, había demostrado a la corona española que, en el Nuevo Mundo, era posible y factible desafiar su absolutismo, cortar los lazos con ella por la violencia de la espada y —lo que es más importante—, demostró que, con su acto y actitud, las cosas no habían concluido, que quedaba sementada la semilla de otras futuras rebeliones y sentado un precedente que, a su tiempo, tendría funestas consecuencias para su dominación en América.

Y en efecto, tal es lo que aconteció. Existen muchos testimonios que acreditan que el germen independentista inoculado por el alzamiento de Gonzalo Pizarro había prendido con inusitada virulencia en el Perú, si no bastaran a probarlo las dos rebeliones subsiguientes e inmediatas que prosiguieron en realidad la suya: la de Hernández Girón y la de los expedicionarios "marañones", capitaneada por Lope de Aguirre. El Presidente La Gasca —el vencedor de Gonzalo, más por argucias que por armas— mereció el título de "Pacificador del Perú" a raíz de la revuelta, pero en rigor, ni lo pacificó ni lo aquietó. El bacilo de la rebeldía contra los reyes de España estaba en el aire y hacía contagios por doquier. El propio La Gasca hubo de reconocerlo muchas veces al constatar la "insolencia con que se hablaba de la realeza en el Perú", y así se lo escribía también el fiscal Fernández al Rey con lenguaje descarnado: "Empezaron a decir (los vecinos del Perú) que se tenía entendido que su Majestad lo quería todo para sí; y como esto no hubiese de ser,

ue no podía dejar el Perú de hacerse Señoría y gobernarse li-remente como Venecia". Y el virrey don Andrés Hurtado de Iendoza, en su información al rey cuando llegó al Perú en 555: "La situación no puede remediarse aquí con perdones co-no las veces pasadas, porque dicen (los vecinos) que ya tienen chada la cuenta de lo que cuesta un visorey"... y es urgente scarmentar "a los que creen que, con tomar las bulas pasadas los perdones), cumplirán con sus deberes, ya que sus tiranías maldades *las mamaron en la leche* de Gonzalo Pizarro, Car-ajal y sus secuaces".

En el movimiento emancipador de Gonzalo Pizarro y en la eoría política para encauzar aquel hecho, desarrollada por Car-ajal, habían "mamado" efectivamente aquellos hombres su prendizaje de rebeldías contra la metrópoli; habían aprendido n ellos que los habitantes de las Indias tenían derecho a ser ueños de la tierra, a gobernarse por sí mismos, a sacudir el asallaje de Castilla, a libertarse de extrañas tutelas y de la ımisión a remotos gobernantes. Habían aprendido, en suma, afirmar su derecho a ser autónomos y a darse legislaciones ba-ıdas en la realidad del medio telúrico y no en caprichos cor-esanos.

Era muy prematuro, sin embargo, para tan suprema em-resa. No estaba sazonado el fruto en cuya pulpa se escondía ı Independencia americana. Faltaban aún años, siglos, para ue la conciencia emancipadora despertase por completo. Y ionzalo Pizarro hubo de quedarse en el papel de precursor. ero Hernández Girón le seguiría bien pronto en sus audacias le seguiría también —y en forma más decidida y tesonera— ope de Aguirre, "el cruel tirano", aquel hombre que desafiaría Felipe II "hasta la muerte", que "se desnaturaría de España" on sus fieros marañones para proclamar por su cuenta "una ueva patria" americana; que alzaría "un Príncipe (don Fer-ando de Guzmán) de los reinos del Perú" en sustitución del ıonarca de Castilla, que abatiría en Venezuela, a golpes de ha-ıa, "los rollos de la justicia", simbolizadores del soberano pe-insular y desplegaría al viento sus rojinegros y temidos estan-artes en lugar de los que representaban a Felipe.

Todo aquello, y el espíritu de insurgencia combativa que ameó en el Perú durante décadas y décadas y que desemboca-a finalmente en los movimientos libertarios de Juan Santos tahualpa y Túpac Amaru durante el siglo XVIII mientras en el

resto del ámbito colonial americano se sesteaba en plácida somnolencia, era el previsible resultado del antecedente establecido por Gonzalo Pizarro, era el eco de su voz de precursor, y es también lo que otorga al Perú —contra lo que diga la conseja— títulos de primacía indiscutible en el proceso de la Independencia americana.

El tiempo y las circunstancias posteriores que hicieron posible aquélla en la centuria pasada han podido arrojar sombras de olvido o de ignorancia sobre los brotes iniciales de secesionismo surgidos en el territorio del antiguo Tahuantisuyo y abonados por Gonzalo Pizarro, por Carvajal, por Girón, por Lope de Aguirre, cuyas cabezas, exceptuada la del último, pendieron por luengos años en un poste de la plaza de Lima para escarmiento general. Pero en el Perú ha pervivido su memoria, no sólo en los anales históricos, sino hasta en forma tradicional y popular; y pervivió aún más vivamente en los años anteriores al advenimiento de la Independencia definitiva. Ricardo Palma nos relata el hecho de haber visto por sí mismo en 1860 y entre "los cuadros que adornaban las paredes del Museo Nacional", un retrato del Demonio de los Andes, "en el cual se leían estos que diz que son versos":

Del Perú la suprema Independencia
Carvajal ha tres siglos quería,
y quererlo costólo la existencia.

Los versos serán muy malos. Lo son en efecto. Pero su texto demuestra que la desnuda y agradecida musa popular no le olvidaba, que quería rendirle su tributo de admiración y reconocimiento como a un genial zahorí, como a uno de los precursores y caudillos de la emancipación peruana; como al hombre que se anticipó a su tiempo, que vislumbró el porvenir de nuestros pueblos de América, que los quiso libres, soberanos, sin yugos, y que pagó con la vida aquel hermoso sueño.

DOS HOMBRES DE AYER

Por *Pedro DE ALBA*

> "Todas las debilidades humanas actúan o pasan por la escena en el Diario Intimo de Amiel; coalición cambiante y momentánea, ellas no celebran allí victoria o conquista alguna. La ley del deber y la inteligencia soberana eliminan el sentido de la ironía. El fondo del drama de Amiel no es la derrota ni la desesperanza, es el heroísmo. Todas las disonancias se desvanecerán en el acorde supremo de la conciencia moral del espíritu. — BERNARD BOUVIER, *(Introducción a los fragmentos del Diario Intimo,* Colección Helvética, Ediciones George y Cía., Ginebra, 1922).

SI se hace una encuesta minuciosa, quizás se llegue a descubrir que en los círculos intelectuales de América se ha leído ís el Diario de Amiel que el diario de Hostos. Durante muos años se pagó mayor tributo a las letras europeas que a la oducción autóctona.

Se puede invocar la disculpa de que el Diario de Hostos se intuvo inédito por muchos años, en tanto que el de Amiel culó en gran escala y se tradujo a varios idiomas desde fines l siglo XIX; poco tiempo después de la muerte del autor.

¿Qué semejanzas o afinidades pueden existir entre Enrie Federico Amiel y Eugenio María de Hostos? El ginebrino ció, hablando en términos decimales, veinte años antes que puertorriqueño; los dos vivieron en una época de intensa :ha intelectual en el mundo entero; uno fue solamente hom- del siglo XIX, en tanto que a Hostos le tocó ver la aurora l siglo XX. Los dos fueron espíritus atraídos por graves pro- :mas y estuvieron dotados de un profundo sentido de univer- idad; sus ideas se cruzaron en los espacios infinitos y su vo- ıtad se vio solicitada por preocupaciones del diario vivir.

Los dos pertenecen a la categoría de los héroes del pensaento. Propensos a la soledad; devotos del examen de con-

ciencia, aficionados a confiar al papel el fruto de sus meditaciones. Tanto el Diario de Amiel como el de Hostos aparecen como expresión espontánea del alma en vigilia.

El ginebrino consagró casi toda la vida a escribir su Diario Íntimo; el Puertorriqueño, además del diario, escribió tratados que abarcan casi todas las dimensiones del saber. Amiel nunca pudo ser un hombre de acción, en tanto que Hostos, venciendo su naturaleza contemplativa, se embarcó en las más atrevidas empresas.

Las apariencias externas pudieran llevar a la conclusión de que Hostos y Amiel fueron hombres antípodas. Si se ahonda un poco en el examen, quizás se descubra entre ellos un paralelismo esencial. Desde su juventud se empeñan los dos en la pelea con las ideas y en la discusión de temas morales. Hostos fue un hombre sin juventud, porque el apremio de la lucha lo hizo pensar en serio desde sus mocedades; Amiel por su parte, se queja de su adolescencia frustrada por falta de guías y de estímulos. Los dos se torturaron desde temprano con su sed de infinito y su afán de ser hombres completos.

El diario de ambos iba a ser su confidente, compañero y crítico, juez o interlocutor. Hostos y Amiel necesitaban confiarse a alguien y se concentraron en sí mismos; en medio de la soledad los acompañaba el eco de sus propios pensamientos.

Tal fue la génesis de las catorce mil páginas del diario de Enrique Federico Amiel y la del Diario de Eugenio María de Hostos. Amiel escribió sus catorce mil páginas en el correr de treinta y cinco años. Las primeras páginas del Diario de Hostos tienen la fecha de 1866 y las últimas son de 1903; treinta y siete años en los que el diario fue interrumpido por largos períodos; Eugenio María de Hostos dedicó a su diario menos tiempo que Enrique Federico Amiel al suyo.

Bernard Bouvier, el excelente prologuista de Amiel, dice: "fue un hombre que pasó su vida juzgándose a sí mismo". Esta sentencia puede aplicarse también a Hostos, que era implacable en el análisis de sus actos y de sus pensamientos.

Existen algunas concomitancias que no dejan de impresionar: Amiel comienza su diario cuando era estudiante universitario en Berlín, a los 26 años de edad; Hostos firma sus páginas de "Juventud" en Madrid, a donde había llegado con el propósito de inscribirse en la universidad, tenía entonces 27 años.

Hostos no pudo soportar la rutina ni el dogmatismo de la

cultad de Derecho y se convirtió voluntariamente en autodi-
cta. Amiel también se escapa de las redes académicas y se
dica a la lectura de cuanto cae a sus manos. La lista de li-
os que uno y otro meditaron y la variedad inconexa de auto-
; que leían, nos ilustra sobre la "cultura dispersa" de ambos,
gún afirmación de algunos de sus comentaristas. Cuanto in-
rme adquirían en las fuentes del saber clásico o moderno, era
metido a un examen rigorista; cuando algunas páginas apa-
ían en sus "Diarios", ya habían pasado por un tamiz perso-
l muy exigente.

Hostos, predestinado a ser hombre de lucha, tuvo, con su
ematura resolución de dedicar su vida a la lucha por la in-
pendencia de Puerto Rico, una ventaja enorme sobre Amiel.
heroica actitud iba a sostenerse con el fuego de la contien-
; no hubo tanteos o incertidumbres que lo desviaran de su
ta. Amiel escribe a los veinte años y lo repite hasta los
arenta, que está preocupado por encontrar su vocación. El
isaje perfecto del lago Lemán, la admirable organización po-
ica de la Confederación Helvética, el ambiente religioso que
rodeaba, eran sedantes. Esto, que parece una bendición, re-
ltó perjudicial para Federico Amiel, que casi nunca dio cabi-
al entusiasmo cívico. Si alguien merece el título de inte-
tual puro es él.

El saber era como una obsesión; así, escribe en su diario:
erá preciso que yo vuelva a menudo sobre lo que me pro-
ngo y que todos los meses y aun todas las semanas haga un
amen de mis progresos, sea intelectuales, morales o físicos",
o da idea del ritmo calmoso en que vivía Amiel.

Hostos en cambio escribe: "Confiésate tres veces por la
che"; para él la vida no tenía pausas, él, que pudo como
cos gozar de la quietud intelectual, estaba sometido a mo-
niento acelerado. Ese balance de Hostos era como una ad-
nición patética; cada día era necesario revisar los progresos
la causa en que estaba empeñado; cada noche se interrogaba
re los adelantos intelectuales o morales logrados para la
mación de su carácter y también tenía que hacer cuentas, por-
e si gastaba una peseta más, se vería expuesto a la banca-
ta.

Amiel casi no tuvo preocupaciones económicas; con esa
biduría doméstica que ha adquirido el suizo a través de varias
neraciones, tuvo asegurada la subsistencia con su trabajo de
ofesor y con los rendimientos de sus modestos bienes.

Hostos, que no quería ser gravoso a su familia, ni mucho menos recibir favores de gente extraña, tuvo siempre la interrogación de cómo pasar el día siguiente.

Amiel proclamaba principios de moral pura, "con cierta voluptuosidad de hacer propósitos y declamar bellos consejos" que luego se sentía incapaz de seguir. Hostos sostenía la moral práctica, los principios éticos en acción y era capaz de todos los sacrificios para llevarlos adelante.

Para los dos era el hombre el tema central de su meditación. Cuando Amiel hace su viaje a Italia, punto de atracción de los espíritus selectos del norte de Europa, no se embriaga con el paisaje ni se deslumbra ante las obras de arte; sus impresiones las registra en una escala de valores humanos; la moral y la filosofía eran sus eternas compañeras. Las páginas del diario de Hostos, escritas en Madrid, Barcelona, París y Nueva York, se ocupan muy de pasada del medio físico y del aspecto exterior de esas grandes urbes; eran problemas humanos los que se planteaban en comentarios llenos de agudeza: ¿Cómo viven, de qué viven y para qué viven los componentes de las diversas clases sociales; cuál es el promedio de cultura y el nivel de vida de las mayorías?, eran las interrogaciones del sociólogo.

Algunas sentencias de Amiel podrían haber sido firmadas por Hostos como aquella en que dijo: "Comprender a fondo un hombre, sería ver el universo a la luz del día"... "Naturaleza, humanidades, astronomía, ciencias naturales, matemáticas, poesía, religión, bellas artes, historia, psicología, todo debe entrar en la filosofía como yo la concibo". Hostos proclamó en todos los tonos que ser hombre completo era la profesión más importante. En un discurso a los maestros de la República Dominicana dijo su parecer sobre las altas finalidades de la Educación: "Formar hombres en toda la excelsa plenitud de la naturaleza humana". Para él era la filosofía, como para Amiel, la síntesis y el coronamiento de todo saber humano.

Cerca de sus treinta años escribió en su diario Eugenio María de Hostos: "No hay soledad más favorable que la de nuestra voluntad, cuando sabe perseverar en el deseo; ni silencio más absoluto que el que hace en nosotros mismos el lento germinar de las ideas". Enrique Federico Amiel pudo subscribir esas líneas con regocijada emoción. Él amaba el silencio y la soledad, pero al mismo tiempo quería ser un hombre de acción.

on una voluntad enérgica podría ir muy lejos con los instru-
ntos que poseo... Si yo no adquiero la voluntad, yo no seré
la. Tengo miedo de confiar en mí mismo".

Hostos tuvo la ventaja de saber lo que quería y a dónde
. Sin ser un tipo dominante y voluntarioso por excelencia,
mpre confió en sí mismo, a pesar de los reveses de la for-
ıa. Él recusaba la voluntad atrabiliaria y carente de sentido
co; pero una vez que se convencía de la justicia y de la razón
sus propósitos, perseveraba en ellos con una disciplina y un
íritu de sacrificio ejemplares.

Los dos fueron esencialmente reconcentrados, contemplati-
s y un tanto tímidos; en Amiel llegaron a predominar las in-
iciones y se convirtió en un cenobita y empleó sus prodigio-
facultades de análisis y de meditación en el empeño de des-
rar la esencia de las verdades absolutas. Tuvo mucho de
stico sediento de infinito, como dijo Marcel Arlán de la ju-
ıtud del final de la guerra de 1918. Es conmovedor y admi-
ıle Amiel porque se le ve consumirse como una lámpara voti-
en el altar de la inteligencia pura, todo lo sacrificó a la vo-
ıtuosidad de pensar. Siendo un hombre fisiológicamente nor-
ıl, algunos lo consideran como misógino, quién sabe hasta
é punto haya sido una renunciación deliberada esa abstinen-
. Quienes enfocan el problema de Amiel a la luz de los con-
ctos y deficiencias sexuales, no podrán entender a fondo lo
e hubo de grandeza en este hombre que quiso responder a las
errogaciones más apremiantes del espíritu.

La mujer, representa un papel demasiado intelectual en la
la de Amiel, en tanto que para Hostos fue la musa de carne
ıueso, según el decir de Rubén Darío. Berta Vadier y María
ancisca Mercier, fueron las depositarias y herederas de sus
ınuscritos. Una de ellas su discípula predilecta y Fanny Mer-
r, su viuda espiritual. Fue mimado y a veces perseguido por
mujeres; su hermosa cabeza varonil, su barba semejante a la
Alfredo de Musset, su voz suave, la irradiación de la inte-
encia, su delicadeza de lenguaje, su refinamiento de mane-
s y sus ojos profundos, cautivaban a sus discípulas. Lo mima-
n como a un ser que vive fuera de este mundo, le hacían ob-
quios de flores, de golosinas y de prendas de vestir que ellas
smas confeccionaban o tejían con sus manos. Él se dejaba
erer, según la expresiva frase castellana; a todas correspondía
n alguna fineza; les dedicaba versos o una página de su dia-

rio. Una atmósfera muy "mitad del siglo XIX" se respiraba a su lado: elegancia, cortesía, afición a los poemas o a los comentarios sagaces sobre acontecimientos de la época y un no se sabe qué de frágil, perfumado y sutil en la media luz de una sala de estudio.

En el amor también fue contemplativo Enrique Federico Amiel; gustaba de analizar el carácter de sus amigas o enamoradas discípulas; se complacía en reconocerles su inteligencia, su espíritu infantil, su desprendimiento y su devoción y solía darles nombres que rimaban con aquellos rasgos salientes: Ángel Guardián, Perlina, Seriosa, Fida, Pequeña estoica, o consentida Calvinista; en este juego de palabras de apariencia inocente, se descubre la ternura, la timidez y la ingenuidad que anidaban en el fondo del corazón de Amiel. Su diario se impone como un documento humano y está revestido de un valor perdurable; fue el único confidente de sus penas, porque era un solitario. "Es mi diálogo mi sociedad, mi compañero, mi confidente", escribió en plena madurez. "Es también mi consuelo..., mi eco mi amortiguador, mi itinerario psicológico, mi pretexto de vivir, casi la única cosa útil que puedo dejar tras de mí"...

Hostos, sociólogo, educador y hombre de lucha

AMIEL piensa que su diario podría ser, no solamente su obra cumbre, sino su único legado a la posteridad.

Para Eugenio María de Hostos, el Diario fue una parte mínima de sus tareas literarias, casi un pretexto para hacer examen de conciencia; él se creía un hombre de acción y no confiaba en la trascendencia de su pensamiento escrito.

Después de sus viajes a Italia y Alemania, Amiel se convirtió en un sedentario y se dedicó a enseñar literatura y filosofía en un colegio de Ginebra, en tanto que Hostos, también maestro, se puso a recorrer la América de norte a sur y de sur a norte en su misión de revolucionario y animador de la Guerra de Independencia de Cuba y de Puerto Rico. En Lima, en Santiago y en Buenos Aires, enseñó en colegios y fue redactor de los principales diarios y revistas de aquellas ciudades; siempre se consideraba de paso y no quería tener arraigos ni compromisos porque el ideal de libertar a sus islas del Caribe era lo primero.

En el capítulo sentimental y amoroso, Hostos y Amiel fue-
›n antípodas en apariencia, pero en el fondo hubo algunas
militudes. El puertorriqueño fue el barón fuerte y leal consigo
ismo y con las mujeres que lo amaron. Carmen Lastarria, la
elicada flor de Santiago de Chile, emparentada con familias
ıajudas e intelectuales de categoría, se enamoró de Hostos por
ı distinción señorial, por su inteligencia privilegiada, por su
ecutoria de luchador y su sensibilidad de poeta. Fue un capí-
ılo luminoso en la vida del maestro, que se volvió sombrío
›rque Hostos no se creía con derecho a exponer a aquella
lorable criatura al porvenir incierto del insurgente-trotamun-
›s; él estaba ansioso por volver a Nueva York a continuar su
ropaganda política y partió de Santiago solo y colmado de
nargura y desesperanza.

Hay quien afirma que Amiel fue refractario al matrimonio
›rque para él era más importante la labor intelectual que cual-
ıier otro aspecto de la vida y no quiso tener responsabilida-
es que lo alejaran de la filosofía y de la libertad de escribir
de enseñar. Hostos en cambio, era devoto y apasionado de la
ujer y cuando llega su hora, se casa en Caracas con doña
elinda de Ayala y Quintero, a la que conoció en el curso de
s amargas experiencias de conspirador. Esto ocurrió en 1877
is años después de su salida de Chile.

En su carrera de revolucionario conoció en Caracas a un
fugiado cubano, de los que sostenían la Guerra de Indepen-
ıncia de los pueblos del Caribe; este caballero era el padre
: la que fue su esposa; de esa manera su matrimonio aparece
nculado con sus andanzas guerreras. Con la misma vehemen-
ı que Hostos emprendía sus tareas de caudillo rebelde, se
nsagró al amor de su esposa, con un espíritu un poco pater-
l y rendida reverencia para su compañera. Hostos fue un
dre ejemplar; sus hijos merecían de él un cuidado constante y
mayor empeño fue hacer de ellos hombres cabales y fieles
triotas.

No fue afortunado en su cruzada el maestro puertorri-
ıeño; emprendió algunas expediciones a Cuba para entenderse
n los patriotas cubanos antes de dar el asalto al bastión de
ıerto Rico. Casi todos sus planes resultaron fallidos y Hostos
ıtía en el fondo de su conciencia que no había nacido para
es aventuras, a despecho de su valor civil y personal y del en-
siasmo con que cargaba los arreos de batalla cuando, según

su propia frase, se calzaba las botas araucanas que había adquirido en Chile.

Cuando sobrevino la Guerra del 98, y España fue derrotada por los Estados Unidos, se habló en el acto del problema de Puerto Rico. Por el Tratado de París, España cedió la Isla a Norteamérica. Hostos formó parte de la comisión de puertorriqueños que fueron a negociar con McKinley lo de la independencia de su isla; no pudo entenderse con el Presidente de los Estados Unidos y entonces se impuso un destierro voluntario y un firme propósito de no volver a la lucha política ni a vivir en su tierra natal.

En su retiro de Santo Domingo, donde recibiera franca y generosa hospitalidad, realizó la mayor parte de su obra de reformista en los campos de la educación. Escribió tratados sobre moral social, economía política, jurisprudencia y sociología, tratados didácticos y ensayos literarios, entre los que figuran el de su *Interpretación de Hamlet* y su *Salutación al siglo XX*, que viven y se consideran como obras maestras perdurables.

En sus últimos años reconquistó su auténtica identidad personal de filósofo y de hombre de estudio y de gabinete. Se le nota la amargura de la época en que se había creído apto para las empresas guerreras y en su ensayo sobre Hamlet presenta al rey Claudio; el incestuoso fratricida y usurpador, como el tipo del hombre de acción y llega a decir que la acción carente de frenos morales, no es sino crimen abominable. Claudio, hombre de voluntad sin escrúpulos, se convierte en un criminal como tantos otros hombres ambiciosos.

Hostos fue un "maestro de idealismo" que sometió sus actos a los imperativos morales; en el fondo de su ser prevalecían sobre el hombre de acción, el filósofo, el poeta y el maestro. Espíritu demasiado analítico, fue incierto en sus resoluciones; él escribe en su Diario sentencias como estas: "Tengo la desgracia de explicármelo todo"; "En estas cuatro paredes queda el secreto de profundas angustias"; "Me creen demasiado idiólogo para aceptarme en la obra de los prácticos"; "De mis luchas con los hombres no saco ningún fruto porque no peleo"; "Vivir arrinconado por los fuertes, mal comprendido por los débiles"; "El que se mira mucho a sí mismo no ve bastante a los demás"; "He hecho durante más de treinta años el papel de misionero político, de apóstol, de filósofo, de propagandista, de mártir"... Todas esas reflexiones revelan el can-

ancio y la desilusión de un hombre que extravió su camino; lgo que a la postre resulta muy respetable, porque muchas de as empresas en que participó no estaban de acuerdo con su auéntico carácter y su genuina personalidad.

A despecho de sus escapatorias de la labor intelectual, deó una obra extensa, variada y múltiple. En 1939, centenario le su nacimiento, se publicaron sus obras completas en veinte gruesos volúmenes, los que contienen una de las expresiones nás altas del pensamiento hispano-americano. Los títulos y los ndices de esa verdadera enciclopedia, abarcan temas que preoupaban a la América entera en la segunda mitad del siglo XIX los primeros años del XX. Ese precioso material debiera ser eído y meditado por las generaciones contemporáneas, porque nuchos de los problemas que allí se plantean son estímulo paa una acción fecunda.

Hostos murió en la isla de Santo Domingo el 11 de agosto le 1903 y allí permanecen sus restos por mandato expreso de u testamento. Sobre la vida y la obra de Hostos han escrito los nás eminentes autores de España y de América; algunos como Rufino Blanco Fombona, lo consideran como el más alto pensalor de América. Los españoles peninsulares le dedicaron págiias de valor trascendente, entre ellos Azorín, Gumersindo Azárate y don Francisco Giner de los Ríos. Entre los hispanomericanos: Francisco García Calderón, Pedro Henríquez Urea y Gabriela Mistral, que lo consideraron como altísimo maesro y en México don Antonio Caso dio una serie de conferencias n el Ateneo de la Juventud, sobre la Filosofía Moral de Hostos.

Entre los maestros del nuevo humanismo debe reservarse n lugar destacado a Eugenio María de Hostos; su obra conerva su lozanía y su espíritu la fuerza de la juventud; sus ideas iguen siendo actuales; su ejemplo edificante y sus inquietudes lcanzan al hombre de nuestra época.

El Diario de Eugenio María de Hostos, como el de Enrique Federico Amiel, son valores perdurables de la inteligencia, tano el puertorriqueño como el ginebrino, vivieron en constante cecho de las verdades eternas y de los valores humanos perurables; uno quiso traducirlos en acción benemérita y otro los uardaba en el fondo de su conciencia como un tesoro iniolable.

Amiel, el Filósofo tímido y solitario

En la Suiza Romana no han florecido la poesía épica ni la poesía lírica; la epopeya se hace carne viva en el trabajo de su pueblo y se compendia en la belleza de su paisaje. Hay quienes atribuyen esa falta de arrebato heroico a la herencia calvinista, ya que Ginebra, centro cultural de la Suiza francesa, fue cuartel y base de operaciones de Calvino, el Taciturno.

Enrique Federico Amiel y Juan Jacobo Rousseau, los dos ginebrinos, se consideran como los más auténticos exponentes de la cultura literaria y filosófica de la Suiza de lengua francesa; hubo entre ellos paralelismo impresionante y similitudes profundas. Solitarios e introspectivos, con una sensibilidad casi enfermiza, audaces en sus pensamientos y tímidos en la acción; uno escribió sus Confesiones y otro su Diario Íntimo con una actitud egocentrista y un éxtasis ensimismado ante el hombre y la naturaleza.

Todo suizo-francés, medianamente cultivado, gusta de paseos campestres: algo que lo vuelve aficionado a la Botánica y amante de sus herbarios o de las tareas de clasificar los hongos comestibles o venenosos.

Rousseau fue naturalista y pedagogo y varias de sus ideas se apoyan en las semejanzas entre el desarrollo del niño y el crecimiento de las plantas. Enrique Federico Amiel conocía a fondo la obra de Rousseau y en sus clases de literatura o de filosofía comentaba las doctrinas de su ilustre precursor y conterráneo.

El Diario Íntimo de Amiel, que permaneció oculto por muchos años, puede considerarse como uno de los libros sobresalientes de la segunda mitad del siglo XIX. Obra de intelectualismo puro, fue escrita en el silencio y la soledad de la modesta vivienda de Amiel; en la que él se había impuesto un retiro casi monástico. Su habitación era como la celda de un monje y los diálogos consigo mismo, fluían como una confidencia a media voz. El lector de hoy piensa que Amiel se asemeja a los anacoretas o visionarios del cristianismo primitivo y de la Edad Media, que tenían revelaciones y escuchaban la voz de la Divinidad.

El Diario de Amiel apareció incompleto en sus primeras ediciones; poco a poco fueron apareciendo otros capítulos que él había confiado a una de sus amigas predilectas; fue por eso que aun en épocas recientes, aparecieron nuevas páginas de la

famosa obra. En Suiza, desde luego y también en Francia, Alemania y España, hubo profesores especialistas en el estudio de Amiel y en varias universidades europeas, se presentaron tesis doctorales con estudios e interpretaciones de su diario.

Amiel es un maestro en ese género tan de nuestros días que se llama el ensayo literario y filosófico; el autor vivía preocupado por las ideas trascendentes y las verdades eternas y en vez de escribirlas en un libro destinado a una casa editorial o en artículos para alguna revista de filosofía, las desarrollaba en las páginas de su Diario Íntimo, sin el propósito de darlas a conocer al público de su época.

El Diario de Amiel es un libro de cabecera; en cualquiera página en que se abra el lector encuentra opiniones trascendentes o juicios profundos, temas polémicos, juicios certeros; algunas de esas páginas, que corresponden a un determinado día del año o a una precisa hora del día, son ensayos a la manera de los de Montaigne; en primer lugar, por la postura del autor frente a la vida y en seguida por la palpitación humana o la inquietud filosófica que los motiva.

Parece que la lectura de Amiel va pasando de moda en nuestra época, esto puede deberse a las traducciones incorrectas o las obras truncas; cuando se leen completas y en su francés original, se siente la influencia tonificante de las ideas y la embriagadora belleza de estilo de uno de los prosistas franceses más elegantes.

En el Diario Íntimo se encuentran referencias lo mismo a pequeños incidentes de la vida doméstica que a los grandes problemas universales. El primer renglón de una jornada señala el rumbo del ensayo que se va a desarrollar. Desprendamos algunos ejemplos: En la nota del 21 de enero de 1866 dice: "Esta noche, después de cenar, yo no sabía a dónde ir a pasear mi soledad"; en esas frases se comprende la amargura del hombre solitario. La soledad de Amiel dio tema para una tesis de doctorado de John Mattew, presentada en la Universidad de Clermont, la que después de aprobada, circuló en un precioso volumen. El autor pudo haber sido inglés o norteamericano de los que van a Europa a tomar cursos de post-graduados. La soledad de Amiel fue también tema para un estudio de Alberto Insúa, que lleva por título *Don Quijote de los Alpes*, en el que presenta a su héroe como un incomprendido en su tiempo o como un Alonso Quijano que en medio de la montaña

nevada se entrega a un diálogo consigo mismo para explorar la ruta que lo lleva a un examen de conciencia.

Otro rasgo del carácter de Amiel fue la timidez; por el 1931 apareció en la Biblioteca de la Revista de Occidente el libro del doctor Gregorio Marañón que lleva por título *Amiel o la timidez,* que alcanzó varias ediciones y fue muy leído en España y en México. En esa obra Marañón tocaba el punto álgido del temperamento sentimental de Amiel y de sus inhibiciones frente a la mujer. Se publicó en una época en que Freud se encontraba en todas partes y se hacía en ella un análisis sobre la indiferencia de Amiel frente a las relaciones sexuales. Enrique Federico Amiel era comprendido a medias; su problema sentimental y psicológico fue más complicado y al mismo tiempo más limpio de lo que algunos de sus críticos creyeron. Hay que leer el Diario Intimo en su integridad y no en fragmentos. El diario fue apareciendo paulatinamente y no como edición completa, porque sus amigos y discípulos iban encontrando nuevas páginas al revisar los papeles del maestro. El punto que concierne a la mujer y al amor hay que estudiarlo a la luz del diario completo y medirlo con las propias palabras de Amiel.

En una página fechada el 17 de marzo de 1868, escribe lo siguiente: "La mujer quiere ser amada sin razón, sin por qué, no porque sea bella, buena, o bien educada o graciosa o espiritual, sino porque ella existe. El amor debe permanecer como una magia, una fascinación, un encantamiento, para que el imperio de la mujer prevalezca. Desaparecido el misterio, su potencia se desvanece. Es preciso que el amor parezca indivisible, irresoluble, superior a todo análisis, para conservar esa apariencia de infinito, de sobre-natural, de milagroso que hace la belleza. . . y cuando las mujeres inspiran el amor, ellas tienen precisamente la alegría orgullosa del triunfo. Sin embargo, el amor profundo me parece una luz y una calma, una religión y una revelación que desprecia a su vez esas victorias efímeras de la vanidad. Las grandes almas no desean algo que no sea grande".

En esos cortos renglones, Amiel se nos presenta como lo que fue: un platónico enamorado de los arquetipos, pero al mismo tiempo se le descubre el culto por la madre Eva, como clave del mundo y origen de la conservación de la especie. El platónico no quería renunciar a la mujer perfecta y el amante

de la vida real reconocía el supremo imperio de la mujer de carne y hueso.

Además de ser inteligencia pura, Amiel estaba poseído de las ideas permanentes y absolutas; su sed de infinito y de eternidad no la podía saciar en amores contingentes e inestables. Tuvo el temor de perder sus facultades creadoras si se consagraba íntegramente al amor conyugal y fue dejando pasar la vida hasta que se sintió agotado en sus energías y vencido en su vitalidad, lo que vino a servirle de apoyo para sus resoluciones y su conducta.

En sus últimos años se consagró al culto de la amistad femenina sublimada y sus mejores confidentes fueron mujeres que eran para él maternales, al mismo tiempo que confidentes y colaboradoras en sus tareas. Su amistad con Fanny Mercier y con Bertha Vadier fue para él una conquista y un remanso; eran como Martha y María, una con espíritu hacendoso y disciplinado y la otra inquieta y preocupada por las tareas intelectuales y las inclinaciones literarias. Las dos fueron maestras y escritoras como él; con alguna de ellas pudo haber tenido algún idilio sentimental; eran inteligentes, comprensivas y serviciales, pero Amiel prefirió tratarlas como símbolo de la amistad amorosa, poniéndolas en las alturas de lo intocable.

Amiel tenía preferencia intelectual por Bertha, que solía ayudarlo en sus tareas de investigación literaria, pero su mayor confianza descansaba en Fanny. Esto se comprueba por el hecho de que a ella le dejó la herencia de su Diario Íntimo, con la recomendación de que se publicara lo que creyera adecuado o de mayor importancia. El Diario Íntimo lo mantuvo Amiel como un secreto; la publicación después de su muerte lo justificó ante sus propios amigos, que lo suponían perezoso e indolente, porque no daba forma escrita a sus ideas.

El Diario Íntimo corrió sus aventuras y tuvo sus peripecias: Como el autor autorizaba a Fanny Mercier para publicar solamente aquello que a su juicio tuviera algún valor, hizo una escogencia de acuerdo con su consejero el profesor Scherer y así apareció la primera edición, que fue un gran acontecimiento en el mundo literario y filosófico europeo. Varios de los amigos y compañeros de Amiel pensaron que la obra no debía publicarse trunca e influyeron para que aparecieran nuevos capítulos del diario y páginas inéditas de Amiel. Una de las ediciones más completas es la que se titula *Fragmentos de un*

Diario Intimo, revisada por Bernard Bouvier, que aparece en tres volúmenes bellamente impresos.

La amistad de Amiel con Fanny Mercier y con Bertha Vadier se caracterizó por un sentido de equilibrio y de mesura; existieron celos entre ellas por cuanto a las preferencias, las que él trataba de desvanecer; las dos representaron su mejor apoyo cerca del final de su existencia. A Fanny la declaró depositaria de su Diario Íntimo, herencia a la que hizo honor, y por otra parte, aceptó la invitación de Bertha para pasar en su casa los últimos días de su vida.

La soledad que se volvía más negra por su enfermedad fue mitigada en el hogar de Bertha, donde con la ayuda de su madre, la Sra. Vadier, prestó al maestro y al amigo cuidados providentes. La última hoja del Diario Íntimo fue para dejar testimonio de su gratitud a aquellas buenas samaritanas que lo acompañaron en su última hora.

Enrique Federico Amiel, que había nacido en Ginebra el 27 de septiembre de 1821, murió en la misma ciudad, el 11 de mayo de 1881. El Diario Íntimo es una lectura edificante y conmovedora; autobiografía y autocrítica de un hombre de excepción, dotado de sensibilidad delicada y de un espíritu un tanto infantil; aun aquellas páginas en las que se le descubre atormentado, parecen lamentación de un niño solitario.

Amiel siguió las huellas de su conciudadano, Juan Jacobo Rousseau y sufrió la influencia de su predecesor en la historia intelectual de Ginebra. Así como hemos intentado el paralelo entre el puertorriqueño Eugenio María de Hostos y Federico Amiel, se podría hacer un análisis de las semejanzas y diferencias entre los dos grandes del pensamiento ginebrino.

Amiel no aceptaba como indiscutible la obra de Rousseau; expone algunas críticas sobre ella en el Diario; Amiel prefería al Rousseau de la *Nueva Heloísa* al de las *Confesiones;* era Amiel como Juan Jacobo, un gran amante de la naturaleza; los dos fueron, a la postre, grandes románticos. Los dos gustaban de largos paseos a pie, los dos conocían y amaban las montañas, los árboles y las flores de su paisaje y los dos pasaron a la posteridad como pintores de cuadros de la naturaleza, lo mismo en pequeños poemas que en preciosas páginas en prosa.

Quienes conozcan el paisaje que circunda el Lago Lemán no podrán escapar al encanto de la prosa de Amiel, cuando describe la impresión de sus paseos campestres. En unas vaca

ciones pasadas en Clarens, un año antes de su muerte, escribe Amiel: "He aquí que desde hace cuatro horas yo me deleito con los ojos, los oídos, el olfato y los pulmones. Deslumbramiento, emoción, embriaguez. Sumergido en medio de estas impresiones me levanto para seguir mi camino y yo canto, yo canto como un ave, al través de los prados y los senderos, saboreando, sin fatiga y con una cierta voluptuosidad en el pecho, que me vuelve a los años juveniles".

"La Dent de Midi (El diente del Mediodía) levanta sus crestas de nieve frente a mí". Esa decoración de esmalte y camafeo que es una de las maravillas del Universo, fue la que se llevó grabada en su conciencia en la hora de su tránsito terrenal.

Amiel tuvo su gloria póstuma; su fama comenzó a extenderse y arraigarse y los maestros de filosofía y literatura, así como los críticos del arte, le dieron un lugar entre los altos escritores al final del siglo XIX.

La producción de Amiel comprende hasta un centenar de títulos entre ensayos, cuadernos didácticos, lecciones de literatura y crítica; además de poemas breves y correspondencia y comentarios sobre sus viajes a Francia, Italia, Alemania, Holanda y Bélgica, publicados durante su vida. A la postre, el Diario Intimo, que vino a ser una obra póstuma, fue la que destacó su personalidad en el mundo de las letras universales. Escribieron sobre Amiel sus pósteros y sus contemporáneos; en Suiza, algunos que lo habían tratado como amigo y otros que fueron sus discípulos, como Monnier, Naville y Bouvier; en Francia saludaron su obra con exaltada admiración Ernesto Renan, Paul Bourget, Fernando Brunetière, François Mauriac; y en Italia se publicaron sobre él trabajos importantes en los círculos universitarios y periodísticos. En Suecia, en Holanda y en Inglaterra aparecieron juicios trascendentes sobre su obra; en España, además de lo escrito por Alberto Insúa y Gregorio Marañón, se publicaron en diarios y revistas artículos dedicados al solitario filósofo ginebrino. Tanto Enrique Federico Amiel, como Eugenio María de Hostos, llegaron a México con cierto retraso, los dieron a conocer Antonio Caso y Pedro Henríquez Ureña, destacados miembros de aquella generación del Ateneo, que tanto influyó en el mundo intelectual y político de México.

Hostos y Amiel parecen antagónicos: el antillano fue intelectual que quiso ser hombre de lucha en las trincheras y un

mantenedor de la corriente política encaminada a liberar a Cuba y a Puerto Rico; en tanto que Amiel fue un pensador contemplativo, muy alejado del mundo de la acción. A despecho de tales antinomias hubo entre ellos afinidades y similitudes impresionantes; pueden considerarse como héroes del pensamiento filosófico y de las inquietudes religiosas y estéticas que no se conforman con las apariencias ni con la notoriedad y la fama, sino que se proyectan en los espacios infinitos del Universo y se imponen en las profundidades del alma humana.

SOBRE EL SECRETO DE MELIBEA

CARTA ABIERTA A DON JESÚS SILVA HERZOG

DISTINGUIDO amigo:

En el espléndido núm. 100 de *Cuadernos Americanos* aparece un artículo firmado por Segundo Serrano Poncela bajo el epígrafe: "El Secreto de Melibea", a cuyo contenido me parece de rigor hacer algunas observaciones.

El autor de dicho artículo se atribuye, quiero creer que con total inocencia, el descubrimiento de un hecho que ya realizó el profesor granadino Emilio Orozco en el núm. 124 de la revista literaria *Ínsula*, publicada en Madrid en abril de 1958. Orozco considera que la intervención de Celestina en el ajuste de los amores de Calixto y Melibea, sin que por un momento se plantee la posibilidad de matrimonio entre los dos jóvenes, sólo puede deberse a que Pleberio, el padre de la doncella, era judío converso, o sea, cristiano nuevo, mientras que Calixto era cristiano "viejo". Y sentencia Orozco: "Dada esa razón religioso-social, no había otro camino para los amantes. Por eso nadie habla de casamiento". A la misma conclusión llega, sin aludir para nada al precedente, Serrano Poncela en su artículo, esforzándose en demostrar su aserto con citas y subrayados de diversas frases, para él, de doble y sibilino sentido.

La tesis de Orozco y Serrano Poncela resulta tan fantástica como innecesaria. No creo que haga falta buscar otra explicación a la clandestinidad de los amores de Calixto y Melibea que la rotunda negativa de la doncella, muy dentro del pudor femenino ante tan brusca e inusitada declaración —tras de saltar las tapias de su huerto— en la primera escena de la obra. Todos esos remilgos asentados por los críticos de la época romántica —Alberto Lista, Juan Valera— y otros posteriores a quienes parece incongruente o desvergonzado que intervenga una alcahueta, son los mismos que con las expresiones crudas y las escenas escabrosas que tanto abundan en la tragicomedia. La alcahuetería, que existe incluso en nuestra época,

donde tan fácil parece poder comunicarse a dos enamorados, era uno de los medios más naturales en siglos de encerramiento y de invencibles prejuicios religiosos y sociales. Tan común debía de ser su empleo, en tiempo de Fernando de Rojas, entre galanes y damas linajudas, que inspiró la obra genial a que nos referimos. Y un siglo y pico antes su Trotaconventos al Arcipreste de Hita. Recordemos que Lope de Vega también recurre a la alcahueta en dos de sus obras más famosas: la Gerarda de *La Dorotea* y la Fabia de *El Caballero de Olmedo,* indudablemente influido por *La Celestina.* En ambas, los amores no llegan nunca a ser pecaminosos aunque los amantes se ven y hablan en más de una ocasión.

No sucede así en *La Celestina* donde me parece oportuno seguir el proceso, intachable desde un punto de vista humano, de esas relaciones amorosas que a fuerza de tanto escandalizar a los críticos gazmoños, empeñados en traspasar su lógica de sacristía al apasionado y ardoroso Calixto, inventan impedimentos raciales o místicos que ni el autor del primer acto ni Fernando de Rojas, su genial continuador, tomaron en cuenta. ¿Por qué buscarle tres pies al gato, cuando tiene cuatro?

Primer encuentro

"ENTRANDO Calixto en una huerta en pos de un halcón suyo, halló y a Melibea, de cuyo amor preso, comenzóle de hablar..."

CALIXTO: En esto veo, Melibea, la grandeza de Dios.

MELIBEA: ¿En qué, Calixto?

CALIXTO: En dar poder a natura que de tan perfeta hermosura te dotase y hacer de mí inmérito tanta merced que verte alcanzase y en tan conveniente lugar, que mi secreto dolor manifestarte pudiese. Sin duda, encomparablemente es mayor tal galardón que el servicio, sacrificio, devoción y obras pías que por este lugar alcanzar tengo yo a Dios ofrescido..." (Aucto 1º Esc. 1ª).

¿Qué se desprende de lo aquí reproducimos? Que Calixto allanó la casa de Pleberio, y encontrándo sola en el huerto a su hija Melibea, no pudo contener el deseo de requebrarla que llevaba oculto hacía tiempo —"mi secreto dolor"— hasta el punto de haber ofrecido a Dios servicio, sacrificio, devoción y

obras pías si le concedía la oportunidad de verla y hablarla. Calixto sigue expresándose con exaltación hasta manifestar que ni la visión divina para los santos es comparable al gozo que él siente en ese momento, que no permutaría ni por una silla en la corte celestial.

Ante tal osadía y desparpajo, revueltos con sus comparaciones heréticas, Melibea reacciona con el natural pudor de una doncella, casi asaltada en su propia casa:

"...La paga será tan fiera cual merece tu loco atrevimiento y el intento de tus palabras, Calixto, ha sido. De ingenio de tal hombre como tú haber de salir para se perder en la virtud de tal mujer como yo. ¡Vete! ¡Vete de ahí torpe! Que no puede mi paciencia tolerar que haya subido en corazón humano conmigo el ilícito amor comunicar su deleite" (Ib. Id.).

O para decirlo sin recurrir al hipérbaton, que oscurece el sentido de esta última frase: "que a ningún corazón humano se le haya ocurrido que un amor ilícito pueda comunicar conmigo su deleite" (Nota de la pág. 39, edic. Leyenda, S. A., México, 1947).

Calixto se siente rechazado con fiereza y desacreditado ante los ojos de Melibea, que consideró indigna y desvergonzada su declaración. ¿Y cómo nos pinta el autor a Calixto ante su fracaso amoroso? Como un joven atolondrado y simple, que pierde el apetito, entona estúpidas canciones y se deja envolver por su criado Sempronio y más tarde por la alcahueta. Sordo a los primeros consejos de Sempronio, que califica a las mujeres de seres inferiores y despreciables, Calixto hace una descripción sensual de Melibea que define claramente su obsesión:

"Los ojos verdes, rasgados; las pestañas luengas, las cejas delgadas y alzadas, la nariz mediana, la boca pequeña, los dientes menudos y blancos, los labios colorados y grosezuelos, el torno del rostro poco más luengo que redondo; el pecho alto, la redondez y forma de las pequeñas tetas, ¿quién te la podría figurar? ¡Que se despereza el hombre cuando las mira!..."

Por ello, Calixto no tiene que alborotarse cuando Sempronio, sabiéndolo ya ganado para su causa —la codicia— le propone recurrir a una vieja alcahueta que "a las duras peñas promoverá y provocará a lujuria si quiere". El doncel replicará impaciente: —"¿Podríala yo fablar?" ¿No es todo este

desarrollo de una lógica aplastante sin que tenga que interve-nir ningún supuesto racial ni religioso?

Segundo y tercer encuentro

La primera conversación entre Calixto y Melibea, ganada y la doncella para el galán gracias al sutil trabajo de Celestina es a través de las puertas del huerto de Melibea. Aquella mis-ma madrugada, Sempronio y Pármeno, los criados de Calixto matan a Celestina porque se niega a darles las tercera parte d las ganancias y ellos son ajusticiados sin formación de causa Nada de ello impide que Calixto acuda ansioso la noche si-guiente al huerto de su amada, acompañado de los criado Sosia y Tristán, que colocan una escala en el muro. Cuand el inflamado Calixto estrecha entre sus brazos a la hermos doncella, da curso a sus contenidos deseos sin el menor recato pese a la presencia de la criada de Melibea, y replica a la protestas de honestidad de su amada:

"Señora, pues conseguir esta merced toda mi vida he ga-tado, qué sería, cuando me la dieran, desecharla? Ni tú, se-ñora, me lo mandarás ni yo podría acabarlo conmigo. No m pidas tal cobardía. No es facer tal cosa de ninguno que hom-bre sea, mayormente amando como yo. Nadando por este fue-go de tu deseo toda mi vida ¿no quieres que me arrime a dulce puerto a descansar de mis pasados trabajos?... Perdo-na, señora, a mis desvergonzadas manos que jamás pensaro de tocar tu ropa con su indignidad y poco merecer; ahora go-zan de llegar a tu gentil cuerpo y lindas y delicadas carnes...

A lo que, vencida, contestará Melibea, póstumo recurs ruboroso: —"Si pensara que tan desmesuradamente te habí de haber conmigo, no fiara mi persona de tu cruel conve-sación". (Aucto XIV).

Y sin más preámbulo, Calixto llega, la primera vez qu la ve desde que fue rechazado por ella, a ese "dulce puerto con el que tanto ha soñado. Ya no hay ocasión de regulariz esos amores. Los amantes pecaron y lo seguirán haciendo cad noche en el mismo lugar durante un mes entero hasta qu la caída de la escala esparce los sesos de Calixto por piedr y paredes. Melibea, compungida, decide quitarse la vida, n porque sea "cristiana nueva" y no le importe morir sin conf

sión —la religión judaica también reprueba el suicidio— sino porque se sabe deshonrada y ha perdido al hombre que ama.

Todo resulta de una extrema naturalidad. *La Celestina* es una obra maestra, la más grande de la literatura española, junto con el Quijote, pero no carece de errores: su excesiva facundia en algunos monólogos y esa sobra de pedantería humanística tan propia de la época. La trama y los personajes son de una asombrosa veracidad y poseen una vida que casi se sale del libro a fuerza de palpitar. Ponerle reparos a cualquiera de estos dos últimos factores inventando ocultas complicaciones, sólo puede ser muestra de incomprensión, gazmoñería o afán de notoriedad.

Afectuosamente

Álvaro Custodio.

Dimensión Imaginaria

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ Y AMÉRICA

Por *Guillermo* DE TORRE

I

A DESPECHO de su acrisolada belleza, la obravida (escribiéndolo así, como él mismo pudiera haberlo hecho, al seguir el camino neológico de su postrero *Dios deseante y deseado,* que reanuda y supera en este aspecto sus primigenias *Ninfeas)* de Juan Ramón Jiménez no presenta —es forzoso reconocerlo— tanta variedad y riqueza de elementos como la de otros poetas universales de pareja talla e influjo. Por lo mismo que su máxima virtud (algo de esto ha apuntado muy exactamente Claudio Guillén, al comentar las traducciones norteamericanas de Juan Ramón en *The New Republic* de Washington) estriba en haber vocado íntegramente su existencia a la poesía, haciendo, en suma, más que nada, una poesía de la poesía su obra conjunta no ofrece la multiplicidad de perspectivas, la riqueza de motivaciones que encontramos en otros poetas, sin duda menos grandes, pero más abiertos a los vientos de diversas experiencias vitales e intelectuales. De ahí que la contrapartida de la pureza juanramoniana sea fatalmente cierta restricción de órbita. La ambición panlirista, el concepto de la Obra (escrita así, con mayúscula, según él lo hacía) como un absoluto, al modo de Mallarmé, supone y reclama insalvables limitaciones. Su "ideolojía lírica", bien mirada, no es sino la reiteración, durante cincuenta años, de un exiguo repertorio temático, reductible a pocas páginas, que en los glosadores, sobre todo, reaparecen monótonamente como cangilones de noria.

No se estime lo apuntado como irreverencias discordantes, sobre todo en la hora apologética que sucede a todo tránsito. La mayor admiración puede —debe— ser compatible con el mayor rigor crítico; ¿y acaso el propio autor de *Canción* (por citar su conjunto poético más bello y menos conocido)

no nos incitó a tal actitud con su ejemplo? Porque además sucede lo siguiente: he escrito, en respuesta a diversas demandas, no menos de media docena de artículos o pequeños ensayos; he pronunciado dos conferencias en el mes y medio transcurrido desde la muerte de Juan Ramón Jiménez; he leído una cantidad muy superior de trabajos últimos sobre el mismo tema, particularmente el copioso número de homenaje, con motivo del Premio Nobel, que le ha consagrado *La Torre* de Puerto Rico. Pues bien; haciendo ahora un rápido, exigente balance de lo propio y lo ajeno, advierto que todos hemos estado girando en torno a un número muy limitado de temas. ¿Ni aun buscando por otros caminos, acercándonos al hombre, a su circunstancia, mas sin caer en el falseamiento de lo esencial que lleva aparejado siempre lo anecdótico —por muy expresivo que sea o parezca—, habrá modo de encarar al poeta bajo una luz distinta, de aportar algún dato nuevo, algún rasgo antes no reparado?

Pero sin ir muy lejos, miremos a nuestro contorno físico: ya está: Juan Ramón Jiménez y América, lo americano y Juan Ramón Jiménez. Sin embargo, no tardo en advertir que también este aspecto ha sido abordado por otros. En lo referente a su relación con Rubén Darío, Donald F. Fogelquist publicó y momentó, en un folleto de la Universidad de Miami, toda la correspondencia entre ambos, ya parcialmente anticipada hace años por Alberto Ghiraldo en *El archivo de Rubén Darío*. Por su parte, María Teresa Babín —en *La Torre*— ha dado ya algunas precisiones sobre los veintiún años últimos de Juan Ramón Jiménez en América. No obstante, entiendo que a este propósito aún faltan otros momentos y circunstancias por anotar. Helos aquí, unidos al final con varios testimonios personales.

II

Ante todo, la presencia de Juan Ramón Jiménez en América (en las dos, la ánglica y la hispánica) es más larga de lo que aparenta. Sus relaciones con lo americano no comienzan en 1936, cuando deja una España en llamas rumbo a las Antillas; se remontan más atrás de 1916, fecha en que llega por vez primera a Nueva York para casarse con Zenobia Camprubí

En rigor, tal vinculación se confunde con sus mismos orígenes literarios. Arranca del modernismo finisecular. ¿Y qué viene a ser éste, en último extremo, sino una creación hispanoamericana? Aludiendo a su impacto en las letras españolas, Enrique Díez-Canedo pudo hablar fundadamente de "una influencia de retorno". De un *retorno de los galeones* había hablado ya metafóricamente, en un libro de ese título, Max Henríquez Ureña, quien más tarde, en otro libro —*Breve historia del modernismo*—, advierte cómo esa penetración del espíritu americano, por la vía del modernismo, significaba que "España estaba descubriendo por segunda vez a América".

Cierto es que con el modernismo comienzan a adquirir mayoría de edad las letras hispanoamericanas. Pero más cierto aún es que para precisar esa intercomunicación e influencia y no quedarnos, como suele acontecer, en el reino de la vaguedad, sería menester empezar por plantearse y resolver claramente varias cuestiones. En primer término, ¿se trata de una efectiva emancipación o de un simple cambio de planos, pasando del dominio español —representado por los últimos reflejos de un romanticismo ya agotado, inoperante— al dominio gálico? Después, ¿hasta qué punto ese modernismo americano, y con mayor razón todavía el español, eran efectivamente una creación, una aportación propia, o más bien se reducían a un trasplante y adaptación del simbolismo francés? ¿Acaso uno y otro modernismo no importan, trasladan, asimilan mucho más de lo que incorporan por cuenta propia? Y finalmente, por lo que atañe particularmente al modernismo español, ¿inaugura éste, en rigor, una nueva línea o quiebra más bien una tradición? De ahí su ambivalencia, de ahí que el modernismo fuese (como ha escrito Ricardo Gullón) al mismo tiempo liberador y desviador. Lo primero porque acabó con los últimos rezagos de un romanticismo desvitalizado; lo segundo porque obró como un cuerpo extraño (tal era asimismo la creencia de Pedro Salinas), interponiéndose en el camino de cierta transformación dentro de lo tradicional (así pensaba Juan Ramón Jiménez), ya iniciada por Bécquer y Rosalía de Castro. Ahora bien, por mi parte, puesto a buscar una línea poética reencontrada después del romanticismo, yo no me conformaría con un hilo tan tenue y buscaría alguna veta más sólida y añosa... Pero no se trata ahora de resolver plenamente las cuestiones que acabamos de esbozar.

III

VOLVAMOS, pues, tras esta desviación, al punto de partida, explicando por qué el modernismo inicial de Juan Ramón Jiménez le aproxima a América, creándole un vínculo continuo con este continente. Él mismo lo reconoció y explicó así en el único capítulo que llegó a publicar de un libro sobre *El modernismo,* que, caso de existir completo, será capital para el conocimiento íntimo de esa época y sus protagonistas. Tal modernismo, para Juan Ramón Jiménez, en sus orígenes se cifraba en un nombre, una obra y una influencia: la de Rubén Darío. "Rubén Darío —escribió, espumando sus recuerdos— era mi sol, era el sol de Nicaragua y de muchos muchachos y países más. Y aquel sol fue de aurora para los españoles, y esa aurora venía, nadie lo duda, fuera por donde fuera, de la América de nuestra lengua". Y en las mismas páginas nos cuenta cómo fue Villaespesa quien, al enviarle a Moguer numerosas publicaciones hispanoamericanas, hubo de revelarle "los nombres de aquellos poetas *distintos* que habían aparecido como astros nuevos de diversa magnitud, por los países, fascinadores para mí desde niño, de la América española: Salvador Díaz Mirón, Julián del Casal, José Asunción Silva, Manuel Gutiérrez Nájera, Leopoldo Lugones, Guillermo Valencia, Manuel González Prada, Ricardo Jaimes Freyre, Amado Nervo, José Juan Tablada, Leopoldo Díaz, ¿otros?, y siempre Rubén Darío, Rubén Darío, Rubén Darío".

Ya antes, en una vívida semblanza que trazó de Villaespesa, a raíz de su muerte (y que junto con la de Valle-Inclán y la de Salvador Rueda constituye un documento de máximo valor para incorporar a la historia del modernismo), había mostrado su deslumbramiento y gratitud. "Villaespesa devoraba la literatura hispanoamericana, prosa y verso. No sé de dónde sacaba los libros. Es verdad que mantenía correspondencia con "todos" los poetas y prosistas hispanoamericanos, modernistas o no, porque para él lo hispanoamericano era ya una garantía. Libros que entonces reputábamos joyas misteriosas, y que en realidad eran y son libros de valor, unos más y otros menos, los tenía sólo él: *Ritos,* de Guillermo Valencia, *Castalia bárbara,* de Ricardo Jaimes Freyre, *Cuentos de color,* de Manuel Díaz Rodríguez, *Los crepúsculos del jardín,* de Leopoldo Lugones, *Perlas negras,* de Amado Nervo". Estas transcripciones —algo extensas, pero no impertinentes, dado

el momento en que los textos a que pertenecen han sido leídos por pocos— demuestran claramente la presencia e influencia de lo americano en los albores de Juan Ramón Jiménez. Una y otra se extienden también a casi todas sus sucesivas etapas poéticas.

IV

PRECISAMENTE, cuando termina de modo definitivo su modernismo, esto es, pocos años antes de vivir y escribir el *Diario de un poeta recién casado*, publica, en 1913, otro libro titulado *Laberinto*. Es el último de la serie de quince, hoy inencontrables, que el autor no quiso nunca reimprimir, estimándolos como "borradores silvestres", limitándose, cuando más, a incorporar algunos poemas reelaborados a sus dos antologías. Como motivo concreto de la condena impuesta a este libro, sabido es que su autor señalaba una serie de once poesías tituladas "Nevermore"; las tachaba de retoricismo en otra, muy citada, que resume todo su primer proceso; la que comienza: "Vino, primero, pura...".

Pero ¿acaso no obraría también en tal rechazo otro motivo más particular e íntimo? Aludo, como se adivinará, al hecho de que en las páginas de *Laberinto* aparecía inserta cierta famosa —a pesar de todo— poesía elegiaca, la "Carta a Georgina Hübner en el cielo de Lima". Ya ha sido demasiado divulgada la historia de este fraude sentimental y no es menester contarla de nuevo. Lo único que a su propósito me interesa es hacer dos observaciones. En primer término, que esta Georgina Hübner, esta mujer que nunca existió —quizá como aquella incógnita "Amarilis" que en el siglo XVII correspondió poéticamente, también desde Lima, con Lope de Vega—, ha cobrado en la bellísima elegía una existencia para la poesía más real y perdurable que la de otras mujeres —probablemente menos ilusorias, Marthe, Denise, Francina— que proyectan sus leves sombras sobre los *Poemas mágicos y dolientes*. Después, que aquel abstracto erotismo de su juventud vino a proyectarse con intensidad y relieve en una mujer, sombra o figuración suramericana donde el poeta encarnaba la feminidad criolla, el ardor y la ingenuidad de un clima sentimental nuevo. (Sólo años después, Ortega y Gasset,

en su "Meditación de la criolla", acertaría a reflejar semejante fascinación).

Otro eco de lo hispanoamericano, ahora en sus proyecciones puramente intelectuales, encontramos en *Españoles de tres mundos.* De las setenta y una semblanzas o "caricaturas líricas" que aparecen en este libro, diez pertenecen a escritores y artistas de este continente. Entre ellas están algunas de las más felices; por ejemplo, la dedicada a José Martí. Un Martí con el cual no sólo se había sentido en su juventud solidario políticamente, moralmente ("hermano de los españoles contrarios a esa España contraria a Martí"), sino que para él había representado la otra cara del modernismo, un modernismo no ornamental y externo, entendido como "libertad interior". Y esto a pesar de que Juan Ramón Jiménez no supo gustar del Martí literariamente capital, esto es, del Martí prosista, del que tanto o más que ningún noventaiochista español acertó a flexibilizar el período castellano, insuflándole ritmo, color y cadencias nuevas.

V

PERO el verdadero y total contacto de Juan Ramón Jiménez con América sólo se establece lógicamente cuando aquél, forzado por la catástrofe de 1936, sale de España, buscando playas más bonancibles. Y a este propósito, como causal determinante de su alejamiento, no será inoportuno recordar algunos párrafos que entonces escribió: "España (corazón, cerebro, alta entraña) sale de España. Lo que significa idealidad, esfuerzo, cultura mejor, deja a España sin ello, sin ellos, sin ella, para trabajar sobre el suelo distendido, bajo el cielo distendido, en lo normal de España y de ellos que es, por ellos, la vida de España. ¡Ay de mi España!" Primero, algunas temporadas en La Habana y en Puerto Rico; después, estancias más largas en varios lugares de Estados Unidos, Washington, La Florida, Riverdale; en 1948, un viaje de varios meses por la Argentina y Uruguay, y, finalmente, desde 1951, en Puerto Rico.

De la segunda y última etapa, como testigo presencial, puedo anotar ciertos detalles que iluminan con luces más próximas los ya apuntados por Gabriela Palau de Nemes. Particularmente, de su temporada en Buenos Aires, que fue sin

ıda la más feliz, radiante y sociable de Juan Ramón Jiménez ı toda su existencia. Como si copiara apuntes de un Diario mentablemente nunca escrito (¿por qué, interesándome casi empre tanto por los ajenos, menospreciar el posible Diario ropio? o quizá será por haber tomado siempre demasiado pie de la letra aquello de que "los Diarios no son otra cosa ıe un cementerio de artículos nonatos, frustrados?, he aquí gunos rasgos copiados de la memoria y que ofrezco al reıerdo del máximo juanramoniano, Juan Guerrero.

Es exactamente el 4 de agosto de 1948. Una mañana fría, ı sol tardío. En la dársena estamos esperando la llegada del ıpor argentino que trae desde Nueva York a Zenobia y a ıan Ramón un pequeño grupo de amigos, encabezado por ıra Durán de Ortiz Basualdo, directora de los *Anales de uenos Aires,* merced a cuya generosa invitación se realiza viaje. Antes de atracar, desde el puente, el poeta —con un rueso sobre blanco, sus conferencias, apretado bajo el brazo— ıluda, identifica tanto a los amigos que no ve hace años como los que avista por vez primera. Luego, mientras le acompaımos en un automóvil al Alvear Palace, observo maravillado nuevo, al "mejor" (para decirlo con una expresión de clara miniscencia inglesa, que él emplea mucho para los demás) ıan Ramón que ahora nos llega. Abierto, luminoso, benévo-, sin sombra de maledicencias ni desdenes. Al divisar una ıred, donde su nombre, en un cartel anunciador de las conrencias, resalta con grandes letras, observo en él un gesto risueño disgusto: "¡Qué exageración! ¡Ni que yo fuera un rero!"

Su temple bienhumorado se acentúa en los días siguientes. otado de poderosas, finas artes de seducción (no menores ıe las del desdén), ejerciendo su cortesía de gran señor anguo, es visible (al menos para mí, que le confronto con vies imágenes madrileñas) que desea agradar y lo consigue pleımente. Establece así un fluido de simpatía con todos —escialmente todas— los que se le acercan, ¡y son tantos! Sin ıda, por vez primera tiene ocasión de medir hasta qué punto obra (particularmente ese *Platero y yo* cuya imagen le deıelven profusamente en poesías, dibujos, esculturas) ha lleıdo a la "inmensa minoría", merced a las reediciones hechas una colección popular (la "Contemporánea", de Losada) casi todos sus libros, frecuentemente reimpresos. (¡Y pen-

sar que en Madrid nunca acababan de tener salida aquellas primeras ediciones que veíamos durante años y años en los puestos de ocasión!) Su contento crece al comprobar el positivo interés con que un público cuantioso sigue sus conferencias en un vasto teatro, el Politeama; son cinco, bajo el nombre común de "Poesía y vida", y se titulan: "Límites del progreso", "La razón heroica", "Aristocracia de intemperie", "Poesía abierta y cerrada" y "El trabajo gustoso". Lee sentado, ante un micrófono, casi desde el fondo del escenario, como recatando su presencia, pero muy visible y próximo al público merced a las anécdotas poéticas que intercala, a ciertas alusiones de actualidad, a menciones amables para algunos escritores argentinos que le escuchan.

Sin embargo, por encima de esta acogida, ¿cuál es la razón fundamental de su complacencia, de su interpenetración simpática con el medio argentino? A mi parecer, ésta: el gusto de oír hablar español, de sentirse envuelto en la atmósfera idiomática propia. Unamuno escribió muy certeramente que su patria, antes que territorial, era lingüística. "La sangre del espíritu es la lengua. Allí donde resuena está mi alma". ¡Con cuánto mayor motivo no podrán —no podremos— decir lo mismo cuantos viven largos años bajo otras latitudes hispánicas que la nativa! Y para Juan Ramón Jiménez, la tortura de su exilio (que él, como otros, sitúa en un plano moral, al margen o por encima de lo político) reside en vivir inmerso dentro de un ámbito lingüístico que no es el suyo. De ahí su "extranjería" irreductible en Estados Unidos. Y ello no por menosprecio o ignorancia del idioma —que conoce hasta en sus más íntimos secretos, según muestran sus traducciones de Yeats, Eliot, Pound y otros poetas—, sino tal vez por cierto temor de perderse o desnaturalizarse, desnudando —que no vistiendo, según aclaraba Unamuno— su pensamiento en una lengua extraña a su sangre. Y, por el contrario, su gozo, su pronta intimidad con el contorno al minuto de llegar a Buenos Aires como a Montevideo, a La Habana como a Puerto Rico. Inclusive la fonética y los giros criollos no le suenan ajenos como a otros (a los castellanos, por ejemplo, y sobre este punto he cambiado con Juan Ramón Jiménez experiencias diversas), sino afines, fraternalmente andaluces.

Por todo ello, en vez de rehuir a las gentes, según hacía en Madrid, yo diría que las busca. Acude a todas partes donde

le invitan, prodiga generosidades y estimula a los poetas jóvenes. Hace —y oculta señorialmente— algunos actos de caridad. Las poetisas han montado en torno a él una especie de guardia de honor. Ésta se refuerza el día de la despedida. Lo compruebo al llegar al hotel: un grupo en el vestíbulo, dos muchachas en el pasillo, otras dos en la puerta de la habitación... Apoteosis. Ello explica su nostalgia porteña y los deseos que mantuvo largos meses de regresar para afincarse en algún pueblo de los alrededores de Buenos Aires. Al no realizar este proyecto se libró de previsibles desilusiones: porque eran los años en que la Argentina se hundía en la sombra negra de una dictadura y la inflación desbarataba todos los cálculos que Zenobia y él habían hecho.

VI

"Y yo me iré. Y se quedarán
los pájaros cantando".

ÚLTIMA etapa de la vida del poeta: la de Puerto Rico. De ésta podrán dar testimonio los amigos puertorriqueños y españoles que con él convivieron. Ricardo Gullón (en el prólogo a la edición Aguado de los *Sonetos espirituales*) ya nos ha facilitado algunas imágenes muy simpáticas. A modo de complemento, vayan estas otras mías sobre un momento posterior, narrando mi último encuentro con Juan Ramón Jiménez en los días —extraño aparejamiento— del máximo triunfo y el máximo duelo.

Es el 20 de octubre de 1956. En gira por varias ciudades de América, llego a Puerto Rico en el avión de La Habana. En el aeródromo, esperándome, el Rector de la Universidad, Jaime Benítez (que con tan fina inteligencia y solicitud ha acogido a Juan Ramón, desde hace años, como "poeta visitante"), el decano de la Facultad de Humanidades, Sebastián González, y otros colegas más. La primera noticia que Jaime Benítez me da es ésta: "Zenobia está muy grave. Agoniza desde hace mes y medio. ¡Pobre Juan Ramón!"

¡Extraña ironía del destino! —pienso. He aquí que el hombre aparentemente débil, que ha vivido desde la adolescencia acosado por el espectro imaginario de una muerte re-

pentina, se mantiene en pie, mientras ella, la mujer fuerte, que desde hace cuarenta años estaba a su lado, sirviéndole ("con su espíritu, su bondad y su alegría", según escribió el poeta en la dedicatoria a Zenobia del libro *Canción)* de sostén y estímulo animoso, cae ahora víctima de un manotazo ciego.

Cinco días después los sones del alegre carillón musical, echados a volar desde la torre del *campus* universitario, convocan al homenaje que en el aula magna, ante más de un millar de estudiantes, rendimos varios profesores y escritores (Margot Arce, Nilita Vientós Gastón, Federico de Onís, el Rector, el decano, etcétera), con breves alocuciones, a Juan Ramón Jiménez. Acaban de concederle el Premio Nobel y es un día de fiesta no sólo para esta "isla de la simpatía" y para esta Universidad, sino para todos los países de habla hispánica. Mientras tanto, Zenobia agoniza y hay un invisible, pero cierto ondear de crespones negros, como presagios de luto, entre la esmeralda viva de los "flamboyants" antillanos.

En estas circunstancias, ¿iré a ver a Juan Ramón? Por lo pronto, dedico una mañana a visitar la "Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez", abierta en la Biblioteca de la Universidad con cuadros y libros donados por ambos; escucho la voz del poeta recogida, con varias conferencias, en la cinta electromagnética. Pero al final de una tarde, venciendo mi perplejidad, Federico de Onís, ("áspero y dulce como un paisaje de piedra y cielo", según le llamó el poeta en la dedicatoria de *Sonetos espirituales),* me insta a acompañarle, junto con Harriet de Onís, aunque sé que Juan Ramón no quiere ver a nadie. Esperamos unos momentos bajo un porche. Llega poco después, tras haber pasado el día con la mujer agonizante. Le encuentro derrumbado, definitivamente envejecido, como una sombra del Juan Ramón que vimos en Buenos Aires, sin voz y sin mirada apenas. Nos estrechamos las manos en silencio. Sé, no obstante, que Zenobia ha alcanzado aún hoy a conocer la fausta noticia y a escuchar estas palabras de su marido: "El Premio Nobel es tuyo; lo has ganado tú..."

Mientras volvemos a la Ciudad Universitaria, surcando el crepúsculo, torna a mi recuerdo esta canción de fidelidad, de primacía erótica, que Juan Ramón Jiménez había compuesto mucho antes:

Renaceré yo piedra
y aún te amaré mujer a ti.
Renaceré yo viento
y aún te amaré mujer a ti.
Renaceré yo ola
y aún te amaré mujer a ti.
Renaceré yo fuego
y aún te amaré mujer a ti.
Renaceré yo hombre
y aún te amaré mujer a ti.

VII

QUIENES conocieron, de cerca o de lejos, el indominable espíritu crítico, en ocasiones incisivo y aun cáustico, que alentaba, junto a su pura vena lírica, en Juan Ramón Jiménez, se preguntarán ahora si ese rigorismo no se manifestó en él alguna vez a propósito de América y de lo hispanoamericano. Sí; tuvo ocasión de expresarse, particularmente a propósito de la poesía de Neruda, que violentamente desestimaba; o mejor aún, en cierto cruce de cartas y artículos que aquella polémica promovió. Dialogando públicamente con un escritor mexicano, Juan Ramón Jiménez declaró paladinamente que no creía en la América indígena, en su revalidación artística; y, a propósito de los pintores muralistas mexicanos, advertía que su arte "no es una sucesión pura, directa, del indigenismo americano del siglo XVI, sino un retorno voluntario, después de cuatro siglos europeos, no ya sólo españoles, de experiencia complicada", y por consiguiente artificiosa.

Sin discutir —como sería menester— este aserto, recordaré ahora, para terminar, cierta curiosa predicción que Juan Ramón Jiménez hizo en 1946, por una vez revelándose como vate, esto es, incurriendo en vaticinios. Tras señalar, con esa preocupación tan suya de liderazgo o jefatura literaria (que nunca le abandonó, ocasionándole, al cabo, más sinsabores que satisfacciones), que su obra, junto con la de Rubén Darío, Federico García Lorca y Pablo Neruda, es la que ha marcado una más ancha influencia sobre la poesía de este primer medio siglo, se preguntaba: "¿Quién será el poeta que llene todo lo que queda de siglo..., el que levante y pase una nueva antorcha, y sobre todo, el que determine una poesía de verdad me-

jor?" Y se contestaba: "Deberá nacer en Hispanoamérica y del lado del Pacífico, que lo espera". ¿Por qué esta localización tan particularmente delimitada? —pudiéramos replicar. Desde luego toda predicción es más que azarosa, pero puestos a presagiar dejemos generosamente abierto mayor espacio y no nos limitemos solamente al Pacífico. Si efectivamente América ha sido (¿sigue siendo?), en lo intelectual, antes que otra cosa un continente poético —nada más, dirán algunos, dolidos; nada menos, dirán jactanciosamente otros—, otorguemos entonces a toda ella la esperanza de ese gran poeta de la segunda mitad del siglo, sin excluir a ninguno de sus países, so riesgo de que al no hacerlo así se nos declare indeseables en cualquiera de sus latitudes...

ESPAÑA Y SUS NUEVOS POETAS

Por *Manuel LAMANA*

HABLAR de la producción poética en la España actual, supone, forzosamente, la necesidad de hablar de esta España. Más aún si consideramos que precisamente el tema que vamos a tratar es la forma de sentir a España de estos poetas. Y es necesario hablar de España por la sencilla razón de que en España es donde estos hombres viven, donde encuentran, o donde echan en falta, todo lo que tienen que decir. Desde va haciendo ya la enormidad de veinte años, tenemos una especie de cliché de España: una España amordazada, aislada intelectualmente, deshecha. Sus más claras cabezas fueron obligadas a expatriarse; de las que se quedaron, buena parte murieron en un silencio forzado. La Universidad callaba. Y la prensa era, y es, monocorde, dirigida, insoportable. La censura, en cualquier campo, cortaba de raíz todo intento de renovación... Pues bien, todo eso es cierto. Pero hay más: hay, lo que no tenemos que olvidar, esos veinte años de vida —de mala vida, pero de vida— del pueblo hispano. Y pese al régimen, pese a la pobreza directriz intelectual, pese al intento de entontecimiento sistemático de la juventud, los veinte años han podido más, y España, la amordazada, nos da por lo menos la promesa de tener conciencia de sí misma y de las cosas, nos da muestra de una juventud que piensa, y nos da el ejemplo de una generación literaria —a los poetas nos referimos ahora— con una personalidad y con un vigor indiscutibles. De cómo piensa nuestra juventud, nombremos simplemente, sin comentario, porque ahora, repito, hablamos de poesía, a las últimas manifestaciones escritas en España —anónimas, breves, clandestinas—, desde la muerte de Ortega a esta parte, y particularmente al manifiesto de los estudiantes de Valladolid, tan definitivo en muchos aspectos y tan lleno de sugestiones. Pero es prosa y su intención política. Volvamos a lo nuestro, pero no olvidemos que la poesía nunca va sola. Se filtra, aunque hasta cierto

tono. Algún día oiremos hablar. Oiremos hablar a la juventud formada en ese régimen; esto es, a la juventud que durante la mayor parte de su vida ha soportado a ese régimen, a la que lo ha experimentado como nadie. A esa juventud que va siendo España. La palabra va a ser de ellos. En España habrá que escucharles. Habrá que saber escucharles.

España es, pues, un país muy particular. Pero aunque no lo fuera, no dejaría de influir en sus poetas. El poeta es, ni más ni menos, un hombre como los demás. En su vida diaria, es un hombre con las mismas obligaciones, con las mismas experiencias, con la misma realidad que los demás hombres. Canta lo que los otros no saben cantar, pero vive con ellos. El poeta goza de una sensibilidad muy especial, pero en ninguna forma puede aislarse de cuanto le rodea. ¿Puede creerse, por mucho que la censura lo atenace, que el poeta español, a través de su España torcida, no participa de este mundo? ¿Hay acaso alguien, en este mundo, en este mundo de hoy, y más en Europa, que se pueda considerar seriamente centro, fin y principio de todos los intereses? Blas de Otro, en *Redoble de conciencia*, harto ante las perspectivas del mundo, apostrofa al mismo Dios:

> Parece como si el mundo se acabase, se hundiera.
> Parece como si Dios, con los ojos abiertos,
> a los hijos del hombre los ojos les comiera.
> (No le bastan —parece— los ojos de los muertos.)
>
> Europa, a hombros de España, hambrienta y sola;
> los Estados de América, saliéndose de madre;
> la bandera de Rusia, oh sedal de ola en ola;
> Asia inmensa, ah sí; esclava del primero que ladre.
>
> ¡Alzad al cielo el vientre, oh hijos de la tierra;
> salid por esas calles dando gritos de espanto!
> Los veintitrés millones de muertos en la guerra
> se agolpan ante un cielo cerrado a cal y canto.

En la España actual, la poesía más que nunca todos podemos vivirla y sentirla como nuestra. Es de todos, y, realmente, casi es lo único que nos habla, en verso, nuestro mismo lenguaje. (¿Acaso no sale de nosotros mismos por boca de ese hombre privilegiado que es el poeta?) Y el poeta lo sabe. Conoce su misión de voz "con libertad vigilada". De voz suya y de los

otros. Celaya, por ejemplo, en las palabras previas a unos poemas suyos de una antología de la que después hablaremos, dice: "Un poeta es por de pronto un hombre". Y más adelante: "Nuestra Poesía no es nuestra. La hacen a través nuestro mil asistencias, una veces agradecidas, otras, inadvertidas. Nuestra deuda —la deuda de todos y de cada uno— es tan inmensa que mueve a rubor... Trabajamos en equipo con cuantos nos precedieron y nos acompañan". O Rafael Morales, en la misma antología, citando a Aleixandre: "El poeta que escribe para sí mismo lo que hace es suicidarse por falta de destino".

Se dice que cada cual ve las cosas según el cristal con que las mira. Hay cosas, en esta España de hoy, que ningún cristal puede variar. Hay hombres, por ejemplo, miles de hombres, para quienes la primera vivencia ha sido la guerra. Y la guerra no se oculta. Ya nos lo dice Eugenio de Nora en *España, pasión de vida:*

> Fui despertado a tiros de la niñez más pura
> por hombres que en España se daban a la muerte;
> que murieron por ella.
> Y mordí tierra dura,
> reseca, y brotó sangre, cálida marca humana.

Para muchos hombres, esa contemplación fatal de la muerte —en uno u otro bando—, esa contemplación impotente del destrozo mutuo, ha sido la gran experiencia. No lo olvidemos. Porque el resto, lo que hasta ahora creíamos que podía influir en un poeta, viene después. La guerra deshace todo el orden de los valores, deshace las vidas, precipita todas las etapas formativas en otros casos más lentas, de evolución pausada. Lo que el hombre aprende en ella, lo que olvida, no lo sé. Que palpa todo lo que tiene de elemental y por lo tanto de común con los demás hombres, sí me atrevo a asegurarlo. Y que duda, que duda terriblemente, sí lo aseguro también. Y si duda, no es difícil que después cree su propia verdad.

No es de extrañar, pues, que a una generación, o a varias, de preguerra, suceda otra de signo diverso. Es habitual en la vida. En la vida literaria, también. La generación joven normalmente se rebela contra la que le es anterior, de una u otra manera. Claro que en la España actual, a esa rebelión ni siquiera le queda la posibilidad de manifestarse como tal. En

España no está permitida la rebelión ni siquiera literaria. Habremos de ver, entonces, qué es lo que ocurre.

Ahora bien, para hablar de España en el momento actual es evidentemente indispensable hablar del final de la guerra. Y de la España en guerra. Y necesario sería llegar más lejos. Muy difícil es mentar la guerra sin comentar también sus causas posibles. Tanto como hablar del momento histórico que supone sin decir nada de sus elementos. Esto es, sin hacer un detenido examen del pueblo español y de sus atributos; de sus hombres, conservadores, liberales o revolucionarios pero siempre oposicionistas; del anarquismo y de la religión; de los estamentos y de las instituciones; de las clases, los clanes y las castas; de la geografía y las ciudades; de las perspectivas éticas y sociales, sobre todo económico-sociales. En fin, de toda España, de todos los españoles y de su relación con el mundo. Pero esto es tema para mucho más que un solo trabajo.

Y literariamente, tendríamos que ir también muy lejos. Por lo menos, más allá de esos poetas más o menos coetáneos de García Lorca, hoy tan brutalmente desperdigados por el mundo, y donde algunos han callado para siempre, tendríamos que llegar a la generación del 98. O podríamos remontarnos a Larra y a Cadalso. O a Quevedo. Si se me aprieta, a las Comunidades o aún más lejos, porque en definitiva, este problema tan actual, en cierta forma nos es eterno. ¿Por qué nombro, pues, al 98? Pues sencillamente, porque los hombres del 98 son los últimos que sacan a luz —aunque no pasen de ahí— los grandes problemas de la tierra española, por lo menos los que más directamente le atañen y con ellos el país toma de nuevo conciencia de sí mismo. Es decir, que rotos de sus mayores más próximos por el exilio, por la muerte o por un silencio obligado, los escritores actuales se encuentran herederos de aquellos problemas, avivados o transformados por la guerra. Muy discutida es esa generación. Muy discutida también la conducta de sus hombres en el momento de la guerra, sin duda —salvo excepciones gloriosas— mucho menos clara que la de los grandes líricos que la siguieron. Pero sin embargo seguimos siendo inseparables de ellos. Podemos discutirlos, pero el peso que echaron sobre sus hombros —o sobre los hombros de otros—, todavía está sin aligerar.

Sigue leyéndose en España a Machado y a Juan Ramón Jiménez, y también a Alberti, Guillén, Salinas, León Felipe,

Prados, Cernuda y tantos otros. Continúa influyendo García Lorca. Todos siguen influyendo, sobre todo en la forma. Y todos siguen leyéndose, aunque más lo publicado con anterioridad a 1936. Sin embargo, de los poetas conocidos antes de la guerra, posiblemente son Vicente Aleixandre y Miguel Hernández los que más se dejan sentir. Y esto ¿por qué? Pues a mi parecer, sencillamente, porque el uno murió allí y porque al padecer la cárcel participó de una experiencia un tanto general, y porque el otro sigue estando allí. No es mérito ni demérito. No juzgo. Hago constar el hecho, simplemente. Un hecho que, por lo demás, hoy no vamos a examinar. Y es que ocurre, como decíamos al principio, que lo más importante para esos poetas, como para todos los españoles que están en España, es que están viviendo en un mismo lugar, del cual participan, a gusto o a disgusto. Es decir, que la evolución del país es ellos quienes la viven. Y, en resumidas cuentas, ellos son quienes por fuerza la tienen que ventilar, aun en la medida de lo posible.

El escritor, por el mero hecho de serlo, expresa su forma de ver las cosas, de ser. Una obra de arte, aunque sea limitada en cuanto a sus pretensiones, expresa una concepción del mundo. Al mismo tiempo es una forma de evasión, que es una manera de salirse de lo común, de rebelarse. Ahora bien, con el escritor español actual se plantea el problema de que *debe contener* la materia de su producción porque *tiene que contener* su rebelión. No puede expresar de una manera absoluta su mundo. No le dejan escribir sobre lo que le preocupa. Y como sabe que aunque así escribiese su obra no podría trascender totalmente, ni siquiera se le ocurre. Y esto es lo más grave. Hay quien pretende que la rebelión del intelectual puede bastarse en sí misma, que lo importante es la libertad inmanente, que es una cuestión privada. Sí, está bien, por ser mental es una cuestión privada. Pero, si no se ventila, se ahoga, es como si no hubiese habido rebelión. Es decir, no se va a ninguna parte. Es lo que ocurre cuando se pone agua a hervir y se olvida en el fuego. Hierve, qué duda cabe, pero al final no queda nada. Y esto es válido también para quienes escriben por desahogarse, o por alcanzar la fama o por realizar la belleza. En todo caso, lo escrito nunca queda en sí: va a otros. O puede ir. Y si no, queda ignorado. Prácticamente, no existe. Y si la producción literaria española sigue siendo —a pesar de todo— considerable en calidad y en cantidad, es absolutamente alarmante que un tema tan dramáticamente sugestivo como la guerra civil —por

no añadir la postguerra— haya sido tan limitadamente tratado en la literatura —como al margen, como un accidente—, cuando es el fondo de todo. Es decir, que nuestro hispánico escritor va arrastrando el tremendo lastre de un punto de partida harto fastidioso (que puede ser inconsciente): la imposibilidad asegurada por adelantado de que su pensamiento trascienda absolutamente.

Por lo demás, la rebelión del escritor, como tal, es hasta cierto punto pasiva. Porque si por una parte su elaboración es puramente intelectual, o eso parece, por otra, por perderse la individualidad al ventilarse en común, está totalmente apoyada y mezclada en la vida de todos los días. De aquí que no se pueda rebelar de manera absoluta. Porque sería una rebelión contra su propia esencia. Pero de aquí que siempre se pueda esperar del escritor, sobre todo del poeta, que puede decir tanto porque su voz se aproxima al canto, no todos la saben oír, y por lo mismo puede pasar muchas barreras.

De los poetas conocidos antes de la guerra, Vicente Aleixandre, Dámaso Alonso, Panero, Rosales, Carmen Conde y otros menos interesantes han continuado su producción con publicación en la península. Rosales, Panero y Vivanco empiezan publicando sus poemas en la revista oficial *Escorial*. Aparece después, derivada de su neoclasicismo, la revista *Garcilaso*, dirigida por García Nieto, y que sirve de guía a toda la poesía inmediata a nuestra guerra. De la misma escuela es Dionisio Ridruejo, que tanto ha dado que hablar hace unos meses al renegar públicamente de sus viejos ideales falangistas.

Pero esta posición oficial no se impone. La oposición plasma en 1944 en León con la revista *Espadaña*, que sigue una trayectoria disconforme con la marcada por *Garcilaso*, y que creo que es lo más representativo del nervio de la nueva generación. En *Espadaña* es de destacarse, sobre todo, el trabajo de Victoriano Crémer y de Eugenio de Nora.

Espadaña es el punto de partida. Después de ella empiezan a surgir en todos los puntos de la península revistas y poetas que, aunque sin decisión tan determinada, más eclécticos o más neutros, siguen por la senda abierta por la revista leonesa. Tan fuerte es este movimiento poético —que habrá de llegar hasta *Aldebarán*, suspendida por orden superior el año pasado, que en la *Antología de la poesía española (1954-1955)*, publicada en 1956 por Aguilar y recopilada por Rafael Millán, figuran ejemplos apreciables de más de cien poetas.

Otra revista importante de entonces—de aquel principio de "oposición poética"—es *Proel,* de Santander, en la que se deja sentir Gerardo Diego, y donde publican, entre otros, José Hierro, Maruri y José Luis Hidalgo, fallecido este último en 1947. Y ruta semejante siguen *Cántico,* publicada por Ricardo Molina en Córdoba, *Entregas de poesía* en Barcelona, *Verbo* en Alicante, etc. E importante es también la colección poética *Adonais,* que empezó dirigiendo el poeta y crítico José Luis Cano, secretario de redacción también de la revista literaria *Ínsula,* de Madrid, de tanto mérito.

Así, pues, como puede verse, ni siquiera es fácil en España, hacer versos. Pero se hacen. Se ha dicho, pensando en los poetas conocidos antes de la guerra, que España estaba viviendo un nuevo medio Siglo de Oro de poesía. Yo creo que el siglo se puede completar. Vana poética no falta. Materia, hay una España entera por lo menos. Y sobrar, sobra el puño que no la deja remontarse hasta donde podría. Pero ningún puño ha durado nunca cien años. De todas las maneras, poetas hay ya que han echado su palabra por delante con toda la fuerza. Y cuando hablan de su dolor de España, lo dicen claramente, sin temor, porque hay sin duda dolores que están más allá del miedo. Otros, más directos, con más precisa concepción de lucha, aunque no por eso menos poéticos en su expresión, han tenido que acudir al libro clandestino. Grave cosa es que en un país, al escribir un poeta, tenga que situarse fuera de la ley.

Voy a dar como ejemplo los versos de un poeta que nos dice, simplemente, que ama a su país. Me estoy refiriendo, concretamente, al libro de autor anónimo *Pueblo cautivo,* que fue impreso por la FUE de Madrid en los talleres clandestinos de la Unión Federal de Estudiantes Hispanos en el mes de diciembre de 1946. Lo menciono en primer lugar por ser el que supongo más sincero, al gozar el autor de la libertad infinita del que ya está más allá de la ley. Claro que esa libertad se suele pagar muy cara.

Dice el poeta en "Mandato", su primer poema:

> Todo el que pueda, oiga, porque cada palabra
> que escribo está madura de verdad...

Y el siguiente, de título "Quiero decir", lo inicia con estas palabras que mantendrá a todo lo largo del libro:

> España, España, quiero atestiguarte...

El poeta se declara testigo de España. No inventa. No puede inventar. Lo que tiene que decir es más fuerte que toda su fantasía. Tiene que hablar de la verdad de todos, de la que todos ven:

> ...Las ciudades de muertos
> —Badajoz, Zaragoza, Guernica— interminables;
> los caminos de España bordeados de sepulcros;
> las cárceles oscuras y las madres más solas,
> todo lo que es presencia de la patria escupida,
> me dice persevera.
> Si la verdad del hombre
> fuera amar y olvidarse, y perdonar, desprecia:
> Nos ha tocado un tiempo en que ser hombre es poco.

Y más adelante, en "Testimonio", nos dirá:

> Yo bien quisiera
> hablar con voz más pura de la luna y las flores,
> o descifrar en versos mágicos
> el color de los ojos de la mujer que amo:
> pero ahí está lo otro,
> un oleaje, una salva de aplausos y disparos,
> el mar ronco en las calles.
> Yo fui aquél que silenciosamente
> besa las rosas y contempla el cielo.
> Pero aquí están los años enemigos,
> amargos de odio, abiertos como heridas...

Él bien quisiera cantar "lo azul sobre los montes", pero no puede. Su verdad ahora es otra. No es tiempo este de contemplar. Es tiempo de decir, de denunciar a gritos, de hacer con las palabras, con el canto, lo que no se tiene otro modo de hacer:

> Yo soy un hombre, y canto
> con los ojos abiertos. Digo cosas que veo,
> no los ángeles puros ni su claro mensaje.
> Las cosas que yo he visto sobre la tierra dura,
> voz a voz, llanto a grito las iré declarando.

Y más definitivamente aún:

...Yo soy aquel que mira,
aquel de quien se pide que atestigüe y declare.

Veamos, pues, qué nos dicen estos poetas jóvenes de esa España que ellos han recibido, de esa herencia pesada, impuesta, que les han dado sin prevenirles antes.

En 1952 se publicó la antología antes mencionada, de título *Antología consultada de la joven poesía española*. El propósito del editor fue seleccionar a los diez mejores poetas —luego reducidos a nueve— dados a conocer después de la guerra. El jurado, si así puede llamarse, lo compusieron 53 hombres de letras consultados. Estos nueve poetas jóvenes se llaman, por orden alfabético, como en la antología, Carlos Bousoño, Gabriel Celaya, Victoriano Crémer, Vicente Gaos, José Hierro, Rafael Morales, Eugenio de Nora, Blas de Otero y José María Valverde. Los nombro porque casi todos los ejemplos que diga pertenecen a libros de alguno de ellos, poetas jóvenes característicos y representativos de la actual España.

Y al decir poetas característicos y representativos de la actual España, no se les confunda, por favor, con el régimen político actual de España. Ya antes hemos mencionado a algunos representantes de la poesía oficial. No incurramos en el deplorable error de confundir a España con su régimen.

Entre la publicación de *Subida al amor*, de Bousoño, en 1945, y *Tierras de España*, de Ramón de Garciasol, hace un año, muy diversas han sido las maneras de expresarse de nuestros poetas, pese al conjunto generacional, al ser España el centro de su idea. De todas las maneras, que España sea el tema, ya es de por sí significativo. En el libro *De Machado a Bousoño*, José Luis Cano apunta: "Tema insólito (es) en la poesía de la gran generación de la Dictadura, y que Bousoño es el primero en reivindicar, me parece, de entre los poetas de nuestra postguerra. El tema de España, tan cultivado por nuestros poetas clásicos y románticos, queda, con alguna excepción, fuera del modernismo, pero arranca patéticos acentos a los dos máximos poetas del 98, Antonio Machado y Miguel de Unamuno". El tema de España lo vuelven a tomar estos poetas. ¿Hará falta, para que los españoles nos ocupemos de nuestro país, para que lo sintamos y lo digamos, que estemos en pleno naufragio?

Dice Blas de Otero en su último y dramático libro, *Pido la paz y la palabra:*

Testigo soy de ti, tierra en los ojos,
patria aprendida, línea de mis párpados,
lóbrega letra que le entró con sangre
a la caligrafía de mis labios.

Y digo el gesto tuyo, doy detalles
del rostro, los regalo
amargamente al viento de estas hojas.
Oh piedra hendida. Tú. Piedra de escándalo.

Retrocedida España,
agua sin vaso, cuando hay agua; vaso
sin agua, cuando hay sed. *"Dios, qué buen vassallo*
si oviesse buen..."
Silencio.

Agua sin vaso, cuando hay agua. Vaso sin agua, cuando hay sed. ¿Por qué? Otero nos dice cuál es nuestra contestación: Silencio.

Nos denunciamos a España. Y después de la denuncia, ¿qué hacemos? ¿Dolernos? ¿Contemplarla? ¿O nos atrevemos a ir más lejos? Tres preguntas son, tres actitudes encontraremos en nuestros poetas para contestarlas.

Bousoño, en "España en el sueño", la contempla. Una leve inquietud le estremece. Contempla y ama. Ama en vano, tal vez, si amar ya no es bastante. Él lo sabe. Pero ahí se instala:

Desde aquí yo contemplo, tendido, sin memoria,
el campo. Piedra y campo, y cielo, y lejanía.
Mis ojos miran montes donde sembró la historia
el dulce sueño amargo que sueñan todavía.

Pero el amor fundido en piedra, día a día;
pero el amor mezclado con monte, o con escoria,
es duradero, y te amo, oh patria, oh serranía
que te levantas bajo el cielo, ilusoria.

Campos que yo conozco, cielos donde he existido;
piedras donde he amasado mi corazón pequeño;
bosques donde he cantado: sueños que he padecido.

Os amo, os amo, campos, montañas, terco empeño
de mi vivir, sabiendo que es vano mi latido
de amor. Mas te amo, patria, vapor, fantasma, sueño.

Yo no sé nada de la vida de Bousoño. Sólo sé que es asturiano y que estudió filosofía. No sé casi nada tampoco de la vida de José Hierro. Apenas, que es santanderino. También, que en la guerra, en la violencia, en la pasión brutal de la guerra, alguien de su familia perdió la vida. Y desde entonces, ¿qué ha encontrado José Hierro en esa España? La muerte ronda a sus poemas. Bousoño es un estudioso. Mide sus versos y los versos de otros. Además de sus libros de poesía, ha publicado varios de teoría o de investigación poética. Hierro abre el libro *Quinta del 42* (quinta del 42: 14 ó 15 años al empezar la guerra) con el poema "Para un esteta", que dice así en su principio:

Tú que hueles la flor de la bella palabra
acaso no comprendas las mías sin aroma.
Tú que buscas el agua que corre transparente
no has de beber mis aguas rojas.

Tú que sigues el vuelo de la belleza, acaso
nunca jamás pensaste cómo la muerte ronda
ni cómo vida y muerte —agua y fuego— hermanadas
van socavando nuestra roca.

Perfección de la vida que nos talla y dispone
para la perfección de la muerte remota.
Y lo demás, palabras, palabras y palabras,
¡ay, palabras maravillosas!

¿Podía este hombre tumbarse a contemplar España? ¿Podía este hombre describirnos sus montes, sus prados y sus ríos? ¿O más bien nos tenía que dar su dolor hecho palabra, maravillosa palabra, como él dice?

Así es su "Canto a España":

Oh España, qué vieja y qué seca te veo.
Aún brilla tu entraña como una moneda de plata cubierta de polvo.
Clavel encendido de sueños de fuego.

He visto brillar tus estrellas, quebrarse tu luna en las aguas,
andar a tus hombres descalzos, hiriendo sus pies con tus piedras ar-
[dientes.

¿En dónde buscar tu latido: en tus ríos
que se llevan al mar, en sus aguas, murallas y torres de muertas ciu-
[dades?
¿En tus playas, con nieblas o sol, circundando de luz tu cintura?
¿En tus gentes errantes que pudren sus vidas por darles dulzor a tus
[frutos?

Oh España, qué vieja y qué seca te veo.
Quisiera talar con mis manos tus bosques, sembrar de cenizas tus tie-
[rras resecas,
arrojar a una hoguera tus viejas hazañas,
dormir con tu sueño y erguirme después, con la aurora,
ya libre del peso que pone en mi espalda la sombra fatal de tu ruina.

Oh España, qué vieja y qué seca te veo.
Quisiera asistir a tu sueño completo,
mirarte sin pena, lo mismo que a luna remota,
hachazo de luz que no hiende los troncos ni pone la llaga en la piedra.

Qué tristes he visto a tus hombres.
Los veo pasar a mi lado, mamar en tu pecho la leche,
comer de tus manos el pan, y sentarse después a soñar bajo un álamo,
dorar con el fuego que abrasa sus vidas, tu dura corteza.
Les pides que pongan sus almas de fiesta.
No sabes que visten de duelo, que llevan a cuestas el peso de tu aca-
[bamiento,
que ven impasibles llegar a la muerte tocando sus graves guitarras.

Oh España, qué triste pareces.
Quisiera asistir a tu muerte total, a tu sueño completo,
saber que te hundías de pronto en las aguas, igual que un navío
[maldito.

Y sobre la noche marina, borrada tu estela,
España, ni en ti pensaría. Ni en mí. Ya extranjero de tierras y días.
Ya libre y feliz, como viento que no halla ni rosa, ni mar, ni molino.
Sin memoria, ni historia, ni edad, ni recuerdos, ni pena...

..en vez de mirarte, oh España, clavel encendido de sueños de [llama,
ofre de dura corteza que guarda en su entraña caliente
. vieja moneda de plata, cubierta de olvido, de polvo y cansancio...

¿Y ésta es la actitud general de la quinta del 42? Forzo-
amente, no. Además, digo la quinta del 42 porque ése es el
tulo del libro de Hierro. Ignoro la edad de estos poetas jóve-
es, pero no tiene por qué ser la misma. Valverde dice que na-
ó en 1926. Otero, en 1951, declara:

n este momento tengo treinta y tres años encima de la mesa del des- [pacho
un pequeño residuo de meses sobre el cenicero de plata.

Y el anónimo poeta de *Pueblo cautivo*, empieza así un poe-
a en 1946:

Veinte años tengo ante mi voz maduros.

Es decir, que de estos pocos datos recogidos podemos de-
ucir que estos hombres andan rondando los treinta años; que
gunos tal vez aún no los hayan alcanzado; que otros tal vez
s hayan superado ya. Pero en realidad, saberlo con precisión
o creo que importe mucho. No me he propuesto tampoco bus-
arlo. Lo que importa es que con diez años más o con diez me-
os, estos hombres han vivido la guerra porque se les ha puesto
ní, pero no porque ellos, de una u otra manera, por su simple
ondición de ciudadanos o por su actividad decidida, hayan ido
ı su busca o hayan tenido algo que ver en su gestación. A
los les han puesto ahí la guerra, y muchos, desde esa quinta-
ontera del 42 en adelante, tuvieron que armar el brazo con
peso del fusil. Vieron la muerte, que se les venía de cara,
eron la muerte, que a otros les acuchillaba por la espalda.
ierro lo sabe. ¡Cómo lo sabe! De Eugenio de Nora, decía-
os antes sus palabras:

Fui despertado a tiros de la niñez más pura.

Y Blas de Otero nos recuerda, angustiado, la experiencia
omún:

Me llamarán, nos llamarán a todos.
Tú, y tú, y yo, nos turnaremos,
en tornos de cristal, ante la muerte.
Y te expondrán, nos expondremos todos
a ser trizados ¡zas! por una bala.

Bien lo sabéis. Vendrán
por ti, por ti, por mí, por todos.
Y también
por ti.
(Aquí
no se salva ni Dios. Lo asesinaron.)

Escrito está. Tu nombre está ya listo,
temblando en un papel. Aquél que dice:
abel, abel, abel... o *yo, tú, él...*

Es la guerra, la guerra civil, o incivil, lo que todos estos hombres tienen metido dentro. Es esa visión de España. De España partida y ellos experimentándolo en carne propia. Pero una guerra que les venía de ellos no sabían dónde. Y al final, la mitad fueron vencedores y la otra mitad vencidos. Después, empezaron a convivir, porque no les quedaba más remedio.

En España, en toda intervención de los poderes del Estado, ser vencido, o que se sospeche, es siempre un estigma: la rebelión se castiga duramente. Pero los vecinos de una misma casa no habían estado necesariamente en el mismo bando; los compañeros de oficina, tampoco. Y todos los hombres saben, los jóvenes también, que llevan a cuestas un millón de muertos y una patria destrozada. Entonces, qué es lo que necesita el hombre que vive dentro del feroz solar? Victoriano Crémer exclama:

Te necesito a ti, España, toda;
cuarzo gigante, macizo, bosque o piedra;
cielo total de corazones
en pena.
Te necesito España
unánime y entera
como el clamor del viento
sobre la mar inmensa.

No España tuya o mía.
¡España nuestra!
Geografía íntegra, trasvasada en halago
de materia entereza.

Porque todos son hijos de tu carne y tu sangre,
sueños de tu vigilia, cuchillos de tu vela...

A esa gente joven le impusieron el odio, le quitaron a España —o se la hicieron demasiado presente—, y sólo les dejan vivirla trozo a trozo. A Hierro le abruma. No quiere saber sus hazañas. Los hombres —como él— visten de duelo y llevan a cuestas el peso de su acabamiento. Si esa España que adora, "clavel encendido de sueños de llama", se hundiera igual que un navío maldito... Si pudiera negarse el recuerdo... Pero nadie olvida. Ya Machado denunciaba a la España "envuelta en sus harapos". A esas viejas hazañas que rechaza Hierro, las supera Eugenio de Nora. En "Canto", dice:

España, España, España.
Dos mil años de historia no acabaron de hacerte.
¡Cómo no amar, sufriendo, tu perdido pasado,
y amar, con ira y odio, el perdido presente!

Yo no canto la historia que bosteza en los libros,
ni la gloria que arrastran esas sombras de muerte.
¡España está en nosotros! Y su estrella sonora
en la dura oleada de la vida que viene.

En mi sangre crepitan tus hazañas de sangre,
y en mis ojos dominan tus labriegos y reyes;
pero por sobre todo tu futuro es quien manda
y crepita y combate en mi sexo y mis sienes.

Eugenio de Nora supera a esa España por este presente que tiene que vivir y porque hay un futuro por delante. La supera porque existe él (él, que tiene unos treinta años y que se ha hecho en la guerra). Y porque existen los demás hombres, hombres como él. Hombres que no se pueden confundir con el paisaje ni pueden ser sus engendros malditos. Son hombres como quien los nombra. Son hombres que también pueden comulgar con el balazo (aquí ni Dios se salva; lo asesinaron). Son hombres, como dice Otero también, con

espaldas astilladas a trallazos,
almas cegadas avanzando a brincos.

Hombres, para Nora,

¡tan virilmente tristes!
con algo roto, doloroso o perdido,
y las mujeres paren; no hay sonrisa ni cántico
en la tierra sin agua.

No tenemos, pues, ya ante nosotros al castellano ruin o zafio, al castellano del bostezo. No tenemos a los Alvarzonzález, que Dios maldijo en sus tierras. Tenemos al castellano que sufre. Al castellano que vive la vida de todos los días. Al hombre con la espalda astillada a trallazos. Así, sencillamente. Y de estos hombres, que le dicen al poeta lo que él tiene que decir, ¿cuál puede ser la voz?

El poeta hablará de España, pero de una España poblada de "hombres tan virilmente tristes", de hombres "que ven impasibles llegar a la muerte tocando sus graves guitarras". Guitarra y muerte, qué fácil tema de españolada. Qué poco nos confunde a nosotros, que conocemos la tristeza real del bordón, la angustia tras la risa fácil. Qué imagen tremenda, guitarra y muerte, cuando el poeta canta y teme, y vive lo que teme y canta.

Celaya da nombre a este hombre. A uno le llama Andrés Basterra. Le trata tú por tú. Andrés Basterra es un obrero. Él, el poeta, le dice:

Mira, Andrés, a estos hombres.
Míralos. Yo te miro. Mírame si es que aguantas.
Dime que no vale la pena de que hablemos,
dime cuánto silencio formó tu ser obrero,
qué inútilmente escribo, qué mal gusto despliego.

Mira, Andrés, cómo estamos unidos, pese a todo,
cómo estamos estando, qué ciegamente amamos.

Y termina:

Hay algo que conmueve y entiendes sin ideas
si de pronto te estrecho febrilmente la mano.
La mano, Andrés. Tu mano, medida de la mía.

Entonces, podemos preguntarnos, ¿nos encontramos ante una poesía social? Podemos pensar que si es cuestión de darle un nombre, sí, hay una poesía evidentemente social. Los poetas también lo piensan. José Hierro dice: "El poeta es obra y artífice de su tiempo. El signo del nuestro es colectivo, social. Nunca como hoy necesitó el poeta ser narrativo, porque los males que nos acechan, los que nos modelan, proceden de hechos". Y más categórico, Eugenio de Nora mantiene: "Toda poesía es social. La produce, o mejor dicho la escribe un hombre (que cuando es un gran poeta se apoya y alimenta en todo un pueblo), y va destinada a otros hombres (si el poeta es grande, a todo su pueblo y aun a toda la humanidad). La poesía es 'algo' tan inevitablemente social como el trabajo o la ley". Y Otero, plenamente consciente: "Tarea para hoy: demostrar hermandad con la tragedia viva, y luego, lo antes posible, intentar superarla".

Y esa hermandad, esa superación de la tragedia es lo que pide el poeta de *Pueblo cautivo*, el poeta militante, el joven militante de la España actual, pero superación sin olvido, claro está, que la experiencia es grave:

...Nada
podemos olvidar, nada queremos
que borre el tiempo en nuestros corazones,
pero nuestra mirada busca la vida nueva,
y una inmensa esperanza
puebla el aire futuro de cánticos y espigas.

Alegría es nuestra obra:
con bautismo de sangre, *alegría* nombramos,
vida plena nombramos en el tiempo que viene.

Heredamos a todos nuestros muertos,
hombres, niños, hermanas,
en zanjas, entre escombros, bajo rejas mohosas;
heredamos a nuestros tristes vivos, a nuestra oscura vida
de alimañas aún libres en los montes hermanos,
o de esclavos que el plomo, por acaso, desprecia.

Pero no, compañeros, nosotros tomaremos
ejemplo de la tierra siempre joven.
Trágica primavera que alimentó la muerte,

de lo informe alzaremos flores, árboles, frutos:
porque amamos aquello que nos falta;
queremos pan en el hueco del hambre;
libertaremos toda la alegría;
en cada serie, dolorosa ausencia
florecerán sonrisas de niños y muchachas.

Y la semilla a la tierra fecunda
y el plomo al corazón estéril,
para que bala y rosa también tengan su sitio.

Promesa de juventud que quiere vivir. Promesa de juventud que no está vencida y que conoce su función en esa España que quedó destrozada. Porque vencido no está quien quiere reedificar su vida. Y en la vida, paz. Han sido tres años de guerra. Está siendo 18 de postguerra interminable, dura, vengativa. La juventud, madura de experiencia, espera su vez, lucha y quiere paz.

El poeta Otero dice:

Tres años: y cien caños de sangre abel, sin nombre...
(Insoportablemente terrible es su arregosto.)

Madre y maestra mía, espaciosa España.
He aquí a tu hijo. Ungenos, madre. Haz
habitable tu ámbito. Respirable tu extraña
paz. Paz para el hombre. Paz. Para el aire. Madre, paz.

La juventud de España tiene ansia de vida, tiene ansia de vivir en paz. Si la juventud quiere vivir, si sus poetas nos lo dicen —y vivir no es sólo presenciar el tiempo que transcurre—, todos podemos esperar.

Uno de los más hermosos poemas de *Pueblo cautivo,* "Paisaje de España", termina con los siguientes cuatro versos:

En ti se ve sereno lo enorme transcurrido.
Quizá puedes, oh tierra, sonreír todavía.
Quizá esclavitud y odio se disipen de pronto
porque son humo y sueño los regalos del diablo.

Que sea cierto.

TRÁNSITO CON DIEGO RIVERA

DE LA ESTRELLA A LA PIEDRA Y LA FLOR

Por *Loló* DE LA TORRIENTE

I

Preludio

EL trasatlántico en que viajábamos hizo escala en Curazao. La noche era hermosísima. Arriba, la transparencia de un cielo finísimo como cúpula de cristal que pudiera quebrarse con el polvo de las estrellas. Abajo, el mar Caribe, ofreciendo, entre el azul de sus aguas, la cresteria montañosa de islas ardientes. La brisa llenaba el ámbito de un especial perfume hecho de mar y bosque, de playa y ciudad. Penetrante olor animal y vegetal que hacía inconfundible la latitud tropical. Todo era solemne y silencioso. Todo bello; pero con la desesperante belleza de lo estático. Sólo el rojo flamígero que vomitaban las cisternas de las refinerías ponía en el paisaje la inquieta y vital preocupación del hombre frente a su destino.

Un jovenzuelo de tez oscura y facciones finas sube al barco. Vende periódicos. Tomo en mis manos *El Nacional*, de Caracas. Viene aquí la inesperada noticia: "Ha fallecido Diego Rivera". Un nudo aprieta mi garganta. Quiero tragar y no puedo. Quiero leer y no acierto. No lloro. Las lágrimas se hacen gelatina que nubla mis apagados ojos. Es la recia pesadumbre que no grita; pero que aflora trémula en la melancólica emoción. Siento, de pronto, que todo aquel paisaje que admiraba minutos antes se transforma. Ahora todo gravita al conjuro misterioso de una voluntad extinguida que resiste a la calma. En torno ya no siento la quietud ni el silencio. Un universo plástico, hecho de hombres y máquinas, de piedra y de flor, se ha puesto en marcha...

Veo al pintor. Y lo veo como era, transitando aquel mundo de fuerzas que él animó con su paleta. Lo recuerdo como

un poeta triste que andaba solo, suspendido en el espacio; pero prendido a la tierra y adelantándose hacia el porvenir. Su canto era luz y color. Mensaje esplendente que brotaba, como viva voz, de lo más recóndito de su ser. Grande de espíritu, correspondía en presencia física con aquel tórax ancho, de talla gigante y extremidades finas. Las manos pequeñas, ágiles, suaves, buenas para cargar el pincel o manejar el lápiz, y los pies grandotes, enormes, como hechos para soportar las largas jornadas de un trabajo tremendo que el artista realizaba sin sentarse. Y aquella cabeza fuerte, llena de carácter, como escultura en bronce. Y los ojos saltones y húmedos, irritados siempre por efectos de la luz y la fatiga nerviosa. Y la mirada profunda, penetrante, como filo de espada. Mirada envolvente que desnudaba y vestía, reservaba y volcaba la pasión. Mirar cortante y frío, como de pez que ha abandonado las profundidades submarinas para completar, con el proceder de los hombres, su abundante y magnífico paisaje de algas, madréporas y radiolarios...

Aquel cuerpo pesado, roble que hundía sus raíces en la tierra, para alcanzar por lo alto contacto con las nubes, era constantemente sacudido por un temperamento impetuoso, volcánico, apasionado. Contradictorio y complejo, no era fácil llegar a su intimidad. Desconcertante y polémico, ni él mismo se entendía y no era difícil advertir los sobrehumanos esfuerzos que realizaba por dominar su diablo interior que lo zarandeaba hasta exacerbar su sensibilidad. Era una lucha intensa y secreta, en la que muchas veces se frustraban sus mejores deseos; pero de la que, en otras, salía airoso para crear, en un ambiente de serenidad propicia, la obra que matizaba con el sencillo quehacer poético de los mexicanos y el acontecer social para la construcción de un mundo mejor.

Cerca de él se sentía la atracción y se sufría la perplejidad. Era necesario atesorar cierta experiencia del trato de los hombres para no dejarse seducir, del todo, por sus opiniones y razones. Era fantasioso. Su rica imaginación lo conducía por vericuetos peligrosos. Hacía bueno lo malo y, si quería, lo oscuro lo abrillantaba hasta hacerlo relucir. Era necesario bucear en sus honduras para encontrar lo verdadero que se escondía —o escurría— de su palabra para iluminar en la grandeza de su obra. Era el genio que oscilaba como péndulo, dando a un lado y otro, para indicar la hora cierta. El inadvertido llegaba

hasta él con curiosidad. Era como entrar en una mina y descubrir, de momento, una veta de diamante. La sorpresa nos detiene. Después, el fulgor nos ciega. Era como andar cuesta arriba y aliviar los cansados pies en fresco arroyuelo. Levantamos la vista y vemos, en la cumbre, el torrente despeñándose entre riscos y breñales para canalizar las corrientes y fertilizar la llanura. Así era Diego Rivera. Sorpresivo y fulgurante. Suave pero lleno de energía. Era como la tierra: oscuro y misterioso. Como las aguas: claro e impetuoso. Como el aire: contagioso y sutil. Era como un volcán de América. Fuego y cenizas a un tiempo mismo.

El alba

GUANAJUATO era, a fines del siglo pasado, una ciudad señorial. Templos y palacios de estilo barroco cuajados de riqueza. Calles empinadas que bajaban de los cerros para abrirse acogedoras en placitas y jardines. Terrazas naturales cuya floresta brindaba el esplendor de las bouganvilias, quiebraplatos y jacarandas. Nacen aquí Diego y Carlos, hermanos gemelos, hijos de Diego Rivera y María Barrientos, vecinos de humilde origen social. Ella es pequeña de estatura, de rostro bonito, ojos vivaces y cabellera negra. Él, más alto de estampa, es hombre de arraigadas ideas democráticas. Maestro rural y organizador escolar, trató de llevar al campo el conocimiento de la letra, seguro de que era el medio eficaz de hacer progresar el país. Para aumentar sus escasos recursos económicos, llevaba los libros de contabilidad en minas, haciendas y comercios.

Al morir Carlos, la madre cayó en un estado depresivo que hizo temer por su razón. Se decidió entonces que el pequeño Diego quedara al cuidado de su nana Antonia. Esto fue muy significativo para el futuro pintor que sedimentó en su poderosa imaginación los recuerdos todos de aquel alborear de su infancia al lado de Antonia, india pura que hablaba tarasco y tenía toda la majestuosa prestancia de una diosa antigua. Fuerte, de tez oscura y ojos como capulines, parecía poseer la verdad, expresándola con sencilla arrogancia no exenta de precisión. Era el impulso natural y legítimo, pleno, de una raza sin rendición, combativa y heroica, que ha convivido en pugna con un medio falso que viola y subvierte los valores. Antonia era en aquella atmósfera de mestizos y extranjeros— lo legí-

timo... Oro puro. La leyenda y la tradición sostenidas en poética identidad histórica.

Los recuerdos más vivos que Diego mantenía de aquella época se referían a sensaciones (dolores de estómago, jaquecas o punzadas en las piernas) o a impresiones visuales. Los sentimentales eran muy pocos y los que retenía se asociaban a imágenes. Por esto memorizaba su llegada, con la india, a su extraña casa situada en el monte, en una vertiente boscosa de pinares y encinas. A la puerta esperaba una mujer de inolvidable fealdad, parecía de madera, que sostenía entre las manos una soga con la que ataba una hermosa cabra que lo alimentó durante su estancia en aquel lugar de agreste e insospechada belleza. No era sitio apacible y sí un tanto temible en su grandioso misterio natural. La flora y fauna apretábanse en unidad de imponente fuerza, para dar vida y alimentar a seres fabulosos de un mundo desconocido.

Algo gravitaba allí entre la luz y la sombra, algo siniestro imponíase con el rumor que fijaba la sincronización entre el viento, el trueno, las lluvias y la tempestad. En matinales paseos, con Antonia y la cabra, Diego acabó por familiarizarse con aquellos parajes, gustándole los árboles y los frutos, las ramas y las flores... Y hasta los animales, algunos ponzoñosos, y las aves, más canoras cuanto más gris era su plumaje, le hicieron grata compañía, convirtiéndose en los primeros amigos que tuvo y hacia los que jamás sintió ni la reserva ni el temor. Pero la casa... ¡qué raro atractivo poseía aquella vivienda de adobe que parecía un primitivo y rudimentario laboratorio! Como Antonia era curandera, hechicera, reunía allí, como en los puestos de herbolarios, en los mercados, flores y semillas, raíces, tierras diversas y piedras. Animales disecados, plumas, dientes, tripas... Tenía ollas, botellas, anafes, cántaros de todos tamaños y tubos y coladores de diversas formas, entre cerámica vieja, pulida y ritual.

En una pared, sobre un desnudo altar, una antigua pintura que representaba un Santo Cristo, de luengas y blanquísimas barbas. Horas enteras el muchacho quedaba ensimismado frente a aquella imagen que lo fascinaba. Pero, afuera, en el inmenso paisaje que le brindaba la naturaleza, algo lo atraía muchísimo más. Era la noche y su cortejo fantástico de astros. Solía, al atardecer, sentarse en el umbral de la puerta. A lo lejos aparecía la punta de los pinos formando tupido manto

que coronaba las cumbres. A un lado quedaba quieta la cabra. Antonia, hosca y solemne, se sentaba en cuclillas. La noche se hacía cerrada y las estrellas empezaban a fulgurar como piedras emergentes de un fondo de mortal espesor. Él hubiera querido atraparlas; pero le estaba prohibido. Las miraba, tímido, escurrirse, apagarse o juntarse, como veladoras en un panteón, en noche de difuntos. Nunca, antes, recordaba haber visto el firmamento ni nunca, antes, había sorprendido el encanto de las estrellas. Algunas veces, mientras las contemplaba, Antonia le habló en tono grave que él oyó subir como de las profundidades del mar. Como del río al pasar o de la lluvia al caer... El extraño lenguaje le advertía que las estrellas eran luces errantes, andaban solas, pero relacionadas entre sí. Como collares. No como granos de maíz aventados de casualidad sobre la tierra negra, mojada después de un aguacero. No. Eran amigas. Formaban carros y grupos y cada grupo y cada carro tenían su nombre. Un nombre que había que aprender porque sólo conociéndolo, diferenciando los carros y los grupos, podíamos convertirlos en vehículos de comunicación espiritual, haciendo de las estrellas nuestras amigas y confidentes...

Estaba seguro, porque Antonia lo aseguraba, que él podía llegar a establecer ese nexo confidencial (o fraternal) con aquellas lejanas estrellas que podían enseñarle muchas cosas que, sin ellas, jamás llegaría a comprender. Orientado por ellas, podría caminar con bien por este mundo donde hay tanto enredijo de veredas peligrosas. Y sólo andando de noche, al resplandor de su oriente, podría llegar a la piedra y la flor cuyo secreto era lo que realmente le interesaba.

Antonia ofreció enseñarle los nombres y señalarle los rumbos. Todas las noches se quedaban quietos y silenciosos frente al paisaje. Cada instante era diferente al anterior... Creía vislumbrar los ocultos senderos entre galaxias pequeñísimas, sin nombre y sin edad. La luna subía para prenderse como hostia sobre los cerros más distantes. Entonces Antonia lo tomaba de la mano y lo llevaba a dormir, aunque él persistía en el ensueño del ignoto rumbo que seguían las estrellas.

Tan profundo grabó en su memoria la voz de Antonia, en aquel lugar y sobre aquel fondo de luceros, que jamás pudo olvidarla y, andando el tiempo, la asimiló a la voz de Tláloc, Regidor de las nubes, las lluvias, los ríos y los mares... Antonia era parte de las aguas que fecundan la tierra. Y su voz, co-

nectada con las estrellas, llegó al mundo cuando sólo el cielo existía y el mar estaba en calma. No había un hombre ni un pájaro, pez o cangrejo. Tampoco árboles, piedras, cuevas, barrancos, hierbas ni bosques. No había nada que estuviera en pie. Sólo el agua en reposo. El mar apacible. Solo y tranquilo y, arriba, el cielo sin palabra. Sólo había inmovilidad y silencio en la oscuridad de la noche. Sólo Gucumatz y los Progenitores estaban en el agua, rodeados de claridad. Los únicos pobladores del espacio antes de la construcción de todas las cosas vivas. Los únicos constructores la energía, la electricidad, la carga y descarga eléctrica...[1]

La mañana

De regreso a Guanajuato, nuevas motivaciones iban a encender su imaginación. De la mano de la tía Totota recorre la ciudad. La Alhóndiga de Granaditas y el Jardín El Cantador que tanto le gustaban y aquellos interiores de iglesias que lo dejaban perplejo, con sus altares recamados en oro y en cuyos nichos se montaban imágenes de un primoroso tallado que contrastaban con los retablos populares más gustados cuanto más primitivos eran. Y los confesionarios, púlpitos y bancas de la ebanistería más fina y acabada. Y la complicada liturgia. Aquella misa (la cena del Señor) que él no entendía; pero en la que advertía lo divino y lo humano, lo místico, engañoso y grotesco. Pero su paseo favorito era el patio de la Estación Marfil, donde entraban y salían las locomotoras, tremendas, poderosas y complejas en su construcción de acero, tuercas, palancas, tornillos, ruedas, defensa... Luces y campanas y pitos que hendían la tranquilidad provinciana. ¡Qué alegría verlas, oírlas trepidar...! Montarse en ellas y, sobre todo, ¡qué emoción cuando, agachándose en los andenes, podía ver la fragua que, ardiendo en grandes brasas, chisporroteaba en las entrañas del monstruo!

Con Melesio, su primer ayudante, un sobrino de Antonia, realizaba otros paseos que comprendían, con preferencia, las calles donde vivía Virginia Mena, una niña que parecía hecha de resortes, con sus calzones asomándole por debajo de las enaguas, tan cortas que parecían el *tutú* de una bailarina. Con

[1] Del *Popol Vuh,* Antiguas leyendas del quiché.

sus ojos redondos, su boquita chiquita y carmín, sus mejillas como biscuit y sus abundantes caireles, Virginia le dio la primera sensación de la carne viva. Cuando la veía, temblaba como una hoja. Si le quería hablar, lo invadía el pánico. Cuando la oía chillar era como si tuviera en las manos una jaula dorada con un pajarillo preso. . . Cuando regresaba al hogar, sin hablarle a Melesio, se sentía enfermo y deprimido. Entonces, las *aluritatas* llegaban en su auxilio, protegiéndolo en el insomnio para rendirlo en un sueño sin ensueño. Aquellos espantos eran su salvación para evadir un mundo que lo torturaba.

Fue en aquella época que empezó a dibujar. Pasaba horas enteras en su cuarto, dibujando sobre un gran pizarrón que su padre le había mandado montar sobre la pared. Con gises de variados colores hacía animados dibujos que reproducían lo que imaginaba o copiaban lo que veía. Pero no era sólo en el pizarrón. Dibujaba —además— con un punzón o clavo de punta gruesa sobre muebles, puertas y pisos. Estas aficiones llegaron a constituir el terror de la familia. Fue entonces que Diego Rivera —según sospecha Alfonso Reyes— descubrió el valor de la escala cromática, al estrenar un traje de terciopelo negro y restregarse contra una división de pared de tela encalada de blanco. Los manchones que produjo —y se produjo— le revelaron la matización de los tonos como base de una plástica que no puede prescindir del blanco ni del negro.

En aquella temprana mañana de su vida, era díscolo, tenaz y cruel. No le satisfacía lo que tenía y se encaprichaba por lo que no podía obtener. Le gustaba abrir las ranas preñadas para "ver lo que tenían dentro de la barriga". Se fugaba de la casa para reñir en las calles con la "palomilla" de muchachos que le gritaban "panzón, chile piquín", mientras sus amigas favoritas, mujeres de dudosa reputación que vestían de colorines, lo alentaban en empresas de peligroso proceder, de las que solamente se libraba con la amistad de Henri Regnier, comerciante amigo del padre, quien le prestaba juguetes mecánicos, de su tienda "El Canastillo de Flores", que él desarmaba y reconstruía en una tarea fatigosa que, lejos de proporcionarle recreo, le provocaba el derroche de energía nerviosa. El padre vigilaba aquellas reacciones mientras la madre, más apegada a lo rutinario, trataba de imponérsele para librarlo de hábitos que tendían, de más en más, a la crueldad, el desequilibrio y la perversidad.

Entonces chocaba con la madre, a la que dejó de querer, encontrando en la india Antonia todo el amor y la ternura que María, por oponerse a sus inquietantes gustos, rehusaba concederle. Las dificultades no eran pocas. El padre más comprensivo trataba de contrarrestar aquella tensión, acercándose al muchacho y orientándolo hacia actividades más beneficiosas para su edad. Solían, entonces, dar grandes paseos por la ciudad y sus alrededores. Caminando por la campiña o vadeando el río, que crecía con las lluvias, o visitando las represas, cuyo trabajo de limpieza era motivo de fiesta para los vecinos de la región.

Diego era comelón y adoptaba una configuración de rana que acentuó con los años, sin perder jamás. En las ferias, probaba todos los platillos para hartarse, al final, con pepitorias y cajeta que tragaba con las aguas frescas. Los variados y primorosos puestos de "antojitos" lo entusiasmaban y nada le divertía tanto como ver, sobre el mole verde o rojo, las rajas blanquísimas de la cebolla o las verdes hojas de las legumbres o los tonos surtidos de los quesos que, desintegrados en pequeñísimas partículas, eran como boyas en un mar pálido y espeso en el que se sentía el penetrante olor de los moles. Y, en aquellas ferias, la alegría del *colonche*, el vino como sangre, ardiente y embriagador, las carnitas, chicharrones y tacos de frijoles "chinitos", las apuestas en juego prohibido que era permitido y las plateadas espuelas y botonaduras del maravilloso traje de "El Giro", que, desafiando las autoridades, entraba al "pueblo" para hacer buena su temible fama de gavillero.

¡Cuántas cosas de aquellas que veía y vivía dejaron en su sensorio las huellas del color y la forma! Y cuántas, sin embargo fueron incomprendidas y, unas veces por vanidad, las más por timidez, dejadas a un lado sin explicación ni razón. Su insólito mundo no podía ser transitado por todos. Su vivencia lo excluía de todo contacto con lo artificial o engañoso, como era el proceder de María o el razonar devoto de la tía Totota... Algunas veces, tal vez por su sinceridad, se sintió cerca del viejo doctor Armendáriz, que le prestaba esquemas y dibujos para estudiar el cuerpo humano y que lo sanaba de indigestiones y dolores en los oídos. En otras ocasiones, en cambio, se sentía confuso ante su padrino, el ingeniero Baranda, que vivía en una hacienda y tenía más de veinte hijos, todos de diferente madre. Estos "amigos mayores" no podían sacarlo

de sus dudas y vacilaciones. No lo tomaban "en serio"; aunque lo llamaran "el ingeniero".

Entonces se sentía defraudado, encerrándose en quemante silencio que lo hacía infeliz, preguntándose, en desolada angustia, cuáles eran los motivos de su desconcertante inquietud y de su extraviada asignación por la vida.

En la hacienda "El Durazno" aprendió muchas cosas nuevas que se referían al quehacer de la tierra, sus riquezas y recursos y los poderosos esfuerzos de las corrientes subterráneas y la irradiación solar. Pero todo lo atisbaba en procesos lentos, oscuros y difíciles revelándole la limitada posibilidad del ser humano para conocer y dominar el medio. Una mañana advirtió, en el patio de la hacienda, una serie de jícaras colocadas a lo largo del pequeño muro que dividía los corredores. Estaban medio inclinadas y llenas de agua hasta la mitad. En su fondo lucían una mancha redonda de una materia oscura y hacia el centro de ésta veíase como una lenteja brillante que parecía vidrio. Era azogue. De él radiaban —como hilos— el metal. Las jícaras parecían enormes ojos que miraban con tremenda pupila de mercurio. Eran las tentaduras donde se revuelve una cantidad determinada del concentrado ya removido con el agua que tienen en solución las substancias necesarias, poniéndosele el azogue, que ha de tentar el metal, hasta dejarlo asentado. De esta manera se sabe la cantidad de metal que hay en el mineral. Todo es sencillo. Alquimia primitiva pero a él —de muchacho— le pareció tan misterioso que por extraña vanidad no pidió más detalles del proceso quedándose sin comprender el mecanismo de la operación. Aquella vanidad, mezclada a la incapacidad de entender lo que quería saber y su silencio impuesto seguramente por miedo a no entender lo que se le explicara le producía una sensación de malestar que en lugar de disminuir con el tiempo ha aumentado desde aquella lejanísima mañana de su vida...

En la vejez recordaba sus extravíos, complejos e inquietudes. Sonreía con bondad pero rehusaba toda posible modificación sobre sus primeros impulsos. "Desde entonces —decía— no he podido llegar a tener ninguna estimación por mí mismo. Si alguna vez supe lo que puede ser satisfacción personal siento que desde lo hondo de mi ser me miran las terribles pupilas del mercurio".[2]

---

[2] "Memoria y Razón de Diego Rivera".

Mediodía

La depresión económica obligó al padre a buscar nuevos horizontes. La Capital se los ofrecía pero en cambio produjo, en el muchacho, una melancolía que sólo lograba evadir con largos paseos que realizaba acompañado del tío Rafael, un tartamudo simpático que conocía todos los rincones. Las calles, rectilíneas, contrastaban con las empinadas que había dejado en la provincia. Ahora todo era plano y en claroscuro pues los grises suplían a rosas, azules, verdes y amarillos que eran complacencia y esplendor en Guanajuato. Las casas le parecieron tan bajas que se le antojaban del alto de los tranvías, tirados por mulitas, en los que iba de un sitio a otro. México le pareció un pueblo que bostezaba, escurriento y triste, tras puertas y ventanas. Los pobres le parecieron más pobres y, sobre todo, más sucios. No le agradó la manera de hablar, encantándole en cambio el porte y ademán de las gentes. En el centro de la ciudad, y en los barrios más humildes, había una población más numerosa que —en su ciudad— en las ferias. Más que en el Jardín de la Unión, los domingos, y más que en las iglesias después de la misa mayor.

La sorpresa fue el interior de las pulquerías. ¡Qué gloria para los ojos! En las paredes las pinturas monumentales que eran estilo de la época y que conservaban una artesanía de tradición en la vida mexicana. El maestro Monroy pintaba paredes en una forma y manera que sólo él conocía, trasmitiéndosela a maestros albañiles y discípulos pintores. Alcanzó Diego a ver aquella famosa "Fuente Embriagadora" levantada en un ambiente de ingenuidad bordeado por los colores más que por líneas y volúmenes. Era un ágil juego para la reservada actividad espiritual, riesgo y aventura, de parroquianos "pelados" que se identificaban con aquel mensaje, certero y profundo, que conmovía sin estridencias el alma abatida de un pueblo desamparado y triste.

El pulquero, comunicativo y casi procaz, punzaba la sensibilidad de los consumidores colmando con el espeso pulque los vasos de tornillo que cobraba muy bajo para vender alto. ¡Qué colores los de aquellas jarras cacarizas, que ya no se ven, y que por su transparencia y tallado parecían hechas de piedras preciosas y no sopladas de vidrio! Blancas, como diamantes, para los curados de almendras o de helechos, de azul aguama-

rina para los de coco. Rojas rubí para los de fresa y amarillas, como topacio, para los perfumados de guayaba seleccionadas en la campiña de Cuernavaca. Y los banderines de papel de china enarbolados en medio del salón para producir la alegría multicolor un tanto agresiva y temeraria. En aquellos locales sintió Diego Rivera la primera embriaguez no producida —precisamente— por la belicosa bebida sino lograda por los colores, las formas, la conducta y expresión popular. Una tarde, en uno de aquellos establecimientos, vio un periódico —el primero que leyó en la ciudad— era *El Demócrata.* En la primera plana traía un vigoroso dibujo. Representaba un fusilamiento. Al lado leyó la firma. José Guadalupe Posada. Una preocupación nueva lo exaltaba al mediodía de su vida.

Por aquellos días las calles de la ciudad estaban siendo abiertas para proceder al drenaje. El padre logró un modesto empleo que permitió al muchacho salir a trabajar con él. Fue así como vio las cuadrillas de obreros abriendo zanjas y formando, con la tierra de las excavaciones, promontorios fangosos que otros hombres escarbaban y aislaban en pequeños montículos. Eran investigadores. Por aquellos sitios transitaba, silencioso y lleno de autoridad un caballero que luego supo que era don Leopoldo Batres y fue junto a él, y su grupo, que tuvo oportunidad de conocer la llanura acuosa de México y las figurillas precortesianas que tomando en la mano le llenaban de raro y misterioso placer. Observando una y otra fue convirtiéndose en un curioso siempre insatisfecho que raspaba en los surcos para descubrir, en la profundidad y con sus propios ojos, los monumentos antiguos de los que entonces se oía hablar poco y cuyas piedras, ásperas, agrietadas y magnificas, como la vida remota que la leyenda anima y los siglos conserva, lo conmovían hasta el grado de formarle una segunda y estremecida naturaleza. Con los pocos centavos que reunía compraba en el mercado "El Volador" ídolos que iniciaron su famosa colección, y allí, en aquel lugar de extraordinaria conjunción de lo antiguo y lo nuevo, soñó pintar —algún día— el México antiguo con sus ciudades, plazas, templos y palacios... Sus tianguis. Callejones... Sus niños, hombres y mujeres... Oficios, profesiones, artes y comercio. Sus ceremonias y ritos. (Pero tendría que esperar más de cuarenta años para llevar a las paredes del Palacio Nacional, sus sueños de muchacho inquieto y audaz).

Vivía prendido de hilos mágicos, invisibles alambritos de

oro que parecían quebrarse con la natural resistencia de la realidad. Era mitad ensueño y mitad realidad. La realidad era la estrechez familiar, las vecindades aquellas llenas de vulgar existencia y la "Academia San Carlos" que no satisfacían sus ansias. Lo soñado venía en su auxilio. Era la noche y sus estrellas. La muchacha aquella de cabellos finísimos y platinados que le descubrió el Universo y los libros[3] que leía en la Biblioteca Pública. Lo soñado era —también— el Museo Nacional y las piedras que tocaba. Los frutos ácidos y pulposos y las flores como pájaros en vuelo. Lo soñado era —además la ringla singular de ataúdes, azules y blancos, con repelente olor a goma e incienso entre cuyo humo conoció la dramática fealdad de las mujeres "que dan alegría" en el Callejón de Tabaqueros . . . Pero, sobre todo, lo soñado era el mismo adolescente que forjaba su propia novela haciendo del conjunto que lo rodeaba el marco adecuado a su ficción poética.

Solía —entonces— tener agudos dolores "en la panza" (como él decía) y tremenda amenaza en los ojos nublándosele repentinamente la visión por efecto de una oculta dolencia hepática. Dos maestros —de San Carlos— lo guiaban en los primeros pasos de su aprendizaje. Eran el viejo Santiago Rebull y el colorista José María Velasco. El primero lo iniciaba en el arte de dibujar. ¡Qué maestro! Conocía todos los secretos del lápiz, la línea ágil definitiva y altanera que no necesita el relleno del color. Era el Ingres de México. A su lado aprendió muchas cosas y comprendió —analizando la obra que Rebull realizaba en su taller, anexo a la Academia— la importancia y significación de la llamada "sección de oro" que —entre los antiguos dominaba como regla inquebrantable de valorizaciones graduales. Muchos años después, trabajando al lado de Juan Gris, en París, Diego comprendería cuánta era la sabiduría y la técnica que Rebull aplicaba en su dibujo y cuyo secreto le trasmitió para su gloria y felicidad.

El otro maestro —Velasco— le permitió entrar en el paisaje aplicando el aparato ocular (u óptico) a una realidad que constantemente se transforma hasta atraparnos y convertirnos en parte integral del mismo. Con su caballete de campo y su

---

[3] Las *Cartas de Relación*, de HERNÁN CORTÉS; la *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España,* de BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO; *Historia de la Nueva España,* de Fray BERNARDINO DE SAHAGÚN.

caja de colores anduvo por los cerros. Los verdes transparentes del altiplano lo cegaban y confundían. Algunas veces lo atribuía a su malestar físico, pero ¡no! era el ejercicio visual no habituado a aquel deslumbramiento que la retina no acertaba a captar, para aislar los colores y destacarlos en sus respectivos fondos de luz, en la complacida articulación de vertientes, cerros y valles. A su vera restallaban los claros, frescos y esmeraldinos, del pasto. Más allá el verdinegro de las laderas. En as cumbres la magnífica negrura —obsidiana pulida— tornaso-eada en rojo fuego o por las jugosidades del amarillo de cadmio. En el Tepeyac sorprendió la naturaleza del Valle entre a eclosión de fuerzas telúricas que reprendían y agitaban la inmaculada blancura del Popo, el Izta y el Pico de Orizaba. Tenía que dominar sus nervios para pintar y llevar a su tela aquello que sus ojos creían ver que no era paisaje agreste como el de Guanajuato, en la casa de Antonia, sino campo florecido de bellezas por el andar del indígena desde Cortés, y antes de a Conquista, hasta nuestros días...

Velasco le despejó la incógnita. El secreto del paisaje consiste en alejar. Donde el Maestro dejaba una pincelada —¡chaz!— ponía la distancia y, esto que es tan fácil decirlo exige un conocimiento, una magia que por aquella época —en México— sólo José María Velasco poseía. Esta es la maestría de su obra que muchos miran sin ver y de la que muchos hablan sin comprender. Toda su capacidad emocional la desbordó Velasco en el paisaje del Valle que captó en lejanía, esplendor y sentimiento. Paisaje abrupto y suave. Mudo y lleno de rumores. Paisaje de México encendido por los astros, humedecido por las lluvias y reproducido en eco doliente que a un tiempo mismo queja de los hombres y retumbar de rayos.

Con las enseñanzas que Velasco le trasmitió pudo Diego pintar sus primeros paisajes. Obras de juventud plenas de sinceridad y emoción. Hasta la muerte de Frida Kahlo —su esposa— aquellos paisajes firmados por Diego María Rivera estuvieron en la alcoba y biblioteca de la enferma alumbrando, como flama encendida la lenta agonía de su dramática existencia. Diego solía mirarlos. Se detenía frente a ellos. El rostro inundado de ternura. Después decía quedo como si hablara solo: "Son mejores que muchos de los que hice después y que los coleccionistas *conocedores* adquirieron..." Sonreía. Chasqueaba la lengua con satisfacción y se sentaba en el amplio equipar

de Guadalajara. Los brazos cruzados sobre el abultado vientre mientras le servían las viandas que devoraba con glotonería y placer.

Su adolescencia desbordada y pródiga la recordaba con cierta nostalgia. Estimaba que su niñez, de temprano despertar, y su adolescencia de apasionada búsqueda, habían sido las etapas más decisivas en su vida. Lo demás era lo añadido, lo complementario, lo que sobra y puede colarse (o aislarse) para obtenerse un producto más concentrado y puro. En aquellos años primeros de su vida conectó con el taller de José Guadalupe Posada recogiendo su forma y estilo. En aquella época halló a Rebull y acertó a comprender la lección de Velasco. En aquellos tiempos descubrió a México adentrándose en su paisaje y fue entonces que definió su gusto por lo antiguo y su amor por lo legítimo y eterno. Fue entonces que comprendió hasta dónde lo arrastraba su vocación y cómo todo cuanto quisiera decir tendría que expresarlo por medio de la forma, la línea y el color.

Existe un singular autorretrato del pintor —hecho en la vejez del artista—, expresión magnífica de las fuerzas que lo conducían en los fecundos que median entre la infancia —en Guanajuato— y la adolescencia y juventud —en México. Es aquel que se hizo en el mural del "Hotel del Prado", en la atmósfera popular de "Un domingo en la Alameda". El muchacho va derecho, recto, hacia la gloria. Lo protejen sombras augustas y lo cercan las influencias más beneficiosas. Su cara redondita es la radiante que anima ya su mirar de batracio. La figura iba completándose con el ancho tórax, metido en levita, que descansaba en finas y firmes extremidades cubiertas por rayadas medias. Está —como decía el poeta— "en el bosque de los árboles que tienen historia". Anda, sin prisa, de la mano de la Muerte. No importa, la señora no es temida y sí bien amada por los mexicanos. Del brazo izquierdo ella conduce a José Guadalupe Posada y el joven discípulo va seguro, contento y casi feliz, con las bolsas llenas de sapos y culebras olvidado —tal vez— de su anterior angustia. En los labios florece raro lenguaje, el poema de su mensaje a los hombres que dice con timidez y con serena alegría interior. ("Estoy cantando entre los árboles y en el follaje de mi voz").[4]

[4] Carlos Pellicer.

II

Atardecer

España ratificó sus opiniones. En la Coruña, al oír el dulce hablar gallego, comprendió hasta qué punto los pueblos necesitan de sus propios medios idiomáticos para la mejor comprensión y entendimiento. Apreció —entonces— cómo era de diferente el castellano de España al que se hablaba en su país al que los conquistadores habían despojado de la palabra nativa sin que su lugar fuera ocupado totalmente y sí suplantado por una lengua que al importarse había perdido la vitalidad y viveza que aún conservaba en pueblos y regiones de España. México tendría que esperar hasta la aparición del poeta Ramón López Velarde, propio como una mata de maíz, para tener una expresión representativa del amplio sector de la pequeña burguesía provinciana y metropolitana en su esencia más pura y estimable. Y, después, Carlos Pellicer lograría, por un exaltado y loco amor al Continente, plasmar en versos magníficos la expresión del matiz del mestizo indoamericano en vital comunicación con las nubes, astros y planetas del Universo.

En un modesto hotel de Madrid encontró acomodo. En la concurrida calle de Carretas halló el *"Café de Pombo"*. Entró con la vana ilusión de encontrarse con Goya. Claro, no estaba pero en el lugar se reunían, al atardecer, la "Peña" más famosa de todo Madrid en la que pontificaban don Ramón María del Valle Inclán, locuaz, exagerado, venenoso y sutil como serpiente. En una mesa aislado, solo y contradictorio, garraspeaba sus ironías un personaje lleno de carne e intención que se encajaba en la cabeza una boina vasca. Era Pío Baroja, temido y temible. Entre ambos escritores ilustres se movía un joven de cara redondita y mentón amplio. Tenía ojos inteligentes y había escrito ya más de media docena de libros creando un estilo que ganaba adeptos. Era Ramón Gómez de la Serna. Estos tres nombres constituyeron el triángulo de la mayor atención de Diego —por aquellos días en la capital española.

Como Goya no estaba en el *Café de Pombo* fue a buscarlo al Museo del Prado. Aquí lo encontró en todo el esplendor de su genio. Goya era la sensibilidad, la alegría, el placer. Era el contacto con la luz y la gran sorpresa de las sombras. Después, allí mismo en sala aparte, Velázquez ofrecía la sabia lec-

ción de su técnica desplegada en una pintura de increíble preciosismo. En su obra descubrió el antecedente de todos los posteriores al inmenso español. Allí, en las Meninas y las infantitas, en los príncipes y grandes señores, estaban los grises sutiles, los rosas finísimos, los verdes olivos, jugosos, y los volúmenes girando de Renoir. Los grandes, a planos, negros y ocres, los oros, suntuosos y discretos, de Monet. La afirmación rotunda del carácter y todas las palpitaciones del corazón del naturismo de Courbet y —también— su diablo interior descubrió inmediatamente todos los antecedentes de la mala pintura hasta Fabrés que había llevado a México sus moros y mosqueteros jurando, como los demás, por Velázquez. Estudiando los lienzos encontró que los antecedentes del genial español estaban en el Greco, Zurbarán y Tiziano pero había una forma nueva que a Diego le fue desconocida. Muchos años después, ante el *Incendio del Borgo* y los otros frescos de Rafael, en la estancia del Vaticano, descubrió que estaban aquí aquellas formas desconocidas y nuevas admirando como la más espontánea simplificación de formas y técnicas del Don Juan de Austria era una proyección directa del cuadro del Tiziano que representaba a César Borgia en una entrevista con el Papa, su padre. Velázquez había repetido hasta textura y espesor de los pómulos así como la manera de indicar las piernas.

Durante muchas semanas Diego permaneció en las Galerías del Prado. Meditaba calladamente acerca del enorme fervor que exige un oficio en cuya magia se ligan en conjunto la obra de arte. Quedaba allí, frente a los antiguos, horas tras horas procurando sorprender todos los elementos puestos en juego y en las amontonadas salas de Goya comprendió cómo lo más goyesco no era —precisamente— lo más conocido y popular sino que por el contrario, lo menos exhibido y más hundido en los sótanos, era lo que reunía los mejores valores. Los de una España Gloriosa, risueña, vehemente y culta. La España popular que llenaba las calles y concurría a las verbenas. La de poetas, artistas y escritores, la de los mejores viñedos y los más nutritivos y sabrosos caldos. La España heroica que había resistido contra la invasión napoleónica que dejaba en ruinas ciudades y aldeas. Y, en aquella España, la gracia picaresca y desafiante de la Maja, junto al rostro dramático y curtido del campesino desamparado y entristecido.

Un día clarísimo Diego atravesó la meseta castellana. Era un atardecer de oro. El bienestar por el paisaje le permitió meditar sobre su trabajo en España del que no podía sentirse satisfecho. Tenía deseos de ensayar pero ensayar y desaparecer la traza de sus ensayos. Comprendía que padecía un curioso estado de ánimo pues antes de emprender el ensayo estaba ya en desacuerdo con lo que iba a ensayar, pero tenía la necesidad de ir liquidando, por el convencimiento de la propia experiencia, todo aquello que lo inquietara, en especial las influencias que sufría y que veía venir aceptándolas y trabajando por realizarlas hasta el fin, hasta perderse en ellas (si fuese posible) esperando que así quedaría totalmente eliminada. En realidad esto lo veía como una debilidad de su propia personalidad, timidez de su propio gusto para expresarse por encima y a pesar de todo. Lo analizaba como un caso bien grave por cierto, de lo que en el terreno del arte y la cultura padece todo mestizo semicolonial (Norte, Centro y Suramericano).

Comprendió, desde entonces, que América no tiene independencia espiritual y meditó sobre la forma en que los descendientes de los administradores, policías y criados europeos habíamos procurado parecernos a los amos hasta el grado de creernos que no éramos sus servidores sino que engañándonos pretendíamos ser sus iguales. Desde aquel viaje empezó a odiar tal condición. Ese odio —lo sabía ahora, cincuenta años después— fue el motor de lo que había logrado hacer. Su experiencia, larga y dolorosa le había enseñado que aquel odio era el resorte y motor de su trabajo pues había comprendido, hasta la evidencia, que la sumisión, el amor almibarado y las concesiones son el mayor impedimento a la propia expresión y al desarrollo de la personalidad. Nada se logra si el trabajo se realiza en un medio de conformismo y amarres. Sólo la libertad, el espíritu en libre juego y el odio como propulsor de energía, pueden crear, mejorar y desarrollar la obra de arte, pero entonces él no era capaz de odiar y sólo algunos estallidos de su infancia le habían permitido acercarse a la estrella, la piedra y la flor.

En Medina del Campo el paisaje se tornó violáceo oscuro, aparecieron los verdes agrios, resistentes, cubiertos de flores amarillentas. El horizonte se hería de rojos y amarillos cálidos como si fuese una obra maestra del gran Darío de Regoyos. Era el apetecido viaje a Francia de todo estudiante pero en París, las primeras semanas fueron molestas. Una antigua dolencia reapa-

reció impidiéndole incorporarse plenamente al trabajo. Pintaba poco pero visitaba los museos, curioseaba mucho y andaba por las calles recogiendo experiencia. Almacenaba en su cabeza imágenes de obras de arte. No como un recuerdo sino con tanta precisión que ya viejo podía consultarlos como si los tuviese delante o, para mirarlos de nuevo volviese al lugar en que los fraguó. Los grandes espectros de los museos lo rodeaban. La atmósfera de París lo absorbía e intranquilizaba impidiéndole emprender su propia aventura, pues, por una parte, sus inquietudes de 22 años lo llevaban hacia la búsqueda de una expresión nueva mientras, por la otra, la timidez, la sumisión y, sobre todo, la falta de independencia le estorbaban para emprender su propio camino. Recogido en sí mismo, y en auxilio suyo, usaba de aquellos espectros inmortales de los museos. A causa de estas fuerzas contradictorias, su trayectoria, como barco de vela que navega contra el viento, zigzagueaba en una dirección media entre la fuerza vital de la resistencia y el soplo del complejo en contrario. Así camina hacia adelante pero lentamente y en zigzag cerrado, a causa de lo cual sus obras de entonces son *centristas* en la acepción más lamentable que se puede dar al término y posición.

Ya desde su estancia en Madrid, estudiando en el museo la obra de los maestros, había llegado a hacer, con éxito, *pastiches* satisfactorios al grado que los estafadores vendedores internacionales de falsas obras de arte antiguo pudieran venderlos convenientemente cocinados como originales de maestros lo cual quiere decir que Diego conocía el oficio de aquellos maestros pero claro es que no podía aplicarlo a su obra personal por no poder destruir la genuinidad de su impulso expresivo, y al mismo tiempo, este impulso no era lo suficientemente fuerte como para poder aplastar su complejo ahuyentando los ilustres espectros lo que daba por resultado que su pintura ni era reflejo del arte de los museos ni espejo fiel de su propia emoción artística. Esto, como es lógico, le producía un estado de ánimo angustioso disfrazando y, si se quiere, sublimando aquella impotencia convenciéndose a sí mismo que para llegar a una expresión original se hace necesario experimentar la escala completa de modalidades técnicas del arte de su tiempo.

Admitió entonces —de buen grado— las influencias permaneciendo dentro de ellas hasta que una nueva se hacía más fuerte. Hubo momentos en que la técnica, teoría y práctica,

que experimentaba coincidían con su propio impulso y sensibilidad. Tal sucedió, por ejemplo, durante el período *neoimpresionista o puntillista.* La sistematización científica para la división y dosificación del color y la composición de los tonos por mezcla óptica se acomodaba a su propio temperamento como a una mano un fino guante a su medida. Encontró que estas expresiones, hacia el sentido constructivo del color, en lugar de oprimir su sensibilidad la libertaban de prejuicios adquiridos, dejándole todo el margen para construir los volúmenes y componer sus elementos plásticos. Todo sin hacerlo chocar con los prejuicios incrustados en su propia personalidad. Esta liberación lo condujo —en los años que median entre 1908—1914 a 1921— al campo de las más amplias realizaciones experimentales (cubismo, futurismo, dadaismo) dentro del que encontraron los hombres de entonces los elementos plásticos que más tarde habría de capitalizar el expresionismo, el surrealismo y el llamado abstraccionismo que ahora son actuales en el público americano con un retraso que fluctúa entre 25 y 30 años con respecto a la actualidad artística de Europa.

En aquella época alterna la observación, el estudio y la autocrítica con las excursiones a pie y los viajes cortos. Hace *croquis* y *apunta* colores. En Bélgica la gran emoción no fue como esperaba el Retablo de Van Heick sino los Bruegel del Museo de Gantes. Bruegel fue la emoción y la lección definitiva en Bélgica. La sorpresa Rogerio de la Pastura y el placer, agudo y un poco mórbido, Mémling y los Retratos de Van Heick. De los pintores modernos le interesó —y le seguía interesando cincuenta años después— James Ensor. Pintó en plena calle, con gusto y buen ánimo *La Vendedora de Coles.* Escala de verdes, traje negro de las mujeres y cofias blancas sobre el fondo de una fachada flamenca de ladrillos pintados de rojos con puertas y ventanas de verde.

Había conocido y estrechado franca amistad con dos pintoras. Una era María Gutiérrez Blanchart, española, jorobadita con cara angelical y manos finas como las vírgenes del Renacimiento. La otra era Angelina Veloz, emigrada rusa de gran temperamento artístico. Con ambas compañeras, en un barco carguero, atravesó el Canal —en día tempestuoso— para visitar Inglaterra, y conocer muchas cosas que hasta entonces le eran

desconocidas. Bajo los puentes del Támesis vio el desfile de una muchedumbre que se vestía con los desperdicios de la burguesía. Vio los transportes llevando y trayendo obreros cubiertos de hollín y vio entre el turbio deslizarse de las enlodadas aguas, una legión de niños humildes sin hogar ni protección adiestrándose en los trabajos más difíciles y peligrosos como futuros jefes de los bajos fondos.

Allí mismo, en aquellos pastos y jardines donde los jóvenes se hacían el amor entre hambrientos, malvados y pícaros, Diego leyó —por primera vez— *El Capital*, de Karl Marx que había adquirido de ocasión con unos pocos centavos ahorrados al estómago. Advirtió, allí mismo, cómo era de traicionera y sutil la niebla inglesa que todo lo transforma y embellece. Comprendió, entonces, por qué Inglaterra había dado magníficos poetas mientras no eran tan frecuentes los pintores mayores. El rosa nácar del ambiente inglés favorece la poesía enriqueciendo la imaginación del escritor no así la del pintor que se ve impedida, falseada porque la pintura exige la crudeza de la luz.

En Londres aumentó su interés por algunos maestros y disminuyó por otros. La sorpresa, por haber comprendido entonces su verdadera magnitud, fue Hans Hólbein, el Viejo. La exaltación Piero de la Francesca. Había ido a Londres en pos de paisajistas ingleses. Torner, sobre todo. Todavía quedaba en él la huella de lecturas de infancia. Sir John Ruskin, aquel elegante esteta inglés que visitaba los torrentes de zapatos de charol, pantalón a raya y levita cruzada, quitándose ante ellos la chistera, tal como lo retrató un pintor prerrafaelista. Joshua Reynolds, Gainsborough, como todos los demás retratistas elegantes ingleses, antiguos y modernos, estaban bien liquidados para Diego desde entonces. Descubrió a William Brake al que —como a Julio Ruedas— habrá que contar como precursor del surrealismo. No lo desilusionó Torner pero lo atrajo en forma y manera que nada tenía que ver con Ruskin. Encontró en él, como en Wolff y, en cierta manera, en Rimbaud los precursores del impresionismo entre los que Diego contaba a Goya sin olvidar su amistad y convivencia con David. Torner se le apareció más como un gran poeta que como un gran pintor. No quería esto decir que sus cuadros le parecieran literarios sino que su intención poética de pintor privaban sobre su emoción plástica hasta cuando su genio producía acompañando, al sol y la lluvia, la velocidad, medio siglo antes del futurismo y sus sucedáneos

que han sobrevivido —hasta hoy— dentro de la inactualidad de nuestra pintura.

Al regresar a París volvía enamorado novio de Angelina con la que se casó y tuvo su primer hijo que murió aquel crudo invierno. Alquiló, con María Gutiérrez, un *studio* en la Rue Bagueeux. Pintó para el salón oficial de artistas de París y por cumplir sus compromisos como becario del Gobierno de Veracruz (Teodoro de Hesa) una tela *(La Casa de las Brumas)* de franco impresionismo. El espectro vivo de Claude Monet lo seguía, y el espectro muerto de Torner, su predecesor, lo acompañaba. Más que la bruma de París, que tenía ante los ojos, están presentes en su tela grises azulados y rosados transparentes de la bruma de Londres que tenía en su recuerdo emocional y ojos interiores. A pesar de la vanalidad del tema (millones de Notre Dame han producido los artistas que han pasado por París) consideraba que aquella pintura tenía ciertas calidades plásticas. Pasta rica, a veces, bastante fluida y expresiva y de bastante sensibilidad en el color.

Empezó después a sentirse mejor y más adaptado espiritualmente. El ambiente en París era magnífico y no tardó en verse conectado con los grupos de escritores, artistas y estudiantes emigrados que eran sus compañeros en la gran aventura del arte, y quienes se encontraban en la vorágine misma de las luchas populares y antibélicas. Tres maestros agrupaban a lo más combativo de la juventud: Henri Barbusse, Máximo Gorki y Romain Roland. Bien pronto Diego se encontró entre todos luchando en las calles por las consignas contra la guerra, la opresión y la muerte y, en su propio taller, por la realización de nuevas experiencias plásticas consecuentes con aquella inquietud que vivía el mundo. Empezó, entonces, a ser feliz. A vivir bien y contento entre aquellos emigrados pobrísimos pero llenos de esperanza. Era una especie de organización de la miseria que le enseñó a ver, con amor y orgullo, sus propios harapos, a encontrar tan bueno, para dormir el suelo desnudo como los colchones de plumón, a conformarse con un pedazo de pan si no había más y agua hervida si faltaba el té. En aquel mundo maravilloso aprendió a mirar, con indiferencia, lo que París ofrece como cebo para ocio de la burguesía de todos los países. Aprendió a ver la belleza allí donde estaba y no donde querían

ponérsela y adquirió una pasión insaciable de producir con los elementos de que disponía así como de trabajar en la obra a que estaba destinado. Entre aquella gente, resplandeciente como lo que construían, viviendo una espléndida miseria con la que tuvo la suerte de convivir, comiendo en míseras mesas y sin leña para hacer cálido el hogar, salieron muchos de los hombres que hoy, en las cinco partes del mundo, emergen llenando con sus nombres las páginas de la historia contemporánea, en arte, ciencia y política. Aquella gente lo enseñó a buscarse y gracias a ella desarrolló al máximo sus posibilidades asimilando la gran lección que el trato de los hombres y el panorama político mundial le ofrecía.

En breves vacaciones, pasadas en Toledo, trabajó fuerte en una serie de telas en las que ensayó —por primera vez— algo que es la cualidad esencial en la plástica mexicana precortesiana. Es decir, la forma del movimiento. Dos de aquellos cuadros (*La Jeune Fille aux Artichants* y *La Jeune Fille a l'evenlaid.* La joven de las alcachofas y la joven del abanico) que fueron admitidas y expuestas en el Salón de Otoño, junto con una composición en la que había querido ensayar la construcción trigonométrica del Greco. Por primera vez su pintura tuvo eso que llaman "éxito". Era 1912 cuando entró, de plano, en el cubismo pero ya con anterioridad, y entonces, su trabajo contenía un aporte personal que había de desarrollarse ampliamente hasta apartarlo del grupo al que había llegado. Veía, con claridad, que el "elemento personal" era su cualidad mexicana que emergía del fondo de su individualidad y que lo clasificaban —en el grupo— como *El Exotique.* El Exotique era el calificativo que todos le daban y no obstante estar en el grupo en el Salón de los Independientes —enero, 1913— no expuso todavía las telas de franca filiación cubista sino que se decidió por el retrato de Adolfo Best que pertenecía a su período anterior conectado con el materialismo organizado de André Devain. Esta obra gustó y llegó a tener cierta fama aún más allá de los límites del medio artístico parisiense. Con todos los defectos y debilidades plásticas que pudiera tener sintetizaba una época de la pintura de *París.* El monumental retrato presentaba a *Fito* Best con elegante bastón al brazo, pantalón gris y sobretodo café muy *chic.* Se calaba los guantes de cabritilla marrón sobre una

terraza tras la que aparecía la estación de Montparnasse de donde partían y a la que llegaban trenes y la gran rueda en lento volteo.

Recordaba con interés aquella época de febril y entusiasta labor. Su amistad y admiración por Pablo Picasso al que veía no como a un maestro sino como a un dios de la plástica moderna. Cuando iba a su *studio* y admiraba sus obras se sentía planear en una atmósfera de rara admiración, devoción y afecto profundo ganando, para el insigne malagueño, una legión de discípulos entre los jóvenes estudiantes, artistas y emigrados de Montparnasse. El cubismo tenía sus poetas, filósofos, críticos, matemáticos, físicos, economistas y hasta propagandistas adversos y favorables. En las terrazas las polémicas teóricas y filosóficas abrían las luces del entendimiento mientras Apollinaire deshojaba la flor de una poesía que era esencia y perfume de una Escuela de París de amplia proyección analítica filosófica. El Grupo —y los amigos que lo frecuentaban— tenía la sensación de que se acercaba la hora "de algo". Fue precisamente entonces que Diego pintó *El fusilero marino comiendo y bebiendo* escribiendo cuidadosamente en su bonete la palabra *Patric.* También pintó *El despertador* que adelanta las manecillas hacia un tramo todavía vacío sobre un fondo de sarape de *cowboy* mexicano junto a un botellón parisiense acompañado de un fuelle para echar polvo de matar pulgas y una balalaika, instrumento de música popular rusa, sobre un cuaderno de pasta azul y el anuncio del cognac *4 Ases* en el idioma de Lenin y el *zar.* Todo bajo el fulgor de un abanico rojo. También pertenece a aquella época *El Matemático* que ha ganado fama de obra maestra.

Las telas de la etapa cubista de Diego Rivera tienen hoy un apreciable valor. Constituyen joyas de la pintura contemporánea y revelan que en Rivera había un artista personalísimo que aportaba valores muy propios a la inquietud del tiempo. En aquellas telas está matizado, fresco y armonioso, aquel estilo suyo superpuesto en la composición de conjunto. En efecto. Era el *exotique* que había logrado crear, con los materiales propios del arte plástico, la atmósfera, el ambiente y el natural estilo de su México lejano, tradicional y poético. La nítida transparencia de su pintura no era otra que la misma de la que había emergido el arte de Anáhuac. Nada tenía que ver con

París y la poesía, la grata y sencilla poesía de sus telas, no era otra que la de su pueblo silencioso interrogador de las estrellas.

Atardecer en Italia

YA le andaba en la cabeza la idea de regresar a México, pero aún le faltaba realizar su anhelo de visitar Italia. La guerra había terminado y él podía disponer de un año para conocer aquel país en el cual el arte mural había logrado su más alto nivel desde la Edad Media al Renacimiento, inicio de la época moderna. La observación y estudio de aquellas obras era lo que le faltaba para completar su aprendizaje y obtener un conocimiento que le permitiera el empleo e interpretación artística de las diversas técnicas de acuerdo con la estética así como del contenido y carácter de las diferentes etapas históricas. Al entrar en el país comprendió que estaba en el museo del mundo al que había llegado en el mejor momento pues Italia estaba espléndida, revivía la vida popular de los grandes murales. Millones de personas se trasladaban de un lugar a otro reintegrándose a sus pueblos de residencia. Las ciudades estaban llenas de soldados cuya desmovilización se había retardado en evitación de que engrosaran las filas de la Revolución. Florencia, a causa de una huelga, estaba semioscura, alumbrada, tan sólo, por los reflectores del ejército que producían, sobre los muros palaciegos, las catedrales, puentes y callejas, un efecto maravilloso de luz y sombra. Era una ciudad fascinante, antigua y moderna, vieja y nueva, en la que hubieran podido transitar, ungidos de realidad poética sus cuatro grandes Maestros: Giotto, Tintoretto, Ucello y Miguel Angel.

Anduvo Diego la Península de Norte a Sur encontrando cosas admirables que no estaban comprendidas dentro de la clasificación oficial de "obras maestras del arte" ni de ellas se oía decir nada en la tradición oral, crítica y apreciativa. Vio, en humildes rincones obras magníficas y, en iglesias, modelos que aparecían en las guías de viaje y en edificios públicos y secundarios, pintados sobre sus paredes, como ex votos, encontró frescos de primera importancia y en pequeños museos de provincia admiró entusiasmado obras de técnica e inspiración insuperables. Había recorrido, tan sólo, unos pocos pueblos y ciudades cuando comprendió cómo la distribución de las masas pueblerinas, sobre el terreno característico en que estaban asen-

adas y los juegos de luz y sombra en sus paredes, calles y casas, staban absolutamente ligadas al carácter de la pintura de los naestros que habían florecido teniendo en ellas su origen y arácter definitivo. Lo que parecía anécdota tradicional o leenda poética, resultaba literalmente verdad realista. Así —bajo as murallas ciclópeas de la ciudad natal de Cimbué, y su disípulo Giotto, recogió— con su propia mano, de entre miles de llos que aún quedaban allí formando el suelo mismo, fragnentos de alfarería etrusca con medios relieves que reflejaban nteramente el carácter de la pintura del Giotto y vio —allí nismo— rebaños como los que el pintor apacentaba. Era, sin luda, el vasto escenario natural que había enseñado y producido a gran lección del arte.

Fue tras estas observaciones que Diego Rivera se dio cuena, con admirable claridad, de la enorme influencia que sobre a plástica y el estilo del Maestro habían tenido las formas y ombinaciones de los conjuntos de ovejas en aquel terreno y ajo aquella luz solar. Empezó entonces a comprender —real verdaderamente— que lo universal sólo llega a serlo cuando s profundamente local tanto como la característica de la consitución y suelo de su mismo lugar. Vio que el estilo del Giotto ra el paisaje de su país natal, más la observación de sus rebaíos, en aquel paisaje, cuando era pastor, más la influencia de os relieves de la cerámica etrusca que le proporcionaron la manera de tratar los personajes y distribuir los agrupamientos de onjunto.

También en Padua, la ciudad natal de Mantegna, la piedra dura de aristas y cortantes, los tonos grises y la precisión de us sombras bajo el sol, había determinado el estilo puro, preciso e implacable del Maestro, sorprendiéndose Diego frene a una ferretería en la que un anónimo había pintado sieras, cuchillos, hachas, martillos y toda clase de herramientas le acero, que allí se vendían, con gran rigor y no diferenciándose en nada, por la exactitud de las formas y el tono del olor con las pintadas por el gran Mantegna. Recordó debido a que los combates, en las calles, parecían frescos animados y los frescos reproducción directa de los combates, la frase de cierto crítico inglés que decía: "Sin las batallas, ¿qué sería de la gran pintura?"

A medida que entraba en mayor contacto con el arte de Italia se inclinaba más y más del lado del etrusco y dentro le éste a lo arcaico. En la pintura le gustaba, cada vez más,

los mosaicos llegando al sentimiento y opinión de que en realidad aquel procedimiento es la pintura por excelencia siendo —los restantes— sustituciones más o menos fáciles que jamás logran su altura a causa de la estabilidad, pureza del color y perfecta delimitación de sus zonas y formas adherentes a ellas que la técnica del mosaico impone con imperativo categórico. Más le gustaban a medida que eran más antiguos. Gustaba más de los bizantinos que de los renacentistas, de los romanos, más que de ellos y, sobre todo, más de los grecorromanos. Los mosaicos de San Vitale —en Ravenna— le demostraron que los Maestros tenían pleno conocimiento de las leyes físicas y del color y que las sabían emplear en la plástica en forma extraordinaria dividiendo el color para obtener el tono por yuxtaposición de los elementos que lo componían produciéndolo en la retina del observador por medio de la mezcla óptica.

Aprendió cómo —en San Vitale— elementos complementarios de un tono local verde eran invisibles a la distancia. En tal forma estaban exactamente acordados con sus gamas y, con amarillos y azules del verde, los elementos anaranjados y rojos, de brillantez y pureza extraordinaria, que cruzaban el campo verde local donde pastaban ovejas místicas de blanco que contenían toda la gama del violeta como rayos provinientes de una gloria central hecha de dos secciones de óvalo encerrando tonos ardientes que iban del metal candente y el fuego, al blanco luminoso, resplandeciente, en el centro, ocupado por la figura del Cristo.

En el interior del sepulcro Gala Placidia, cuyo exterior Diego asemejaba a los antiguos hornos de ladrillo de México, encontró mosaicos de extraordinaria belleza. Los pintores habían usado, para los juegos de luz y sombra de sus composiciones, la luz misma que provenía de las pequeñas ventanas del mausoleo combinándola con las lámparas votivas pintadas en los mosaicos. Había allí una guirnalda de hojas y frutas exactamente como si Cezanne la hubiese pintado. Todo el conjunto hacía pensar en dos grandes maestros: Cezanne y Seurat quienes —probablemente— jamás conocieron el sepulcro de Gala Placidia. Si le hubieran preguntado a Diego cuáles habían sido sus emociones más fuertes, en el conjunto integral de la arquitectura y pintura —en Italia— seguramente que hubiera contestado rápido, sin vacilación. Estaba —en los años postreros de su fecunda vida— bien aferrado a las profundas emociones en las que Italia formaba caudal acrecentado en el inte-

rior de San Marcos, en Venecia, en el interior de la Basílica de San Francisco, en Asís, con Giotto y sus discípulos y en la Capilla Sixtina, en Roma, con el Miguel Ángel de la Bóveda y el Juicio Final. En el interior de San Marcos, todo tapizado de mosaicos de oro en cuyo fondo están engarzadas las figuras, recibió el antecedente emocional que más tarde lo conmovió en el interior de Santa Sofía de Constantinopla. Detenido bajo aquellas bóvedas, sin poner en funciones otro órgano que el visual, Diego Rivera comprendió las palabras de Platón cuando al referirse a la suma belleza del Universo hablaba de "la música de las esferas".

III

Nocturno

El regreso a México fue júbilo. Lo esperaba su etapa de plenitud. El diálogo secreto con los astros y, como en su infancia, volvería a conectarse con las estrellas, la montaña, la piedra y la flor. Acercándose a la costa de Veracruz, admiró la silueta de los volcanes y un litoral rumoroso, poblado y primitivo, que tenía el aspecto del Oriente indostánico. Ya en tierra volvió a encontrarse con aquellas imponentes arañas que parecían cangrejos y con aquellos cangrejos, torpes y enormes, que parecían pulpos. Vio el campo florecido y primaveral. Oyó el canto de los jilgueros y caminó, entre veredas y breñales, para recoger helechos y reunirlos en un incomparable esfuerzo de sostenida emoción que hacía incontrolable el deseo de pintar.

Dos muchachas jarochas salieron a su encuentro para satisfacer sus ansias y las dibujó como eran en su expresión de vida que llegaba de muy lejana tradición. Todo cuanto veía lo alucinaba. Era un mundo vegetal como de inicio de Creación. Y, sin embargo, no era un paisaje nuevo. Ya él lo conocía, lo había visto de chiquillo cuando el tío Pepe, el Tuerto, lo llevaba de vacaciones a Veracruz. Pero, ahora, lo antiguo e histórico, se prestigiaba con el ensueño poético de su personal visión. Todo él era ojos para ver formas y colores. Todo inteligencia para comprender. Todo temperamento para abordar los tratamientos diversos que aquel paisaje natural exigía.

En la Capital encontró la fiesta revolucionaria en un despliegue de increíble actividad. Se trataba de un proceso de in-

tegración social en el que participaban indígenas, mestizos y blancos. Jóvenes obreros, campesinos y estudiantes. Profesionales y hombres de empresa. Mujeres y chiquillos. Los sindicatos eran el gran fermento y la escuela, la gran reguladora. La vida mexicana comenzaba a alcanzar formas propias con ideales más concretos y proyección más amplia. Diego Rivera, envuelto en la gigantesca ola, echó a andar. Empezaría, entonces a poner en marcha su poderosa organización mental que trabajaba a ritmos muy desiguales que desbordaban la pasión y el juicio sereno. Era un extraño juego de fuerzas sostenidas en repercusión como tensas cuerdas. A cada situación respondían con una acción. Era una dinamia tan efectiva y tenaz que siempre producía víctimas. La ágil interpretación de los hechos, ajustada a una dialéctica racional, invariablemente provocaba reacciones favorables que conducían al más seguro éxito. El pintor era un monstruo en un medio caldeado al rojo vivo en el que "lo nuevo" tomaba sitio de categoría. Pronto se hizo dueño de la situación artística cuyo control, efectivo y casi dictatorial, mantendría hasta morir. Tuvo contradicciones, dudaba a ratos, pero avanzaba siempre, fiero, agresivo, como toro en campo de lidia. Nada le detenía y haciendo uso de todos sus recursos fijaba, en la realidad del ambiente, la posibilidad de un trabajo artístico que levantaría a México de su postración porfirista enlazando su "etapa nacionalista revolucionaria" con aquella tradición de cultura que era el Viejo Imperio Maya, Teotihuacán y el Anáhuac.

En realidad nada —o muy poco— se sabía de aquella plástica indígena que era hábil oficio en el México prehispánico. Algo intuía Diego que había atendido a la formación y desarrollo de su pueblo comparándolo, en sus manifestaciones de arte, con otros pueblos antiguos. Convencido de su capacidad, con un extraordinario sentido del arte y la vida, el pintor echó sobre sus hombros la enorme responsabilidad de crear un movimiento muralista que culminó en obra gigantesca representativa de un momento político social muy tenso y significativo para la historia del Continente.

Como todo gran movimiento cultural el muralismo respondía a formas económicas y sociales que se estructuraban como resultado de la Revolución. La burguesía, como clase dominante, comenzaba su período de consolidación y los hombres más cercanos al Poder —o convertidos en Poder— eran mexicanos capaces de desarrollar al máximo esfuerzo por impartir al país

una nueva organización que desarrollara el empleo adecuado de los recursos naturales y el disfrute generoso de una mejor vida humana. La tarea no era fácil y los rozamientos provocaban, con frecuencia, estados de injusticia que enardecían los ánimos. Así se demandaban prestaciones sociales, se luchaba por la organización obrera y se obtenían mejoras que elevaban la vida del campesinado. Todo en medio de una eclosión de fuerzas populares que daba bandazos de aquí para allá mientras creaba y consolidaba su aparato estatal con una clase social pujante que emergía de aquel incendio para iluminar a sus jefes entre los mexicanos más inteligentes, más audaces, agresivos y valerosos. Se cubrieron así —sucesivamente— las etapas revolucionarias hacia un nuevo estilo de democracia funcional "sui generis" que equilibra —y armoniza— los intereses económicos y sociales del México contemporáneo.

La superestructura de aquel formidable movimiento creó nuevo ambiente cultural. Las artes y letras, la música y arquitectura, la ciencia se vieron protegidas y jerarquizadas. Toda forma de expresión encontró ámbito propio y las corrientes del hondo saber mexicano conectaron, con facilidad, y en lo profundo, con el movimiento cultural del mundo. México dejó de ser provincia para convertirse en Metrópolis. Puede así afirmarse que el país ganó un sitio en la vanguardia espiritual de América proyectando su influencia hacia todas las regiones del Hemisferio. Sobre la piedra de los siglos se hacía un nuevo esplendor...

Cuando Diego Rivera comenzó su Retrato de México, en las paredes interiores del edificio de la Secretaría de Educación Pública, había pintado ya —a la incáustica— el Anfiteatro Bolívar, obra en la que había querido utilizar el espacio arquitectónico y, al mismo tiempo ensayar la pintura de soplete que los antiguos utilizaban y que Delacroix había restablecido con éxito. Sin embargo, es en la pintura al fresco, en los tres pisos de la Secretaría, donde el mexicano desarrolla sus extraordinarias facultades y comienza un dinámico ejercicio artístico que desplegaría de manera casi sobrehumana. Aquellos patios y galerías ponen al descubierto una estética que se nutre en la realidad objetiva. El artista pinta lo que ve y procura hacerlo como en realidad es, como lo ven sus ojos interiores. Los que lleva dentro volcados hacia la verdad oculta de las cosas. Su estilo

refresca en un poesía que es parte esencial en la vida mexicana. La naturaleza —toda— es una alegre y voluntariosa afirmación de fuerzas afines que da la pauta en la vida cotidiana. Exaltado en su desesperado amor, anima la realidad con el color y las formas, líneas y volúmenes que responden a un juego de equilibrios plásticos. Diego no quiere pintar "lo bello", ni acierta a destacar "lo bonito", se concreta, por lo demás, a expresar lo verdadero dándole a su descripción todo el alcance poético de que es capaz su poderosa imaginación.

Nada es tan real como aquella su forma de pintar acumulando figuras, componiendo planos y levantando líneas para fijar la perspectiva y profundidad. Andan juntos —en el Patio del Trabajo— los obreros y los campesinos. Los niños y los guardajurados, las mujeres, los militares y los opresores. Todos se mueven en planos compuestos con elementos vivos y no de otra manera trabaja el artista en las otras galerías en cuyos muros despliega, con todos sus valores, los dibujos, sketchs y colores que ha captado, del natural, en largas jornadas por el país, a través del cual logró contacto con el pueblo, conoció su drama y pobreza , vio su fiesta y admiró sus ritos. Casi a un mismo tiempo el Maestro pinta el Palacio de Cortés, en Cuernavaca, y aquel alarde de maestría que es la Capilla de Chapingo. Las dos mencionadas obras, y el edificio de referencia, constituyen un alarde de técnica, de inspiración y de maestría que ha cuajado en una obra de monumental sencillez llena de un contenido filosófico y social acorde con las motivaciones del espíritu de la colectividad.

En sus inicios estas obras fueron incomprendidas. Un gran escritor, residente en México en aquella época, calificó las pinturas con una sola palabra: FEISMO que era marchamo de fuego. El pintor, lleno de seguridad, respondió presto. Se reía del vocablo que no le molestaba y sí le hacía gracia. No le preocupaba si lo que pintaba le parecía FEO a un hombre ilustre. Lo que le preocupaba era mantener la verdad de las cosas y hacer los rostros y los cuerpos como eran en el tipo humano representado, logrando dentro de la expresión el sentido, un poco nostálgico y siempre dramático de la humanidad mexicana. No le interesa pintar "la Belleza" de acuerdo con el sentido clásico y un poco falso. Quiere pintar la VERDAD y la VERDAD —decía Diego— es mil veces horrible.

Ya nadie recuerda el Feismo riverista. Al contrario, Diego está catalogado como un pintor amable, lleno de encanto y fas-

cinante poesía. No importa que su mensaje sea terrible, lleno de agresividad y hasta de violencia. La forma de expresarlo es siempre bella y el conjunto mural de su obra recrea una estética en la que se unifican los más altos valores de la pintura contemporánea. La importancia y trascendencia de aquella obra aún no ha sido estudiada plenamente. No se ha llegado a una investigación exhaustiva de su trabajo, ni se ha ahondado profundamente en la espesura de su fecunda labor. Los jóvenes críticos, estudiosos e investigadores tienen ante sí esta hermosa tarea que pueden realizar con una bibliografía extensa que ayuda al investigador.

Lo importante es la proyección de la obra de Diego Rivera y cómo la pintura mural de su tiempo —en México— logró el milagro de traer al pueblo al primer plano de la actualidad artística, convirtiéndolo en héroe de un movimiento de capital importancia americana. Es decir, el *pueblo* humilde, el de abajo, olvidado y relegado como elemento de vida y producción, pasó al plano primero en la vida nacional convertido en motivo y expresión. Este —y no otro— es el enorme mérito de los pintores muralistas del México revolucionario entre los que Diego Rivera talló la piedra, fue la estrella y cortó la flor...

Es noche cerrada en cumbre poética. El sol no alumbra ni anima el céfiro. Entre toscas piedras el árbol crece sin follaje como dibujo de milenario pintor chino. En tan desolado paisaje el hombre anda solo. Está ciego y no ve. No oye. Es mudo. A la puerta de su choza ha dejado el ropaje que llevó en vida. El orgullo y la vanidad. La soberbia y el odio. Diafanizado por la muerte se han iluminado las virtudes del genio. El amor y la bondad. La ternura y comprensión que transparentan —en su obra— el mensaje de belleza que legó a los hombres.

El poeta solitario ha perdido sus enlaces terrenales. Es tan sólo flamita que impulsara el viento frío y seco de la meseta. Va hacia la soledad, el silencio. El reposo absoluto... Lento, liberado de todo, está llegando a la Región de las Aguas donde habita Tláloc y lo espera Xolotl, dios y protector de los Gemelos, encarnados en los perros pelones de su preciosa leyenda indígena le servirá de guía para el tránsito final hacia aquel espacio, blanco y azul, cielo, agua y luz, que es el fresco y escondido camino subterráneo de los Siete Ríos, paraíso de los difuntos elegidos por Tláloc.

El viajero ha dejado de ser cuerpo. No tiene figura. Es polvo. Polvo cósmico bajo el resplandor de los astros. Al contacto con las aguas se convertirá en roja arcilla nutridora del fondo de los mares y germen de la poesía universal.

Libros

LIBROS

ALBERT SCHWEITZER, *Paz o guerra atómica*. Edit. Fondo de Cultura Económica, 69 págs., México, 1958.

En los últimos tiempos, los hogares de todo el mundo son informados diariamente por vehículos propagadores de noticias (prensa, radio, etc.), acerca del peligro que corre la humanidad en el caso de que se desate una guerra atómica. Aquí y allá se especula con respecto a los resultados exterminadores que ocasionaría dicha guerra; sin embargo, a excepción de los científicos especializados, nadie logra acercarse a la realidad devastadora que representaría el estallido de tal conflagración.

El doctor Albert Schweitzer, científico alemán prominente, ganador del Premio Nobel de la Paz, filósofo y teólogo de 83 años de edad, preocupado por el peligro que encierra la contaminación radiactiva que se desprende de las explosiones de bombas atómicas y de hidrógeno, leyó tres mensajes en la Radio de Oslo, Noruega, los días 28, 29 y 30 de abril del presente año; los tres mensajes comprendieron las denominaciones siguientes: *Renuncia a las explosiones de prueba*, *El peligro de una guerra atómica* y *Negociaciones en el plano supremo*. Pronto, las palabras del Dr. Schweitzer fueron editadas en lengua alemana, y cuatro meses después, el Fondo de Cultura Económica, mediante la traducción de Jasmin Reuter, las entrega a los lectores de habla castellana.

El objeto que persiguen los tres llamados del sabio alemán, así como el corto número de páginas que éstos cubren, casi induce a transcribir la totalidad del libro titulado *Paz o guerra atómica*.

Albert Schweitzer se dirige a las potencias atómicas haciendo hincapié en la amenaza de contaminación radiactiva que sufren el aire, el agua y la tierra, elementos vitales de los que depende el hombre. Les recuerda que el peligro que entraña la radiactividad puede evitarse con la suspensión de las explosiones; "para todos —asegura— sería igual la desventaja de no poder probar nuevas armas de este tipo". No obstante, "los Estados Unidos e Inglaterra no parecen encontrar tan fácil esta solución" y constantemente esgrimen argumentos contra ella. Sólo parcialmente aceptan la peligrosidad y no la consideran suficiente como para suspender los experimentos que realizan. "Las comisiones atómicas oficiales, así como muchos científicos que defienden la misma opinión y desean expresarla, proporcionan continuamente material con propaganda de esta especie a las prensas norteamericana e inglesa". Schweitzer cita al Dr. Libby quien apoya las explosiones tomando en cuenta el riesgo que correría el mundo libre si ellas dejaran de verificarse; también menciona a una verdadera "eminencia norteamericana en asuntos atómicos", la cual, en agosto de 1957, afirmó que las carátulas luminosas de los relojes en uso... significan un peligro mayor que la totalidad de los efectos radiactivos producidos por las explosiones experimentales". A esta clase de declaraciones, Albert Schweitzer

les llama "propaganda de tranquilización" y la ridiculiza anteponiéndole argumentos sólidos.

En ocasiones, la propaganda tranquilizadora asegura que hay un máximo de radiación permitido, entonces, el sabio alemán se indigna y pregunta: ¿Quién lo ha permitido? ¿Quién está autorizado para permitirlo? Agregando que no sólo ha de prestarse atención al "efecto de la radiación proveniente de fuera, sino también a las materias radiactivas que se encuentran dentro de nosotros"; materias que bajan de la atmósfera después de cada explosión y a "través de hojas y raíces penetran en las plantas y se van acumulando en ellas", de donde pasa por diversos conductos al organismo humano. "El efecto más nocivo de la radiación es el producido en las células de los órganos destinados a la reproducción. Aun cuando la radiación sea muy débil, puede tener consecuencias funestas", mismas que incluyen a las generaciones posteriores — excepción hecha de la primera y segunda.

"La declaración de los 9,235 científicos de todas las naciones, que el conocido investigador norteamericano Dr. Linus Pauling entregó el día 13 de enero de 1958 al Secretario General de la ONU, fue el tiro de gracia a la propaganda de tranquilización. En esta declaración —prosigue Schweitzer— afirman todos ellos que la radiactividad producida constantemente por las explosiones experimentales significa un grave peligro para todas las regiones de la tierra, más grave todavía porque en las generaciones futuras tendrán por efecto una cantidad cada vez mayor de nacimientos de niños deformes... Sólo quienes nunca presenciaron el nacimiento de un niño deforme, quienes jamás oyeron sus quejidos ni fueron testigos del terror de la madre, pueden atreverse a afirmar que la prosecución de las explosiones de prueba presenta un riesgo que bajo determinadas circunstancias podría uno correr".

Albert Schweitzer explica la falsedad del cálculo, hecho por algunos voceros interesados, acerca de la posible defensa en un determinado país que entre a la llamada guerra local; demuestra que tal posibilidad desaparecería en la realidad puesto que un gran número de naciones se hallan comprometidas con la instalación de bases y centros atómicos en sus propios territorios.

Para la humanidad es de vital urgencia no sólo contribuir a evitar el estallido de una guerra atómica sino también levantar su voz a fin de que se suspendan los simples simulacros de guerra en los que sean forzosas las explosiones.

Los estragos que causaría el temible estallido son manifestados por Schweitzer en la forma más comprensible; una bomba de hidrógeno —nos aclara— produce una esfera ígnea cuyo diámetro abarca varios kilómetros. "Se calcula la temperatura en 100 millones de grados. Esto da una idea de cuántos serán los seres humanos en la ciudad alcanzada, por la presión de la explosión, por los escombros impelidos, por el fuego, el calor, y la primera y poderosa radiactividad, aunque sólo dure un instante. La mortífera contaminación radiactiva que sigue a la explosión se extenderá a una región de cerca de 45 000 km^2... En lo que respecta a las medidas de prevención en una futura guerra atómica, se cuenta que el presidente Eisenhower, después de una maniobra de ataque de bombas en la que también se pusieron a prueba estas medidas, dijo las palabras siguientes: 'Lo único que nos queda es rezar' ".

En Europa, la opinión pública —que ha experimentado los estragos de dos guerras mundiales, de tipo normal— se adhiere a todos los esfuerzos que

se hagan para evitar que su territorio se convierta en campo bélico donde pugnen los Estados Unidos y la Unión Soviética.

El científico alsaciano concluye diciendo: "Si nuestra época renuncia a las armas atómicas habrá dado el primer paso hacia la lejana meta de suprimir las guerras. Si no da este paso, tendremos que seguir en el camino que nos conducirá a una próxima guerra atómica y a la más cruel indigencia... Las negociaciones en la 'cumbre' no deben terminar en un fracaso. La opinión pública no aceptará que también en esta ocasión deje de acordarse la renuncia a las armas atómicas, imprescindible para conservar la paz".

FRANCISCO MONTERDE, *Moctezuma el de la silla de oro,* Edit. Donald G. Castanien and Frederick S. Stimson, 107 págs., Nueva York, 1958.

Esta obra del maestro Francisco Monterde ya había sido publicada en el año de 1947. El desarrollo de la prosa sigue el hilo histórico e introduce un elemento especial que podemos definir como poético; el autor lo hace notar recordando a Rubén Darío: "Si hay poesía en nuestra América ella está en las cosas viejas, en Palenke y Utatlán, en el indio legendario, y en el inca sensual y fino, y en el gran Moctezuma de la silla de oro".

En esta nueva edición, el contenido del libro se utiliza para formular un texto que ayude a los estudiantes de habla inglesa que desean llevar el curso de lengua española. A nuestro modo de ver, nos parece indicada la aplicación que Francisco Monterde logra con su obra al *enseñar* en forma accesible para alumnos de otro idioma, el panorama de la situación socio-histórica relativo a la Conquista; situación que es posible asimilar no sólo por la sencillez de su literatura, sino por los ejercicios didáctico-pedagógicos que sintetizan hechos de personajes claves como es Moctezuma, a quien se presenta con su psicología un tanto claudicante, presionada por la tradición religiosa cuya leyenda profetizaba la llegada de "hombres blancos y barbados"; o bien, como es la Malinche, puesta ante nuestros ojos más en su carácter de mujer enamorada que de elemento histórico; o también, el propio Cortés, astuto e intuitivo, político y aventurero; o Cuauhtémoc, con esbozos de heroicidad durante su actuación decisiva frente a los hombres de Hernán Cortés derrotados en la famosa "noche triste".

La estructura del texto sigue más o menos este orden: en una parte inicial, escrita en inglés, se incluye un prefacio que indica la finalidad del libro; una introducción que constituye un resumen histórico de la fundación de Tenochtitlán, del acrecentamiento de su poderío, de su religión y principales rituales, de la ruta de Cortés desde su nacimiento, pasando por su desembarco en la Villa Rica de la Vera Cruz, hasta su muerte en España; y una serie de datos sobre los méritos literarios que confirman la personalidad intelectual de Francisco Monterde.

Las imágenes descriptivas de los modos de vida correspondientes a la época que se aborda, son claras, con lenguaje poético donde la suavidad y firmeza de ademanes y gestos indígenas nos traslada a siglos remotos. Monterde refleja con nitidez los ritos, el paisaje, el aspecto humano, la guerra, los tianguis,

etc. En resumen, el autor asciende por una prosa de calidades líricas, respeta las necesidades de su texto y no falsea en ningún momento la veracidad del hecho histórico.

OCTAVIO PAZ, *La estación violenta,* Edit. Fondo de Cultura Económica, 83 págs., México, 1958, Colec. Letras Mexicanas, Núm. 42.

Octavio Paz, el poeta mexicano más discutido del momento, reune nueve poemas escritos durante los años que van de 1948 a 1957: *Himno entre ruinas, Fuente, Máscaras del alba, Repaso nocturno, Mutra, ¿No hay salida?, El río, El cántaro roto* y *Piedra de sol.* A excepción de los dos últimos, todos los demás han sido escritos en el extranjero, principalmente en Europa.

En los nueve poemas se descubren dos verdades, una poética y otra personal; la primera consiste en la calidad del oficio que este escritor, sin ser viejo todavía, ha logrado madurar; y la segunda estriba en la inseguridad que los motivos de la vida engendran en el poeta.

La poesía de Octavio Paz se puede definir con dos substancias: la artística y la cotidiana, la imagen y la libertad; el problema que encierra la poesía en busca de la belleza conduce a Paz hacia la solución estética que le proporciona el juego infinito de las imágenes; el concepto en el poema puede ser débil, incoherente, pero la estructura final que integran las palabras es lo que consolida la figura literaria donde toma cuerpo y valor el fruto estético de la poesía.

Por otra parte, Paz tiene la preocupación de hacer danzar las imágenes alrededor de un concepto: la libertad; alrededor de ella giran los conceptos menores que aprisionan las palabras y que formalmente eslabonan su poesía. El problema de la libertad en Octavio Paz no es angustioso pero es obsesionante: dice en *¿No hay salida?:*

> *aquí es ninguna parte, poco a poco me he ido cerrando*
> *y no encuentro salida que no dé a este instante,*
> *este instante soy yo, salí de pronto de mí mismo,*
> *no tengo nombre ni rostro.*

Y luego, en *El río,* el deseo de:

> *Detenerse un instante, detener mi sangre que va y*
> *viene, va y viene y no dice nada,*
> . . . .
> *un solo instante, sentado a la orilla del tiempo,*
> *borrar mi imagen del río que habla dormido y no dice*
> *nada y me lleva consigo.*

Hasta llegar al último poema, *Piedra de sol,* donde no obstante que la imagen al debilitarse aclara los conceptos, el poeta se humaniza a la vista de todos e insiste en el problema y concepto que ya antes hemos apuntado; veamos:

> *el mundo nace cuando dos se besan,*
> *gota de luz de entrañas transparentes*
> *el cuarto como un fruto se entreabre*

o estalla como un astro taciturno
y las leyes comidas de ratones,
las rejas de los bancos y las cárceles,
las rejas de papel, las alambradas,
los timbres y las púas y los pinchos,
el sermón monocorde de las armas,
el escorpión meloso y con bonete,
el tigre con chistera, presidente
del Club Vegetariano y la Cruz Roja,
el burro pedagogo, el cocodrilo
metido a redentor, padre de pueblos,
el Jefe, el tiburón, el arquitecto
del porvenir, el cerdo uniformado,
el hijo predilecto de la Iglesia
que se lava la negra dentadura
con el agua bendita y toma clases
de inglés y democracia, las paredes
invisibles, las máscaras podridas
que dividen al hombre de los hombres,
al hombre de sí mismo.

MARCELA PAZ, *A pesar de mi tía.* Edit. del Pacífico, S. A., 150 págs., Santiago de Chile, 1958, Colec. Plenitud.

Por la solapa que proporcionan los editores nos enteramos de otros títulos publicados por Marcela Paz. Algunos de ellos han alcanzado tercera y quinta edición. La autora ha tenido éxito de crítica y de ventas mediante la creación de un personaje lanzado a través de una serie de relatos; el nombre de dicho personaje puede apreciarse en las denominaciones de sus primeras cuatro obras: *Papelucho, Papelucho casi huérfano, Papelucho historiador* y *Papelucho detective.*

En *A pesar de mi tía,* Marcela Paz vuelve a interesarse por el asunto detectivesco aun cuando la novela no pueda encasillarse dentro del género policíaco, y no ha de clasificarse como tal debido a que existen requisitos, exigidos por el género, que en esta obra no fueron observados. Cualquier lector, sin ser demasiado sagaz, sin poseer una inteligencia aguda, descifra la trama de la novela y la soluciona antes de llegar al final. Las trampas útiles para construir el "misterio" que se mantiene página a página en una novela policíaca, han sido descuidadas.

El personaje principal, Ángela, de diecinueve años de edad, estudia la carrera de visitadora social; es una joven de graciosa ingenuidad cuya vida ha transcurrido al amparo de mujeres solas. La tía de Ángela no convence como personaje, se antoja apenas un pretexto para titular el relato. Ángela es casi un personaje solitario rodeado de nombres a manera de juego decorativo; no hay un personaje sólido como para considerarlo a la altura del narrador o de la narradora, quien, debemos reconocerlo, viene a confundirse con Ángela, puesto que el hilo del relato está llevado en primera persona y la autora y su personaje central se identifican plenamente en varias situaciones.

Un crimen en el piso superior de donde vive Ángela, un esbozo de espionaje y un toque de comicidad a través de las palabras con que Ángela describe sus emociones, son los materiales sobresalientes con que está construida la no-

vela. Es más, nos arriesgamos al decir que Marcela Paz domina perfectamente el relato, pero que en la solución del mismo prefirió la vía del humor a la de la severidad. A pesar de su tía, Ángela investiga un supuesto crimen que su inexperiencia y su ingenuidad no le permiten solucionar y que, en pago, le llevan a descubrir al criminal en la persona de quien después resulta ser el detective, mismo en el que ya había descubierto el amor adecuado para sus diecinueve años.

GUSTAVE COHEN, *La vida literaria en la Edad Media, la literatura francesa del siglo IX al XV,* Edit. Fondo de Cultura Económica, 358 págs., México, 1958, Sección de Lengua y Estudios Literarios.

Este volumen estudia setecientos años de gestación literaria —producto de la transformación social francesa— con sus inicios y sus avances, siempre en su papel de creación y de influencia determinante sobre otros países. En el estilo y la exposición de Cohen se aprecian tanto el cultivo puramente lírico como el conocimiento histórico manifestado a través del material que comenta con amplitud y que orienta a formar la conciencia de los sucesos más importantes de cada lapso.

Esta primera edición en castellano —vertida del francés por Margarita Nelken— procura reflejar fielmente la sensibilidad que G. Cohen le imprimió a la prosa en edición francesa, así como también, la esencia de trozos literarios transcritos, en los que —como fue el propósito del autor— se intenta conservar el ritmo y la cadencia originales.

Cohen no sólo analiza el producto cultural que es la literatura, sino que investiga su fondo humano en los autores y circunstancias que favorecen, orientan o acrecientan la literatura gala; en estos cambios se percibe los propios que la lengua adquiere en siete siglos; se percibe cómo la literatura se independiza, se generaliza y se torna popular mientras avanza desde los temas épicos y religiosos hasta aquellos donde aparece la mujer, el amor, las personas con sus problemas sencillos y el pueblo palpitando en hondos dramas.

Del siglo IX al XIII ya se realiza la literatura, dominada por la temática religiosa, dentro de los géneros de la novela, el teatro, y la poesía. En el siglo XII, en Aquitania primero y en Provenza después, surge el tema amoroso relacionado intensamente con la mujer; Eloísa y Abelardo serán los protagonistas de la primera novela. Los escritores se responsabilizan más de su oficio y el público aumenta y se define.

Cohen identifica al siglo XIII como la "gran época" y estudia a Román de la Rosa y a Joinville, escritores sobresalientes de ese lapso, mismo en que la categoría de autor se la disputan no solamente juglares y personas que viven de la actividad literaria sino los grandes señores y damas de la corte. La filosofía escolástica está en auge. Se inician la novela alegórica y el teatro cómico.

Para el siglo XIV predomina la poesía, se vigoriza el naturalismo, destaca Guillaume du Machaut, sucesor de Eustache Deschamps; ambos llenan todo el siglo. Deschamps es el "pintor realista de una sociedad realista... todos los tipos se hallan representados en sus versos: asesinos, rameras, jueces, sacerdotes, la bruja, la maldiciente, la celestina, etc." Otro progreso en la expresión

literaria es la gestación del drama y la crónica activa que vienen a favorecer la perfección de la prosa.

Cohen aborda el siglo XV, recordando analíticamente los grandes acontecimientos políticos. Juana de Arco se convierte en la musa principal de las obras de su tiempo. A esta centuria pertenece François Villon, poeta lírico de los más representativos en la época moderna.

FRANCISCO DE CASTRO, *Metamorfosis a lo moderno y otras poesías*, Edit. El Colegio de México, 87 págs., México, 1958.

Este libro constituye un elemento útil para analizar la evolución de la literatura, comprobando, como tal vez fue la intención del autor, que temas considerados pretéritos son susceptibles de actualizarse si se les ubica —con las reservas del caso— dentro de la modalidad que la época requiere. *Metamorfosis a lo moderno y otras poesías* se basa, principalmente, en asuntos mitológicos griegos que han sido transportados al modo de pensar en el siglo (XVII) de Francisco de Castro.

La *introducción*, realizada por Kenneth R. Shoelberg de la Universidad de Ohio, es un amplio estudio del contenido del poemario. Shoelberg repara, respecto al autor, en que existieron varios poetas con su nombre, procediendo entonces a la búsqueda y comparación de índices genealógicos; la conclusión a que llega parece correcta; deduce con exactitud la nacionalidad de Francisco de Castro y localiza las fuentes que éste empleaba para efectuar sus trabajos, tal es el caso de la *Metamorfosis* de Ovidio, fuente a la que se recurría con frecuencia en la época renacentista.

Shoelberg abunda en datos sobre el valor del libro de Francisco de Castro, "parece —dice— haber sido el primero en idear toda una serie de poemitas dedicados a esta materia... no hay que buscar ni de pensamiento ni de emoción... tiene verdadera gracia, a veces es algo endeble en la ejecución poética". Añadimos que para explicarnos algunos debemos recordar que el autor no tenía al castellano como lengua materna sino al portugués, y por semejantes que fueran las lenguas romances, sus diferencias en aspecto de construcción han de ser consideradas fundamentalmente cuando se trata de versificar.

En los versos de su obra poética, Francisco de Castro emplea *dichos* acuñados por la voz popular. Shoelberg ha respetado la ortografía del texto original, modificando únicamente la puntuación y la acentuación.

El *argumento* o explicación que antecede a cada pequeño poema de la primera parte *(Metamorfosis)* es, en ocasiones, mucho más extenso que el poema mismo, lo que redunda en beneficio de la intención humorística o del concepto bosquejado brevemente en el verso; este *argumento* no aparece en *Canción del chaos* (formación del mundo y aparición del hombre en la tierra) escrita con el tono festivo ya insinuado y, a veces, con excesiva crudeza; tampoco aparece en los *Motes* y *Sonetos* cuyo tema amoroso está versificado en castellano y portugués.

Francisco Zamora, *Introducción a la dinámica económica,* Edit. Fondo de Cultura Económica, 410 págs., México, 1958, Sección de Obras de Economía.

El presente volumen tiene por objeto servir de texto al alumno del Tercer Curso de Teoría Económica, en la Escuela Nacional de Economía, de la Universidad Nacional Autónoma de México, ajustándose al programa de dicha casa de estudios y al progreso que durante los últimos años se ha observado en la materia.

Las páginas del libro comprenden una *introducción* y *tres partes,* subdivididas todas ellas en capítulos que forman una estructura total a la que se llega por medio de incisos claros, delimitando y relacionando campos de un mismo o diferente aspecto, sin permitir confusiones siempre que el alumno tenga nociones de Economía.

Zamora anota, al referirse a Estática y Dinámica, que lo estático no revela ausencia de movimiento sino el movimiento normal en condiciones iguales o muy semejantes, y que lo dinámico sí indica "todo cambio de cantidades, estructura o situaciones" relacionadas, desde luego a sus antecesoras. El autor señala que esta opinión aún no se encuentra unificada entre quienes tratan la materia, debido a que intervienen otros elementos variables que él se encarga de presentar y analizar, tales como las previsiones e imprevisiones que han de apreciarse considerablemente para la mejor solución y desarrollo de la ciencia económica.

Elemento básico en lo económico —continúa Zamora— es aquel que da lugar a la producción para satisfacer sus necesidades personales en pequeña y específica cantidad pero que contribuye a la movilización gracias a otros muchos millones que actúan igual que él.

Francisco Zamora explica las curvas máximas y mínimas así como las fórmulas matemáticas que condicionan la probable solución de un problema cambiante según multitud de circunstancias previsibles o no, en poco o mucho tiempo, a fin de aplicarlas y relacionarlas con la Dinámica y la Estática.

El autor no olvida la importancia didáctica que tiene el enlazar los avances más recientes de una ciencia con los cimientos de la misma, por ello, recurre a las teorías económicas de los clásicos. Marx, por ejemplo, es esencial; Zamora enfoca la teoría marxista en su aspecto macrocósmico y dinámico, resaltando su fundamento social para desentrañar el desarrollo de las leyes capitalistas más que su funcionamiento.

María del Carmen Rovira, *Eclécticos portugueses del siglo XVIII y algunas de sus influencias en América,* Edit. El Colegio de México, 236 págs. México, 1958.

Aun cuando hoy en día ha tomado cuerpo la preocupación por encaminar las especulaciones de tipo filosófico hacia la investigación de nuestros propios problemas, los escritores latinoamericanos que cultivan la disciplina filosófica no han logrado independizarse de las influencias de lo filósofos europeos.

No obstante, títulos como el del libro de María del Carmen Rovira pueden ser aceptados desde los dos puntos de vista: investigar las influencias eu-

ropeas en América y adelantar algo en el terreno de los problemas que mañana habrán de ocupar íntegramente la atención de nuestros más destacados filósofos, cuyas energías decisivas estarán encaminadas a la aclaración de disyuntivas genuinamente americanas.

La autora estudia, en una primera parte, las relaciones del pensamiento americano a través de sus hombres más relevantes, abarcando los aspectos humanísticos esenciales y todos los correspondientes al saber humano; en seguida, se refiere a la física, lógica y metafísica; y finalmente, con ejemplos directos y objetivos, se introduce al fondo de lo que ya nos había anunciado el título de su obra.

Almeida, Verney y Monteiro son los tres filósofos portugueses que destacan en el siglo XVIII, sus influencias son señaladas, por María del Carmen Rovira, en el pensamiento de tres países: Cuba, Ecuador y México. Las situaciones en que se desenvolvieron Verney, Almeida y Monteiro no fueron análogas, por lo que sus posiciones, dentro de su igualdad ecléctica, no fueron siempre iguales. Verney no actuaba con un sentido estrictamente escolástico, el fin primordial que perseguía era el de renovar la educación de acuerdo con los conceptos nuevos impuestos por el avance del tiempo. Verney fue quien más influyo en México por medio de Benito Díaz de Gomarra.

María del Carmen Rovira manifiesta que los eclécticos portugueses, encabezados por Verney, influyeron en el pensamiento americano, participando en forma indirecta en la situación libertaria del siglo XIX, pues "señalaron un nuevo camino a seguir en la Física", dando "por resultado un pensamiento mucho más moderno" en ese y otros campos. La autora incluye la posible influencia de los españoles, quienes estaban relacionados más estrechamente con nuestros pensadores, pero que, en cambio, tenían ideas menos avanzadas.

PABLO GONZÁLEZ CASANOVA, *Estudio de la técnica social*, Edic. Universidad Nacional Autónoma de México, 141 págs., México, 1958. Colec. Problemas Científicos y Filosóficos, Núm. 7.

Las consideraciones históricas de Pablo González Casanova llegan hasta la Grecia de Sócrates y Protágoras quienes no concedían a lo social el carácter de técnico. González Casanova encuentra suficientes argumentos para inferir que pese a lo sostenido durante siglos, sí existe una técnica social que por desgracia no ha sido considerada dentro de toda la importancia que merece, por lo cual ha quedado en manos de unos cuantos individuos en vez de difundirse más ampliamente.

Tres son —dice el autor— las técnicas fundamentales: la cotidiana, basada en el empirismo del sentido común; la científica, que ya participa de un método; y la mágica, que por lo regular toma de una o de las dos anteriores, principios que le otorguen validez.

En la técnica social el hombre trata de dominar al hombre. En ese dominio, resultado de una técnica, se implica la atecnia que el dominado intenta combatir a través de las técnicas derivadas que incluyen una justificación para el dominio que experimenta; un ejemplo: para la metafísica el ser del hombre es trascendente, su paso por la tierra es fugaz y lo que debe importar a él e

importa a ella es el más allá, entonces, si ese hombre sufre injusticias en este mundo, ellas deberán aceptarse porque significa que el individuo está siendo merecedor de una vida ultraterrena de justa felicidad; "la metafísica —afirma González Casanova—, más que resolver, plantea serio problema a la generalización de la sociedad".

Maquiavelo, Hobbes, Juan Bautista Vico, Hegel y Marx aparecen en las páginas de este libro, ayudando a orientar las ideas del escritor hacia el capítulo final titulado *La democracia como camino de la ciencia social y del conocimiento político,* donde, a nuestro modo de ver, externa la esencia de su propio pensamiento, cuyos puntos de vista ya han sido dados a conocer a lo largo de sus capítulos anteriores. González Casanova apunta: sí hay técnica, "la política y la guerra son sus más características manifestaciones... la guerra... hace tiempo ha sido considerada como un arte... la política también es una técnica, la técnica social por excelencia".

JOHN P. POWELSON, *Contabilidad económica,* Edit. Fondo de Cultura Económica, 538 págs., México, 1958. Sección de Obras de Economía.

Desde el gasto de un humilde empleado hasta las ganancias exorbitantes de las grandes empresas o monopolios tienen importancia para situar la efectividad de una contabilidad nacional; la Economía es el espejo de la situación que contribuirá al progreso o atraso de un país según sea la forma de su distribución.

Este es un libro de texto en el que se "intenta estudiar los principios contables que sean útiles a los economistas y su relación con el pensamiento económico". Como va dirigido a estudiantes de la materia, Powelson hace la salvedad de que quienes deseen abordarlo deberán haber cursado la introducción a la contabilidad mercantil; él, por su parte, ha salvado el aspecto didáctico valiéndose de la orientación que le prestaron algunas personas conocedoras de la técnica de la enseñanza. Puntualiza además, el interés tácito que debe existir en la comparación continua de las intenciones con los actos de los sujetos económicos para servir a un fin general. En esta enseñanza se usa el método inductivo, yendo de lo fácil a lo difícil con factores simples, primero, y complicados, después.

Para cada capítulo, y en cada inciso, se marcan claramente los datos, las ecuaciones o los cuadros necesarios que ejemplifican y comprueban la exposición correspondiente. Al final de los temas se añaden problemas que el alumno deberá resolver, con ellos el profesor podrá enterarse del conocimiento adquirido por cada estudiante.

La utilidad de este volumen, traducido del inglés por Herminia Ramón, Rubén Pimentel y José Manuel Sobrino, se deduce de las siguientes palabras de John P. Powelson: "Lo que diez años atrás era una teoría no comprobada, ha podido irse poniendo a prueba desde entonces y —si los acontecimientos continúan siendo tan promisorios como hasta ahora— el sistema completo del pensamiento económico se apoyará sobre una sólida base de datos contables".

VICENTE BARBIERI, *El intruso*, Edit. Goyanarte, 92 págs., Buenos Aires, Argentina, 1958.

Juan Carlos Ghiano escribe un adecuado prólogo para ésta que fue la última novela de Vicente Barbieri, quien, días antes de morir (1956), la revisó con esmero, "se preocupó —afirma Ghiano— febrilmente por la verdad del lenguaje poético, que necesitaba ajustar al intenso ritmo de la propia sangre".

Barbieri cuenta su historia en primera persona; el lector tiene la impresión de estar leyendo un diario íntimo; el relato gira alrededor de un empleado común de oficina; el círculo social dentro del que se mueve es pequeño: esposa, media docena de amigos corrientes a quienes describe con claridad, unos pocos conocidos con los que se reune en el café, una suegra insoportable, un cuñado al que aborrece y una amante sin futuro.

Las relaciones sociales del personaje central son menos interesantes porque están presentadas a través del lente que enfoca un tímido y un amargado; dichas relaciones sólo merecen aquilatarse por las presiones psíquicas que ocasionan en la vida del incomprendido y que provocan sus pensamientos tormentosos. A los impactos que le causan obedecen las obsesiones que alimenta por los motivos más insignificantes y que le hacen enfrentarse a una realidad temida sin vivirla plenamente. Hermene, primo y primer novio de su esposa, es suficiente motivo para que con el envío de un telegrama ("Llegaré el sábado a las once"), le cause cierto terrible malestar que no lo abandonará en el transcurso de la novela; por Hermene, el personaje sufrirá sueños angustiosos y situaciones de pensamientos incoherentes que lo asociarán con la presencia de problemas actuales o ajenos.

El lector puede preguntarse: ¿quién es el *intruso?* ¿Hermene o la imaginación del personaje principal? Creemos que ninguno de los dos. Barbieri ha construido la imagen de un producto de nuestro tiempo: el hombre desorientado, tímido, acobardado, casi enfermo por no lograr acomodarse a *su momento, intruso* hasta en su intimidad.

M.-A. SECHEHAYE, *La realización simbólica, Diario de una esquizofrénica*, Edit. Fondo de Cultura Económica, 231 págs., México, 1958. Biblioteca de Psicología y Psicoanálisis.

La enferma Renée no gozó nunca del amor durante su niñez, ni siquiera en el período de su gestación tuvo algún nexo con los afectos puesto que no se le deseaba. El desacuerdo entre los padres, la incomprensión de los más y una esquizofrenia evidente manifestada en su débil *yo*, le convirtieron en un caso ante cuya curación fracasaron "no menos de quince psiquiatras".

Realización simbólica es la parte del libro donde la analista expone el método de contenido puramente psicológico en el cual fue determinante el gran amor que suplió al que Renée no tuviera antes. La enferma, en su diario, una vez curada, apuntará el temor continuo que le produce la falta de afecto, elemento vital que le rodeaba de cierta culpabilidad, negándole el derecho a vivir y contribuyendo a la constante desintegración de su *yo* manifestado por efectos de autodestrucción e indiferencia total.

Ante el caso de Renée, no sabemos qué mueve a mayor admiración: si el método, o la verdadera ética acompañada del más hondo sentido de humanidad, o el desentrañar y reconstruir algo de lo más personal y absoluto del individuo: la conciencia, a grado tal que la joven casi desahuciada sea en la actualidad una competente profesionista. Los "tratamientos simbólicos, ininterrumpidos y sistemáticos" alcanzaron su objetivo y liberaron a Renée de muchos años de vida inútil. En cada aplicación del método, cuando la paciente se va recuperando a sí misma, la Dra. Schelehaye aniquila complejo por complejo como era el que se había formado a causa del desamor de la madre. Satisfacción de necesidades presentes y estímulo de futuras, educación de la atención, disciplina de las actividades diarias, aplicación de métodos positivos, etc., pero visto y tratado todo con intenso afecto, fue el camino de salvación.

En la *Interpretación,* parte final del libro, la analista hace un llamado a los psicoanalistas y psico-genetistas para trabajar conjuntamente y favorecer a la psicoterapia encaminada a normalizar esquizofrénicos.

FERNANDO DÍEZ DE MEDINA, *Fantasía coral,* Edit. Juventud, 211 págs., La Paz, Bolivia, 1958.

El raciocinio, la valentía, la imparcialidad, la pasión y la erudición, son las características del intelectual más representativo que por el momento tiene Bolivia. En *Fantasía coral* (título tomado de la obra musical de Beethoven así denominada) Fernando Díez de Medina aborda lo histórico, lo crítico, lo estético, lo humano, todo dentro de la agilidad de pensamiento y a través de una exposición clara.

Este escritor boliviano deja entrever su amor a los pueblos latinoamericanos y a la dignidad para enfrentar sus problemas. Aconseja: "Avasallamiento, no. Entendimiento leal, sí... libertad con dignidad... razón de la vida. Ir al pueblo mismo, no tras la ventana de un Gabinete donde el espacio es estrecho y la perspectiva obstruida. No favorecer intereses personales sino de conjunto y de futuro".

En *Fantasía coral,* Díez de Medina se refiere a varios escritores de su país: Gamaliel Churata, Oscar Cerruto, Jaimes Freyre, Agustín Aspiazu, Augusto Céspedes, Guillermo Francovich, etc. Para este último, a pesar de admirarlo hace varios lustros, expresa un rotundo desacuerdo con su libro *El pensamiento boliviano en el siglo* XX, le señala equivocaciones de silencio, de olvido y distracción que desvirtúan el enjuiciamiento crítico y certero de elementos básicos para conocer e interpretar la historia; "es mal juez —dice— para juzgar a sus contemporáneos, tiene manifiestas preferencias y omisiones sospechosas".

Fantasía coral es un libro que como *Thunupa* —uno de los veinte títulos de la bibliografía de Díez de Medina— reune artículos y ensayos que tocan los más variados temas y que comunican al lector con hechos y situaciones vinculados a la vida en Bolivia.

E. H. SCHELL, *Técnica del control ejecutivo*, Edit. Fondo de Cultura Económica, 246 págs., México, 1958.

La primera edición de este título se hizo en inglés el año de 1924; la demanda que desde entonces ha tenido demuestra que es un libro no carente de alguna utilidad, por tal motivo, los actuales editores confiaron su traducción a Porfirio Martínez Peñalosa, a quien debemos ahora la primera edición en español.

Técnica del control ejecutivo es una especie de *manual* referido a las actitudes y actuaciones que ha de observar un ejecutivo, entendiéndose por éste —según Schell— al superintendente, o al supervisor o al capataz, etc., en relación con las personas que están bajo sus órdenes.

El contenido del libro es aplicable a empleados heterogéneos, la línea de conducta que señala se basa siempre en la comprensión y la emotividad innatas en el ser humano; además, aun cuando no lo expresa E. H. Schell, se desprende que también puede aprovecharlo el empleado en su trato diario con los jefes, o con los compañeros de igual jerarquía. Sin embargo, la finalidad que el libro persigue es la de favorecer al *jefe* enseñándole cómo ha de lograr mantener la armonía con los subalternos para que el negocio o la industria marche viento en popa. De todos modos, Schell exige bastante a los *ejecutivos* recordándoles —sin él proponérselo— que un empleado es un hombre que da su potencial de trabajo a cambio de una remuneración, y que, por lo tanto, no puede disponer de toda su persona o pasar sobre su personalidad.

SERGUEI OBRAZTSOV, *Mi profesión*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 271 págs., Moscú, URSS, 1958.

Autobiografía de un hombre y su arte de mover muñecos, cuyos antecedentes no sólo se reducen a esta actuación sino que se amplían en experiencias que le proporcionaron su educación pictórica y las obras teatrales. Serguei Obraztsov —mediante la traducción de Isidro R. Mendieta— cuenta el cúmulo de trabajos y satisfacciones que le han producido "dieciocho años poniendo en escena obras teatrales y más de veinticinco participando en conciertos".

El origen del arte de mover muñecos se pierde en el tiempo, no obstante, Obraztsov ha intentado contribuir en algo con su talento y sus experiencias; no ha vacilado en aplicar los recursos más valiosos del teatro humano, ni en introducir la voz del violín para dotar de un fondo musical magnífico a ciertas situaciones.

Personalmente, rechaza la vanidad del actor como un bacilo perjudicial a la honorabilidad y ética profesional, le parece que tal actitud no concuerda con el respeto que se debe al público. Obraztsov ha mostrado sus habilidades artísticas en el extranjero, sin embargo, en cada nueva función atisba a los espectadores desde "la mirilla del telón". Sus viajes por Estados Unidos, Checoeslovaquia, Alemania, etc., le han facilitado nuevos hallazgos que ha incorporado de inmediato a los suyos; lo importante para el artista es hacer más viva su representación, puede introducir distintos recursos pero sin olvidar el sentido filosófico-humano de la obra que le ocupa.

A las numerosas programaciones y su desarrollo en forma amena y práctica incluidas en el libro, su autor agrega reproducciones clarísimas de fotografías, complementando la exposición rica y objetiva que ha presentado a lo largo de las páginas del volumen.

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA, *Cuentos completos y otras narraciones,* Edit. Fondo de Cultura Económica, 477 págs., México, 1958. Colec. Biblioteca Americana, Núm. 35.

El Dr. E. K. Mapes, profesor del Departamento de Lenguas Romances de la Universidad de Iowa, prologa y anota los cuentos y narraciones de Manuel Gutiérrez Nájera, mientras en un *estudio preliminar,* Francisco González Guerrero ubica al precursor del Modernismo dentro del tiempo en que desarrolló su obra.

Una de las dificultades con que se ha tropezado para integrar este volumen de acuerdo con su título, es la improvización de Gutiérrez Nájera en los temas que sostenía su prosa; periodista incansable, publicaba "casi diariamente en la prensa mexicana las composiciones que acababa de escribir". Por aparte, acostumbraba reproducir varias veces los mismos trabajos, les cambiaba títulos, los firmaba con seudónimos y los reformaba de distintas maneras.

El libro *Cuentos frágiles* fue el único que apareció en vida del poeta, en 1883, conteniendo quince piezas. Tres años después de su muerte se publicó en dos tomos las *Obras de Manuel Gutiérrez Nájera: Prosa,* título que en una de sus partes incluyó de nuevo los cuentos del libro atrás mencionado no sin antes omitir tres de ellos y agregando que agrupó en la denominación *Cuentos color de humo.*

"Después de 1898 —aclara el Dr. Mapes— han aparecido dos colecciones de cuentos de una importancia especial. La primera, *Cuentos color de humo,* contiene doce cuentos seleccionados de los *Cuentos frágiles* y de *Cuentos color de humo* de las Obras de 1898: fue impresa tres veces... La segunda, *Prosa selecta...* contiene en su sección *Cuentos diversos* 21 de los cuentos más conocidos de nuestro autor... Fuera de estas dos, las colecciones de la prosa de Nájera publicadas después de su muerte contienen una miscelánea de tipos: crónicas, ensayos, fantasías, viajes, etc., entre los cuales va incluida una media docena de cuentos. En casi todas estas colecciones figuran los mismos cuentos favoritos... Los demás rara vez se imprimen".

El Dr. Mapes, quien trabajó durante quince años en la investigación hecha sobre la prosa de Gutiérrez Nájera, ha dividido el presente volumen en cuatro subtítulos: *Cuentos completos, Otras narraciones, Fragmentos de novela* y *Adaptaciones e imitaciones;* en el primero se incluyen veintiséis de la época de *Cuentos frágiles* (1883) y de las *Obras* (1898), sin descartar la aportación de alguna otra colección, y quince que se publican ahora en forma de libro.

En el segundo subtítulo se agrupan trabajos que no son propiamente cuentos pero que participan del elemento de la narración.

En el tercero, tres de los fragmentos de la novela que Gutiérrez Nájera empezó en diversas ocasiones y que no llegó a concluir. Y en el cuarto subtítulo, las narraciones y cuentos que se atribuyen a Nájera y que en algunos casos él mismo reconoció como originales de otros autores.

Con todo, aun cuando las narraciones y cuentos que ahora se publican constituyan un avance importante para ahondar en el conocimiento de la prosa de Gutiérrez Nájera, continúan "intactas —expresa Francisco González Guerrero— todavía algunas colecciones de artículos y se hallan a medio explorar otras tantas, en espera de ser agrupadas en una necesaria edición de obras completas". Por el momento, "Gracias a los esfuerzos de Mapes, pueden ser leídas ahora hasta ochenta y siete piezas debidamente clasificadas y ordenadas cronológicamente, con expresión de procedencia, variantes e indicación, además de las distintas reproducciones hechas por el autor. Con este caudal informativo se puede hacer ya el estudio del cuento siguiendo su evolución pormenorizadamente".

A pesar de no haberse preocupado nunca por la edición de sus libros, el material literario que logró producir en su corta existencia y que significa tanto en la historia de la literatura mexicana, obliga a reverenciar la calidad artística de Nájera. Cuesta creer que se pueda llegar tan lejos cuando se muere a los treinta y seis años de edad. Nájera a la hora de su fallecimiento (3 de febrero de 1895), según palabras de González Guerrero, "era el hombre bueno, el poeta exquisito y el trabajador ejemplar que se perdía".

Mauricio DE LA SELVA.

AMÉRICO CASTRO y CLAUDIO SÁNCHEZ ALBORNOZ, *Las nuevas batallas de Santiago de las Españas* y *Visión moderna de un pueblo milenario*, Porrúa, México, 1954, y Sudamericana, Buenos Aires, 1957.

I

¿Qué es, en definitiva, el destierro? ¿Un profundo desgarramiento de las almas? ¿Con la lejanía espacial se pierde la raíz telúrica vitalizadora del pensamiento? O, por el contrario, ¿el recuerdo de la patria distante impulsa a recrearla, a través del espacio-tiempo, plasmándola en obras perdurables? ¿Al salvar el cuerpo, perdemos el alma? Dramáticos interrogantes que nos hemos formulado quienes, en estos veinte últimos años, hemos preferido el camino del exilio al sometimiento a los regímenes políticos de nuestras patrias. La respuesta es clara: la distancia forzada no amengua la pasión creadora, ni clausura la ardorosa vigilia para rescatar las esencias eternas de los pueblos y sobre ellas —tradiciones y esperanzas— construir el maravilloso alcázar del porvenir sin antagonismos. Todo desterrado lleva consigo el legado cultural de su pueblo y, en el alambique de amarguras de las evocaciones, destila sus anhelos y purifica sus pasiones. Raro es aquel vencido por el resentimiento de su temporal ausencia; mucho más raro entre los españoles. La diáspora hispana ha logrado, para sus propias semillas caídas en surcos inesperados, fructificación magnífica. En lo cultural, los desterrados peninsulares, han realizado labor de excepcional relieve. Dos prominentes profesores, apartados de sus cátedras hispanas, han prolongado en este Continente su magisterio y han formado nutridas legiones de discípulos. Américo Castro, insigne filólogo, en Norteamérica, y Claudio Sánchez Albornoz, medievalista ilustre, en Argentina, han coronado su labor investigadora del pasado peninsular con dos libros fundamentales —desde ahora— para todo estu-

dioso: "La realidad histórica de España" (Porrúa, México, 1954) y "España, un enigma histórico" (Sudamericana, Buenos Aires, 1957). Las conclusiones de los dos preclaros investigadores no son coincidentes. Y de esa discrepancia ha brotado, en su choque, la luz de la futura comprensión de los problemas hispánicos. Son dos piezas definitivas, maestras, suficientes, por sí solas, para cimentar la fama bien ganada de sus autores. Si en Hidacio, en el sentir de Menéndez Pidal, asistimos "al laborioso parto de España y de su historia"; si en el Biclarense y en el monje de Silos la vemos crecer como entidad vital; si en San Isidoro la observamos liberada de tutelajes imperiales, en Castro y en Sánchez Albornoz contemplamos el existir de España como perpetuo hervor de creaciones, en constante pugna, lanzada a la conquista de sus dimensiones de perfectibilidad. Quien desee conocer los insospechados meandros del alma española en su proceso formativo no podrá desdeñar el análisis de esta polémica de los dos notables historiadores, fecunda en sus proyecciones.

Américo Castro dio a la estampa en Buenos Aires, "España en su historia" (Losada, 1948), reelaborado con nuevos capítulos en México bajo el título "La realidad histórica de España". Busca con su libro rasgar el misterio del existir hispánico. Su idea central es la *inseguridad* del hombre hispano, sin implicar parálisis ni inactividad, sino sensación de insuficiencia y de soledad al enfrentarse con el escenario de tan dramática vida. Mientras en lo interno se sentía plenamente en sí, el personalismo del español tuvo sentimiento de grave oquedad en torno a la persona. De ahí su "vivir desviviéndose", entre crisis y agonías, en su aspecto de lucha y de justificada aspiración eternal. No halla rastro de las formas de vida de Viriato, de los numantinos y los vascones enfrentados al invasor romano, sobre cuya tradición se asentó el reino visigodo, que nada creó con sello español. En el año 1000, España cristiana era, *en lo esencial*, como en 1600 y se distinguía con nitidez de Francia e Italia. A esa España no sumergida por el Islam se le planteó en el siglo VIII la alternativa de "seguir existiendo o perecer". El panorama histórico de Castro se sirve de una idea que hace inteligible el problema de la hispanidad: "Santiago apareció de golpe como un anti-Mahoma; el Arcipreste de Hita como un mudéjar adaptador de Ibn Hazm; la Inquisición como una ciega y feroz exasperación de la desesperación judaica; la ausencia de poesía lírica entre los siglos XI y XIII como una reacción defensiva contra la sensualidad musulmana". Apretujada entre la embestida islámica y la presión francesa, Castilla se forjó en la esgrima guerrera, delegando, en moros y judíos sometidos, "el trato con las cosas, las técnicas y lo que requiriera detenerse a pensar". Así vivió el español su drama, como elasticidad y contracción, derivándose de los siglos de convivencia de cristianos, moros y judíos en el solar ibérico esa simbiosis que es la forma vital española, tan diferenciada de las culturas europeas y occidentales, o sea su "morada vital", con su horizonte de posibilidades e imposibilidades, de aptitudes e ineptitudes.

Sánchez Albornoz, en su monumental "España, enigma histórico", reacciona contra el pensamiento histórico de Castro. Es algo más que una simple controversia; es la "vividura" del pueblo español lo que está en disputa con todo el fuego interior de las discrepancias esclarecedoras. Al excluir lo contingente del proceso histórico de la vida española, dando por forjada la estructura vital y funcional hispana en la "marea arábigo-hebraica sobre los arenales peninsulares", Castro cae en sombría "determinismo histórico", según Albornoz, propicio para adormecer tras él la acción de las minorías rectoras del futuro quehacer nacional; es "congelar su historia". Frente a esta tesis elabora la suya Albornoz. "No

estamos condenados por implacables leyes de herencia a seguir la misma senda que hemos recorrido hasta hoy". La historia, como ciencia de los "síes" y de los "porqués" obliga al investigador a sumergirse en los hechos, a adentrarse en la psiquis y en las pasiones humanas para conocer las épocas, aunque sea archidifícil tarea. La historia no es la mera osamenta de un pasado sin jugo, ni espectral desfile de fantasmas imaginados; es complejo tejido del hombre viviente dentro de su propia circunstancia. No puede constreñirse a lo militar y a lo político, sino comprender las religiones, las costumbres y las instituciones. La vida y la cultura del ayer y del hoy —fecunda y dinámica trabazón del pasado trascendido y del presente trascendente—, deben ser las metas de todo historiador veraz. "Hispano es todo lo hecho —expresa Sánchez Albornoz— por cuantos hemos alentado en Hispania, y hemos vivido conforme a la estructura funcional que regulaba a la sazón la vida de los peninsulares. No hay un arquetipo definido y definitivo de lo hispano. Un historiador no puede pensar en lo *auténtico* español como piensan quienes nos catalogan a él y a mí —(por Castro)— en la anti-España". Se niega a aceptar la afirmación de Castro, porque si las "simbiosis sucesivas fundían estilos de vida y esencias culturales, las repetidas antibiosis afirmaban y prolongaban muchos rasgos de la disposición funcional primitiva de los hispanos".

Otra de las divergencias substanciales de Albornoz se centra alrededor de Santiago el Mayor, el apóstol convertido en "estructura íntima de España", por Castro. "La España del siglo IX —afirma don Américo— se rehizo y pudo subsistir gracias a la creencia en Santiago. Sin tal fermento de vida, la península hubiera seguido el destino del Norte de África o hubiera sido ocupada por los europeos del Norte". Esa creencia origina un tipo de existir, al que denomina "teobiosis" integral, sin el cual "la historia de España sería impensable". Sánchez Albornoz se yergue, con obstinado ímpetu batallador, contra el "mito" del celestial adalid de la hispánica aventura de la Reconquista y considera a "Santiago hechura de España, y no España obra de Santiago". Exégesis acertada, aunque coincidamos con Castro en que la creencia, en sí, fue impulso revitalizador del heroísmo hispano. Sin negar al héroe, despojándolo de mágicos poderes, Albornoz ve en Santiago a un santo en quien se encarna "la herencia temperamental de un pueblo en el instante favorable que el azar le brinda y él sabe captar".

Hasta ahí el planteamiento general de ambos investigadores en sus dos libros capitales. Pero la polémica se acaba de encresparse con un opúsculo de don Américo. "Santiago de España" (Ediciones Emecé, 1958, Buenos Aires). Con estilo alejado de su habitual elegancia y esmero literario, dejándose arrastrar por momentáneas ofuscaciones, llega Castro en su ardor combativo a usar expresiones inadecuadas que no condicen en un ensayo de tan fina calidad y sabio contenido. "Santiago —puntualiza— es un inmenso fenómeno que ayuda a entender a España *a la vez que ésta lo hace inteligible*". (Subrayo por entrever ahí un punto de acercamiento de las tesis opuestas). "Ayuda, sí, a entender a una España que continúa empeñada en *desearse* un futuro en lugar de *pensárselo* constructiva y enérgicamente, sin confiarse en que otros se lo construyan, para sus fines propios, como un satélite artificial". Por lo mismo considera inadmisible hacer de Santiago un santo cualquiera, un "hecho religioso, o económico o supersticioso", ni simple aparición milagrera; es "una institución afirmada en el alma colectiva", el anti-Mahoma revitalizador de España. "Hay que partir de lo que no se es para construirse un se es, un *somos*". Estamos de nuevo

ante el "desvivirse" de los españoles, el "tener que salir de donde están espontáneamente", el importar la ciencia y la técnica. Frente a ese concepto, don Claudio afirma que la clave de la contextura vital hispánica está ínsita en "el vivir miserable por la milenaria subalimentación" del pueblo, obligado por ello a las más rudas batallas para conquistar —no el pan eucarístico, siempre apetecido— el vulgar "pan de cada día", sin el que la vida cesa. Recuerde el lector, al respecto, los versos del poema del Cid cuando describen por qué batalla el Campeador. Y, en otro terreno, ese *salirse hacia América*... ¿no era una concreción de los dos polos opuestos del batallar hispano, pan para el espíritu y pan para el cuerpo, es decir, evangelización y oro? Creo que Castro y Albornoz coincidirán en esto, y en sus proyecciones peninsulares.

Don Américo, con "Santiago de España" pretende volar el polvorín donde carga sus cañones la erudición de Albornoz. Estoy seguro de que las tesis de su contradictor han logrado fuerte impacto en los lectores. Hasta el mismo Castro se muestra menos "determinista", aunque estemos lejos de toda conciliación o síntesis de pensamientos dispares. Es más; puedo anunciar, por haber leído el material destinado a la imprenta, que don Claudio prepara una refutación a este libro del esclarecido ensayista; hecho que lamento, pues hubiera sido deseable que ambos, serenos y ponderados sus espíritus, rompiesen las adargas de su quijotesco combate para buscar nuevos incentivos y trabajos investigadores. "Creo —asevera el granadino— que el mundo hispano saldrá adelante, como tantas veces aconteció, y se producirán hombres y valores, gracias al conflicto entre el existir de un modo y el no resignarse a que las cosas sean así. Puede haber creencias en valores terrenos que, sin destruir los otros, ayuden a abrirse paso por entre las dificultades. Santiago, patrón ibérico —matamoros más que piadoso evangelizador— constituye en el medievo esperanza de libertades de un pueblo acorralado que, en su guerra divinal, se ase al imposible y forja, para ayudarse, apariciones triunfales. De eso a la guerra santa del muslín casi no hay más que un paso. No debe pensarse —añade Castro—, después de todo, que Santiago, cuando era algo auténtico, significara "una invitación al ocio, pues sus partidarios tenían que combatir tan recio como él". Confiesa en su último ensayo "su fe cada vez mayor en el porvenir. Hoy ya no se batalla con espadas y lanzas, sino con mentes activas, tensas y bien ordenadas hacia finalidades inteligentes y de alto vuelo". Propicia más adelante soñar "despiertos, con la mente dirigida a la propia conciencia, y los anhelos y esperanzas proyectados hacia la tarea noble, y un poco también contra los infieles, los sumidos en pereza caótica y verbalista. Mi fe en Santiago, mi admiración por su estupenda y continuada proeza, me hace desear para los hispanos una universalidad paralela a la conquistada por su voluntad heroica y por el arte de dotar de maravillosa expresión la conciencia de su vivir—, la de todo vivir".

Alegrémonos de todas maneras que las discrepancias interpretativas de Albornoz y de Castro nos deparen estos magníficos ensayos. Don Américo, con sus atrevidas fórmulas y sus deslumbrantes despliegues literarios; don Claudio, con su prosa ceñida y elegante; ambos con serio arsenal de documentos, han escrito concienzudos ensayos historiográficos con los cuales se podrá no coincidir, pero que serán, desde ahora, consulta obligada de los historiadores del futuro. Esperemos que, aquietadas las polémicas sobre las fuentes pretéritas de nuestro vivir logren ambos la síntesis armoniosa que muestre, depurada, la imagen auténtica de la entidad vital española.

II

La personalidad de Germán Arciniegas tiene múltiples facetas. Une a sus finas dotes de historiador las de sagaz periodista. El periodismo, con frecuencia menospreciado por la pedantería de pseudos intelectuales, es también un arte literario, flúido y espontáneo, en el que el autor deposita lo mejor de sí mismo. Lo efímero —lo fugitivo cotidiano— no resta dignidad expresiva, ni fuerza dialéctica ni vigor intelectual. Trabajamos los periodistas para el minuto huidizo como los estatuarios para la eternidad; para transmitir un mensaje trascendente en estilo claro y preciso. Y ese estilo de buen periodista —mezcla de amenidad pintoresca, corrección gramatical, intención y gracia irónica que tuvo su maestro en Larra— nos muestra hoy, en Arciniegas, un epígono de singular jerarquía. Al igual que el genial "Fígaro", el ensayista colombiano posee talento, cultura y el amor a la verdad del hombre valiente y libre. El ágil periodista y el sutil historiador que es Germán Arciniegas está ínsito en su "Italia, guía para vagabundos" (Editorial Sudamericana, 1958) —que acabo de releer en su segunda edición. En este libro, en menos de un centenar de notas, de periodística fluidez y pulcritud literaria, se ofrece el perfil auténtico, grácil y dinámico, de la Italia contemporánea, con el trasfondo de arte e historia de milenios culturales.

"Italia, guía para vagabundos" es muestra de lo mucho que puede esperarse de los viajeros con agudeza perceptiva. El autor de esas notas, convertido en improvisado guía, enseña las piedras rosadas, los mármoles deslumbrantes, las ciudades —muestrarios de arqueología y modernidad a la vez—, extrañas combinaciones sólo posibles en pueblos con siglos emboscados en el paisaje y en las esquinas. Magia de eternidades y prisas de un presente constructivo, en ocasiones desorientado; piedras ilustres en tiempos y en artes, columnas miliarias de una civilización siempre renaciente de sus propias ruinas; pueblos dormidos como aguiluchos perezosos en los flancos de las sierras, o arrullados por la canción de los mares latinos; calzadas pétreas con ecos de pasos de imperiales legiones por donde ahora la motoneta asoma con su tronar de motores. . . todo un mosaico multicolor y gracioso redescubierto por el gran periodista colombiano.

La exquisita sensibilidad del autor de "Biografía del Caribe" reacciona ante el glorioso esplendor pretérito de los pueblos itálicos. Al margen de la actualidad, trae las evocaciones del pasado, en bien dosificada proporción, sin abrumar con reconstrucciones, escollo donde caen muchos al relatar sus viajes. Otros, en cambio, en esa Italia sugerente, deslumbrados por el pasado cesáreo, olvidan las presentes realidades. Arciniegas, con habilidad, ha eludido los susurros de las sirenas de la historia y, sin poblar de fantasmas insulsos las venerables reliquias, describe el espectáculo, vibrante y cálido, de un pueblo forjándose el mañana por sobre un presente de adversidades superadas. Junto a la rememoración de acontecimientos y hombres, la vida cotidiana de un pueblo sin la mordaza fascista, con la herida sangrante del lanzazo cruel de una guerra indeseada. En la Roma eterna, al día siguiente de la liberación, los lagartos verdinegros se pasean con insolencia por las narices de los Césares desportillados. Porque —advierte el autor— "el Imperio nos emociona gratamente como ruina. Está bien que el tiempo se encargue de poner toques de naturaleza viva sobre la naturaleza muerta. Por lo demás, el César vivo es una maldición. Para gozar al César hay que tenerlo a distancia. Veinte siglos de lejanía son ya un alivio". Sobre la pátina

de los siglos —costra mugrosa del tiempo— resplandecen las piedras escuetas de los materiales eternos.

En el "Carrousel de los siete colores" asistimos al desfile abigarrado de ciudades y seres: Milán, donde, si no pudo ver la "Cena" de Leonardo, sí contempló la pasión por el azar —juego y amor— de los vagabundos; Asís, con sus muros rosados en que se apagaba la voz seráfica del frailecito San Francisco y los deslumbramientos visionarios de la mística Santa Clara; Montecielo, horadada en pura roca, donde el reloj se paró en el medievo; Tarquinia y su vino de color de carey; Santa María de Coblemaggio y Pietro del Morrone con el Papa Celestino de amplia barba ceniza a quien Carlos de Anjou soñó transformar en Pontífice gibelino; Siena, con su fiesta medieval bajo el palio con sus madonas de ojitos almendrados y miradas bizantinas; Génova, anfiteatro liguro frente al azul ultramarino del Mediterráneo; San Gemiguiano y sus rascacielos del siglo X, la ciudad de las torres compradas por los norteamericanos; y Nemi y sus ferias de fresa...

En Florencia, Arciniegas descubre el encanto de la superficie, dejada así por los pintores del cuatrocientos que, de metafísicas abstrusas, lograron la fórmula mágica de fábulas pintadas; jardín sin lianas parasitarias con parterres de gracia, evadidos de la selva gótica, inundados de sol renacentista. Aquí asistimos a las jornadas edilicias actuales de Giorgio La Pira, el alcalde más singular del mundo que invita a rezar a todos los hijos del señor y arregla las piedras del Puente Vecchio... En Venecia, laberinto de aguas y oros bizantinos, dibuja un mundo de acuarela. Y en Roma, a la que el cine tridimensional ha propagado, vemos la mutación súbita de la "alcachofa arqueológica —como la definiera el venezolano Uslar Pietri—, en fuente de deseos renovados.

Los otros capítulos de esta fervorosa guía espiritual trasladan al Lago Mayor, donde Wagner se extasiara, con sus tres islas; dos proclaman el fausto de los Borromeos y la otra, pobre y libre, es de pescadores; a Sicilia, con sus mosaicos del siglo IV, de donde las revistas de modas plagian los audaces "bikinis" y la Taormina, con su centauro frontero a la catedral y el teatro griego de conmovedores recuerdos de dramas de vida y de muerte.

La última nota de este original breviario de trotamundos se consagra a las humildes violetas, florecidas sobre la tumba del inefable poeta Keats, "cuyo nombre fue escrito en el agua", al lado de la de Shelley, su espiritual hermano, que reposa allí porque sus cenizas las trasladó Lord Byron. Allí, junto a la pirámide de Caius Cestius, en el cementerio británico de la capital ítala, duermen los dos vates extranjeros amantes de la ciudad eterna. Y su reposo no ha sido turbado ni por la barbarie de la guerra. Que nadie profane al poeta que duerme su sueño inmortal, pareciera decir el viento al viajero que se aleja de Roma...

Antonio SALGADO.

FELIPE COSSÍO DEL POMAR, *Arte del Perú Colonial*, Editorial Cultura, México, D. F., 253 p. 1958.

Un libro o un estudio del pintor y crítico de arte F. Cossío del Pomar tiene siempre un doble interés, el que pueda provocar en el dicho juzgador su

punto de vista como observador de una etapa artística, de un estilo, de un núcleo o conjunto de obras de uno o varios creadores, y el de la selección realizada en un acopio determinado en la que ya se advierte la cualidad de artista con que se adorna Felipe Cossío del Pomar, cualidad que se centra en esas dos actividades aludidas, la de pintor, y crítico de arte. El bagaje con que ya cuenta este catador de todo arte es múltiple y en todo caso bien atendido. Si se le considera como historiador, ya de pretéritas fechas, ya de tiempos más modernos, puede ofrecer el escritor aludido dos ejemplos igualmente valiosos por lo bien compuestos y tratados: *El Aretino* y *El Hechizo de Gauguin.* En el primero de estos volúmenes Cossío del Pomar no sólo hace gala de una finísima percepción de historiador, sino que trata a la figura analizada con un donaire y un "savoir faire" de acreditada elegancia. Cuando sitúa la figura de Gauguin en su debido ambiente lo rodea de cuanto puede reconstruir el escenario en que Gauguin vivió, así como la serie de vicisitudes que fueron delineando el grande e inquieto personaje, que en el arte galo fue el intérprete del exuberante paisaje y de la raza tahitiana. Pero de biógrafo afortunadísimo en el detalle con que suele enriquecer los escenarios definidores e inspiradores de la personalidad rebelde del gran pintor cuando de Guaguin se trata, Cossío del Pomar pasa a ser el crítico de arte del actual movimiento de la plástica aportando a sus estudios nuevos y decisivos puntos de vista, cual acaece con *La Rebelión de los Pintores* que el autor subtitula "Ensayo para una sociología del Arte" y en donde Cossío puntualiza cuál es "La misión del arte y la función del artista", volumen de amplísima visión y en el que se señalan los hitos fundamentales del arte contemporáneo, haciendo que desfilen por las páginas del libro los promotores del movimiento artístico de nuestras fechas sin que dejara de observarse la influencia que las grandes figuras del pasado, como las de los anteriores siglos han tenido en la iniciación y desarrollo de la plástica latinoamericana. En su segundo ensayo de juzgador, *Crítica de Arte,* Cossío del Pomar con una cultura vastísima, expone lo que de Baudelaire a Malraux ha beneficiado a las artes el parecer elevadísimo de ingenios superiores, quienes hicieron ver con sus juicios clarividentes los fines, los propósitos y resultados que los artistas han ido teniendo en sus obras o realizaciones respectivas. Diríase que este libro *Crítica de Arte* es una necesaria y selecta antología de la crítica de arte de nuestro tiempo, absolutamente precisa para el que quiera encauzar su visión y su sentimiento observador ante la producción plástica que en estas fechas conmueve a nuestro planeta, tan inmerso en inquietudes y dudas. Pero aún cuenta Felipe Cossío del Pomar con otra veta henchida de cambiantes facetas y es ésta la de arqueólogo, en la que se complace grandemente cuando se trata de enlazar lo genérico, lo característico de un pueblo con las sucesivas modalidades que ese pueblo ha ido presentando ya en su vernácula emoción, tanto como en lo derivado de lo popular como en lo adoptado y adaptado a sus necesidades y circunstancias. En este sentido hay que mencionar como prueba de valor los dos importantes libros *El Arte del Perú Precolombino* y el *Arte del Perú Colonial.* Estimamos que el primero de estos dos fundamentales ensayos fue como la preparación, como la anticipación razonada de lo que es y significa el *Arte del Perú Colonial.* Ya hemos hecho notar en otra oportunidad refiriéndonos a este mismo y más reciente estudio de Cossío del Pomar como en esta ocasión hace gala de su cualidad de atento historiador que va en busca de la prueba existente. ¿Cuál es el propósito del historiador de arte en este crítico momento de inquietudes, vacilaciones y dudas que no traen otra con-

secuencia que el destruir hoy lo que se construyó ayer? Hay que advertir que, con respecto al arte colonial peruano una verdadera legión de investigadores y críticos ha iluminado con nuevas y potentes luces cuanto directa o indirectamente pudiera tener relación con esa característica etapa del arte colonial peruano, en el que no se sabe qué tener más en cuenta si la influencia poderosa de la Metrópoli, o la habilidad extraordinaria de quienes supieron adoptar a la entonces colonia hispana las características de un arte importado, creando al mismo tiempo una manifestación plástica con peculiaridades propias y enormemente distintivas. No se le ocultó a Cossío la dificultad de la empresa ya que autoridades en la materia habían elucidado, aclarado una infinidad de puntos pero algo había aún por exponer y ese empeño es al que se dedicó con el mayor entusiasmo. Y fue su intento, y así expresamente queda declarado en el libro *Contribuir al mejor conocimiento del Arte del Perú Colonial.* "Asumir la tarea del historiador de arte en su misión de mirar hacia atrás y emitir juicios sin dejar de apuntar, ordenar y ensayar, ejercer en lo posible una crítica analítica para establecer una valoración estética, que nos permita apreciar la dosis de invención, de originalidad, de calidad que poseen nuestros estilos, las razones que explican su supervivencia aproximándonos a su significado en relación con la fenomenología de los hechos históricos y las causas económicas y sociales que contribuyen a su creación". Convenía transcribir en su integridad el propósito de Cossío del Pomar concretado en el anterior párrafo porque luego de todo lo realizado por múltiples y autorizados investigadores parecía descomedida audacia por el crítico adentrarse en predio tan hondamente trabajado por los anteriores historiadores. Y no obstante todo lo ya laborado aún quedaba como así lo ha demostrado Cossío mucho por puntualizar y en forma por cierto tan documentada y moderna como convincente. No puede desprenderse el historiador y crítico de su relevante cualidad artística. En diversas ocasiones sabe trasfundir un lírico matiz que hace mucho más atractivo el asunto expuesto y tratado en su mayor amplitud en el que lo verídico queda encubierto por el puntillo poético. En suma *El Arte del Perú Colonial* es una aportación de igual valer en lo documental histórico que en lo trascendente artístico, medio directo para llegar a la médula de todo lo que distinguió a tan rica porción americana, analizada en sus causas, consecuencias y permanencias plásticas por un temperamento en el que se aúna la gravedad de lo histórico con la emoción de toda belleza.

Ceferino PALENCIA

SE TERMINO DE IMPRIMIR ESTA REVISTA EL DIA 31 DEL MES DE OCTUBRE DE 1958 EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL CVLTVRA, T. G., S. A., AV. GUATEMALA NUMERO 96, MEXICO 1, D. F.

NUESTRO TIEMPO

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

PRESENCIA DEL PASADO

DIMENSIÓN IMAGINARIA

L I B R O S

Printed in Mexico